

REVISTA CONSERVADORA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO

ENERO, 1968

LUIS ALBERTO CABRALES

MARIO IVAN BURGOS C.

POLEMICA SOBRE LUTERO
ENTRE CATOLICOS Y PROTESTANTES

SIXTO ALBERTO BONILLA

DATOS SOBRE
LA INQUISICION EN CENTROAMERICA

RAFAEL HELIODORO VALLE

EL POETA DE LAS PASTORELAS

HERNAN ROSALES

LA MENGALITA NICARAGUENSE

VIRGILIO RODRIGUEZ BETETA

LA PRIMERA
GOBERNADORA QUE HUBO EN AMERICA

PEDRO PABLO VIVAS

GENEALOGIA DE LA FAMILIA URTECHO

LIBRO DEL MES

ANTOLOGIA
DE FLORES Y FRUTOS DE LOS URTECHOS

I

EL MEDICO DEL PUEBLO — UN MEDICO INOLVIDABLE — EL ABUELO
Y SUS HIJAS — LAS URTECHOS

II

MEMORIAS DE GRANADA — LA ESCUELA DE ANTAÑO — EL ARCO
Y LA CAMPANA DE LA MERCED — LAUREANO PINEDA — PEDRO
CHAMORRO — RAFAEL LEBRON — LA VARSOVIANA — EL HOSPITAL
— EL CEMENTERIO — LUIS H. DEBAYLE — JUAN JOSE MARTINEZ —
MANUEL CORONEL MATUS — ENRIQUE GUZMAN — EPISODIOS DE
LA GUERRA NACIONAL — COSTUMBRES DE LOS INDIOS MOSQUITOS
— JUAN SANTAMARIA — LA BANDERA NACIONAL — NACIONALISMO
CONSERVADOR — PEDRO ORTIZ — ADAN VIVAS — DIEGO MANUEL
CHAMORRO — LOS ESBOZOS DE MR. HAMILTON — JOSE DE LA CRUZ
MENA — TARTUFO.

88

NICARAGUA: 5.00 Córdoba
EXTRANJERO: 1.50 Dólar

Revista

Conservadora
Del Pensamiento Centroamericano

VOL XVIII — No. 88

ENERO, 1968

SEGUNDA EPOCA

SUMARIO

Página

- 1 Justificación de este número
- 2 Vamos a canonizar a Lutero?
- 2 Tesis del Jesuita chileno
- 4 Antítesis de Luis Alberto Cabrales
- 4 Intervención de Mario Iván Burgos C
- 5 Síntesis de Cabrales
- 6 Páginas Literarias del Ing. Juan Ignacio Urtecho
- 7 Datos sobre la Inquisición en Centroamérica
- 8 El Poeta de las Pastorelas
- 9 La Mengalita Nicaragüense
- 10 La Primera Gobernadora que hubo en América

EL LIBRO DEL MES:

ANTOLOGIA DE FLORES Y FRUTOS DE LOS URTECHOS

- 4 El Médico del Pueblo
- 6 Un Médico Inolvidable
- 7 El Abuelo y sus cinco Hijas
- 9 Las Urtecho
- 11 El Fundador de la Rama Masculina
- 16 Fisonomía de una Epoca legada por el Gral Isidro Urtecho
- 66 Páginas Literarias del Ing Juan Ignacio Urtecho
- 104 Páginas Literarias del Dr Isidro Urtecho.

Director

JOAQUIN ZAVALA URTECHO

ASESORES:

ARTURO J. CRUZ
Económico

JORGE EDUARDO ARELLANO
Literario

COLABORADORES
DE
ESTE
NUMERO

Luis Alberto Cabrales
Mario Iván Burgos C.
Sixto Alberto Bonilla
Virgilio Rodríguez Beteta
Rafael Heliodoro Valle
Hernán Rosales
Pedro Pablo Vivas
Orlando Cuadra Dowming
Francisco G. Miranda
José Coronel Urtecho
Enrique Guzmán B.
Pío Bolaños
Gral. Isidro Urtecho.
Juan Ignacio Urtecho
Dr. Isidro Urtecho

CREDITOS FOTOGRAFICOS

Archivos de
REVISTA CONSERVADORA

Prohibida la reproducción total
o parcial sin previa autorización
por escrito del Director.

EDITADA

por

"Publicidad de Nicaragua"

Apto 2108 — Tel 5049

en

"IMPRENTA NOVEDADES"

Mangagua, D. N., Nic

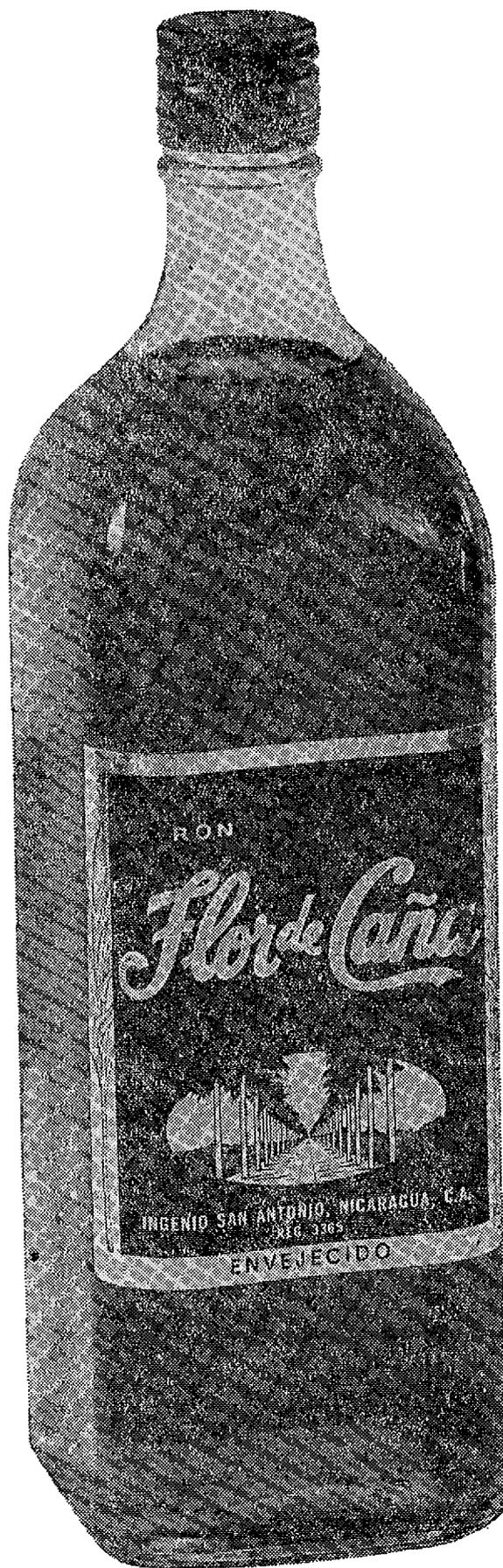
LA REFINERIA NICARAGUENSE DEL AZUCAR, POR MEDIO DE UN PROCESO HIGIENICO Y MODERNO, DECOLORA LAS SOLUCIONES, REDUCE LA CENIZA QUE CONTIENE Y ELIMINANDO LA OPACIDAD DE SUS IMPUREZAS, HA LLEGADO A PRODUCIR EN NICARAGUA, EN ESCALA COMERCIAL, EL AZUCAR REFINADA SAN ANTONIO, UN AZUCAR TAN SUPERIOR COMO LA MAYOR DEL MUNDO, ORGULLO DE LA INDUSTRIA CENTROAMERICANA.

NICARAGUA SUGAR ESTATE LTDA.

**TODO
ANFITRION
EN CENTRO AMERICA
SIENTE ORGULLO
EN SERVIR**

Flor de Caña

**PORQUE
ES UN LICOR
VERSATIL
CON EL QUE
PUEDEN PREPARARSE
UNA GRAN VARIEDAD
DE BEBIDAS
DELICIOSAS**



Revista

Conservadora

del Pensamiento Centroamericano

Se llama Conservadora únicamente en el sentido de que no es antirreligiosa ni anticapitalista. Va en marcha hacia la Integración de Centroamérica y Panamá, por encima de las divisiones partidista

JUSTIFICACION DE ESTE NUMERO

El presente número tiene un carácter casi monográfico que lo hace salir de su molde acostumbrado; el LIBRO DEL MES en esta edición abarca la mayor parte de sus páginas reduciendo el resto de las primeras a artículos diversos y ensayos varios.

La principal justificación del caso reside en que el libro correspondiente a este mes contiene una variedad de temas y una diversidad de personalidades trazadas por las plumas elegantes y castizas de los máximos representantes de una familia cuya genealogía se publica en este mismo número; texto que, en realidad, es un hermoso y vivo rescate a una época que por su naturaleza heterogénea cabe dentro de las modalidades de nuestra revista

Si lo que hacemos es considerado por alguien como una falta, no volveremos a incurrir en ella con frecuencia, aunque quisiéramos hacerlo, puesto que va siendo raro entre nosotros descubrir y seleccionar tesoros de familia tradicionalmente menospreciados y hasta destruidos que, de no haberlos publicados nosotros, se hubieran perdido para siempre.

El esqueleto de la sección genealógica, que venimos presentando desde números anteriores, va esta vez carnalizado de la mejor manera posible. La utilidad que para nosotros constituye esta labor, nos confirma, estamos seguros, la trascendencia que proyectará en el futuro cuando seamos materia de consulta para una gran mayoría de lectores y estudiantes.

Esta seguridad la hemos venido constatando, y probablemente lo seguiremos cada vez más, por el hecho de que nuestros números se han venido conservando y coleccionando por la casi totalidad de nuestros lectores con un interés tal que se ha convertido ya en pasión bibliográfica.

Así como las más prestigiadas universidades de los Estados Unidos coleccionan la revista afanosamente, así gran parte de la gente culta de Centroamérica ha estimado legar a sus hijos y descendientes los volúmenes empastados de esta REVISTA CONSERVADORA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO.

Esto, que representa para nosotros un claro reconocimiento, nos anima a seguir sacrificando oportunidades económicas, a continuar presentando las colaboraciones de carácter histórico ya familiares entre el público, a ser el órgano que recoja y estimule la producción de toda una pléyade de escritores e historiadores centroamericanos —carecientes de revistas donde publicar sus trabajos— y a mantener la sección de EL LIBRO DEL MES que ha venido a subsanar en parte la imposibilidad práctica de nuestros autores de editar libros, problema que ha cobrado mayor agudeza en Nicaragua.

No obstante la continuidad de nuestra política editora, haremos posible, en nuestra medida, insertar textos amenos, totalmente vivos, actuales y legibles para la inmensa mayoría del lector centroamericano.

¿ VAMOS A CANONIZAR A LUTERO ?

UN JESUITA CHILENO ENCIENDE POLEMICA NICARAGUENSE ENTRE CATOLICOS Y PROTESTANTES

TESIS DEL JESUITA

Nos faltan las palabras y se dislocan los casilleros mentales cuando queremos hablar o pensar acerca de los protestantes.

Inciertos de nuestro juicio sobre el presente, parecemos más seguros y severos para juzgar del pasado. Los primeros reformadores —Lutero, Zwinglio, Calvino— siguen antojándosenos pura y simplemente apóstatas y renegados de la fe y de la Iglesia. Este juicio histórico no puede menos de influir en la reticencia o resistencia con que encaramos nuestra actual relación con los protestantes. Si todo fuera error y herejía en los Reformadores, lo único que quedaría a salvo en sus seguidores contemporáneos sería la buena fe subjetiva. Pero entonces, nosotros los católicos obraríamos de mala fe e hipócritamente si, por respetar aquella buena fe tratáramos a los protestantes de hoy como a seres incapaces de llegar objetivamente a la verdad.

El impasse al que nos llevan estas consideraciones nos hace pensar en la necesidad de revisar nuestros juicios históricos. Esta revisión ha comenzado de hecho hace años, tanto por el lado protestante como por el católico. El resultado de ella ha sido el descubrimiento de que muchos de los juicios anteriores estaban viciados por la polémica. La actitud violenta y virulentamente anti-romana de los primeros reformadores y de los protestantes posteriores fue en parte condicionada por la rigidez e intemperancia romana frente a lo que en la época aparecía como erróneo y nocivo para la cristiandad. Pero en aquella "cristiandad", lo religioso anduvo mezclado con lo político y esto con lo económico y con asuntos de prestigio que poco o nada tenían que ver con el evangelio de Jesucristo. Si hubiera, pues, que reabrir el proceso, contra los hombres del siglo XVI, los alegatos podrían desarrollarse por años, agregando todavía infolios a los ya vertidos en la causa. Y nadie podría culpar de mala fe a los abogados de uno y otro bando, pues para desarrollarse una tan confusa madeja, todos no poseemos sino nuestras torpes manos y corta vista de mortales.

LA REFORMA LUTERANA

Hace 450 años que Tetzel predicaba en Magdeburgo las indulgencias romanas, una parte de cuyas entradas iba a aprovechar el obispo de Maguncia. A este monje que pretendía disponer del tesoro espiritual de la Iglesia para aumentar un escandaloso tesoro material, se opuso al grito indignado de otro monje, Lutero: "el verdadero tesoro de la Iglesia es el muy santo Evangelio de la gloria y de la gracia de Dios"; "se injuria a las Palabras de Dios cuando se emplea tanto o más tiempo en un sermón en predicar las indulgencias que en anunciar esta Palabra". Así comenzaron a circular las 95 tesis de Wittemberg en 1517. Es el aniversario que celebramos.

El abuso de las indulgencias era el signo de muchos otros. Por otra parte, el ataque de Lutero se afirmaba en una intuición teológica y espiritual cuya gestación llevaba años de luchas interiores e investigaciones eruditas. De ahí que las discusiones ulteriores hicieran aparecer temas mucho más hondos: la justificación del hombre por la fe, el lugar central y único de Jesucristo en la doctrina, predicación y vida de la Iglesia, la primacía de la Escritura como Palabra de Dios sobre todas las palabras e instituciones humanas.

Lutero no tuvo la intención de liquidar a la única Iglesia de Cristo, "la madre que nos engendra y nos lleva", según sus palabras; tampoco quiso romper su unidad fundando una nueva Iglesia. Deseó, eso sí, que la Iglesia medieval, de la que él era pastor y teólogo, corrigiera sus desviaciones y volviera a la pureza del Evangelio. Pues se corría el riesgo en esa coyuntura de la Iglesia de valorar tanto las obras humanas, que no se llegara casi a desalojar a Dios, a Jesucristo y a su palabra de la preocupación primaria de los fieles.

Frente a hombres de Iglesia que reposaban en las reformas históricas de la Institución visible, frente a cristianos que perdían de vista la gloria de Dios para vivir una religión centrada en el hombre —temor de castigos, deseo de obtener favores, seguridad

en las buenas obras.— Lutero recuerda y proclama que, según el Evangelio, ninguna seguridad, justicia o sabiduría humana tiene sentido ante Dios. Esta fue su intención de fondo. Como toda intención, tuvo que traducirse en formas.

Y las formas no fueron siempre del todo felices. Además ellas fueron mal interpretadas por muchos de sus seguidores y por la Iglesia de Roma. De ahí se siguió la separación, y de ésta, las posiciones contradictorias que se endurecieron al calor de la disputa. El soplo de renovación que venía de la reforma luterana no fue (o no pudo ser) captado en el seno de la Iglesia católica romana. De tal manera que, aunque se corrigieran en ella muchos abusos, la hemos visto en los siglos siguientes afianzar todavía su institución externa, su organización jerárquica y la seguridad de su Magisterio, a expensas quizás de otros valores interiores. Los protestantes, por su lado, no sólo desarrollaron y profundizaron las intuiciones espirituales del Reformador, sino que dejándose llevar también como nosotros por el calor y la oscuridad de la disputa, rechazaron elementos que el mismo Lutero había querido guardar de la antigua Iglesia, como por ejemplo el vigor de su tradición viviente.

LA REFORMA ROMANA

Pero la disputa después de habernos opuesto, ha terminado por acercarnos a ambos grupos; o mejor, ambos nos hemos acercado a la Palabra de Dios en la Escritura leída por la tradición de toda la Iglesia. En un primer momento, recurrimos a la Biblia para defender con sus palabras nuestras propias posiciones. Pero, como no se recurre en balde a la Palabra de Dios y ella nos aporta siempre lo inesperado, hemos vuelto de esta lectura con mucho más que estériles defensas y argumentos.

No le han sido demasiado largos a la Iglesia entera de Cristo los 450 años transecurridos desde la tesis de Wittemberg para ir haciendo vida propia lo que en un comienzo pareciera sólo el tremendo sacudón de una fiebre extraña. El Concilio de Trento significó para la parte católica una primera y fundamental revisión. Las Iglesias protestantes nacidas de la Reforma han dejado de endurecer ciertos puntos polémicos de Lutero, extraídos de su contexto histórico, y están cayendo en la cuenta de la profundidad de su espíritu "católico". En el Concilio Vaticano II en que confluyen cuatro siglos de vida espiritual, de meditación y estudio de la Escritura y de los Padres y de mutua fecundación entre las iglesias romanas y evangélicas, la Iglesia católica romana reconoce como patrimonio suyo muchos de los puntos de Lutero, señalados por él en su época: el primado de la palabra de Dios en la Escritura; la realidad de una tradición viviente y no meramente mecánica y verbal; el papel de servidor de la Palabra y de los hombres que compete al Magisterio; la función profética y sacerdotal de los laicos y la "igualdad de todos (Jerarquía y laicado) en lo referente a la dignidad y a la misión común"; la afirmación de la libertad con

la que Cristo nos liberó; la realidad del Espíritu que anima a todos en el Pueblo de Dios dotándolos de carismas; la subordinación de ceremonias e institución a la fe de los cristianos; la pequeñez, la humildad y hasta el pecado que afectan a la Iglesia peregrina que, en sus formas históricas visibles, no coincide nunca adecuadamente con el Reino cuya semilla Cristo plantó en la tierra; la necesidad de una "pequeña reforma" de la Iglesia; la confesión gozosa de que la única gloria de la Iglesia es la de su Cristo en cuyo Misterio ella se encuentra escondida.

Todos estos temas que revigorizan la vida cristiana y la pastoral de la Iglesia católica hoy en día se encuentran ciertamente en el Evangelio; y así los ha leído en él toda la tradición eclesial. Pero no con tanta claridad y riqueza. No deberíamos reconocer con humildad que el haber fijado nuestra atención en ellos se debe en buena parte al llamado que hiciera Lutero a una reforma de la Iglesia? Quizás es esto todavía demasiado duro para nosotros. Pero si no llegamos a este reconocimiento —que tendría que ser acción de gracias a Dios—, no podremos dejar de afirmar al menos que en el futuro, ya no podremos mirar con sospechas algunos aspectos del Evangelio por el mero hecho de haber sido señalados también por Lutero.

LA UNICA REFORMA

Hemos podido revisar nuestras posiciones sobre Lutero gracias a que, bajo la agitación y turbulento dolor de estos cuatro siglos, ha ocurrido como vena subterránea —silenciosa, serena, límpida— la fe en Jesucristo y la acción de su Espíritu en toda su Iglesia —ese Espíritu cuyo vigor no se halla coartado por las divisiones denominacionales. Es esta vena la que parece ahora brotar impetuosa a la superficie. Todo sucede como si los hombres hubiéramos ya alejado demasiado, y, entrando en escena, Dios mismo hiciera oír su voz: "estábais hablando de mí pero no os oíais sino a vosotros. Callaos ahora para escuchar mi Palabra en el eco de vuestras propias palabras". Y quizás si en este silencio —semejante al que, según el Apocalipsis, precede a la apertura del séptimo sello— podamos comenzar a sentir que la variada y contradictoria dialéctica de las palabras humanas se convierte en la modulación sencilla de una Palabra de paz y de unión. Esta Palabra no ha abandonado nunca a su Iglesia. Pero tampoco ha sido acaparada enteramente por ninguno de los bandos mientras éstos se consideraban enemigos. Quizás si las oposiciones surgidas dentro de la Iglesia hayan sido necesarias para que nosotros, los hombres, no nos contentáramos con un Dios hecho a nuestra medida. Quizás sí, después de haber caminado largamente por la dureza de un desierto, habremos llegado ya a la cumbre de un monte Nebo desde donde se vean verdear las praderas prometidas y se pueda atisbar aquella ciudad "de la que Dios solo es el constructor" (Heb. 11:10). Pero queda todavía un largo camino por recorrer.

ANTITESIS DE LUIS ALBERTO CABRALES

Católico Nicaragüense

He leído, todavía con extrañeza, el artículo de un "jesuita revolucionario" en el que se da a entender que Lutero no fué lo que la Iglesia Católica ha venido afirmando que fué; que es necesario revalorizarlo, incluso no llamarlo "hereje", en resumidas cuentas que la Iglesia Católica, en artículos, sermones, libros y encíclicas ha calumniado al hombre que dividió al Cristianismo, con división funesta para la cultura de Occidente. No es hereje quien redujo los sacramentos a su antojo: es mártir el hombre que se amancebó con una monja; es digno quien azuzó a los príncipes alemanes a que saquearan las propiedades de la Iglesia; que tal vez es de izquierda cristiana quien se lanzó como un energúmeno contra la "revolución campesina" que consistió en arrebatar a los príncipes parte de la tierra por ellos robada; que es loable quien aconsejó exterminar como "perros rabiosos" a los siervos imitadores de los príncipes; que debemos los católicos revisar incluso lo que afirmaron los Papas. Porque estos "presbíteros revolucionarios" ya no aceptan la sabia sentencia: "Roma locuta causa finita est".

Ya había yo escuchado a otro "jesuita revolucionario", chileno para más señas, como éste otro, decir: "no es cristiano quien no está a la izquierda" con gran regocijo de mis entrañas, pues me acordaba que Cristo puso siempre a la izquierda a los herejes, réprobos, etc. Y a la derecha a los justos, y que incluso él mismo se colocó a la "derecha" del Padre. Esta es otra "revolución eclesiástica de izquierda" que causa, no puede más que causar, saludable risa por lo que no ha sido fulminada, y porque el Papado no procede aceleradamente sino con pausa. "Qui va piano va lontano".

Lo cierto es que la Iglesia está pasando una crisis, como tantas ha pasado, debido principalmente al clero que ha recibido un lavado de cerebro por los protestantes. La llamada revolución es acaudillada por aquellos que viven en países de mayoría protestante, y queriendo el confort, incluso genital, de los pastores, se han lanzado a querer protestantizar al clero romano.

Y es singular que lo más sustancioso del Concilio último es haber minimizado los poderes de los presbíteros, haberlos dejado entre la alta Jerarquía, que recibió poderes que antes competían al Papa, y los laicos, también fortalecidos. Castigo silencioso para quienes querían alzarse con el santo y la limosna. Digo para quienes querían, que son una minoría de una minoría, pero muy dados al ruido, al hacerse ver, a pavonearse, y a querer enmendar no sólo a los Obispos sino a los Papas mismos.

Aquí en Nicaragua presbíteros —muy contados— y laicos devotos usan a troche y moche el vocablo "revolucionario" como manera de alabar algún pensa-

miento o alguna acción, sin tomar en cuenta que todos los Papas, incluso el actual e incluso Juan XXIII, condenaron el método revolucionario, es decir, el método violento y rápido para cambiar algo existente en la sociedad, mientras que los Papas que lo han predicado con insistencia no es el cambio sino la renovación, la innovación, y conforme al pensamiento, siempre directivo, del Vaticano: "Nihil innovetur nisi quod traditum est", nada se renueve sino lo que ha sido transmitido. E incluso en el reciente Concilio eso se ha hecho; innovar, renovar, nada de revolucionar. Los que creen que allí se revolucionó algo han tomado el rábano por las hojas.

Es una esperanza el creer que quienes hablan de revolución tomen el término no en recto sentido sino en algo parecido y que está lejos de ser una revolución.

Por ejemplo, en Chile, el partido gobernante ha llevado por lema: "revolución en libertad" lo que constituye un contrasentido porque toda revolución lleva consigo la necesidad ineludible de la fuerza. Todas las revoluciones de la historia han sido hechas forzosamente. Y el mismo régimen chileno, al llegar a la realidad, saliéndose de la utopía, acaba de decretar "EL AHORRO FORZADO A OBREROS Y CAMPESINOS", con el consabido descontento de los mismos. Eso es lo que ha provocado en sus mismas filas, en cuanto a las adversarias, lo que consiguió es la unión de derechas con el comunismo, y hasta ha estado de tal modo, por decir así, "maneado", que es muy poco lo que ha creado de todo lo que programó en las elecciones, y hay que esperar el fruto de lo hecho para poder afirmarse que realizó un bien y no un mal disfrazado de bien.

El ahorro obrero y campesino no podía ser creado con un decreto sino con la creación de un "hábito" por medio de la educación en ese sentido, y no puede haber cambios de hábitos, ni siquiera adhesión a ideales sino lentamente, como todo proceso educativo. Porque se puede acelerar —y con perjuicio— la información, pero jamás la educación. El actual régimen chileno cayó en la trampa de su misma meta.

Esperemos, pues, un abrir de ojos de los bien intencionados pero infiltrados hasta en el lenguaje por el marxismo. Tan infiltrados que la mayor parte de las veces no se logra saber si quien habla es un marxista o un democristiano. Sólo teniendo conocimiento de la persona que habla se puede distinguir el católico del marxista. Lo que es tan lamentable como casi querer elevar a los altares al hereje más nocivo de la cristiandad.

INTERVENCION DE MARIO IVAN BURGOS C.

Protestante Nicaragüense

Estimado Profesor Cabrales:

Hay personas que como Ud., poseen un poder cuya fuerza no se puede medir ni controlar: El poder del Pensamiento y la Papalabra transmitidos al género humano o a un sector de éste, por medio del libro, la prensa y la Radio. Depende de su poseedor, dirigir en un sentido en otro su alud arrollador.

Me parece un poco apresurado tratar de juzgar la obra del Padre Lutero en unas cuantas líneas escritas al calor de un apasionamiento religioso que contradice con los esfuerzos de SU SANTIDAD, EL PAPA; que está haciendo esfuerzos sobrehumanos para reunir todas las sectas y si es posible, todas las religiones, que todas las ovejas se reúnan en un misPA; que está haciendo esfuerzos sobrehumanos para un redil "PARA QUE HAYA UN SOLO REBAÑO Y UN SOLO PASTOR". Y esto no lo dijo Ud. ni yo, fue enseñado y predicado por el Maestro Jesús.

No le parece, profesor Cabrales, que no hay motivo alguno para sacar a colación el hecho de que el padre Lutero haya convivido sexualmente con una religiosa? Por qué? Preguntará usted. Los hombres tenemos bastante mala levadura y todos cometemos errores, conste, tenemos que cometerlos para poder adquirir el precio de esa experiencia; si no cayéramos en esos errores seríamos espíritus puros y de ser así, Dios en la grandeza infinita de sus planes no nos hubiera hecho pasar por el eficaz crisol de este plano material, antes bien nos hubiera mandado a instalar un par de angélicas alitas a cada uno de nosotros. No es que defienda ni apoye al "HEREJE" por haberse casado con una Monja, sino que se trata de llegar al fondo del asunto para que cada uno lo juzgue y no con el fanatismo en la boca sino con la imparcialidad en el corazón. Supongamos que lo hizo para demostrarle al Vaticano que el Sacerdote es un hombre con sus glándulas viriles (que cumplen su función muy bien) en perfecto y lógico estado de funcionamiento, asimismo las religiosas. Para hacer o llevar una vida de absoluta abstinencia no es asunto de sólo jurar ante el altar de Dios, porque no se cumple; es necesario aprender por medio del estudio, la meditación y el entrenamiento, el control sobre su mismo cuerpo material y de otra manera no es posible lograrlo. Personalmente me consta que el Sacerdocio total no tiene ni la menor idea cómo hacerlo. Tal vez el Padre Lutero hizo suyas aquellas palabras del Maestro Jesús: "EL QUE SE SIENTA SIN PECADO QUE ARROJE LA PRIMERA PIEDRA" cuando se sintió atacado en, aquel entonces.

Sería mejor que lo juzgáramos por su obra y su alcance sociológico y espiritual. Supongamos que la obra de Lutero es una "HEREJIA"; entonces, cómo explicaría Ud. la enorme corriente Protestante que en los últimos años ha tomado un auge considerable en nuestro país? No habría por qué preocuparse si sus misioneros solamente consiguieran adictos entre los estúpidos y tontos, pero lo grave del asunto es que

una gran mayoría es de la clase media que tiene cierto grado de cultura y que pasaron por quién sabe cuántas torturas espirituales tratando de seguir el rebaño católico que no llenó sus aspiraciones lo suficiente como para mantener firme su creencia. En lo particular, nuestro pueblo es católico y en base de esto le pregunto: Es el nicaragüense católico por herencia o por convicción? con su conciencia en el plano lógico dígame: ES MAS VALEDERO UN CATOLICO DE HERENCIA O UN PROTESTANTE POR CONVICCION? Nuestro pueblo es aventurero, pícaro, burlesco, etc., pero con las cosas del más allá es miedoso, no le gustaría provocar la ira divina si errara y por eso aquel que traspasa esa barrera de inercia religiosa, bien merece que se le respete, porque ha de tener la firme convicción de que el fundador de la secta tuvo sus motivos y sus causas en aquella época en que las indulgencias se compraban por docena, por cienes o por millares según el bolsillo del comprador.

Por último, profesor Cabrales, si el Santo Padre estuviera de acuerdo con usted, no estaría tratando de unir sectas y religiones en un todo, ni habría dicho que todos los caminos conducen a Dios, ni diría "NUESTROS HERMANOS, LOS PROTESTANTES". Para su conocimiento, la emisora ONDAS DE LUZ en un bello gesto de humildad y acercamiento, estuvo publicando sin comentarios, los puntos más importantes de la última Encíclica "EL PROGRESO DE LOS PUEBLOS". Lo buena no puede hacer pactos con lo malo. Dios no congenia con el Diablo.

A mi modo de ver, sería mejor que Ud. reuniera un grupo de Catequistas y se lanzara a la calle con ellos, como hacen los "HEREJES PROTESTANTES" a volver a abrir ese libro ya polvoso y sucio y que es el mejor legado del cielo: LA BIBLIA. Y si la corriente Protestante sigue arrastrando adictos, cambiemos esos viejos y absurdos conceptos, no permitamos que alguien acepte bajo juramento y con nuestra anuencia, la religión impuesta desde el nacimiento de una criatura que todavía no ha aprendido las cosas más esenciales del plano material. Si el Dios que actualmente adoramos, es vanidoso, sangriento, iracundo, vengativo, etc., y tiene todos los defectos que precisamente nosotros tratamos de corregir para ser perfectos, cambiemos a ese ídolo que ya no nos sirve y en su lugar coloquemos al verdadero Dios que sabe perfectamente que el prisma egoísta de la maldad humana, ha cambiado en multitud de facetas, el rayo purísimo de su sacrosantísima luz.

Vale la pena. Medítelo.

SINTESIS DE CABRALES

Mi pasado artículo sobre Lutero ha sido comentado por un señor que a veinte leguas a la redonda huele a hereje. Sólo se refiere a la unión que busca el Papa Paulo, y al amancebamiento de Lutero con una monja.

Con respecto a la Unidad, es muy ingenuo el protestante si cree que la Iglesia Romana va a dejar en el camino algún dogma o alguna prescripción moral declarada excátedra. Nunca se ha visto esto ni se verá. Este sentimiento protestante de que la Iglesia Romana hará unas componendas como las que hacen los protestantes entre sectas y sectas, fue no hace mucho evidenciado por la declaración del conocido obispo anglicano: Dijo con otras palabras, cito de memoria: "Cómo habla el Papa de unidad cristiana y acaba de declarar dogma la Asunción de la Virgen? " Estaba pensando el iluso en que Roma iba a poner de lado a María, Madre de Cristo.

Esa ilusión es presuntuosa, sobre todo esta inquina insidiosa contra la Virgen María, que a no dudarlo es un signo diabólico. En una palabra: los protestantes para ser recibidos como huéspedes del Vaticano, pueden llevar todos los errores y odios de que son posesos. Pero para entrar en la Unidad deben despojarse de ellos. Sólo así pueden ser miembros del único rebaño con único Pastor, quien aquí en la Tierra es el Obispo de Roma, como representante de Cristo. No puede haber unidad sin unidad de doctrina. Lo que puede haber es UNION para presentar un solo frente al ateísmo, lo que es otra cosa. Por ello lo más posible es la UNIDAD con quienes han conservado la jerarquía eclesiástica: la Alta Iglesia Anglicana y la Iglesia Ortodoxa. Así, pues, yo no estoy en contra de "los esfuerzos sobrehumanos del Papa Pablo". Y creo que una muestra de buena voluntad que pudieran dar los protestantes es abandonar su actividad de catequizantes en los países cristianos, sobre todo en los romano-católicos, e ir a los países pagados. Lo que con ello hacen es desparramar, ir contra la sentencia de Cristo, sentencia autoritaria y totalitaria en el buen sentido de estas palabras: "Quien no está conmigo está contra Mí, y quien conmigo no recoge, desparrama". Los protestantes están recogiendo por aparte.

Además no hay nada de nuevo en las palabras de Pablo VI. Siempre ha sido sostenido por la moral católica que los herejes de buena fe pertenecen al Alma de la Iglesia, aunque no al Cuerpo. Lo nuevo es que se haga hincapié en esto en la actualidad. La Iglesia Católica pone de relieve sus verdades, según las circunstancias, y es al Papa y a los Concilios a quienes corresponde la línea a seguir.

En cuanto al amancebamiento de Lutero, no es tanto que se haya amancebado, sino que haya predicado correcto el amancebarse sacrilegamente. Lo más importante no es el pecado de la carne, sino el pecado del espíritu. En cuanto que para comprenderlo podríamos pensar que lo hizo para demostrar que los sacerdotes tienen al día sus hormonas, no pasa de una ingenua suposición. El Papa estaba cierto, y todo mundo en esa época, que los sacerdotes tenían demasiado al día sus hormonas, y precisamente disciplinar el instinto sexual era o es lo que la Iglesia aconseja, y no darles rienda suelta, como hizo Lutero.

El señor protestante dice, para instruir a los sacerdotes católicos, que puede domarse la carne por

medio "del estudio, meditación y entrenamiento". Pero éstos sonreirán, porque los sacerdotes, y laicos practicantes, saben que son otros los medios para lograrlo, que son los medios sobrenaturales: plegaria frecuente, penitencia, eucaristía, medios para obtener la Gracia divina, y poder vivir la vida sobrenatural, en todo sentido. La vida católica es vida sobrenatural.

Pero donde asoma sus largas orejas de hereje es cuando pregunta: "Es más valedero un católico por herencia o un protestante por convicción?"

Contestamos: El hecho de bautizar a los niños, según la doctrina católica, es para librarlos, cuanto antes, del pecado original, para hacerlos vivir una infancia pura y sin pecado. Esta operación espiritual en nada constriñe para que, ya adultos, puedan —si son ignorantes de su religión— aceptar otra, aún no cristiana.

El protestante también lo es por herencia, ya que desde niños los llevan a sus templos, les enseñan que su secta es la iglesia verdadera, y así crecen en la fe que sus mayores les han heredado. Pueden desde luego abandonarla, tal como los católicos adultos. Los protestantes que admiten el bautismo y lo administran a los ya adultos no impiden que esos bautizados escojan más tarde otra religión. Millares de esos han pasado y pasan a la religión católica, entre ellos personajes sabios y aun pastores. No hay, pues, diferencia entre uno y otro bautismo en cuanto a la herencia, y en cuanto a la libertad de escoger otra religión distinta de aquella en que fueron bautizados niñitos o adultos.

Pero el católico tiene la convicción de que aquellos niños que mueren en la niñez ya bautizados, gozan de una temprana salvación de sus almas. Los verdaderos cristianos se resignan a su pérdida, y aun se alegran con alegría espiritual profunda, y la Iglesia se viste de blanco en sus exequias. Los protestantes que creen en el pecado original no tienen esta resignación y alegría.

Mí contendiente no hizo mención del caudillaje de Lutero en el saqueo de las propiedades eclesiásticas, y en el asesinato en masa de los revolucionarios del campesinado siervo.

Así creo, no hay dificultad en enjuiciar a Lutero y a todos los males que trajo su apostasía, comenzando por las sangrientas guerras de religión, guerras que no hubiesen ocurrido si Lutero hubiese trabajado para la reforma de la Iglesia como lo hicieron San Francisco, Santo Domingo, San Ignacio o Santa Teresa. Es decir acatando a Roma, al Papa. Razón tuvo Carlos V de abdicar la corona imperial e irse a Yuste a hacer penitencia. "Perdóname, Señor —decía— tuve a Lutero en mis manos y no lo hice decapitar". No hay duda de que hubiera sido una muerte muy oportuna.

Y aquí punto final, pues estoy muy atareado escribiendo mis recuerdos políticos que vendrán a complementar en parte, lo que hubiesen olvidado o caído, tanto el general Chamorro como el doctor Cuadra Pasos, sobre todo aquello que sucedió sin que el pueblo lo supiese. La trastienda.

LA INQUISICION EN CENTROAMERICA

SIXTO ALBERTO BONILLA
Historiador Guatemalteco

El Tribunal de la Inquisición ejercido en Guatemala por los familiares del Santo Oficio, era una dependencia del Tribunal de la Nueva España y tenía a su cargo la tramitación de las denuncias e iniciación de los procesos, con los cuales daban cuenta para su estudio y resolución, al Tribunal Superior establecido como queda apuntado, en México. En vista de radicar en Guatemala la Real Audiencia y tratando de evitar las demoras y dificultades que ofrecía una larga distancia para la remisión de los reos y tramitación de los procesos, se pensó en la creación de un Tribunal en Guatemala, abarcando en su jurisdicción, a las Provincias de Centro-América y, al efecto, en el año de 1738 se dirigió una instancia ante el Consejo de la Inquisición en México, a nombre de la Iglesia de León, Nicaragua, y de la capital de Guatemala, a fin de obtener la creación del mencionado Tribunal Centroamericano. Las razones invocadas en el Memorial, eran las siguientes: "La enorme distancia que había desde algunas partes del reino de México; la tardanza de los correos; las pocas facultades de los comisarios; la extraordinaria demora en la tramitación y resolución de las causas; que la Audiencia era pretorial y obraba con absoluta independencia de la de México; que en la ciudad de Guatemala había catedral Metropolitana con tres sufragáneas, Casa de Moneda, etc. Se proponía que los prebendados fuesen inquisidores; de esa suerte, se decía, se ocurrirá a los inconvenientes que se pulsan por no haberse fundado hasta ahora en aquella capital, este Tribunal; se castigarán los delitos que se perpetraren, sin las demoras y dilaciones que se experimentan —se evitará el peligro de la fuga de los reos— quedar más condecorados estos empleos por recaer en prebendados de aquella Metropolitana, concluyendo por ofrecer que la ciudad costearía las casas del Tribunal y que de sus propios fondos suministraría lo necesario, hasta completar los gastos que demandase la creación del Tribunal".

Años más tarde, don Francisco Vega presentó en Madrid, en 26 de enero de 1776, un largo memorial, para pedir que se fundase un Tribunal del Santo Oficio en Guatemala, pero en el Consejo de Indias, en 9 de septiembre de ese año, considerando que la instancia no tenía los requisitos necesarios, como ser el consentimiento del Obispo y Arzobispo de la ciudad, el de la Inquisición de México "a lo que se jun-

ta que en Provincias de mayores distancias están sujetos al de México" y en tal sentido, se negó rotundamente la instancia.

Existe en el Archivo General de la Nación datos muy valiosos sobre el funcionamiento del Tribunal de la Inquisición en México, en conexión con el Tribunal establecido en Guatemala, especialmente en lo que se refiere a las causas instruidas, entre las cuales puede anotarse como célebre, dada la categoría del procesado, la que se instruyó en Guatemala el año de 1728, al señor Fiscal del Santo Oficio, Joseph de Villalobos de la Compañía de Jesús, Calificador de dicho Tribunal, Morador del Colegio de Guatemala, acusado por solicitante. Esta causa fue presentada al Tribunal de México, el 23 de junio de 1733 y en los autos aparece como encabezamiento, lo que sigue:

"El Inquisidor Fiscal ha visto las denuncias que han sobrevenido contra el P. Joseph de Villalobos, Rector actual del Colegio de la Cía. de Jesús de Guatemala y calificador de este Santo Oficio y de ellas resulta aver solicitado para cosas torpes a Manuela de los Reyes —una vez en confesión y varias veces en confesionario con simulación de confesión— y a Manuela Rita de Cuernavaca solicitó así mismo para cosas torpes ocasione confesione y le dio varias peccos óculos extra confirmación —estas dos y la de Thomasa de los Angeles que está referida con el antecedente escrito son verdaderamente solicitudes— formales comprendidas en el edicto General y Bula Universitaria Demonei gregio a que se añaden otras que aunque no son tan claras ni tan graves manifiestan bien el abuso que el dicho Presbítero ha hecho del Santo Sacramento de la Penitencia y sagrado lugar en que se administra, de donde se dexa conocer que siendo este sujeto comumente tenido por de mucha literatura y virtud, avrá causado gravísimo daño a muchas mujeres que por ser en lo común sencillas y ignorantes, le creerán como oráculo".

Se desprende de los datos anteriores que el Tribunal establecido en Guatemala, fue hasta la extinción de esa institución en México, una dependencia del Tribunal del Santo Oficio de la Nueva España, habiendo fracasado las instancias hechas para establecer un Tribunal independiente con jurisdicción en las Provincias de Centro-América.

EL POETA DE LAS PASTORELAS

RAFAEL HELIODORO VALLE

Ensayista Hondureño

Una noche de la Pascua, toda enlucrada y balsámica, a orillas del Pedregal en Honduras: es así la poesía de José Trinidad Reyes, el santo Presbítero Veo danza a los pastores, los reyes y los niños del pueblo, al son de un rabel antiguo, mientras las luminarias despiertan a los gallos y las mujeres apresuran la cena bajo las enramadas.

Reyes tiene en la tierra de los pinos y de los montes azules, la importancia de Cadmo entre los griegos o de Quetzalcoatl en la América precolombina: es uno de los hombres que aparecen en la tierra, en los crepúsculos lentos de la civilización, para enseñar cantando. Una canción, una somisa y un corazón de rosa fresca: tal fue.

Es él el primer poeta-centro de la cronología y de la crítica —de que habla la antología de Centro América. Fundó la primera Universidad de Honduras, introdujo el primer piano, escribió el primer libro didáctico— unas lecciones de Física— y está vinculada su gloria a la de la primera imprenta. Es un "pioneer" de América.

Sus pastorelas —o pastorales— que por el servicio social que prestaron y por el género de misticismo de su poesía emparentan con los ancestros españoles y con Sor Juana Inés de la Cruz, son las raíces muy hondas con que sigue prendido al alma dolorosa de su pueblo. Los pastores se reúnen, en el tablado de la farsa, a festejar el onomástico de Susana o de Rubenia; el vino niña; y de pronto la conversación se suspende porque alguien —un ángel viajero— ha llegado hasta la cabaña con la nueva de haber nacido el Mesías. Y he aquí cómo, por gracia del poeta, el cumpleaños de la pastora se convierte en un onomástico del mundo. La zarabanda rusticana se interrumpe al cumplirse la profecía y van todos, con la miel del panal y el vellón de la oveja, a ponerse de rodillas a los pies del Rey que ha llegado, dándole así realidad a un episodio que el vitral reproduce en colores y la pastorela en cánticos. Así, el poeta ya puede retirarse del mundo, porque ha cumplido con su magisterio de nombre de bien: la poesía no es entonces un vano ejercicio, sino un servicio humano, una dádiva al alcance de todos los que anhelan escuchar con claro acento los mensajes del más allá.

Pastoral o pastorela, poesía bucólica cantada, zarzuela bucólica o pastoril, farsa pascual; sea como la quieran llamar los hombres de letras, era el asomo aural de la poesía en aquellos montes tristes que aún reproducen en suaves ecos el dolor y el amor de las baladas con que los pueblos se entretienen. El docto Presbítero aprendió en Nicaragua a escribir, a la sombra del león que vigilaba el despertar intelectual de la ciudad que lleva por blasón a la riera de San Marcos; familiarizado con los maestros de la cultura latina y habiendo ensayado a cantar en el bosque del Siglo de Oro, estuvo más tarde en el Con-

vento de la Recolección de Guatemala, volviendo después a su Arcadia edénica, a su Hircanís feliz en donde había también leones que se amansarían —como en el mito— al son de sus versos que aún trascienden a lo que el rocío cuando pasa entre las resedas.

Médico de almas, sanó tristezas que parecían incurables; enseñó bajo el influjo de la melodía, y hasta pudo hacer que los pastores de verdad, las gentes que le creían ciegamente, tuvieran mejores cosechas y seleccionaran la mejor uva de su vino. Neitalia o Rubenia, Zelfa o Noemí, hadas bienhechoras, tejen corona de clavel joven y riegan —como en la tumba de Verlaine— lo que Rubén Darío quiso: el rocío, el vino y la miel.

En el albor de la mañana y en la suave hora del ángelus, sube de pronto el canto, y a los humildes se les enciende una luz:

Con agua de la fuente
me lavé bien las manos;
marchéme al huetecillo
en donde fui cortando
las flores más hermosas,
sin herirles los vástagos.

El poeta de las pastorelas ha de servir mientras el roble que él decoró en la corteza sirva para que el jinete campirano amare su corcel bronco; o hasta que la leche de la majada, borbotando palabras de Virgilio, acabe de hinchar las cubas. Los pastores llevan nombres de la Biblia, pero se les conoce que son mujeres del trópico por la manera de andar y de expresarse, por los problemas que resuelven, por los ojos de obscuridad que a ratos se antojan "los ojos de agua" en que las vacadas sitibundas se sacian. Hay relámpagos en la lontananza, luces misteriosas que vuelan, y es en ese espectáculo de nuestra montaña en donde el poeta purificó sus versos con sólo poner oído atento al aire que pasa moviendo los pinares. Y en los huertos que se cunden de flor al pisarlos el pie de nácar del alba, cada arbusto lanza el grito de la Primavera bajo la luna nueva de diciembre.

Héroe de la vida, maestro de la felicidad, José Trinidad Reyes alza su figura, grave y paterna, en la plaza pública de su ciudad natalicia, de su Tegucigalpa que rodean los mismos montes con neblina que embellecen el fondo de sus pastorelas. Yo me he quedado largamente, viéndolo, a la sombra de unas acacias centenarias, que cuanto más se desnudan en los vientos decembrinos estallan en la maravilla ardiente de sus corolas fúlgidas. Canta aún el poeta, y su canto sencillez dispersa música que los labios del pueblo han prolongado, y mientras la farsa concluye en el patio en que bajo toldos, se improvisan las fiestas de la Navidad, las pastoras le ciñen la testa con el clavel de Santa Lucía en que la tierra hace reventar, sumisamente, el íntegro homenaje.

LA MENGALITA NICARAGÜENSE

Periodista Nicaragüense

HERNAN ROSALES

DE ARMA! y el JOSU MAJO, QUE ATREVIO EL RESALAO!

El sol ha concentrado la pasión de sus rayos en vuestros ojos, oh mengalitas de mi tierra, vírgenes del trabajo, que rebosáis en todo momento ese júbilo interior que se ilumina en las muchachas de los cuadros de Rubens; que tenéis en vuestras bocas la miel de los alcoces, y en vuestro corazón el pan y vino de las felicidades del hogar.

La vida de Nicaragua no se concibe sin ella; al pensar en Nicaragua, fuera de aquí quien quiera que la conozca, saltan a la memoria tres cosas: la apacible luna de los lagos, el triste dorado que rosaba en las jícaras blancas, y el tipo criollo de la mengalita.

Mentira que en otros lugares de Centroamérica existan mengalitas como en Nicaragua. Bien pudiera haberlas en algunos lugares, en cuanto a condiciones, pero nunca con la esencia y presencia de las nuestras.

Es por eso que ante la fama que ha cobrado por allá, se duda que exista tal como la pintan y la elogian. Y entonces, en las horas cordiales que pudieran comentarlas hablan de ella, no como si se tratase de un ser real, que viva y triunfe por sus populares gracias sino como algo típico que ha creado el poema de la mentalidad nicaragüense.

José Santos Chocano, el poeta de América, me decía en una ocasión, mientras departíamos en el parquesito de Minerva: —Hay en Managua, la capital de su tierra, un paseo de alma tropical como éste; Exhibición de hojas variadas y circulando de árboles frutales, propio para ser palestra de emociones; allí gustaba de sentarme cuando estuve, hace ya muchos años, con el sólo objeto de ver pasar a las mengalitas espirituales, a ese tipo de mujer nicaragüense cuyo estilo y gracia, sólo son privilegio de su país, como la manola en España.

Cierto: el tipo de la ardiente chula andaluza, cuyos nervios son el cordaje eterno en que vibra el alma española, se saluda por los rayos del sol con las pupilas de nuestra mengalita.

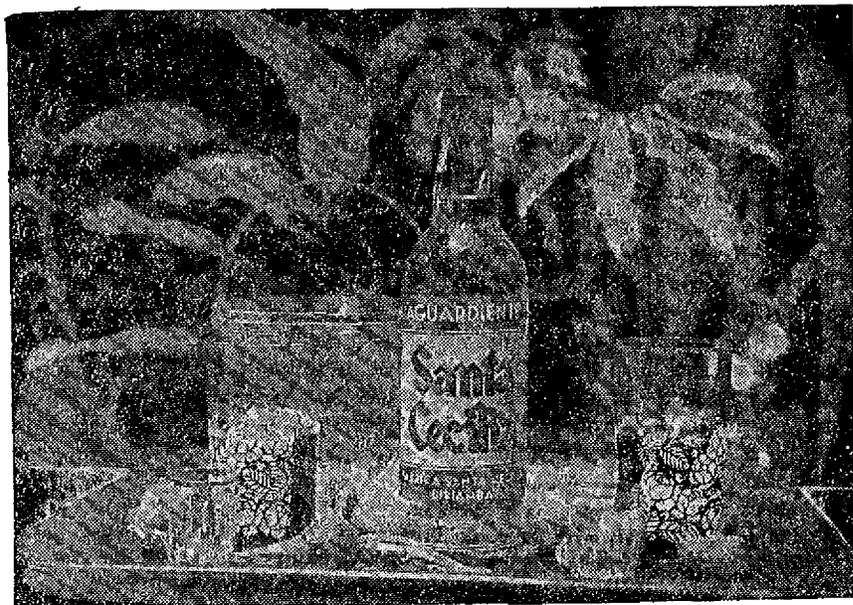
El atavismo de la sal y de la sangre en nosotros —por algo fuimos conquistados por andaluces— nos dejaron aquella frecuente sensibilidad y aquella alegría que tanto se parecen al florecer de los claveles en los rojos cármenes de la roja provincia.

Así se entiende que la mengalita sonría, ante la inefable e inmortal costumbre del ¡ADIOS LINDISMA! ¡ADIOS MAMITA, ME LLEVAS? Porque en Sevilla también, como dice Blasco Ibáñez, es espíritu y sangre de la vida andaluza el eterno ¡MARECITA

Alegre su Mesa y Deleite su Paladar

CON

Santa Cecilia



DE CALIDAD INALTERABLE!

LA PRIMERA GOBERNADORA QUE HUBO EN AMERICA

VIRGILIO RODRIGUEZ BETETA
Historiador Guatemalteco

El 9 de Septiembre de 1541, acontecía en cierto remoto lugar del Continente descubierto medio siglo antes por Colón, una insólita ceremonia que, a buen seguro de haber habido en aquel entonces teléfonos, telégrafos, cables, radiogramas y demás chismes de la vanagloria internacional, hubiera metido tanto ruido en el mundo como el viaje feliz del "Spirit of Missouri" o las ideas y venidas del "Orgullo de Detroit". En aquel día cuando New York no pensaba ni siquiera en nacer, Lima se desangraba con las atíocas conspiraciones de los Almagros y Pizarros, y Buenos Aires surgía apenas entre las brumas del Plata por la energía milagrosa de Pedro de Mendoza y sus sucesores, poníase un reino del Nuevo Mundo en manos de una mujer a quien se le acordaba el título de Gobernadora. Es la primera vez que una mujer dirige los destinos de un pueblo en América! Y conste que en aquel tiempo aún no habíamos llegado a la "falda pantalón", las sufragistas, el divorcio automático y Madame Kollantay. Pero bastaba con que ya varias mujeres se hubieran sentado en el trono de los reyes europeos durante la menor edad de los herederos, a despecho de la célebre doctrina del artículo sexto, título 62 de la ley Sálica. Sin duda el gran ejemplo de Isabel la Católica era el que mejor hería las retinas de los buenos conquistadores de Guatemala al decidirse, tras reñida discusión, a elegir Gobernadora, por muerte de su esposo, a doña Beatriz de la Cueva y Arburquerque, noble señora de los más altos linajes españoles venida pocos años antes con catorce damas de corte, todas de esclarecida estirpe.

Ello fué aquella tarde, mientras el cielo descargaba constantes aguaceros sobre la modesta metrópoli, fundada apenas hacía catorce años pero llamada desde un principio muy noble y muy leal Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, tenía lugar en el amplio palacio de Alvarado la extraña ceremonia de la coronación de la Gobernadora. El Cabildo en cuerpo se hallaba presente y notificó a doña Beatriz que, conforme sus deseos e intimaciones, se había dispuesto reconocerla por Gobernadora con motivo de la muerte de su esposo. Ella aceptó el cargo, jurando desempeñarlo fielmente sobre la cruz de la vara de la gobernación; prestó la fianza de ley y firmó con los presentes el acta respectiva. Mientras tanto llovía mucho, una densa niebla envolvía la ciudad y hasta dejábase oír de vez en cuando del lado de los volcanes vecinos sordos bramidos de esos que anuncian en estos países la proximidad de las desgracias.

Don Pedro de Alvarado Mesía y Contreras, uno de los más célebres conquistadores del Nuevo Mundo, y el que, sin duda, abrigó los planes más vastos y ambiciosos entre todos ellos, era no solo un guerrero-rayo y huacán sino un enamorado ídem. Habiéndose marchado a la Corte de España, después de realizar la admirable hazaña de la rápida conquista de los tres reinos de Guatemala, a sincerarse, entre otras cosas de los cargos que sus enemigos y rivales hacían contra él, pero quizá también con el secreto designio de "tomar estado", buscando para consorte una dama linajuda y bien emparentada que sumara a los suyos personales, los prestigios de la sangre y la Corte, dio con su real persona en la Corte de los reyes. Y digo real, porque aunque no pertenecía por parentesco a la realeza, pertenecía a ella por lo mejor y más inseparable de natura: su belleza física, tan famosa como la fuerza de su brazo y el valor de su hazaña. Como que los indios mexicanos, desde que tuvieron la mala suerte de conocerlo, lo apellidaron Tonahitú, el hijo del sol. ¿Por su hermosura? ¿Por su fiereza? No ha podido deslindarse. A mí se me figura, después de contemplar los más antiguos retratos que del héroe se conservan (el que trae "México a través de los siglos" y que es copia de uno que existía en el Palacio de los antiguos Capitanes Generales en la primera ciudad de Guatemala), que quizá el alias se originó de los luegos bigotes rubios ya que los indios de entonces y los de ahora y aún el común de los mortales no pueden convencerse de que el señor sol no tiene bigotes, ojos y boca.

Ello es que la apostura, fama y audacia de don Pedro lo hicieron presto adueñarse del corazón de dos de las más lindas y célebres mujeres de la Corte, dos sobriñas de los Duques de Albuquerque, dos hijas de Juan de la Cueva, señor de señores y emparentado con lo más preclaro de España. Con doña Francisca, la hermana mayor, se casó don Pedro y casado se vino a Guatemala, con tan mala o tan buena suerte, que al pasar por un puerto de México la esposa se le enfermó y en unos pocos días entregó su alma a Dios. Don Pedro sin desalentarse, o quizá doblemente alentado, decidió acto seguido adueñarse de la hermana menor, doña Beatriz, con la que, en un nuevo viaje a España pocos años más tarde contrajo matrimonio, viniéndose esta vez directamente para Guatemala. El horror a pasar por los puertos de México se explicaba: ya no había una tercera de la Cueva de que echar mano en caso necesario.

Don Pedro acariciaba, según he insinuado, colosales proyectos. Había conquistado Guatemala, El Salvador y parte de Honduras, pero todo esto le parecía poco. Había sido el segundo en fama entre los conquistadores de México, el brazo derecho (nada menos) de Hernán Cortés. Pero esto era poco también. En el interim de sus dos casamientos, siempre incansable había hecho construir una armada de doce barcos en el mar del Sur y se había lanzado con ella formidablemente a disputarles su imperio a los Almagros y Pizarros. Tras una épica jornada, digna de los héroes de Homero, había tenido que transarse y liquidar los restos de su ejército en las llanuras de los más agresivos Andes. Pero nada bastaba a saciar su sed. Soñaba con emprender la conquista del mundo desconocido. Quería irse a las Islas de la Especiería, que desvelaban los sueños de los más audaces. Algo más: yo creo que quería hacer de Guatemala, situada en el Centro de América, la capital del imperio español del Nuevo Mundo. Quizá hacerse el Rey de los vastos dominios del sol permanente. Y para eso traía por consorte a una princesa y con ella catorce de las más bellas y linajudas damas españolas. Una corte digna de tan gran rey.

La mala suerte sin embargo no correspondió a sus audacias. Fiel siempre a sus deberes de soldado y español, por humilde que fuera el campo de batalla que lo llamara, y por casual que fuera el llamamiento, cuando marchaba con una nueva formidable escuadra camino de la Especiería, después de ajustar espléndidos convenios con el Virrey de México, don Antonio de Mendoza, fué excitado a acudir en auxilio de un miserable grupo de españoles que se hallaba en grave apuro defendiéndose contra los indios en un risco de Nueva Galicia. Allí en el peñón de Nochistlán, encontró la más rastiera muerte el señor de los sueños imperiales, arrollado por el caballo de un compañero que huía. Célebres palabras legó a la posteridad aquel hombre sobrehumano, en su última hazaña. Cuando arremetía a los indios, al frente de sus hombres, y los iba empujando hacia atrás, poco antes que el caballo del Secretario Montoya dispusiera cortar el hilo de sus días con el rodar más prosaico y afrentoso, animaba a las tropas diciéndoles: "Esto ha de ser así", y apeándose de su caballo emprendía el ataque a pie y espada en mano. Poco antes, ante lo formidable del peligro, al decidirse a entrar en combate con los indios, bien parapetados y en número cien veces superior, dijo estas resonantes palabras: "Ya está echada la suerte: en el nombre de Dios, a marchar amigos. Cada uno haga su deber, pues a esto vinimos". Viendo correr a Montoya, desahogado sobre el caballo, lo increpaba: "Sosegaos, Montoya, que los indios parece nos han dejado", y luego maltrecho por tierra, bajo el arrollamiento del caballo: "No es bien que los indios conozcan mi peligro", haciendo al mismo tiempo, que le quitaran la armadura y se la pusiera uno de los Capitanes, para que el combate continuara. "Ya lo sucedido no tiene remedio. Esto merece quien lleva hombres consigo, como Montoya", pero lo más memorable fué momentos antes de morir. Llevado en brazos de sus compañeros a un rancho cualquiera y luego a

una aldea, exclamaba, cuando le preguntaban que era lo que más le dolía: "El alma". ¿Arrepentimientos? ¿Amor? ¿Suprema e inútil filosofía con que toda vida grande en la tierra se clava el "Inri" fatal a la espalda.

La noticia llegó tardíamente a Guatemala, en donde la hermosa doña Beatriz de la Cueva lloraba la ausencia del gran caballero.

La esposa llevó al extremo sus demostraciones de dolor. Hizo traer de los montes vecinos una especie de betún negro, con el cual fué barnizado de luto el palacio. Se dolía a gritos de su pena y cuando alguien queriendo consolarla, le decía que no había que rebelarse ante los designios del Altísimo, exclamaba que Dios no podía haberle deparado mayor desgracia.

Todo este dolor no tuvo que ver con los deseos de ser Gobernadora, como que hace tiempo el afán de mandar existe sobre la tierra y anda profundamente en los corazones. ¿Qué cosa más natural que un corazón tan tierno y enamorado quisiera también saborear las delicias de reinar en el corazón de sus convecinados? Doña Beatriz, como ya dije, se hizo nombrar Gobernadora, a pesar de la resistencia de algunos bravos Concejales que, como Gonzalo Ortiz, se opusieron tenazmente al nombramiento e hicieron razonar su voto negativo. La tarde aquella en que el Cabildo fué a comunicarle su nombramiento, en presencia del Obispo y de los grandes señores de la Corte, hubo al final de la ceremonia, en el momento de firmarse el acta, un detalle que resultaría divertido si no estuviéramos en instantes tan patéticos.

La nueva Gobernadora firmó: "La sin Ventura doña Beatriz", y como quien tiene de pronto una feliz inspiración, no bien había puesto la última palabra mojó fuertemente la pluma y de un solo trazo borró su nombre, doña Beatriz, dejando sólo el apelativo de la sin Ventura, forma en que, dijo, quería que se le llamara en lo de adelante. Ya tenemos pues, reina y sobre nombre con que el mundo ha de conocerla.

El pueblo, que no entendía de estos caprichos y usanzas reales, murmuró en voz baja y calificó de grave blasfemia el rasgo de su soberana.

Entre tanto, las lluvias incesantes continuaban y los ánimos estaban sobresaltados. El Volcán de Fuego hacía sentir sus rugidos, de vez en cuando. A la pesadumbre de la muerte del gran caudillo protector providencial del puñado de náufragos valientes y felices arrojados a aquel rincón del mundo, se sumaba el malestar producido por la actitud ambiciosa de doña Beatriz y el terror que sus manifestaciones extremas de pesadumbre, causaban.

La ciudad había sido fundada al pie de tres volcanes. Fueron ellos hermosos, esbeltos, adorables, los que sin duda más impresionaron la imaginación andaluz y extremeña de los conquistadores. Cuando, tras las fatigas de una lucha cruenta de reconquista iniciada a raíz de la fundación del primer ensayo de ciudad en la Corte misma de los reyes cachiquestes, por todos los señoríos y tribus indígenas del país, a quienes rápidamente había sometido en una carrera vertiginosa de sangre, crímenes y triunfos don Pedro de Alvarado, llegaron los españoles a presencia del Valle de Almo-

longa, a presencia de aquellos tres volcanes, su alma respiró las esencias de una nueva vida. "De aquí no hemos de pasar", se han de haber dicho. De todo había: una llanura florida, aguas que brotaban por todas partes, cielo de azul imposible y volcanes que colmaban las bendiciones del panorama. Colinas siempre verdes, clima dulcísimo, ambiente como una ánfora de nardos, volcada.

Y una tarde, el 22 de noviembre, hoy hace cuatrocientos años, los conquistadores en ruidoso galope, hicieron su triunfal entrada a aquel lugar paradisíaco. Desplagadas al viento las banderas, atronantes los aires con el ruido de las músicas bélicas, el piafar impaciente de los caballos y el centelleo de la luz azul sobre las armaduras, los cascos y los morriones, se oyó la grave voz de Jorge de Alvarado, Teniente de don Pedro, que clamaba: "Asentá Escribano, que yo por virtud de los poderes tengo de los Gobernadores de su Majestad, con acuerdo y parecer de los Alcaldes y jidors que están presentes, asiento y pueblo aquí en este sitio, la Ciudad de Santiago, el cual dicho sitio es término de la Provincia de Guatemala".

Pasaron catorce años. La ciudad se había improvisado en pequeña pero bonita Corte. Tres o cuatro iglesias, macisas y elegantes. Varias casas hechas y derechas. Un palacio del Gobernador. Una corte formada por quince o veinte mujeres de las más lindas y nobles de España. Huertos deliciosos la rodeaban, sembrados de viñedos y olivares. Deslizábanse aquí y allá arroyos de aguas purísimas y los opriscos de ganado alegraban las llanuras y los montes vecinos. Dios había puesto bastantes tesoros en el mejor de los paraísos.

Pero, en esos momentos, la ciudad sentía cernirse sobre su cabeza los aletazos de una catástrofe. Los españoles cuando fundaron la ciudad no sabían una leyenda indígena: que en la cumbre del Volcán de Agua está enterrado el más ilustre de los reyes Maya-quichés, llamado Q'icab el Grande y que Q'icab había predicho que cuando su nación hubiera perecido a manos del extranjero, su cadáver la vengaría.

El agua del cielo no cesaba. Las calles iban inundándose y de repente venía el rugido del volcán como una manada de leones que se aproximaba y se retiraba sucesivamente. El Volcán de Agua, de suyo maravillosamente simétrico, elevándose sobre la ciudad no dejaba ver sino sus pies colosales. Todo él estaba envuelto en densa bruma. El Volcán de Fuego, con la cabeza descubierta, se estremecía a ratos, y escupía gruesas llamas.

Era el 10 de Septiembre, dos horas después del anochecer. Todo el mundo se disponía a irse a la cama, con el rezo en los labios y la zozobra y la tribulación en el alma. De pronto un ruido sordo y espantoso...

El primer volcán lanzó a lo más alto del cielo, como desafiando a Dios, su penacho de fuego. La tierra se estremeció profundamente, como la mano de un niño sacudida por un gigante. Las casas se movieron como olas de un mar. Luego el ruido que se aproximaba cada vez más impetuoso, estalló como un grido, sobre la crugiente ciudad; era una inmensa ave-

nida de agua sucia, que descendiendo desde los flancos del otro volcán, arrastraba en su furioso despeñamiento, piedras, rocas, árboles, pedazos enteros de montaña. Parecía que el monstruo se estuviera arrancando las entrañas y lanzándolas a la tierra entre la avalancha de su propia sangre hirviente.

El Palacio de doña Beatriz, las iglesias y las casas mejor construidas se bambolearon "como corchos sobre el agua", al decir de un cronista ocular. Al escuchar el ruido, la Gobernadora, asiendo entre sus brazos a la tierna Anica, hija de su esposo, de cinco años de edad, se lanzó despavorida sobre las escaleras llamando a sus doncellas. En su terror solo tuvo una idea: acudir a la capilla en lo más alto del Palacio, en donde un gran crucifijo alzaba sus dos brazos. Llegando al adoratorio seguida del grupo trágico de las damas, transidas de espanto y desesperación, se lanzó a los pies del crucifijo, bañándolos con cálidas lágrimas. Todas sus damas la imitaron.

Lentamente, en una mueca amplia y macabra de los infiernos, el techo del adoratorio se abrió, como una granada que se parte. Fué un breve e rápido crujido, que parecía venido de más allá del mundo. El techo se desplomó sobre el grupo de la Sin Ventura....

La lluvia seguía, aunque ya disminuyendo. El cuadro de desolación seguía iluminado por las terribles llamaradas del volcán, que parecía haber encendido sus antorchas para que el otro pudiera consumir su obra. Por todos lados alzábanse quejas vagas, lamentos de alma.

En la catástrofe de la ciudad que hace más de cientos años fué fundada en el valle más sonriente de la tierra, perecieron muchos españoles y multitud de indígenas. Las crónicas cuentan los detalles, hechos de heroísmo, salvaciones milagrosas, familias enteras sepultadas, mucho de cábala y brujería.

De la Corte de doña Beatriz sólo dos o tres damas se salvaron, no se sabe cómo. Nunca se sabe el por qué de esas salvaciones, aunque en aquel tiempo se urdieron suficientes leyendas para explicar el milagro. Doña Leonor de Alvarado, por ejemplo, hija de don Pedro el Conquistador, quien la hizo de una Princesa de Tlaxcala en la odisea de México, fué encontrada dentro de una artesa enredada entre las ramas de un árbol. Así nuevo Moisés femenino, se salvó la progenitora de todos los guatemaltecos. (Doña Leonor se casó luego con don Francisco de la Cueva, hermana de doña Beatriz), de ella hubo numerosa descendencia.

De doña Beatriz quedó el cadáver. Pero el populacho no quería que quedara. El caso bíblico de Jezabel se les antojaba de perlas. Arrojarlo a los perros. Los más piadosos creían que bastaba con atarlo a una tabla y echarlo al río. Ya darían cuenta con él los peces del mar. El santo Obispo Marroquín, bueno entre buenos no fué de ese parecer y salvó el cadáver. Con sus oraciones estaba él seguro también de salvar las almas de su amigo don Pedro el Conquistador y de la Sin Ventura. Una lámpara regia, regalo del Emperador Carlos V, alumbró el cadáver de doña Beatriz y las once señoras españolas muertas con ella.

Y así acabó Doña Beatriz de la Cueva, la Primera Gobernadora que hubo en América.

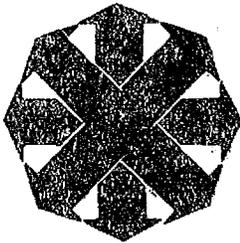
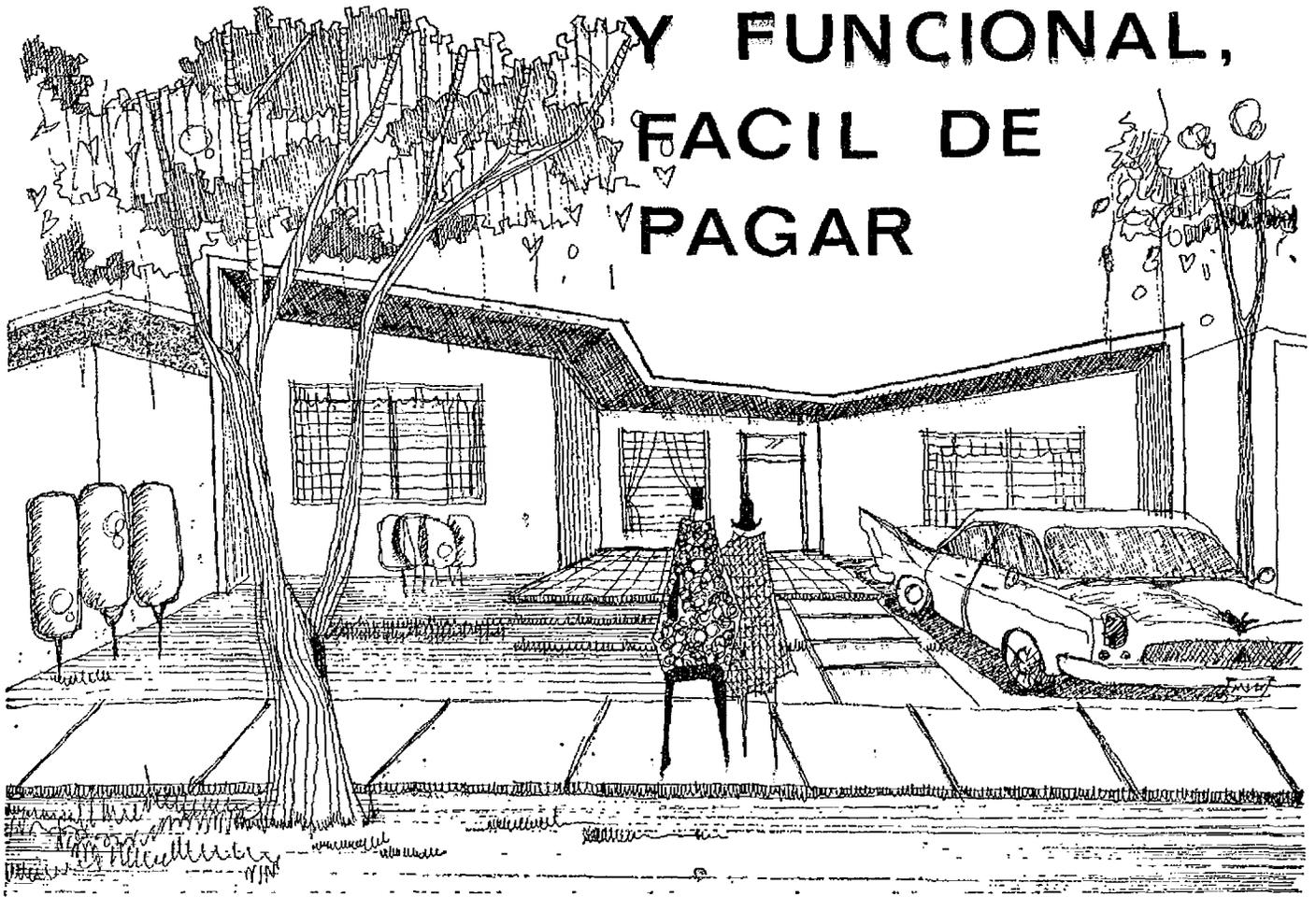
SU SUEÑO...

UNA CASA PROPIA, BELLA

Y FUNCIONAL,

FACIL DE

PAGAR



**BTR
SA**

BIENES RAICES S. A.

PIDA INFORMES A LOS TELEFONOS
6988 - 72072

APTDO: 2898 - 4to PISO INMOBILIARIA - MANAGUA NICARAGUA

**Lo hace
realidad
en ALTAMIRA
d'este**

IMPRESA NOVEDADES

- *NUEVA GERENCIA*
- *NUEVA ORGANIZACION*
- *NUEVOS PRECIOS*
- *TRABAJOS GARANTIZADOS*
- *IMPRESOS URGENTES*

**SI ES CLIENTE UNA VEZ
LO SERA TODA LA VIDA**

TELS. 71331 Y 5735 EX. 09

OFICINAS: Contiguo a T. V. de Nicaragua

FAMILIA URTECHO

EN NICARAGUA

PROGENITORES:

ANDRES URTECHO Y ANTONINA CABISTAN

Don Andrés llegó de España a principios del siglo XIX y debe haber nacido alrededor del año 1800
A doña Antonina se le conocen tres hermanos: Doña Leandra, Don Serapio y el Presbítero Juan Cabistán. Sabemos que el apellido de su madre era Barbosa.

De la unión de Don Andrés Urtecho y de Doña Antonina Cabistán, nacieron dos varones llamados:

I

II

JUAN IGNACIO URTECHO CABISTAN

CASADO CON:
MAGDALENA AVILES BRICEÑO
HIJA DE
AGUSTIN AVILES Y AGUSTINA BRICEÑO

ISIDRO URTECHO CABISTAN

CASADO CON:
MARIA JOSEFA LEBRON
HIJA DE
RAFAEL LEBRON Y CASIANA SACASA

I

**JUAN IGNACIO URTECHO
CABISTAN**

Casado con Magdalena Avilés
Briceño, hija de Agustín Avilés
Alfaro y de Agustina Briceño

- 1— **AGUSTINA URTECHO AVILES**
- 2— **BLANCA URTECHO AVILES**
- 3— **MAGDALENA URTECHO
AVILES**
- 4— **MARIA URTECHO AVILES**
- 5— **ANTONINA URTECHO
AVILES**

SUCESION DE 1

**AGUSTINA URTECHO
AVILES**

Ernesto Martínez Moya

A— **Ernesto Martínez Urtecho**
Sara María Gómez

a) **Ernesto Martínez Gómez**
Vivian Henares Simpson

(1) Ernesto Martínez Henares

b) **Alfredo Martínez Gómez**
Milagros Cardenal Tellería.

(1) Alfredo José Martínez Cardenal

(2) María Mercedes Martínez
Cardenal

c) **Ramiro Martínez Gómez**
Melba Blanco Gallo

(1) Ramiro Ernesto Martínez Blanco

(2) Marta Lucía Martínez Blanco

(3) Ricardo Alfredo Martínez Blanco

(4) Fernando José Martínez Blanco

d) **Agustina Martínez Gómez**
Howard Lee Smith

(1) Howard Ernesto Smith Martínez

(2) Sara Lee Smith Martínez

e) **Javier Martínez Gómez**
Jean Jourdan

(1) Karen Jean Martínez Jourdan

(2) Cynthia Ann Martínez Jourdan

- (3) Javier Martínez Jourdan
- B— Esmeralda Martínez Urtecho**
Rodolfo Cardenal Argüello
- a) Rodolfo Cardenal Martínez**
María de Jesús Chamorro Carazo
- (1) Rodolfo José Cardenal Chamorro
- (2) Mario José Cardenal Chamorro
- (3) María de Jesús Cardenal Chamorro
- (4) Bernardo Cardenal Chamorro
- b) Ernesto Cardenal Martínez**
Sacerdote
- c) María Teresa Cardenal Martínez**
Harry Cordúa Kelly
- (1) María Regina Cordúa Cardenal
- (2) Ana Mari Cordúa Cardenal
- d) Gonzalo José Cardenal Martínez**
Fanny Alvarado Aguirre
- (1) Gonzalo José Cardenal Alvarado
- (2) Verónica María Cardenal Alvarado
- e) Fernando Cardenal Martínez**
Sacerdote
- f) Rodrigo Cardenal Martínez**
Octavio Lovo Paguaga
- g) Rodrigo Cardenal Martínez**
Soltero
- C— Jacobo Martínez Urtecho**
Falleció Soltero
- D— Juan Ignacio Martínez**
Juana Coronel Valdez
- a) Teresa Martínez Coronel**
José Román González Gámez
- (1) José Román González Martínez
- (2) Alicia María González Martínez
- (3) Carlos Iván González Martínez
- (4) Claudia Lucía González Martínez
- b) Carmen Martínez Coronel**
Jaime Brenes Carrión
- (1) Jaime Manuel Brenes Martínez
- (2) Jorge Ignacio Brenes Martínez
- (3) Lidia María Brenes Martínez
- (4) Carmen Marina Brenes Martínez
- (5) Carla Patricia Brenes Martínez
- (6) Juan Ignacio Brenes Martínez
- (7) María Lucía Brenes Martínez
- E— Agustina Martínez Urtecho**
Eduardo Castillo Ramírez
- a) Eduardo Castillo Martínez**
Ana Argüello Wolff
- (1) Eduardo Alejandro Castillo A Argüello
- (2) Ana Patricia Castillo Argüello
- (3) Juan Ignacio Castillo Argüello
- (4) Joaquín Castillo Argüello
- (5) Esmeralda María Castillo Argüello
- b) Agustina Castillo Martínez**
José Oyanguren Cardenal
- (1) Regina Oyanguren Castillo
- (2) Carmen María Oyanguren Castillo
- (3) Jaimena Oyanguren Castillo
- (4) José Alvaro Oyanguren Castillo
- c) Adela Castillo Martínez**
Pedro José Solórzano Chamorro
- (1) Federico Solórzano Castillo
- (2) Pedro José Solórzano Castillo
- (3) Rita Eugenia Solórzano Castillo
- (4) Adela María Solórzano Castillo
- (5) Juan Fernando Solórzano Castillo
- (6) Mariano Solórzano Castillo
- d) Silvia Castillo Martínez**
Alvaro Villa Argüello
- (1) Carla Villa Castillo
- (2) Silvana Villa Castillo
- (3) Roxana Villa Castillo
- (4) Marcela Villa Castillo
- (5) María Gabriela Villa Castillo
- (6) Cristiana Villa Castillo
- e) Miguel Castillo Martínez**
Pamela Pasos Lugo
- (1) Carolina Castillo Pasos
- 2) Miguel Castillo Pasos
- (3) Jacobo Castillo Pasos
- f) Ernesto Castillo Martínez**
Rosa Salaverri Ocón
- (1) Lucía Castillo Salaverri
- (2) Ernesto Castillo Salaverri
- (3) Rodrigo Castillo Salaverri
- (4) Mauricio Castillo Salaverri
- (5) Silvia Castillo Salaverri
- (6) María José Castillo Salaverri
- (7) Tito Castillo Salaverri
- g) Edgar Castillo Martínez**
Guadalupe Pastora Molina
- (1) María Agustina Castillo Pastora
- (2) Angélica Castillo Pastora
- (3) Edgar José Castillo Pastora
- h) Mario Castillo Martínez**
Concepción Sánchez Heidocia
- (1) Concepción Castillo Sánchez
- (2) María Fernanda Castillo Sánchez
- i) María Isabel Castillo Martínez**
Bernard Neret Perezalonso
- (1) Bernard Luis Neret Castillo
- (2) Eduardo Neret Castillo
- j) Alejandro Castillo Martínez**
Soltero
- k) Margarita Castillo Martínez**
Soltera
- l) Alvaro Castillo Martínez**
Soltero
- F— Alejandro Martínez Urtecho**
Carmen Cuenca Cruz
- a) Alejandro Martínez Cuenca**
Soltero
- b) Alvaro Martínez Cuenca**
Soltero
- c) Esmeralda Martínez Cuenca**
Silvio Vargas Guzmán
- Aún sin Sucesión

SUCESION DE 2

BLANCA URTECHO AVILES

Manuel Coronel Matus

- A— José Coronel Urtecho**
María Kautz Gross
- a) Manuel Coronel Kautz, (gemelo)**
Vida Novoa Callejas
- (1) María José Coronel Novoa
- (2) Manuel Coronel Novoa
- b) Ricardo Coronel Kautz, (gemelo)**
Silvia Pichardo Godoy

- (1) Silvia Coronel Pichardo
- (2) Ricardo Coronel Pichardo
- (3) Alfredo Coronel Pichardo

c) José Coronel Kautz
Fallecido muy joven en Alemania

d) Luis Coronel Kautz
Marina Cuadra Venerio

- (1) José Coronel Cuadra
- (2) Luis Coronel Cuadra
- (3) Miguel Coronel Cuadra

e) Blanca Coronel Kautz
Carlos Maturana

- (1) Elisa María Maturana Coronel
- (2) Blanca María Maturana Coronel
- (3) Carlos José Maturana Coronel

f) Cristián Coronel Kautz
Fallecido en la infancia

g) Carlos Coronel Kautz
Soltero

B— Lola Coronel Urtecho
Julio Chamorro Benard

a) Filadelfo Chamorro Coronel
Sonia Duquestrada Sacasa

- (1) Juan Carlos Chamorro, Duquestrada
- (2) Blanca María Chamorro Duquestrada
- (3) María Auxiliadora Chamorro Duquestrada

b) Julio Chamorro Coronel
María Jesús Argüello Castillo

- (1) Mina Chamorro Argüello
- (2) Julio Chamorro Argüello
- (3) Fruto Chamorro Argüello

c) Edgar Chamorro Coronel
Sacerdote

d) Carlos Chamorro Coronel
Soltero

e) Eduardo Chamorro Coronel
Katya María Chamorro Raskosky

- (1) Edgar José Chamorro Raskosky
- (2) María Dolores Chamorro Raskosky
- (3) Katya María Chamorro Raskosky

f) José Chamorro Coronel
Soltero

g) Franco Chamorro Coronel
Patricia Duquestrada Sacasa

(1) Patricia Eugenia Chamorro Duquestrada

(2) Franco José Chamorro Duquestrada

h) Blanca Chamorro Coronel

i) María Cristina Chamorro Coronel

j) Dolores Chamorro Coronel

k) Lucía Chamorro Coronel

SUCESION DE 3

MAGDALENA URTECHO
Domingo Mora Noriega

A— Francisco Mora Urtecho
Falleció Soltero

Hijo Renocido
a) Douglas Mora

B— Domingo Mora Urtecho
Falleció Soltero

C— Caridad Mora Urtecho
Diego Manuel Chamorro Bolaños

a) Magdalena Chamorro Mora
Paúl Spíndola
Aún sin Sucesión

b) Diego Manuel Chamorro Mora
Vilma Mejía Lacayo

- (1) María Telesa Chamorro Mejía
- (2) Vilma Auxiliadora Chamorro Mejía
- (3) Diego Manuel Chamorro Mejía
- (4) Salvador Chamorro Mejía
- (5) María Haydeé Chamorro Mejía
- (6) Gustavo Adolfo Chamorro Mejía
- (7) María Dolores Chamorro Mejía

c) Domingo Chamorro Mora
Dora Vega Gallegos

- (1) Rosanna Chamorro Vega
- (2) Domingo Javier Chamorro Vega

d) Salvador Chamorro Mora
Falleció en la infancia

e) Rodrigo Chamorro Mora
Soltero

f) Clarence Chamorro Mora
Ivette Castillo Sánchez

(1) Clarence Adolfo Chamorro Castillo

(2) Luis Mauricio Chamorro Castillo

g) Carmen Chamorro Mora
Alfonso González Pasos

(1) María Caridad González Chamorro

(2) Alfonso Ramón González Chamorro

(3) Diego Manuel González Chamorro

(4) Rodrigo González Chamorro

h) Rafael Chamorro Mora
María Elena Fletes Obregón

(1) Rafael José Chamorro Flotes

(2) Alfredo Maín Chamorro Fletes

i) Caridad Chamorro Mora
Falleció en la infancia

j) María Eugenia Chamorro Mora
John García

Aún sin Sucesión

k) Fruto Chamorro Mora
Soltero

D— Magdalena Mora Urtecho
Humberto Chamorro Chamorro

a) Mercedes Jacinta Chamorro Mora
Tomás Argüello Gutiérrez

- (1) Tomás Argüello Chamorro
- (2) Humberto Argüello Chamorro
- (3) Lena Lucía Argüello Chamorro
- (4) Juan Manuel Argüello Chamorro
- (5) Carlos José Argüello Chamorro
- (6) Mercedes Jacinta Argüello Chamorro

b) Humberto Chamorro Mora
Soltero

c) Hilda Chamorro Mora
José Adán Aguerri Huitado

(1) Mailena Aguerri Chamorro

- (2) José Adán Aguerri Chamorro
- (3) Juan Carlos Aguerri Chamorro
- (4) Fernando Aguerri Chamorro

d) Caridad Chamorro Mora
Soltera

e) Alvaro Chamorro Mora
Claudia Díaz Reyes

(1) Alvaro José Chamorro Díaz

f) Luis Jerónimo Chamorro Mora
Leticia Quiñónez Reyes

(1) Humberto Chamorro Quiñónez

g) Francisco Javier Chamorro Mora
Soltero

E— Enrique Mora Urtecho (1ras. Nupcias)

Ena Bendaña Ramírez

a) Enrique Mora Bendaña
Maisol Sevilla Siero

(1) Enrique Ramón Mora Sevilla

(2) Alvaro Mora Sevilla

b) Domingo Mora Bendaña
Idalia Deshón Cabrera

(1) Eduardo Mora Deshón

(2) Domingo Mora Deshón

c) Madgalena Mora Bendaña
Juvenal Vado Fernández

(1) Larry Vado Mora

(2) Ena Vado Mora

(3) Magda Vado Mora

(4) Juvenal Vado Mora

d) Alejandro Mora Bendaña
María Estela Vigil Icaza

(1) María Estela Mora Vigil

(2) Ena Mora Vigil

E— Enrique Mora Urtecho (2das Nupcias)

Casimira Morales

e) Francisco Mora Morales

f) María Antonieta Mora Morales

F— Isabel Mora Urtecho
Silvio Weil Mora

a) Jaime Weil Mora
Aimida Arce

(1) Jaime Domingo Weil Arce

(2) Giselle Weil Arce

b) Silvio Weil Mora
Yolanda Cole

(1) Patricia Isabel Weil Cole

c) María Auxiliadora Weil Mora
Soltera

d) Liciana Weil Mora
Ernesto Salazar (2das Nupcias)

e) María Isabel Weil Mora
Eduardo Baqueiro
Sin Sucesión

f) Giselle Weil Mora
Soltera

SUCESION DE 4

MARIA URTECHO AVILES

Juan José Zavala Bauberena

A— Joaquín Zavala Urtecho
María Cuadra Arévalo

a) Xavier Zavala Cuadra

(2) Anita Zavala Cuadra
Religiosa

B— Violeta Zavala Urtecho
Miguel Cuadra Pasos

a) Piedad Cuadra Zavala
Edmundo Martínez Abaunza

(1) Consuelo Martínez Cuadra

(2) Carolina Martínez Cuadra

(3) Carla Martínez Cuadra

(4) Edmundo José Martínez Cuadra

b) Violeta Cuadra Zavala
Felipe Mántica Abaunza

(1) Felipe José Mántica Cuadra

(2) Miguel Mántica Cuadra

(3) María Eugenia Mántica Cuadra

c) Miguel Agustín Cuadra Zavala
Fallecido

C— Blanca Zavala Urtecho
Alfredo Michel Holmann

a) Phillip Michel Zavala
Mireya Matus

(1) Phillip Michel Matus

(2) Karen Michel Matus

(3) Ricardo Xavier Michel Matus

b) Alfredo Michel Zavala
Judith Pineda Castellón

(1) Alfredo Michel Pineda

(2) Alberto Michel Pineda

c) Sandra Mary Michel Zavala
Sergio Cuadra Doña

(1) Daniela Cuadra Michel

d) Edward Michel Zavala
Margarita Lanzas Ayón

(1) Miliam Michel Lanzas

(2) Gabriela Michel Lanzas

D— Juan José Zavala Urtecho
Blanca Navarro Deshón

a) Juan José Zavala Navarro

b) Joaquín Zavala Navarro

c) Miguel Zavala Navarro

d) María Eugenia Zavala Navarro

e) Alejandro Zavala Navarro

E— María Zavala Urtecho
Soltera

F— Consuelo Zavala Urtecho
John M Breen

a) Michel Breen

G— Amelia Zavala Urtecho
Douglas Melean

a) Patricia Melean Zavala

b) Evan Melean Zavala

c) Marshall Melean Zavala

d) Bonnie Lee Melean Zavala

e) Douglas Michael Melean Zavala

SUCESION DE 5

ANTONINA URTECHO AVILES

Luis A Downing Selva

A— Amanda Downing Urtecho
(Gemela)

Enrique Benard Guzmán

- a) **Gloria Amanda Benard Downing**
Roberto Esquivel (costarricense)
- (1) Roberto Enrique Esquivel eBnard
- (2) Ana Esquivel Benard
- (3) Amanda Esquivel Benard
- (4) Carlos Esquivel Benard
- B— Aída Downing Urtecho (Gemala)**
Nicolás Morales Gómez
- a) **Maruca Morales Downing**
- C— Luis Downing Urtecho**
Olga Ramírez
- a) **Scarlett Downing Ramírez**
- D— Myriam Downing Urtecho**
Mariano Argüello Gómez
- a) **Mariano José Argüello Downing**
Goiconda Belli Pereira
Aún sin Sucesión
- b) **Manuel Argüello Downing**
- c) **Jaime Argüello Downing**
- d) **Orlando Argüello Downing**
- E— Jenny Downing Urtecho**
Enrique Alaniz Vivas
- a) **Enrique Gastón Alaniz Downing**
Olga de la Rocha
- (1) Wenda María Alaniz de la Rocha
- (2) Richard David Alaniz de la Rocha
- (3) Roxana Alaniz de la Rocha
- b) **Silvia Alaniz Downing**
Enrique Debayle Tercero
- (1) Denise Christine Debayle Alaniz
- (2) Enrique Eduardo Debayle Alaniz
- (3) Roberto Antonio Debayle Alaniz
- (4) Marta Emelina Debayle Alaniz
- c) **Alfredo Alaniz Downing**
- d) **Luis Alberto Alaniz Downing**
- F— Orlando Downing Urtecho**
María Incer Lacayo
- a) **Glenn Downing Incer**
- G— Cristina Downing Urtecho**
Pedro Pablo Vivas Benard
- a) **María Auxiliadora Vivas Downing**
Fallecida
- b) **Julio Adolfo Vivas Downing**
- c) **Pedro Pablo Vivas Downing**

- d) **Horacio Alberto Vivas Downing**
- e) **Antonia María Vivas Downing**
- f) **Federico Eugenio Vivas Downing**
- g) **Paulina Cristina Vivas Downing**
- H— Gloria Downing Urtecho**
Mariano Guillén Solano
(costarricense)
- a) **Luis Alberto Guillén Downing**
Damais Fischel
- b) **Carlos Guillén Downing**
- I— Olga Downing Urtecho**
Pedro Cardenal Argüello
- a) **Alfredo Cardenal Downing**
- b) **Olga María Cardenal Downing**
- c) **Gloria Cardenal Downing**
- J— Jaime Downing Urtecho**
Paula Knedler (Norteamericana)
- a) **Aída Downing Knedler**
- b) **Denyse Downing Knedler**
- c) **Deanna Downing Knedler**
- d) **Dennis Downing Knedler**
- e) **David Downing Knedler**

- A— Amalia Urtecho Chamorro**
Soltera
- B— María Urtecho Chamorro**
César Rivas Viales
- a) **Amelia Rivas Urtecho**
Soltera
- b) **Alejandro Rivas Urtecho**
Soltero
- c) **Acté Rivas Urtecho**
Herbert Gutiérrez Montano
- (1) Mauricio Gutiérrez Rivas
- (2) Soraya Gutiérrez Rivas
- d) **Zelmira Rivas Urtecho**
- C— Josefa Urtecho Chamorro**
Franklin Maliaño Muñoz
- a) **Franklin Maliaño Urtecho**
Myrian Herrera
- (1) Franklin José Maliaño Herrera
- (2) Harley Maliaño Herrera
- (3) Dulce María Maliaño Herrera
- b) **María Teresa Maliaño Urtecho**
Horacio Caldera Montano
- (1) Mario Caldera Maliaño
- (2) Giovanni Caldera Maliaño
- (3) Sergio Caldera Maliaño
- (4) Horacio Caldera Maliaño
- (5) María Auxiliadora Caldera Maliaño
- (6) Dalia Caldera Maliaño
- c) **Ricardo Maliaño Urtecho**
- D— Carmela Urtecho Chamorro**
Alfonso Muñoz Chamberlain
- a) **María Luisa Muñoz Urtecho**
Francisco Alberto Urcuyo Maliaño
- (1) Francisco Alfonso Urcuyo Muñoz
María Teodora Moice Gallegos
- (a) Francisco Urcuyo Moice
- (2) Roberto Urcuyo Muñoz
- (3) Bayardo Urcuyo Muñoz
- (4) Mario Urcuyo Muñoz
- b) **Graciela Muñoz Urtecho**
José del Carmen Muñoz Zavala
- (1) María Ernestina Muñoz Muñoz
- (2) Graciela Muñoz Muñoz
- (3) Rina Muñoz Muñoz
- (4) José del Carmen Muñoz Muñoz

II

ISIDRO URTECHO CABISTAN

- 1— **JOSE ANDRES URTECHO LEBRON**
- 2— **RAFAEL URTECHO LEBRON**
- 3— **ISIDRO URTECHO LEBRON**
- 4— **MARIA LUISA URTECHO LEBRON**
- 5— **NELLY URTECHO LEBRON**
- 6— **JACINTA URTECHO LEBRON**
- 7— **JOSEFINA URTECHO LEBRON**
- 8— **EMMA URTECHO LEBRON**
- 9— **JUSTO URTECHO LEBRON**

SUCESION DE 1

- JOSE ANDRES URTECHO LEBRON**
Evangelina Chamorro Salvatierra

- c) **Ricardo Maliaño Urtecho**
- D— Carmela Urtecho Chamorro**
Alfonso Muñoz Chamberlain
- a) **María Luisa Muñoz Urtecho**
Francisco Alberto Urcuyo Maliaño
- (1) Francisco Alfonso Urcuyo Muñoz
María Teodora Moice Gallegos
- (a) Francisco Urcuyo Moice
- (2) Roberto Urcuyo Muñoz
- (3) Bayardo Urcuyo Muñoz
- (4) Mario Urcuyo Muñoz
- b) **Graciela Muñoz Urtecho**
José del Carmen Muñoz Zavala
- (1) María Ernestina Muñoz Muñoz
- (2) Graciela Muñoz Muñoz
- (3) Rina Muñoz Muñoz
- (4) José del Carmen Muñoz Muñoz

- (5) Josefina Muñoz Muñoz
- (6) Enrique Muñoz Muñoz
- (7) Rodrigo Muñoz Muñoz

c) **Lucrecia Muñoz Urtecho**
Roberto Hurtado Guerra

- (1) Lucrecia Hurtado Muñoz
- (2) Felipita Hurtado Muñoz

d) **Salvador Muñoz Urtecho**
Olga Vanegas Abarca

- (1) María Argentina Muñoz Vanegas
- (2) Pedro Muñoz Vanegas
- (3) Salvador Muñoz Vanegas

e) **Donaldo Muñoz Urtecho**
Victoria Martínez Morice

- (1) Donaldo Muñoz Martínez
- (2) María Leonor Muñoz Martínez
- (3) Alicia del Carmen Muñoz Martínez
- (4) Victoria Muñoz Martínez

SUCESION DE 2

RAFAEL URTECHO LEBRON
Soltero-Sin sucesión

SUCESION DE 3

ISIDRO URTECHO LEBRON
Carmela Sáenz Rivas

A— **Clementina Urtecho Sáenz**
Ramiro Martínez

a) **Mario Martínez Urtecho**
Fallecido

b) **Efraím Martínez Urtecho**
Celia Abarca Páez

- (1) María Celia Martínez Abarca
- (2) Efraím Martínez Abarca
- (3) Mario Martínez Abarca
- (4) Boris Martínez Abarca

B— **Rafael Urtecho Sáenz**
(1ra. Nupcias)
Carmen Marín Mayorga

a) **Rafael Eugenio Urtecho Marín**
Marta Rosa Sacasa Barrios

- (1) Carlos Rafael Urtecho Sacasa

b) **Isidro Urtecho Marín**
Daisy Mendoza

- (1) Isidro Alberto Urtecho Mendoza

c) **Carmen Urtecho Marín**
Soltera

d) **María Luisa Urtecho Marín**
Religiosa

e) **José Andrés Urtecho Marín**
Soltero

B— **Rafael Urtecho Sáenz**
(2das. Nupcias)
Lylliam Lacayo Marengo

f) **Alvaro Urtecho Lacayo**

g) **Lylliam Urtecho Lacayo**

h) **Mario Urtecho Lacayo**

i) **Danilo Urtecho Lacayo**

j) **Rodrigo Urtecho Lacayo**

k) **Carole Josefina Urtecho Lacayo**

SUCESION DE 4

MARIA LUISA URTECHO
Soltera

SUCESION DE 5

NELLY URTECHO LEBRON
Alfonso Hurtado
Sin Sucesión

SUCESION DE 6

6— **JACINTA URTECHO LEBRON**

Benjaín Vidaurre

A— **Fred Vidaurre Urtecho**
Fallecido

B— **Benjamín Vidaurre Urtecho**

C— **Victoria Vidaurre Urtecho**
José Antonio Cabrera Lezcano

a) **Felicitas Cabrera Vidaurre**
Octavio Ortega

- (1) Lourdes del Val Ortega Cabrera

b) **Myriam Cabrera Vidaurre**
José Mántica

- (1) José Antonio Mántica Cabrera

c) **Adilia Cabrera Vidaurre**
Roger Lacayo Pasos

- (1) Victoria Lacayo Cabrera

- (2) Thelma Lacayo Cabrera

- (3) Gina Lacayo Cabrera

d) **Teresa Cabrera Vidaurre**
Carlos Hurtado Cárdenas

- (1) Carlos Antonio Hurtado Cabrera

- (2) María de los Angeles Hurtado Cabrera

- (3) Alvaro Hurtado Cabrera

- (4) Mario José Hurtado Cabrera

- (5) Ernesto Hurtado Cabrera

- (6) Lucía Hurtado Cabrera

SUCESION DE 7

JOSEFINA URTECHO LEBRON

José del Carmen Muñoz Pineda

A— **José del Carmen Muñoz Urtecho**
Elnestina Zavala Hurtado

a) **José del Carmen Muñoz Zavala**
Graciela Muñoz Urtecho
Ver sucesión de ésta en la 1ama de,

José Andrés Urtecho Lebrón, familia de Carmela Urtecho Chamorro y Alfonso Muñoz Chambeilain.

b) **Josefina Muñoz Zavala**
Alejandro Urcuyo Barrios

- (1) Josefina Urcuyo Muñoz
- (2) Alejandro José Urcuyo Muñoz
- (3) Claudia Urcuyo Muñoz
- (4) Amalia Urcuyo Muñoz

SUCESION DE 8

EMMA URTECHO LEBRON LEBRON

Falleció Soltera

SUCESION DE 9

JUSTO URTECHO LEBRON AVILES

Catalina Haffner

A— **Jacinta Urtecho Haffner**
Octavio Rocha

a) **Luis Rocha Urtecho**

B— **Nelly Urtecho Haffner**
Alejandro Alvarado

a) **Roger Alvarado Urtecho**

b) **Alejandro Alvarado Urtecho**

c) **Lylliam Alvarado Urtecho**

d) **Margarita Alvarado Urtecho**

e) **Patricia Alvarado Urtecho**

C— **Juan Ignacio Urtecho Haffner**
Fallecido

LISTA DE DESCENDIENTES DE LA FAMILIA URTECHO A TRAVES DE LAS ULTIMAS 6 GENERACIONES SUCESIVAS

1 GENERACION

Andrés Urtecho

Gloria Downing Urtecho
Olga Oowning Urtecho
Jaime Downing Urtecho

José Coronel Kautz
Luis Coronel Kautz
Blanca Coronel Kautz
Cristián Coronel Kautz
Carlos Coronel Kautz

2 GENERACION

Juan Ignacio Urtecho Cabistán
Isidro Urtecho Cabistán

Amalia Urtecho Chamorro
María Urtecho Lebrón
Josefa Urtecho Chamorro
Carmela Urtecho Chamorro

Filadelfo Chamorro Coronel
Julio Chamorro Coronel
Edgard Chamorro Coronel
Carlos Chamorro Coronel
Eduardo Chamorro Coronel
José Chamorro Coronel
Franco Chamorro Coronel
Blanca Chamorro Coronel
María Cristina Chamorro Coronel
Lucía Chamorro Coronel

3 GENERACION

Agustina Urtecho Avilés
Blanca Urtecho Avilés
Magdalena Urtecho Avilés
María Urtecho Avilés
Antonina Urtecho Avilés

Clementina Urtecho Sáenz
Rafael Urtecho Sáenz

Fred Vidaurre Urtecho
Benjamín Vidaurre Urtecho
Victoria Vidaurre Urtecho

Douglas Mora

José Andrés Urtecho Lebrón
Rafael Urtecho Lebrón
Isidro Urtecho Lebrón
María Luisa Urtecho Lebrón
Nelly Urtecho Lebrón
Jacinta Urtecho Lebrón
Josefina Urtecho Lebrón
Emma Urtecho Lebrón
Justo Urtecho Lebrón

José del Carmen Muñoz Urtecho

Jacinta Urtecho Haffner
Nelly Urtecho Haffner
Juan Ignacio Urtecho Haffner

Magdalena Chamorro Mora
Diego Manuel Chamorro Mora
Domingo Chamorro Mora
Salvador Chamorro Mora
Rodrigo Chamorro Mora
Clarence Chamorro Mora
Carmen Chamorro Mora
Rafael Chamorro Mora
Caridad Chamorro Mora
María Eugenia Chamorro Mora
Fruto Chamorro Mora
Mercedes Jacinta Chamorro Mora
Humberto Chamorro Mora
Hilda Chamorro Mora
Caridad Chamorro Mora
Alvaro Chamorro Mora
Luis Jerónimo Chamorro Mora
Francisco Javier Chamorro Mora

4 GENERACION

Ernesto Martínez Urtecho
Esmeralda Martínez Urtecho
Jacobo Martínez Urtecho
Juan Ignacio Martínez Urtecho
Agustina Martínez Urtecho
Alejandro Martínez Urtecho

5 GENERACION

Ernesto Martínez Gómez
Alfredo Martínez Gómez
Ramiro Martínez Gómez
Agustina Martínez Gómez
Javier Martínez Gómez

José Coronel Urtecho
Lola Coronel Urtecho

Rodolfo Cardenal Martínez
Ernesto Cardenal Martínez
María Teresa Cardenal Martínez
Gonzalo José Cardenal Martínez
Fernando Cardenal Martínez
Esmeralda Cardenal Martínez
Rodrigo Cardenal Martínez

Enrique Mora Bendaña
Domingo Mora Bendaña
Magdalena Mora Bendaña
Alejandro Mora Bendaña

Francisco Mora Urtecho
Domingo Mora Urtecho
Caridad Mora Urtecho
Magdalena Mora Urtecho
Enrique Mora Urtecho
Isabel Mora Urtecho

Teresa Martínez Coronel
Carmen Martínez Coronel

Francisco Mora Morales
María Antonieta Mora Morales

Joaquín Zavala Urtecho
Violeta Zavala Urtecho
Blanca Zavala Urtecho
Juan José Zavala Urtecho
María Zavala Urtecho
Consuelo Zavala Urtecho
Amelia Zavala Urtecho

Eduardo Castillo Martínez
Agustina Castillo Martínez
Adela Castillo Martínez
Silvia Castillo Martínez
Miguel Castillo Martínez
Ernesto Castillo Martínez
Edgard Castillo Martínez
Mario Castillo Martínez
María Isabel Castillo Martínez
Alejandro Castillo Martínez
Margarita Castillo Martínez
Alvaro Castillo Martínez

Jaime Weil Mora
Silvio Weil Mora
María Aulliladora Weil Mora
Heana Weil Mora
María Isabel Weil Mora
Giselle Weil Mora

Amanda Downing Urtecho (gemela)
Aída Downing Urtecho (gemela)
Luis Downing Urtecho
Myriam Downing Urtecho
Jeny Downing Urtecho
Orlando Downing Urtecho
Cristina Downing Urtecho

Alejandro Martínez Cuenca
Alvaro Martínez Cuenca
Ermeralda Martínez Cuenca

Javier Zavala Cuadra
Anita Zavala Cuadra

Manuel Coronel Kautz
Ricardo Coronel Kautz

Piedad Cuadra Zavala
Violeta Cuadra Zavala
Miguel Agustín Cuadra Zavala

Phillip Michel Zavala
Alfredo Michel Zavala
Sandra Mary Michel Zavala
Edward Michel Zavala

Juan José Zavala Navarro
Joaquín Zavala Navarro
Miguel Zavala Navarro
María Eugenia Zavala Navarro
Alejandro Zavala Navarro

Michael Breen Zavala

Patricia McLean Zavala
Evan McLean Zavala
Marcial McLean Zavala
Bonnie Lee McLean Zavala
Douglas Michael McLean Zavala

Gloria Amanda Benard Downing

Maruca Morales Downing

Scarlett Downing Ramírez

Mariano José Argüello Downing
Manuel Argüello Downing
Jaime Argüello Downing
Otilando Argüello Downing

Enrique Gastón Alaniz Downing
Silvia Alaniz Downing
Alfredo Alaniz Downing
Luis Alberto Alaniz Downing

Glenn Downing Incer

María Auxiliadora Vivas Downing
Julio Adolfo Vivas Downing
Pedro Pablo Vivas Downing
Horacio Alberto Vivas Downing
Antonina María Vivas Downing
Federico Eugenio Vivas Downing
Paulina Cristina Vivas Downing

Luis Alberto Guillén Downing
Carlos Guillén Downing

Alfredo Cardenal Downing
Olga María Cardenal Downing
Gloria Amanda Cardenal Downing

Aída Downing Knedler
Denyse Downing Knedler
Deanna Downing Knedler
Dennis Downing Knedler
David Downing Knedler

Amalia Rivas Urtecho
Alejandro Rivas Urtecho
Acté Rivas Urtecho
Zelmira Rivas Urtecho

Franklin Maliaño Urtecho
María Teresa Maliaño Urtecho
Ricardo Maliaño Urtecho

María Luisa Muñoz Urtecho
Graciela Muñoz Urtecho
Lucrecia Muñoz Urtecho
Salvador Muñoz Urtecho
Donaldo Muñoz Urtecho

Mario Martínez Urtecho
Efraim Martínez Urtecho

Rafael Eugenio Urtecho Marín
Isidro Urtecho Marín
Carmen Urtecho Marín
María Luisa Urtecho Marín
José Andrés Urtecho Marín

Alvaro Urtecho Lacayo
Lilliam Urtecho Lacayo
Mario Urtecho Lacayo
Danilo Urtecho Lacayo
Rodrigo Urtecho Lacayo
Carol Josefina Urtecho Lacayo

Felicitas Cabrera Vidaurre
Myriam Cabrera Vidaurre
Adilia Cabrera Vidaurre
Telesa Cabrera Vidaurre

José del Carmen Muñoz Zavala
Josefina Muñoz Zavala

Luis Rocha Urtecho

Roger Alvarado Urtecho
Alejandro Alvarado Urtecho
Lilliam Alvarado Urtecho
Margarita Alvarado Urtecho
Patricia Alvarado Urtecho

6 GENERACION

Ernesto Martínez Henares
Alfredo José Martínez Henares
María Mercedes Martínez Henares

Ramiro Ernesto Martínez Blanco
María Lucía Martínez Blanco
Ricardo Alfredo Martínez Blanco
Fernando José Martínez Blanco
Howard Ernesto Smith Martínez
Sara Lee Smith Martínez

Karen Jean Martínez Jourdán
Cynthia Martínez Jourdán
Javier Martínez Jourdán

Rodolfo José Cardenal Chamorro
Mario José Cardenal Chamorro
María de Jesús Cardenal Chamorro
Bernardo Cardenal Chamorro

María Regina Cordúa Cardenal
Ana Mary Cordúa Cardenal

Gonzalo José Cardenal Alvarado
Verónica María Cardenal Alvarado

José Román González Martínez
Alicia María González Martínez
Carlos Iván González Martínez
Claudia González Martínez

Jaime Manuel Brenes Martínez
Jorge Ignacio Brenes Martínez
Lidia María Brenes Martínez
Carmen Marina Brenes Martínez
Carla Patricia Brenes Martínez
Juan Ignacio Brenes Martínez
María Lucía Brenes Martínez

Eduardo Alejandro Castillo Argüello
Ana Patricia Castillo Argüello
Juan Ignacio Castillo Argüello
Joaquín Castillo Argüello
Esmeralda Castillo Argüello

Regina Oyanguren Castillo
Carmen María Oyanguren Castillo
Jimena Ayanguren Castillo
José Alvaro Oyanguren Castillo

Federico Solórzano Castillo
Pedro José Solórzano Castillo
Rita Eugenia Solórzano Castillo
Adela María Solórzano Castillo
Juan Fernando Solórzano Castillo
Mariano Solórzano Castillo

Carla Villa Castillo
Silvia Villa Castillo
Roxana Villa Castillo
Marcela Villa Castillo
María Gabriela Villa Castillo
Cristina Villa Castillo

Carolina Castillo Pasos
Miguel Castillo Pasos
Jacobo Castillo Pasos

Lucía Castillo Salaverri
Ernesto Castillo Salaverri
Rodrigo Castillo Salaverri
Mauricio Castillo Salaverri
Silvia Castillo Salaverri
María José Castillo Salaverri
Tito Castillo Salaverri

María Agustina Castillo Pastora
Angélica Castillo Pastora
Edgard Castillo Pastora

Concepción Castillo Sánchez
María Fernanda Castillo Sánchez

Bernard Luis Neret Castillo
Eduardo Neret Castillo

María José Coronel Novoa
Manuel Coronel Novoa

Silvia Coronel Pichardo
Ricardo Coronel Pichardo
Alfredo Coronel Pichardo

José Coronel Cuadra
Luis Coronel Cuadra
Miguel Coronel Cuadra

Eliza María Maturana Coronel
Blanca María Maturana Coronel
Carlos José Maturana Coronel

Juan Carlos Chamorro Duquestrada
Blanca María Chamorro Duquestrada
María Auxiliadora Chamorro
Duquestrada

Mina Chamorro Argüello
Julio Chamorro Argüello
Fruto Chamorro Argüello

Edgard José Chamorro Raskosky
María Dolores Chamorro Raskosky
Katya María Chamorro Raskosky

Patricia Eugenia Chamorro
Duquestrada
Franco José Chamorro Duquestrada

María Teresa Chamorro Mejía
Vilma Auxiliadora Chamorro Mejía
Diego Manuel Chamorro Mejía
Salvador Chamorro Mejía
María Haydeé Chamorro Mejía
Gustavo Adolfo Chamorro Mejía
María Dolores Chamorro Mejía

Rossana Chamorro Vega
Domingo Javier Chamorro Vega

Clarence Adolfo Chamorro Castillo
Luis Mauricio Chamorro Castillo

María Caridad González Chamorro
Alfonso Ramón González Chamorro
Diego Manuel González Chamorro
Rodrigo González Chamorro

Rafael José Chamorro Fletes
Alfredo Martín Chamorro Fletes

Tomás Argüello Chamorro
Humberto Argüello Chamorro
Lena Lucía Argüello Chamorro
Juan Manuel Argüello Chamorro
Carlos José Argüello Chamorro
Mercedes Jacinta Argüello Chamorro

Mariana Aguerri Chamorro
José Adán Aguerri Chamorro
Juan Carlos Aguerri Chamorro
Fernando Aguerri Chamorro

Alvaro José Chamorro Díaz
Humberto Chamorro Quiñónez

Enrique Ramón Mora Sevilla
Alvaro Mora Sevilla

Eduardo Mora Deshón
Domingo Mora Deshón

Larry Vado Mora
Ena Vado Mora
Magda Vado Mora
Juvenal Vado Mora

María Estela Mora Vigil
Ena Mora Vigil

Jaime Domingo Weil Arce
Giselle Weil Arce

Patricia Isabel Weil Colle

Consuelo Martínez Cuadra
Carolina Martínez Cuadra
Carla Martínez Cuadra
Edmundo José Martínez Cuadra

Felipe José Mántica Cuadra
Miguel Mántica Cuadra
María Eugenia Mántica Cuadra

Phillip Michel Matus
Karen Michel Matus
Ricardo Javier Michel Matus

Alfredo Michel Pineda
Alberto Michel Pineda

Daniela Cuadra Michel

Miriam Michel Lanzas
Gabriela Michel Lanzas

Roberto Enrique Esquivel Benard
Ana Esquivel Benard
Amanda Esquivel Benard
Carlos Esquivel Benard

Wenda María Alaniz de la Rocha
Richard David Alaniz de la Rocha
Roxana Alaniz de la Rocha

Denisse Cristhine Debayle Alaniz
Enrique Eduardo Debayle Alaniz
Roberto Antonio Debayle Alaniz
María Emelina Debayle Alaniz

Mauricio Gutiérrez Rivas
Soraya Gutiérrez Rivas

Franklin José Maliaño Herrera
Harley Maliaño Herrera
Dulce María Maliaño Herrera

Mario Caldera Maliaño
Giovani Caldera Maliaño
Sergio Caldera Maliaño
Horacio Caldera Maliaño
María Auxiliadora Caldera Maliaño
Dalia Caldera Maliaño

Francisco Alfonso Urcuyo Muñoz
Roberto Urcuyo Muñoz
Bayardo Urcuyo Muñoz
Mario Urcuyo Muñoz

María Ernestina Muñoz Muñoz
Graciela Muñoz Muñoz
Rina Muñoz Muñoz
José del Carmen Muñoz Muñoz
Josefina Muñoz Muñoz
Enrique Muñoz Muñoz
Rodrigo Muñoz Muñoz

Lucrecia Hurtado Muñoz
Felipita Hurtado Muñoz

María Argentina Muñoz Vanegas
Pedro Muñoz Vanegas
Salvador Muñoz Vanegas

Donaldo Muñoz Martínez
María Leonor Muñoz Martínez
Alicia del Carmen Muñoz Martínez
Victoria Muñoz Martínez

María Celia Martínez Abarca
Efraím Martín Martínez Abarca
Mario Martínez Abarca
Boris Martínez Abarca

Carlos Rafael Urtecho Sacasa

Isidro Alberto Urtecho Mendoza

Lourdes del Valle Ortega Cabrera

CUADRO DE HONOR

UNIVERSIDADES DE ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

Coleccionando en sus Bibliotecas

Como Obras de Consulta

REVISTA CONSERVADORA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO

UNIVERSITY OF TEXAS LIBRARY
Austin, Texas 78712

TULANE UNIVERSITY LIBRARY
New Orleans 18, Louisiana

UNIVERSITY OF FLORIDA
LIBRARIES
Gainesville, Florida

SOUTHERN ILLINOIS UNIVERSITY
Carbondale, Illinois

UNIVERSITY OF MINNESOTA
LIBRARY
Minneapolis, Minnesota 55455

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
Berkeley, Calif 94720 U.S.A.

HARVARD COLLEGE LIBRARY
Cambridge, Massachusetts 02138

BLOOMFIELDS COLLEGE LIBRARY
Bloomfield, New Jersey 07003

UNIVERSITY OF WISCONSIN
Madison, Wisconsin 53706

UNIVERSITY OF ILLINOIS
LIBRARY
Urbana, Illinois 61801

NORTHERN, ILLINOIS UNIVERSITY
DeKalb, Illinois 60115

CORNELL UNIVERSITY LIBRARY
Ithaca, New York

UNIVERSITY OF KANSAS
Lawrence, Kansas 660.44

LIBRARY, HARTWICK COLLEGE
Oneonta, New York

UNITED NATIONS LIBRARY
New York, N. Y. 10017 U.S.A.

LIBRARY, NORTH TEXAS STATE
UNIVERSITY
Denton, Texas U.S.A.

UNIVERSITY OF DENVER
Denver, Colorado 80210

UNIVERSITY OF WASHINGTON
Seattle, Washington 98105

DUKE UNIVERSITY LIBRARY
Durham, North Carolina

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
Santa Bárbara, California 93106

RICE UNIVERSITY
Houston, Texas

THE MONTERREY INSTITUTE
Monterrey, California 93940

YALE UNIVERSITY LIBRARY
New Haven, Connecticut

UNIVERSITY OF NORTH
CAROLINA
Greensboro, North Carolina

VILLANOVA UNIVERSITY
Villanova, PA

THE UNIVERSITY OF OREGON
LIBRARY
Eugene, Oregon 97403

THE UNIVERSITY OF ARIZONA
Tucson, Arizona 85721

UNIVERSITY OF PITTSBURGH
Pittsburgh 12 PA

STANFORD UNIVERSITY
LIBRARIES
Stanford California 94305

BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
Provo, Utah 84601

UNIVERSITY OF NORTH
CAROLINA
Chape Hill, North Carolina

LOUISIANA STATE UNIVERSITY
Baton Rouge, Louisiana 70803

SAN FERNANDO VALLEY STATE
COLLEGE
Northridge, Calif

CALIFORNIA STATE COLLEGE
Fullerton, California 92631

BALL STATE UNIVERSITY
Muncie, Indiana 47306

UNIVERSITY OF HOUSTON
Houston, Texas

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
Río Piedras, Puerto Rico 00931

UNIVERSITY OF MISSOURI
Columbia, MO. 65201 U.S.A.

PRINCETON UNIVERSITY
LIBRARY
Princeton, New Jersey 08540 U.S.A.

LIBRARY
OLIVE KETTERING LIBRARY
YellowY Spring, Ohio 45337

BROCK UNIVERSITY
THE LIBRARY
St Cathelines, Ontario, Canadá

UNIVERSITY OF NOTRE DAME
Notte Dame, Indiana 46556

FORDHAM UNIVERSITY
Department of Romance Languages
Bronx, New oYik 10458

THE UNIVERSITY WISCONSIN
Department of Spanish and Portuguese
Milwaukee, Wisconsin 53201 U.S.A.

UNIVERSITY DE SHERBROOKE
Sherbiooke, PO. Canadá

UNIVERSITY OF UTAH
LIBRARIES
Salt Lake City, Utah 84112 U.S.A.

UNIVERSITY OF OTTAWA
Ottawa 2, Ontario, Canadá

QUEEN'S UNIVERSITY AT
KINGSTON
Kingston, Ontario, Canadá

LAURENTIAN UNIVERSITY
Sudbury, Ontario, Canadá

UNIVERSITY OF NEW YORK
1223 Western Avenue
Albany, New York 12203

SAN JOSE STATE COLLEGE
250 South Fourth Street
San José, California 95114

THE OHIO STATE UNIVERSITY
LIBRARIES
1658 Neil Avenue
Columbus, Ohio 43210

COLUMBIA UNIVERSITY
LIBRARIES
535 West 114th Street
New York, New York 10027

ANTOLOGIA DE FLORES Y FRUTOS DE LOS URTECHO

EN LA RAMA
FEMENINA

EN LA RAMA
MASCULINA



Al fondo (de izquierda a derecha); Agustina Urtecho de Martínez, Magdalena Urtecho de Mora, Ernesto Martínez Urtecho, María Urtecho de Zavala (Orlando Downing Urtecho en sus brazos), Blanca Urtecho de Coronel (Isabel Mora Urtecho en sus brazos), Esmeralda Martínez Urtecho de Cardenal. Segunda Fila: José Coronel Urtecho, Juan Ignacio Martínez Urtecho. Sentados: Dr. Juan Ignacio Urtecho (Jenny Downing Urtecho de Alaniz en sus brazos), Magdalena Avilés de Urtecho (Juan José Zavala Urtecho en sus brazos), Domingo Mora Urtecho, Miriam Downing Urtecho de Argüello, Antonina Urtecho de Downing. Tercera Fila: Magdalena Mora de Chamorro, Tina Martínez de Castillo, Blanca Zavala de Mitchell, Violeta Zavala Urtecho de Cuadra Pasos, Jacobo Martínez Urtecho, Francisco José Mora Urtecho, Luis Downing Urtecho. Cuarta Fila: Lola Coronel Urtecho de Chamorro, Aida Downing Urtecho de Morales, Amanda Downing Urtecho de Benard, Joaquín Zavala Urtecho. De frente sentados: a la izquierda: Enrique Mora Urtecho. A la derecha: Caridad Mora Urtecho de Chamorro.



RAMA FEMENINA

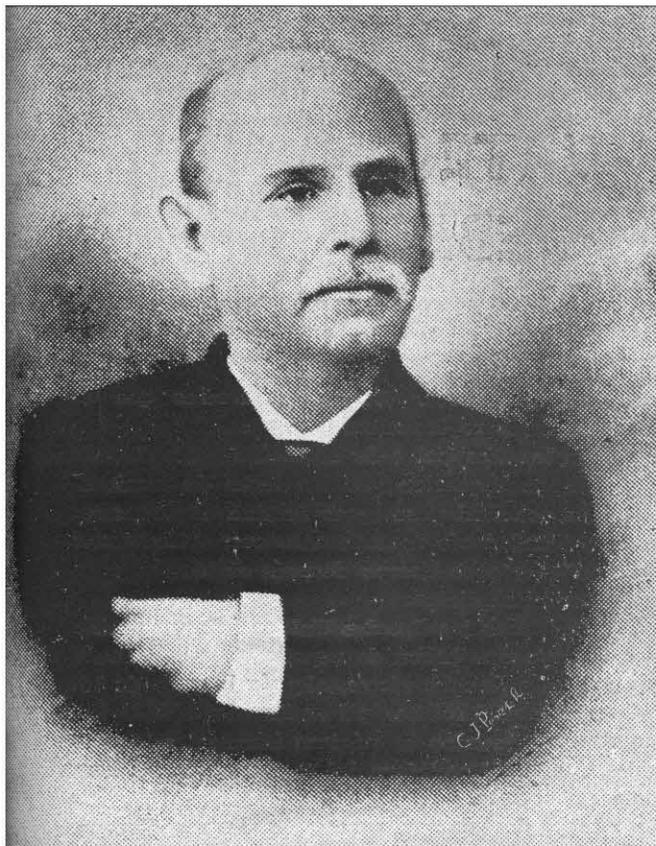
De izquierda a derecha: ANTONINA URTECHO DE DOWNING, BLANCA URTECHO DE CORONEL, AGUSTINA URTECHO DE MARTINEZ Y MARIA URTECHO DE ZAVALA.

Hemos publicado, en páginas anteriores, la genealogía de la familia Urtecho que ha gozado de mucha simpatía en la sociedad nicaragüense a lo largo de más de un siglo por sus virtudes —todas ejemplares— y características predominantemente intelectuales, o más bien, espirituales. Ello nos ha inducido a reunir, en la sección que llamamos LIBRO DEL MES, una antología de las flores y frutos que ha producido esta familia en sus dos ramas —la femenina y la masculina— de las viejas generaciones.

En la rama femenina ordenamos con verdadero amor de familia dos trabajos que reproducen fielmente la imagen de su progenitor: el Dr. Juan Ignacio Urtecho. También, como un homenaje sentimental, presentamos algunos párrafos de uno de sus nietos, José Coronel, en que retrata a las cinco Urtecho, mujeres de singular belleza en su juventud —para muestra basta el retrato de la menor de todas: Antonina— que hoy, según puede apreciarse en las fotografías, conservan los rasgos superiores que siempre mostraron en sus acciones y conducta.



GRAL. ISIDRO URTECHO



En la rama masculina no sólo se observa esa superioridad en el porte distinguido de los Urtecho, sino también en su carácter intelectual y hasta la misma elegancia de sus personalidades se trasluce en sus plumas respectivas.

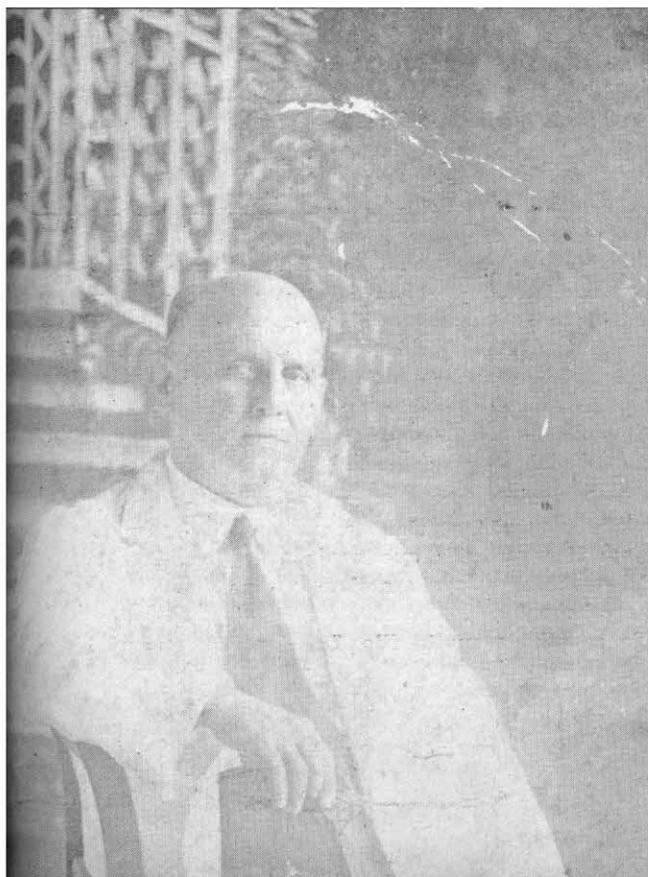
Por primera vez reunimos la obra literaria, dispersa en periódicos y revistas durante más de ochenta años, del Gral. Isidro Urtecho y de sus hijos: el Ing. José Andrés Urtecho y el Dr. Isidro, herederos de las virtudes intelectuales y morales de su padre.

Con el material que nos habían dejado los tres viejos Urtecho, pues, homenajeamos la rama masculina publicando lo que para nosotros es lo más selecto; selección que da testimonio de la intelectualidad de esta familia.

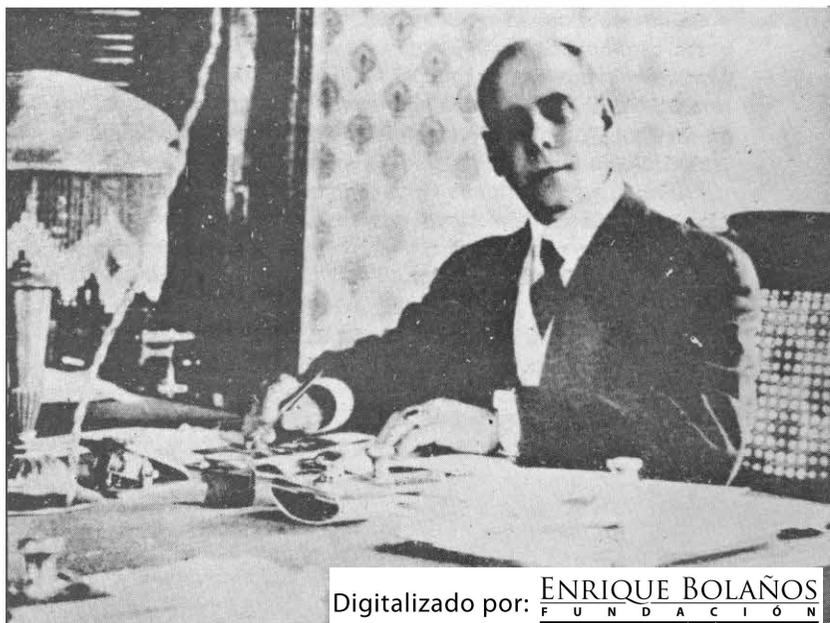
Y así completamos esta reliquia familiar, inapreciable para sus descendientes, que ponemos en manos de nuestros lectores como LIBRO DEL MES.

RAMA MASCULINA

DR. ISIDRO URTECHO



ING. JOSE ANDRES URTECHO



EL FUNDADOR DE LA RAMA FEMENINA

JUAN IGNACIO URTECHO MEDICO DEL PUEBLO

ORLANDO CUADRA DOWNING
Historiador Nicaragüense

La historia de la vida del Doctor Juan Ignacio Urtecho es, sin duda alguna, la historia de un personaje inolvidable.

Le recuerdo cuando yo, de niño, jugaba en el atrio de la Iglesia de la Merced, en Granada, junto con sus nietos —algunos primos hermanos míos—, mientras "Papa Doctor", como le llamaban ellos y yo también, sentado en un sillón junto al de "Mimi", su buena esposa, recibían la visita de sus hijas y sus yernos, en la casa solariega de la Calle Real, cuyas paredes orientales dan al atrio de la famosa Iglesia.

Su blanca y abundosa barba, sus profundos ojos verdes, daban a su rostro una impresionante belleza bíblica que irradiaba bondad, y una como aureola de sanidad rodeaba su hermosa cabeza.

Y aquella casa que los días domingos y festivos se llenaba de gritos infantiles y de juegos, era, en los días de la semana, el asilo de los pobres y enfermos. Porque el Doctor Urtecho era el médico del pueblo. A él acudían con sus quejas, con sus males, con sus hambres y miserias, todos los desheredados de la suerte. Y allí encontraban el consuelo de sus penas, el alivio de sus dolencias, y además, el dinero para sus ingentes necesidades, y aun la comida para sus estómagos vacíos.

El Doctor Juan Ignacio Urtecho fue hijo de don Andrés Urtecho y Antonina Cabistán. Por motivos familiares fue criado por su tío el Presbítero Juan Bautista Cabistán, quien le enseñó las primeras letras y rudimentos de Latín y Griego, conocimientos que después amplió con el Maestro Romero.

Muy pronto el joven Juan Ignacio sintió el acicate de la aventura y huyendo de la tutela estricta de su tío y de su maestro, se embarcó un día en uno de los vapores que surcaban el Lago y bajaban por el Río San Juan, en busca de la puerta abierta a todos los caminos del Atlántico que era por aquellos tiempos el puerto de San Juan del Norte. Allí, su proficiencia en el trabajo le facilitó los medios de subsistencia y ahorro.

Mas no se contentó Juan Ignacio con ser un eficiente empleado de casas comerciales, él aspiraba a ser alguien y a hacer algo y así fue cómo decidió marcharse a los Estados Unidos.

En Filadelfia se dedica al estudio de la Medicina, en cuya profesión y ejercicio aplica toda su inteligencia y corazón. Por su distinción en los estudios se le concede una beca que le permite continuarlos

sin cuidados financieros. Cursa los estudios que en esos años eran los reglamentarios y practica sus conocimientos en los Hospitales de la ciudad. Después de pasar el tiempo requerido por las leyes de inmigración hace su solicitud para optar la ciudadanía norteamericana —ciudadanía romana entonces: "Romanum quirite sum"— y poco tiempo después obtiene su título de Doctor en Medicina.

Viaja por todos los Estados Unidos. Es un rápido tránsito el suyo que habrá de repetir años más tarde uno de sus más ilustres nietos, el más literato de todos: José Coronel Urtecho. El avatar del abuelo hace que el nieto describa en páginas inmortales las impresiones que aquél recibiera del monstruo de Gotham entonces en ciernes.

Su anhelo de saber y conocer lo lleva a Europa. Visita Londres; llega a París y allí se encuentra con las hijas del General Fruto Chamorro y doña Mercedes Avilés, las señoritas Adela, Chepita y Carlota. Entabla buena amistad con ellas y, —"¡qué buen caballero era!"— les hace con su compañía y atenciones mucho más agradable la visita a la Ciudad Luz. El continúa su gira por España cuando ellas regresan a Nicaragua. Visita el país ancestral de los Urtecho: el país vasco. Visita también, bajando a Cataluña, en Barcelona, la tierra solariega de los Cabistán. Y luego se dirige a Italia. Visita Nápoles, Florencia, Roma. Adquiere el gusto refinado de los buenos modales y la buena mesa. Observa y absorbe la cultura de Europa, y sabiéndola buena, es la que después se empeñará en que adquieran sus hijas que habrían de ser dechados de distinción, talento y gracia.

Después de su "grand tour" europea, vuelve a los Estados Unidos y de allí se prepara para regresar a Nicaragua. Ha visto el mundo y se ha dado cuenta de los progresos de la industria y de la ciencia. Alista un espléndido instrumental médico, una amplia lista de medicamentos y, además, —era también un hombre de empresa y había tenido su entrenamiento comercial— hace arreglos para la introducción en Nicaragua del cemento Portland, el establecimiento de una fábrica de ladrillos de cemento —él dio ese primer paso en el progreso de la arquitectura— y, con un simbolismo encantador, trae consigo las primeras máquinas de coser marca "New Home". ¿Es que venía acaso con intenciones de establecer —¡ya era tiempo— su "new home", su nuevo hogar?

No se sabe a punto fijo. Lo cierto es que el fo-

ven médico-empresario industrial a su llegada a Granada visita a sus simpáticas amigas Chamorro y allí es presentado a la prima de éstas la bella señorita Magdalena Avilés, hija de don Agustín Avilés, cuñado del General Fruto Chamorro, cuya esposa, doña Mercedes Avilés, tiene especial afecto por su sobrina Magdalena.

Fue aquel un caso de amor a primera vista. No mucho tiempo después el doctor Urtecho contrajo matrimonio con la señorita Magdalena Avilés.

En la casa de la Calle Real, contigua a la Iglesia de la Merced, y que entonces era propiedad de don Teodoro Téfel, estableció el Doctor Urtecho su nuevo hogar. Allí estableció su botica que tanta fama habría de tener. Como el dueño de la casa resolviese radicarse en Managua, y el éxito de sus empresas industriales le dieron el suficiente capital, el Doctor Urtecho le propuso comprar la propiedad, a lo que el señor Téfel accedió, incluyendo la compra no sólo el inmueble sino todos los muebles y aun la vajilla que eran propiedad del señor Téfel.

Una vez que el Doctor Urtecho cimentó su situación financiera sobre bases sólidas adquiridas por su dedicación al trabajo de sus empresas industriales y comerciales, se dedicó de lleno al ejercicio humanitario de su profesión de médico.

Todos los sábados tenía la costumbre de ir a "dar consulta" a Masaya. En la Estación del Ferrocarril, en un rincón de la Bodega, tras un biombo de madera forrado con papel de periódicos, examinaba a los pacientes que requerían reserva. Les recetaba lo adecuado y si no tenían con qué comprar la medicina les daba el dinero necesario.

En su Consultorio de Granada, hacía lo mismo. A todo pobre que llegaba a su puerta y le pedía alivio para sus enfermedades, le daba la medicina y dinero para que fuera a comer. En la gran mayoría de los casos que se le presentaban su diagnóstico era: hambre. Su sistema curativo consistía en reanimar la naturaleza decaída por medios naturales, como la alimentación.

Una vez fue llamado por la madre de un niño a quien un eminente doctor había mantenido a dieta por ciertos desórdenes digestivos. El niño se enflaquecía y perdía fuerzas de una manera alarmante y su madre llamó al Doctor Urtecho. Este llegó, vio al niño, lo examinó al tacto en el estómago y volviéndose a la madre que esperaba ansiosa, le dijo: "Señora, este niño está "transido", déle de comer y pronto estará bien!" Así se hizo. Y aquel niño vive todavía. Yo le conozco. Es mi hermano César.

De casos como ese se cuentan por millares, como eran por millares los pacientes que de todas partes del país afluían a su Consultorio. A todos recibía, examinaba y recetaba. Bastaba ver al enfermo para que el Doctor Urtecho reconociera por síntomas externos el mal que le aquejaba. Y acertaba siempre.

Llegó a tener fama de faunaturgo. Es que su apostólico humanismo y su enorme experiencia unidos a su natural inteligencia le daban los conomientos necesarios

para ejercer la Medicina, no como profesión de lucro —éste le llegaba a fuerza de agradecimiento de sus pacientes— sino como consuelo del que sufre.

Como el paludismo era, y aun es, una de las plagas que azotan al pueblo nicaragüense, el Doctor Urtecho preparó una medicina eficaz a base de química que llamó "La Tigra". Sus efectos curativos eran asombrosos y la fama del medicamento llegó a todos los confines del país. Como era amarga al paladar, los muchachos rehuían el tomarla, pero como había probado su eficacia en contra de las fiebres palúdicas, las madres usaban de todos los medios persuasivos a su alcance, para que aquellos la tomaran, pues aquella medicina era "la tigra" de las fiebres. Y muchas son las generaciones de granadinos en particular y nicaragüenses en general, que han sido curados del paludismo con aquella medicina amarga pero excelente.

Fueron innumerables los casos en que el Doctor Urtecho salvó a pacientes de temerarias intervenciones quirúrgicas indicadas por sus colegas con simples medicamentos que él mismo preparaba y que realizaban lo que las gentes dieron por calificar como "milagrosas curaciones".

No fue ajeno el Doctor Urtecho a los ajeteos de la política. Perteneció al Partido Iglesias, —una rama disidente del viejo Partido Conservador—, durante la Presidencia del doctor Roberto Sacasa. Fue electo, como candidato de aquel Partido, para ejercer la Prefectura del Departamento de Granada y en ese cargo supo ser justo y respetuoso de los derechos ciudadanos, mereciendo la buena voluntad de todos.

Su abnegación, sin embargo, no tenía límites cuando se trataba de aliviar las penas de la humanidad doliente. Fue el brazo derecho de doña Elena Arellano durante la crisis de la epidemia del cólera, siendo entonces el único médico que se consagró de lleno a combatir, al lado de aquella santa mujer, el terrible flagelo.

El Doctor Urtecho fue quien cedió su casa de habitación de la Otra Banda para que se convirtiera en el Colegio Francés de Nuestra Señora de Guadalupe, cuando doña Elena no encontraba lugar donde alojar a las Señoritas Francesas que venían a regentar el Colegio, que todavía existe en la casa y terrenos que pertenecieron al Doctor Urtecho.

Como propietario de esos extensos terrenos que en la parte occidental de Granada llevan su nombre, hizo donación a la Municipalidad de la amplia calle que de la actual carretera pasa por el Colegio de María Auxiliadora, por el Colegio Francés y el Hospital San Juan de Dios. Hizo donación también de las calles en una lotificación de esos mismos terrenos que él mismo hiciera y en la que donaba a la ciudad amplios lotes para un parque y una Iglesia. Granada le debe un monumento.

Bien puede el Doctor Juan Ignacio Urtecho descansar tranquilo en el seno de la eternidad. La armonía espiritual de su mundo interior hizo contrapeso al infortunado mundo exterior que le rodeara y que él quiso aliviar con la ternura de su corazón.

UN MEDICO INOLVIDABLE

FRANCISCO G. MIRANDA

Médico Nicaragüense

Profesional médico de grandes ejecutorias que recorrió su órbita de actividades fructíferas en un período de cincuenta años dedicado, en cuerpo y alma, a sembrar el bien y a llevar consuelo y alivio a los que sufren.

Merecedor de un homenaje póstumo que encarnara el reconocimiento de todo un pueblo que supo de las bondades de su compasivo corazón; de su sabiduría como conocedor de las enfermedades que afligen a la humanidad que él ponía al servicio de sus clientes, de los que acudían a su dispensario en busca de salud.

De 21 años fue enviado a los Estados Unidos, a estudiar medicina en la Universidad de Philadelphia, habiendo obtenido su Diploma en 1872.

A su regreso se estableció en San Juan del Norte, ejerciendo su profesión. En esa época, era un puerto muy floreciente, con residencia de muchas familias inglesas, americanas y de otras nacionalidades.

La personalidad del Dr. Urtecho, su figura apostólica, su suavidad de trato, la posición que llegó a ocupar debido a sus propios méritos, circundó su figura, a través de su alma diáfana, de una especie de aureola misteriosa de la que ni él mismo se daba cuenta natural como era para todas sus cosas.

Ese altruismo, su bondadosa expresión, su simpatía atrayente, enfocaron, sobre su persona un algo extraordinario, que para un hombre público que quisiera hacerse de popularidad sería mucho, y para un profesional modesto como él aparentemente poco, porque acumulándose callada y humildemente dentro de sí mismo, ni la hacía ostensible, ni se envanecía de ella.

De ahí que, después de muchos años de ausencia física, todavía se añora entre la pobreza de Granada, y de las comarcas circunvecinas, aquella mano amiga y caritativa que levantó de sus lechos a muchos enfermos indigentes y enjugó muchas lágrimas de angustia y de dolor. Al rico, al pobre, al menesteroso y desvalido, a todos miraba por igual, y el poder magnético de su personalidad (de que era inconsciente) ejercía mayor influencia que los compuestos farmacológicos que recetaba. Muchos casos dejados de la mano de la ciencia y que sólo se solucionaban definitivamente con un poco de espera, volvían de su consultorio con una esperanza de alivio y con una sensación de mejoría. Una vez que fue llamado a ver a una jovencita que a causa de una fiebre palúdica continua había quedado muy débil y anémica se concretó a dar un consejo verbal, diciendo: "denle caldo a esta enferma", significando con ésto que lo que le hacía falta a esta niña era alimentarla bien y nutrirla. Y en efecto, pocas semanas después estaba buena, robusta y rosada. Física-mente el Dr. Urtecho era de compleción sanguínea, tenía mirada penetrante, presencia austera, porte caballeresco, usaba barba medianamente larga, era parco en el hablar y sentencioso en el decir, pero sin comando alguno; no fue ostentoso, ni mostró signos de superioridad.

Fue más que un alópata un naturista. Dejaba obrar, a puertas abiertas, las defensas naturales orgánicas: el aire, el sol, el agua, la ventilación, el reposo y los cuidados dietéticos le servían, en primer término para sortear, con buenos resultados, las dolencias triviales y funcionales; y sin engolfarse en los caminos desconocidos de las avitaminosis, toxinas de origen microbianas, cuerpos y anticuerpos y otras tantas teorías que confunden y complican el esclarecimiento de muchos morbos humanos, él, sin pretensiones de sabio, sin eufemismos exóticos y con una natural comprensión que rayaba en intuición, casi siempre sus diagnósticos eran acertados y sus tratamientos eficaces.

Al verlo recorrer el ciclo de sus llamadas profesionales, o cuando yo solía entrar en su consultorio, en donde su sala de espera se mantenía con bancos escasamente desocupados, me venía a la mente la imagen histórica de aquel célebre Paracelso quien, sin hacer alarde de sabiduría altisonante y sin desechar los medios físicos a su alcance, pensaba de esta manera: "Toda salud y toda enfermedad procede de Dios, el cual suministra también el remedio. Cada enfermedad es un purgatorio, y ningún médico puede efectuar una curación hasta que termine el tiempo de ese purgatorio. Los médicos ignorantes son los diablos de ese purgatorio; pero un médico sabio es un ángel redentor y siervo de Dios. El médico es un siervo de la naturaleza y Dios es su señor. Por tanto, ningún médico efectúa jamás una curación a menos que sea la voluntad de Dios que cura al enfermo por medio de él". (Paramir).

No por ésto quiero decir que el Dr. Urtecho, fue un profesional ignato: Todo lo contrario: fue estudioso, perspicaz, observador y comprensivo. Tenía como comúnmente se dice, un ojo clínico certero y después de un examen ligero o detenido, formulaba su diagnóstico y aplicaba el remedio. En las consultas profesionales nunca disintió de sus colegas, porque era caballeroso y sincero, pero sí afirmaba cuando le parecía estar seguro de lo que él decía.

Como ciudadano civil y consagrado a los requerimientos de orden público local y de progreso local o nacional, siempre fue un espíritu generoso, desinteresado, respetuoso a la ley y al Gobierno Constituido, amante de la paz. Todo granadino recuerda que estando él de Alcalde, con motivo de una inundación que sobrevino en la parte suroeste de la ciudad a media noche, se levantó para ir en socorro de los amenazados de ser arrastrados por las corrientes impetuosas que todo lo invadían. Hasta el amanecer de ese día recorrió los barrios inundados por el agua y el lodo, cayendo enfermo a continuación por el exceso de trabajo y fatiga.

Más tarde, con motivo de una reconcentración que el Gobierno obligó a los habitantes de la Comarca de Panaloya, su casa particular fue el refugio de más de trescientas personas a quienes, gratuitamente, dio albergue, comida y ropa por muchos días.

EL ABUELO Y SUS 5 HIJAS

EXTRACTO DEL ENSAYO
"EL AMERICANISMO
EN LA CASA DE MI ABUELO"

JOSE CORONEL URTECHO
Poeta y Escritor
Historiador Nicaragüense

Mi propio abuelo, cuya barba le daba un aire a Lincoln, era doctor en medicina graduado en Filadelfia en 1872, y conservó toda su vida un recuerdo casi sagrado, como una especie de veneración, una como filial admiración de aquel país cuyas virtudes eran entonces las que él mismo mostraba en su carácter sencillo, honesto, laborioso, frugal y humanitario, revestido de dignidad republicana. Virtudes, en ese tiempo, americanas, que aún suelen asociarse popularmente con Abraham Lincoln. Había en la bodega de la botica de mi abuelo, en lo que se llamaba el Cuarto de la Quirina, un esqueleto humano, que según los rumores corrientes entre los nietos, era el de una mujer de Filadelfia, bella en su tiempo, que había respondido al nombre de Carmencita, a quien los niños a veces adornábamos con cintas de colores en la calavera y a la que un día, con gran escándalo de los mayores, sacamos de paseo en una bicicleta al airio de la Iglesia contigua a nuestra casa. Muchas veces mi abuelo me habló de Filadelfia y otras ciudades americanas, pero olvidé las cosas que me contaba y me decía o las recuerdo mezcladas de ficción, como cuando creo acordarme de que una vez me hablara del doctor Holmes, no desde luego del Magistrado, si no del médico y poeta, Oliver Wendell Holmes. Sé, sin embargo, como suelen saberse las cosas olvidadas, que mi abuelo miraba los Estados Unidos como un mundo moral y material muy superior a todo lo pasado, el ápice del progreso y, en cierto modo, la meta de la historia, un nuevo ensayo de vida justo, decente y racional, en el que el hombre, advertido y auxiliado por la ciencia, no volvería a cometer los tremendos errores que cometió en Europa. El había viajado por Francia, Italia, España y otros países europeos, pero pensaba, si no recuerdo mal, que la cultura debía separarse de la miseria popular y de los criminales, guerras, tiranías, insolencias, locuras, y demás plagas a las que andaba unida en aquel continente. Tenía, pues, el optimismo americano de su siglo, y su esperanza estaba puesta en los Estados Unidos y en lo que estos representaban para toda la América.

Todas sus cinco hijas eran mujeres bellas e inteligentes, cada una de ellas con una personalidad inconfundible, con una gracia enteramente suya y sobre todo con una brillantez de lo más española. (1) A la mayor la envió mi abuelo desde muy niña a un convento de monjas en

Nueva York y de ahí, cuando mi tía era casi una señorita a terminar sus estudios en otro convento de las mismas monjas en París. Si su objeto era americanizarla primero en los Estados Unidos y darle enseguida un barniz de cultura europea, como sospecho, se equivocó en los medios, porque el colegio de Nueva York, era además de convento de monjas, de monjas europeas, y por lo mismo, la mayor de mis tías ha sido una señora intelectual, escritora y conferencista, consagrada en su madurez al magisterio, pero siempre una dama de cultura europea tradicional, católica y latina, refractaria a todo exhibicionismo, siempre discreta, modesta, sencilla, siempre un poco perpleja en el revuelto ambiente nuestro, y no poco desconcertada ante las tendencias modernas de la vida norteamericana, que considera, creo, libertinas y bárbaras.

Mi madre (2) recibió su educación extranjera solamente en París, no en los EE. UU. como su hermana mayor, y a mí me tramitó desde mi infancia su gusto por lo francés. No olvido nunca los libritos pequeños y regordetes, ni los de tela parecidos a cuadernos —los clásicos de Hachette y de Garnier: Corneille, Racine, Moliere, y sobre todo el La Fontaine— ni el Grand Larousse, cuyas figuras yo miraba con un asombro, con placer, como sólo se sienten una vez en la vida. Hojeando aquellos libros y muchos otros —hasta las mismas piezas teatrales de La Petite Illustration— al correr de los años, sin darme cuenta, aprendí a leer francés, aunque no a hablarlo, con mayor gusto y facilidad que a leer en español, puesto que nadie me obligaba a hacerlo, ni me castigaban si no lo hacía. Cuando me pongo a recordar mis años infantiles, aún me parece oír a mi madre hablar de Jocelyn y repetir, con su irémula voz argentina, fragmentos de Le Lac y de El Crucifijo de Lamartine, cuyos versos románticos, de una armonía inmensamente dulce y evocadora, entendidos a medias, me abrían, como quien dice, una ventana a un paisaje ideal, proyectado en el ámbito del sueño, envuelto en una bruma de misterio en que todas las cosas, aun las más tristes, aun el mismo dolor, parecían hermosas. Fue por entonces, no sé en qué año, porque éstos y otros recuerdos están como apiñados en mi memoria sin separación de tiempo, cuando tuve mi primera noticia de la existencia de un poeta norteamericano. Había aparecido en La Reveu des Deux Mondes, un artículo muy encomiástico

(1) Agustín Urtecho de Martínez

(2) Blanca Urtecho de Coronel

sobre un tal Robert Frost y mi madre me hablaba de ello, mostrándome el artículo, con una especie de sorpresa regocijada, y me parece recordar que todos, no sé bien quiénes, pero seguramente varias personas, estábamos encantados de que hubiera un poeta en los Estados Unidos, además de Longfellow, claro, a quien todos debían conocer y admirar, puesto que ya no podría decirse, como algunos decían, que aquel país fuera de suyo y para siempre, no pasajeramente, como era de esperar, dada su juventud, un país de banqueros y salchicheros millonarios, no más que práctico y mercantil, grosero y materialista, sin alma y sin poesía. Y yo leí el artículo sin entenderlo todo, pero sí lo bastante para retener el nombre del poeta y la impresión de que sus versos eran sobre los campos y los campesinos, y que uno de sus poemas se refería a un macizo de flores. Lo que me extraña y casi me parece imposible, es que no tengo memoria de haber oído entonces hablar de Poe, de tal manera que cuando conocí "El Cuervo" en la traducción de Pérez Bonalde, me imaginé que Poe era francés, como Lugné-Poe, cuyo nombre había leído, si no me equivoco, en La Petite Illustration.

Otra de las hermanas de mi madre (3), la más graciosa, la más brillante posiblemente, vivía por ese tiempo en Nueva Orleans, donde su esposo, (4) un verdadero gentil-hombre, un legítimo "gentleman" nicaragüense formado en Boston, era el Cónsul de Nicaragua. Parecía que todos, en el pequeño mundo donde yo me desenvolvía, estuvieran vinculados de un modo u otro con los Estados Unidos. Un primo de mi madre, (5) muy admirado en la familia por el prestigio intelectual y hasta político de que gozaba, y porque en realidad su talento igualaba a su simpatía, era ingeniero graduado de West o'Pint, único entonces en Nicaragua. Debe haber sido en su juventud un lector de Longfellow realmente apasionado, pues me contaban que uno de sus motivos para casarse con la que fue su esposa, era que se llamaba Evangelina, pero aunque yo lo traté bastante durante cierto tiempo, sólo recuerdo haberle oído hablar de Shakespeare. Como otros primos de mi madre y algunos jóvenes granadinos de aquel entonces, sabía de memoria y recitaba a veces, largos pasajes de las tragedias del Gran Bill, y desde luego los famosos monólogos. Todos ellos habían estudiado en los Estados Unidos, los más en Fordham, pero como allá mismo sucedía en ese tiempo, casi sólo tenían idea de la lectura inglesa, y apenas conocían la norteamericana. La cuarta de las cinco hijas de mi abuelo (6), una morena de ojos verdes, simpatiquísima, toda cordialidad y vivacidad, a la que yo quería entrañablemente, no sólo por su encanto y su infalible generosidad, sino por nuestra mutua pasión por la lectura de novelas, que ella me fomen-

taba prestándome o contándome las que más le gustaban, era esposa de un hacendado (7) de lo más persona, cuya modestia más bien trataba de ocultar su cultura, que no era poca, buen amigo de sus sobrinos, especialmente mío pues solía invitarnos a sus haciendas y prestarnos caballos; también él educado en los Estados Unidos, además de Europa, y yo recuerdo que me contaba numerosas anécdotas de su vida en Ann Arbor y de las lindas rubias americanas con quienes iba en el verano a nadar en la bahía, y esto me despertaba un natural deseo de hacer lo mismo, y me daba, ya desde entonces, la idea popular de Norte América, difundida más tarde por las películas de Mack Sennet, de un continente lleno de radiantes bañistas. La misma idea que tenía según refiere Waldo Frank, el viejo fauno Anatole France. La menor de mis tías (8), la más linda de todas por la pureza y perfección de su fisonomía, pero no menos inteligente que las otras —las cinco, no cabe duda, eran mujeres superiores— tenía por marido (9), a un hombre de ingenio vivo y de fácil palabra, tan talentoso como disertor, con vocación de literato, pero doctor en dentistería y de gran éxito y prestigio en su profesión, graduado también él en Filadelfia como mi abuelo, y medio "americano", como estaba a la vista no sólo por su apellido, sino, además, por las características raciales de su figura. Era hijo de un norteamericano del Medio Oeste, quien había seguido la ruta de los buscadores de oro y vivido sus años en San Francisco de California, donde fue íntimo amigo y compañero de Mark Twain, y emigró finalmente a Nicaragua donde contrajo matrimonio con una granadina perteneciente a una familia de inteligencias extraordinarias, aunque no siempre muy equilibradas. De estas familias, según parece, suelen nacer los genios y los hombres geniales, como es el caso de la aludida, en cuya descendencia aparecen personas como Salomón de la Selva. El tío a quien me refiero, estaba más enterado, como ocurría entonces, de la literatura inglesa y en general de la europea, especialmente la de su tiempo, que de la norteamericana, pero él solía hablarme largamente, con entusiasmo contagioso, sobre el gran humorista amigo de su padre, y aún más largamente, sobre Chauncey Depew (se pronuncia Dipiú), a quien mi tío había conocido en persona, y tenido el placer según decía, de oírle dar amenísimas conferencias y pronunciar divertidísimos discursos en banquetes —mi propio tío era un consumado "after dinner speaker"— porque realmente el escritor americano más popular en ese tiempo, el charlista más cotizado en los Estados Unidos, al decir de mi tío, era una maravilla. En realidad —y, desde luego, con las correspondientes diferencias ambientales— debe haber sido una especie de García Sanchiz a la americana. ¡Extrañas e inestables asociaciones las que hace el gusto de los tiempos! Hoy Mark Twain es un clásico, un mojón permanente, mientras Chauncey Depew pertenece al olvido.

(3) María Urtecho de Zavala

(4) Juan José Zavala

(5) José Andrés Urtecho

(6) Magdalena Urtecho de Mora

(7) Domingo Mora

(8) Antonina Urtecho de Downing

(9) Luis Downing Selva

LAS URTECHO

ENRIQUE GUZMAN B.
Escritor Nicaragüense

CINCO hijas mujeres fueron el fruto del matrimonio del doctor Juan Ignacio Urtecho y Doña Magdalena Avilés; todas ellas participaban, más o menos, del carácter bueno e indulgente de su progenitor, y hasta en lo físico su tipo se acomodaba más al de su padre que al de la familia Avilés.

AGUSTINA

La mayor de ellas de nombre Agustina, se educó en los mejores colegios de los EE. UU. pasando después a Francia, permaneciendo en París hasta completar sus estudios.

A su regreso con grandes prendas de belleza, disponiendo de una refinada educación, inteligente y culta fué, desde luego, un adorno de la sociedad granadina.

De color blanco, cabello negro y ojos azules, semejaba el tipo de la mujer irlandesa y estas prendas personales la hacían sumamente interesante y atrayente.

A su regreso de Europa sus padres la recibieron con una gran recepción, en la que ella lució sus gracias, bailando danzas que por primera vez se veían en nuestros salones, y ejecutando al piano con maestría.

El doctor Urtecho no casó con su gusto a ninguna de sus hijas. Hombre adinerado, que las había creado con todos los gustos imaginables, no quería desprenderse de aquellos seres para él tan queridos. ¿Quién podía ser el hombre que las quisiera como él sólo las quería? Así fué que al presentarse como pretendiente de Agustina el caballero don Ernesto Martínez, el padre defendió su tesoro como el avaro guarda su dinero. Pero triunfó el amor, y fueron felices en su matrimonio.

Ya casada supo ocupar el puesto que le correspondía en la sociedad, y como esposa fué abnegada hasta el sacrificio, cuando su compañero sufrió un revés en su fortuna, del que se repuso a los pocos años. Llegando a escalar el puesto de Ministro de Hacienda en el Gobierno del Gral. José Santos Zelaya, y entonces Agustina, en tan elevada altura, lució las galas de su belleza, de su cultura y porte señorial, tomando parte en las ceremonias oficiales con soltura y dignidad protocolarias.

Desplegó también, ya casada, sus bellas prendas morales, tomando parte en todo movimiento de tendencia religiosa, de Acción Católica o de beneficencia pública. Como tenía propiedad de voz, resolución para

dirigirse a los demás, y acopio de conocimientos era frecuente verla tomar la palabra en reuniones o Congresos Eucarísticos, Asociaciones Religiosas, o en cualquier acto de carácter benéfico o de interés social.

Si en la época en que ella floreció hubieran existido esas mesas redondas, esos Clubes de Señoras, habría recibido el galardón de Mujer de las Américas o cosa parecida.

BLANCA

Blanca Urtecho, la segunda de sus hermanas, como muchas otras cosas en que el nombre no corresponde a la cosa representada, no es de color blanco, sino de un color más claro que moreno, con ciertos pigmentos en la cara que se llaman pecas, pero que en ella no hacían más que lucir como algo que se le riega a ciertos dulces o keques para decorarlos. De ojos azules, claros y apacibles, fue educada también en colegios americanos y europeos. En París nutrió su espíritu con la savia francesa, se refinó su gusto, y regresó siendo una artista en modas, en buen gusto para el arreglo de una mesa, en el arte culinario, y en muchos otros artes plásticos.

Su gusto literario corría parejas con su gusto artístico y su temperamento tierno y apasionado. Si no hizo versos los debía de haber hecho. Era una soñadora. Asidua lectora de la novela francesa. Su juicio sereno, ponderado. Su conversación salpicada con las más refinadas especies de la comida francesa, era un apetitoso manjar saborearla.

Blanca trajo de Europa un amor por un joven granadino que estaba en Francia estudiando también, donde se conocieron.

Pero no contaba con la oposición paterna, que se interpuso entre los dos ellos, y en aquel tiempo en que nada se hacía sin el consentimiento de los padres, sobre todo un paso tan serio como el del matrimonio, el Amor tuvo que ceder su lugar al derecho de los padres injustos en este caso de la elección de estado.

Blanca dejó pasar el tiempo, siguió siendo la dama de mohín interesante, de plática amena, de sonrisa apretada que luego estallaba en sonora y regocijada. Su talento no era para fijarse en cualquier petimetre que le hiciera el amor. Su corazón no era para entregárselo a un lechuguino, sin meollo en la cabeza y sin bagaje intelectual con quien poder sostener una conversación.

Comenzó a visitar la casa del doctor Urtecho un personaje de aquella época que gozaba fama de inteligente, de gustar de la literatura, de aficiones muy semejantes a las de Blanca, con quien, desde luego, simpatizó el asiduo visitante de la casa del doctor Urtecho, que no daba importancia a las frecuentes llegadas a su casa del doctor Coronel Matus, ya que éste era deudo pariente cercano de don Manuel Antonio Coronel, que vivía en Granada, emparentado con la esposa del doctor Urtecho, doña Magdalena, por parte de Avilés.

Sucedió que el trato continuo, la similitud de gustos y aficiones literarias, la interesante conversación de Coronel Matus y la no menos de su interlocutora Blanca, vino haciendo que se entendieran ambos confabulantes hasta prenderse entre los dos ellos la chispa del Amor.

Si el doctor Urtecho se había opuesto siempre al casamiento de sus hijas, en este caso su oposición subió de punto, ya que el novio era mayor de edad que Blanca, persona enferma pues era asmática, aunque de una honestidad a toda prueba, liberal de principios, idealista de los que hoy día no se usan ni se encuentran.

Coronel Matus vestía elegantemente, casi siempre de levita y sombrero de bolero o bombín, a estilo de la época. Su cuerpo era desgarbado, por lo que, aunque llevara puesta buena ropa, su figura no le ayudaba a lucirla. Con todo, para una mujer romántica, el aspecto exterior no cuenta para crearse una ilusión que satisfaga sus aspiraciones. El talento de Coronel Matus sedujo a la joven de oír palabras lisonjeras llenas de pasión, de ese amor que se siente pero que no fustiga la carne, y por consiguiente no es bajo, que nada tiene que ver con los sentidos sino que es espiritual y reside más en nuestra alma que en nuestra naturaleza corpórea.

De este matrimonio son hijos don José Coronel Urtecho, uno de los valores literarios de más alto quilate con que cuenta la intelectualidad nicaragüense y doña Lola Coronel de Chamorro que en su matrimonio con el caballero don Julio Chamorro Benard ha dado a la sociedad una pléyade de profesionales y a la Iglesia sacerdotes miembros de la Orden de Loyola, que son timbre de orgullo para la Religión que los cuenta en su seno.

MAGDALENA

La más parecida físicamente a su padre, sensible, buena, caritativa, de sentimientos católicos, tomaba a pecho todas las cosas referentes a la Iglesia. Fué ella una de las más interesadas por todas a los Padres Jesuitas de la Casa Residencia de Jalteva. Casó muy joven con don Domingo Mora Noriega, y su padre no mostró como en el casamiento de sus otras hermanas la oposición acostumbrada debido a nexos de amistad y políticos con don José Angel Mora padre de Domingo. Murió muy joven dejando varios hijos de los cuales solo están vivas dos mujeres.

MARIA

Hermosa y atrayente. Morena y de ojos azules. De carácter alegre, jocosos, chispeante y comunicativa. De corazón magnánimo se compadecía de todos los dolores de la humanidad, y así se le veía ir a los hospitales, al presidio, a los leprocomios a prodigarles sus consuelos, a llevarles alimentos y ropa, a esos desválidos y hasta dinero en efectivo, haciendo con ellos las veces de una hermana de la caridad.

Su chiste, su sal y su pimienta con que condimentaba su conversación, la hacían el centro de todas las tertulias, y le franqueaban el paso de buenas amistades.

De su matrimonio con don Juan José Zavala nacieron varios hijos que son adorno de nuestra sociedad. Uno de ellos don Joaquín Zavala Urtecho, Fundador y mantenedor de Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano que adopta el presente trabajo para exornar la genealogía de la familia Urtecho-Avilés, una de las más prestigiadas de la antigua ciudad de Granada, de las más rancias en tener familias patricias y de noble estirpe.

ANTONINA

La última de las hijas, lleva el nombre de una de sus antecesoras. De piel blanca como Agustina. Amable, dulce, moderada en las manifestaciones de su espíritu, sencilla en su modo de ser y a la vez comprensiva, es una madona que infunde gran respeto y cariño a la vez.

Casó con el doctor Luis Downing habiendo procreado varios hijos que hoy ocupan puesto distinguido en nuestra sociedad.

En la primavera de su juventud, hubo muchos que aspiraron su mano, y entre ellos uno que intentó quitarse la vida por parecerle mejor dejar de vivir que seguir viviendo sin el amor que ella le inspiraba.

Cuentan que recientemente que fue sometida a una operación quirúrgica, su cuerpo parecía hecho de alabastro. Tal era lo fino de su complexión, la esbeltez de su talle y la pureza de sus líneas.

Todas ellas amigas de mi infancia. Con Agustina y mi hermana Julia jugamos en la esquina de la casa del doctor Salvador Guillén, cuya familia era vecina de nuestras casas. Con las demás hermanas Urtecho me ví muy de cerca, pues casi vivimos juntos, habitando la misma casa, devisión de por medio. María fue amiga predilecta de Julia, mi hermana, y me acostumbré a mirarla como si fuera un miembro de mi familia.

A todas ellas dedico estos recuerdos del pasado, expresión de mi sincero cariño y antigua amistad.

EL FUNDADOR DE LA RAMA MASCULINA

ISIDRO URTECHO

MILITAR ESTADISTA ORADOR DIPLOMATICO ESCRITOR

1.— VARON INTACHABLE

Entre las figuras esclerecidas de los TREINTA AÑOS, la del Gral. Isidro Urtecho reúne las cualidades necesarias para ser todo un varón intachable, toda una reliquia del pasado. Nacido en Granada el 15 de mayo de 1840, murió en esa misma ciudad el 12 de enero de 1922. Hijo de Andrés Urtecho y de Antonina Cabistán, quedó huérfano siendo aún niño y, al igual que su hermano Juan Ignacio, creció al amparo de su tío el Padre Juan Cabistán. Este se hizo cargo de la instrucción a que podía tener acceso su sobrino en aquel tiempo. De la escuela en que aprendió sus "Primeras Letras", como también del "Arco Toral" y la "Campana Antigua de la Iglesia de la Merced", nos ha dejado estupendas evocaciones.

2.— A LOS 14 AÑOS UN GUERRERO QUE FIGURA EN LA GUERRA NACIONAL

A los 14 años, junto con otros muchachos de su edad, formó un grupo de entusiastas guerreros que presenciaba los choques entre legitimistas y democráticos durante el sitio de Granada en 1864 e iba a los cuarteles de los primeros a conocer a los soldados más valientes y populares, entre ellos a Bartolo Sandoval, "El Vengador de La Concha". Se ha dicho que en esa ocasión fue ayudante del Gral. Fruto Chamorro y que siempre era escogido por su jefe para cumplir las órdenes más arriesgadas. Pero parece que se ha confundido a don Fruto con su hermano el Gral. Fernando Chamorro que, después del incendio de Granada, organizó el ejército para combatir a Walker en Rivas. El joven Urtecho, que se había refugiado en Chonfales, se alistó en sus filas e hizo su debut en la historia participando activa, meritoriamente, en la Guerra Nacional.

3.— LLEGA A CAPITAN PELEANDO CONTRA WALKER

Una de sus primeras acciones tuvo de escenario Nandaimé donde, con un puñado de soldados, ayudó a vencer a un buen número de filibusteros que, mandados por Walker desde Rivas, intentaron tomar esa plaza. Allí José Arcia, cabo rivense, lo conoció y fue hasta entonces que el Gral. Fernando Chamorro lo hizo su ayudante de campo en compañía del Capitán Faustino Arellano. El ejército aliado marchó hacia Rivas y tuvo su primer encuentro con el enemigo en Belén. Los filibusteros, atrincherados, esperaban a los nuestros. El ataque principió como a la una de la tarde y llegó a terminarse hacia las 4 de la mañana del día siguiente cuando los filibusteros huyeron desbandados. De Belén pasó el ejército a San Jorge donde desalojó otras trincheras filibusteras. Luego el Gral. Fernando Chamorro obligó al enemigo a combatir alrededor de la hacienda de Jocote en la que el teniente Urtecho tomó por asalto LA LOMA DE LA BURRA y otros puntos más, hasta llegar a la casa donde avanzó mucha gente, parque y provisiones.

4.— TENIENTE CORONEL CON EL PRESIDENTE TOMAS MARTINEZ

Pasada la Guerra Nacional, de la que había salido con el grado de Capitán, ingresó a Granada al Colegio de Juan J. Samayoa, donde concluyó su instrucción que completó con lecturas en la biblioteca del Gral. Fernando Guzmán. En 1863, por su valor y pericia en la acción del barrio de San Felipe en León, fue ascendido por el Gral. Tomás Martínez —bajo cuyo mando había peleado— a Teniente Coronel.

5.— JEFE DE LOS EJERCITOS CON EL PRESIDENTE FERNANDO GUZMAN

En 1867, junto con Enrique Guzmán, Faustino Arellano, Miguel Vigil y otros, fue miembro fundador del grupo político "La Montaña". En una carta a su sobrina Blanca Urtecho vda. de Coronel ha contado cómo se formó este grupo que al principio tuvo carácter literario: que apoyó a la candidatura del Gral. Fernando Guzmán y que se disolvió después de la revolución del Gral. Tomás Martínez. Por ese entonces fue nombrado por el Presidente Guzmán General en Jefe de los Ejércitos y en 1869 libró como Jefe Expedicionario la acción de Metapa en la que salió derrotado. A pesar de ella el propio Presidente derrotó a los revolucionarios en Niquinohomo.

6.— VICTORIOSO EN LA DERROTA DE METAPA

La derrota de Metapa o Chocoyos, sin embargo, le valió como triunfo moral. Adán N. Boza relata detalladamente, en efecto, el arrojito del Gral. Urtecho en esa batalla. ¿Cuál es la trinchera más accesible? —preguntó— y,

una vez obtenida la respuesta, dijo: "pues bien, iremos a ella de frente, y designo a mi amigo más íntimo, Capitán Agustín Avilés, para tomarla, al paso que tales y cuales jefes sostendrán por tales y cuales puntos al asalto".

A las 8 a.m. empezó éste —agrega Boza—. La empresa del Capitán Avilés era la más ardua. El general Urtecho marchó con el Capitán Avilés paso a paso, y se le oía decir: "Ni un solo tiro Agustín, (así lo trataba en la intimidad); una carga heroica hasta tomar la trinchera y luego escalarla; los tiros vendrán cuando ustedes brinquen el recinto de la plaza"; y al asegurarse, cuando ya se avistaba el enemigo, le gritó: "piensa, Agustín, que todo depende de tí; piensa en tu honor y en el de tu familia y sobretodo en los lindos ojos de las granadinas que van a contem plarte". La carga fue soberbia. El Capitán y sus cienhombres llegaron a la trinchera y se entabló allí una lucha terrible.

El General la presenciaba desde una altura muy inmediata y enviaba refuerzos para sostenerla. De repente se apodera, sin saberse cómo, de los bravos asaltadores un momento de debilidad, como asustados de su propia audacia, y retroceden. Más rápido que el rayo el General se halló entre los suyos, sable en mano, conteniendo aquel principio de fuga. Hizo prodigios, pero todo inútil. El pánico se había apoderado de sus soldados, y admirando al General, y aún vivándole, se precipitaban en tropel en la fuga. Cómo se salvó el General de aquel inminente peligro? Nadie lo sabe. Estaba al pie de la trinchera enemiga y montaba un caballo tordillo que servía de mejor blanco a los tiros del enemigo, y llovían balas a su alrededor como una granizada. Tanto valor fue inútil, y el General tuvo que retirarse. Aquella derrota se consideraba como el golpe de mayor audacia de parte de los vencidos, y por mucho tiempo se le llamó al General, en son de cariño, el vencido de "Chacoyos".

7 — MAYOR GENERAL DEL EJERCITO CON EL PRESIDENTE ADAN CARDENAS

En 1885, siendo Mayor General del Ejército durante la administración del Dr. Adán Cárdenas, se hizo cargo del ejército nicaragüense en ocasión de la guerra centroamericana provocada por el Gral. Justo Rufino Barrios Boza, que fue uno de sus secretarios, cuenta que jamás había visto brillar en más alto grado el don de mando, la laboriosidad y la rapidez que en él. El resto de sus secretarios en esa campaña, de la que ha dejado un informe muy detallado, fueron el Teniente Coronel y Lcdo. don Pedro González, el Coronel don Manuel Riguero de Aguilar —de origen español— y el Capitán Carlos E. Salcedo, joven peruano casado en Nicaragua. Todos ellos fueron testigos de las aptitudes de organizador y tácticos del Gral. Urtecho. Un párrafo del mismo Boza describe con exactitud su figura militar de aquellos días:

Todos conocen aquí al General Urtecho. Tiene él la fortuna de hacerse popular donde quiera que va, como otros la desgracia de hacerse impopulares. Es de carácter dulce, afable, generoso, accesible siempre, sin sospechar en él las cualidades del guerrero; inteligente y modesto hasta hacerse hurano. Pues bien, sin dejar de ser todo esto, se transformó MI HOMBRE EN LA GUERRA; y entonces tiene la voz imperiosa del mando, la palabra breve, la voluntad más inflexible y el carácter más incansable; se hace cuidadoso del soldado, particularmente en el lecho del dolor, cual padre amantísimo de sus hijos. Es valiente hasta la temeridad.

8.— COMISARIO DE LA REPUBLICA

En 1886 fue nombrado Comisario de la República en la Reserva Mosquitia y su actividad, puede decirse, preparó el terreno por la vía diplomática para la reincorporación de ese territorio. Anteriormente, desde 1870, había sido Gobernador e Intendente de San Juan del Norte cuando este puerto tenía mucha importancia. Desempeñando ambos cargos su presencia fue benéfica para esa región. Habilitó con mejores leyes y reglamentos el puerto libre de Rama que llegó a ser, poco tiempo después, un rico centro bananero. El pueblo, agradecido, adoptó como patrón a San Isidro Labrador para recordar y perpetuar su nombre. Subvencionó al vapor CARAZO con 2.000 pesos mensuales para que traficase regularmente entre el Rama, Cabo Gracias a Dios, Bluefields y San Juan del Norte. E hizo puerto de entrada a Corn Island que estuvo al mando de un jefe de policía con funciones de agente fiscal y Juez Civil.

9 — CON LOS INDIOS MOSQUITOS

De su experiencia en esa zona nació su serie de artículos sobre las "Costumbres de los Indios Mosquitos" publicados de agosto a septiembre de 1906 y una "Una Reseña de la Costa Mosquitia", inédita aún, fechada en San Juan del Norte en marzo de 1888. Este trabajo es más bien un "Bosquejo Histórico" de la misma costa sobre "la topografía, suelo, clima nativos" de ella extraída de varias obras publicadas desde 1710, como el VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO de Dampier y del Informe hecho en 1757 de Robert Hogson.

10.— EN DUELO CON RAN RUNNELS, CONSUL DE LOS ESTADOS UNIDOS

En San Juan del Norte fue invitado un 4 de julio a la conmemoración de un aniversario más de la Independencia de los Estados Unidos por el Cónsul Ran Runnels, antiguo pistolero del Oeste, del que fue luego gran amigo. En una semblanza que escribió el General sobre Manuela López, esposa de Runnels, narra esta anécdota que ha transcrito Gabriel Urcuyo Gallegos:

Se le antojó decir a alguno en la mesa que todos los presentes debíamos expresar un pensamiento en la forma de brindis, y al llegar mi turno, excitado un poco por las continuas libaciones exigidas, dije que deseaba que el agua de la norteamericana nos cubriese con sus alas, pero que no nos clavara sus garras. El Cónsul, tan excitado por el licor como yo y como todos los que estábamos allí, se dio por ofendido y pidió inmediata satisfacción. Yo expliqué que no tenía intención de ofender a la nación americana; que lo que quería expresar era el deseo de que nos tratara siempre como hermana mayor y jamás como enemiga. No se dio por satisfecho y yo no pude hacer más. Se acabó la comida y el desafío debía verificarse al día siguiente. Tenía el Cónsul la reputación de un gran tirador a pistola, de tal manera que a cierta distancia podía meter una bala en la boca de una botella; y yo la habilidad contraria, de no acertar a la misma distancia, ni a un buey. Pero había que aceptar las cosas como se presentaban. Nombré por padrino al Coronel Gutiérrez y a un primo mío que también había sido invitado a la fiesta, exigiéndoles solamente que la distancia del tiro se redujera a cinco varas, dada mi desventaja de tirador.

Agrega el Gral. Urtecho que esperaba muy preocupado el resultado. "Pero al poco rato —dice— vi venir con sus padrinos al Cónsul, risueño y cariñoso, dando al traste la querrela motivada tan sólo por el espirituoso champán".

11.— GENERAL EN JEFE DEL EJERCITO CON EL PRESIDENTE ROBERTO SACASA

Después de ser nombrado de nuevo General en Jefe del Ejército por el Presidente Doctor Roberto Sacasa se dedicó al magisterio en Rivas donde había contraído matrimonio y procreado su familia. Retirado de la vida pública durante el régimen de Zelaya volvió a desempeñar altos cargos de 1911 en adelante como los que había desempeñado años anteriores: Ministro Plenipotenciario en varias repúblicas centroamericanas, Presidente de la Cámara Legislativa, Senador, Diputado, etc., haciendo gala de la más pura honradez y de la más ponderada cultura. Cuando murió de una afección cardíaca, a los 82 años de edad, era Senador propietario del Departamento de Rivas.

12.— EL ESCRITOR

De su obra de escritor Pío Bolaños se ha ocupado de ella señalando las cualidades de su estilo que puede resumirse con estos tres adjetivos: fácil, castizo y galano. Examinando una colección de sus artículos, facilitada por sus descendientes, hemos seleccionado una regular cantidad que puede dar una idea bastante completa de los logros de su pluma. Los hemos dividido por orden temáticos: aquellos en los que evoca su infancia (titulados "Memorias de Granada"), algunos pertenecientes a su "Galería de Notables Rivenses", la mayoría de sus Descripciones de Rivas, unos cuantos reunidos bajo el título de "Gente de su Tiempo" (como uno sobre don Enrique Guzmán y otro sobre don Manuel Coronel Matus), la ya citada serie sobre las "Costumbres de los Indios Mosquitos", sus "Episodios de la Guerra Nacional", otros "Escritos Históricos" de no menor importancia (como "La Formación de la Montaña") y varios artículos más de diversa índole como "La Conversión Monetaria en peligro de muerte", "Entre Escila y Caribdis" (sobre el oficio del periodista en Nicaragua) e "Impresiones de Catarina".

Anterior a esta recopilación lo publicado por el General Urtecho en folleto y revistas había sido muy poco: un Discurso en el Quincuagésimo Aniversario de la Independencia de Centroamérica pronunciado en Rivas y publicado en Managua (Imprenta Nacional, 1871), su conocida biografía sobre el "Lcdo. don Laureano Pineda" y un Informe "sobre los alistamientos y operaciones militares en marzo de 1885", publicados los dos últimos en la revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua.

13.— EL ORADOR

Un aspecto de su personalidad queremos destacar ya que va escasamente representada en la selección: su oratoria. Fluidos y elegantes, sus discursos eran de rigor en Managua, Granada y Rivas durante muchos años. El solía clausurar solemnemente las distribuciones de premios al final de curso en colegios religiosos, inaugurar sociedades, clubes, bustos, etc. También era un especialista en oraciones fúnebres. Leyendo sus piezas necrológicas nos ha dejado la impresión de que en Rivas se rinde un culto especial a la muerte. No es por accidente que el Cementerio haya sido, y debe seguir siéndolo aunque en menor grado, el paseo favorito de la sociedad rivense. Pareciera que los rivenses desearan conservar íntimo contacto con sus antepasados y seres queridos hasta tal punto que transforman la idea de la muerte despojándola por completo del pavor que naturalmente inspira.

14.— EL ESTADISTA

Por lo que puede concluirse hasta aquí el General Isidro Ustecho fue un "ejemplo constante de todas las virtudes humanas". No sólo demostró ser un estadista hábil y probo en su vida pública, hasta el extremo de que era enemigo del militarismo —posiblemente empuñaba las armas por deber, cuando la Patria requería sus servicios—, sino también una persona honorable en su vida privada, progenitor de la rama masculina de los Urtecho.

15.— PROCER, CABALLERO, SOLDADO, ULTIMO REPRESENTANTE DE LOS 30 AÑOS

El mayor elogio que podemos tributarle no puede ser otro que el de ratificar el merecimiento de todos los que recibió durante su vida activa y ejemplar. En la CORONA FUNEBRE publicada a los pocos días de su muerte, uno de sus amigos trazó una imagen casi completa de su figura venerable e ilustre. La sinceridad, nobleza, magnitud, abnegación, bondad y rectitud se dieron en él como muy pocas veces se han dado en otros prohombres de nuestra vida republicana. A la pregunta ¿quién era el General Urtecho? el amigo citado en el periódico EL CENSOR de Granada contestó en enero, 13, de 1922, lo siguiente:

Lo diremos en pocas palabras: perteneció al número de los escogidos: como militar, al de los pundonorosos; como escritor, una estrella de primera magnitud; como miembro del Partido Conservador, un ejemplo que imitar. La pléyade de los hombres de los 30 años se descubre reverente, y allá en las regiones de lo incongnoscible, sus compañeros que le precedieron se ponen de pie para recibirle dignamente.

Las letras pierden un Príncipe; la Historia y la Tradición, un libro que se cierra para no abrirse más; el Partido Conservador, un Pontífice; los pobres, un bienhechor; los humildes, un amigo; la honra de la Patria un ejemplar modelo; y cuantos lo conocimos y tratamos, un amigo afectuoso, un experimentado consejero, discreto y amable y un acabado modelo de todas las virtudes sociales.

Y para decirlo todo de una vez, en el extinto se reunieron las bellas condiciones del prócer, del caballero, del soldado y del amigo.

Pero basta decir que fue el último representante de los TREINTA AÑOS, para sinterizar lo que él fue en nuestra historia.

¿QUIEN ERA?

UN VIEJO PALADIN DE NUESTRAS LIBERTADES QUE CABE EN LA BRECHA CUMPLIENDO SIEMPRE CON SU DEBER COMO REPRESENTANTE DE ESTE PUEBLO. ALLI LO SORPRENDIO LA MUERTE CUBRIENDO LAS SILLAS CONGRESALES CON LOS PERFILES DE SU SIMPATICA FIGURA.

UN NOBLE HIJO DE LA PATRIA QUE SALE CON SU BRILLANTE ESCUDO DE ARMAS CIVICAS Y REGRESA SOBRE EL AL IGUAL DE LOS ANTIGUOS PATRICIOS ROMANOS.

Y UN ALTISIMO CIUDADANO, TODO BONDAD, TODO FINEZA Y TODO CABALLEROSIDAD, CUYA VIDA SE ESCAPO ENTRE LA CONSTERNACION DE TODO UN PUEBLO QUE SIN DISTINCION DE CLASES NI DE COLORES, LO APRECIABA, LO RESPETABA Y LAMENTA, EN ESTE MOMENTO, SU INESPERADA DESAFARICION.

"El Demócrata", Enero de 1922

A UN SOLDADO

Rindo homenaje al recto ciudadano,
Esclavo del deber y la justicia,
Cuyos actos, exentos de malicia,
De un corazón proceden noble y sano.

Prudente al mar que bondadoso y llano,
Con su modestia oculta la pericia
Que de su patria imprime en la milicia
Que dirige con leal y firme mano.

En patrio amor su espíritu se inflama
Y de odio y de ambición nunca a su pecho
Pudo alcanzarle la siniestra llama.

Respetando de todos el derecho,
La Patria y la familia es cuanto él ama,
Y este es el General Isidro Urtecho.

UN AMIGO

Julio de 1886.

SEGUN PIO BOLAÑOS:

Nació en Granada, radicándose, al formar su hogar, en la ciudad de Rivas. Militar, diplomático, político y escritor, fué una de las más destacadas personalidades intelectuales del país. En su juventud tomó parte en la guerra nacional y su nombre fué honrosamente citado entre los militares que figuraron en ella. Por sus conocimientos militares, le fué concedido con justicia el grado de General de División, la jerarquía más alta de esa noble carrera.

Fué, con Enrique Guzmán, José Dolores Rodríguez y otros, miembros de un grupo político bautizado con el nombre de la "Montaña" que actuó durante los años de 1867 y 1871, ejerciendo la presidencia don Fernando Guzmán. Fué entonces que Urtecho principió a darse a conocer en la prensa. Ese grupo político, nacido en el seno del partido conservador, demostró tendencias hacia una izquierda moderada, y ya en 1879 el grupo había atraído a su centro a otros elementos intelectuales convirtiéndose poco después, en el partido "Progresista".

En 1887, logró este partido llevar a la presidencia de la República a don Evaristo Carazo. Urtecho fué uno de los directores que en ese partido llegó a alcanzar preeminencia en la dirección de la política nacional.

El general Urtecho ejerció en su vida pública los cargos de Ministro Diplomático, Inspector General del Ejército, Secretario de Estado, Inspector General

de la Costa Atlántica y otros más, sobre todo en lo militar, cuando las ocasiones requerían sus servicios en ese ramo. Con motivo de su misión diplomática a Costa Rica, se dió a conocer ventajosamente en este país, donde aún se recuerda su acertada y discreta actuación como la de uno de los elementos mejor preparados en Nicaragua para esa discreta carrera. Contribuyeron a ese éxito sus dotes de hombre culto, inteligente y ameno conversador, así como el despliegue que hacía de su fina oratoria, de elocuentes y oportunas frases.

Pero, si la personalidad del general Urtecho se muestra de relieve, con singular eficiencia, ya en la carrera militar, ya en sus actividades políticas en favor del progreso material y social de la nación, o bien en el discreto desempeño de delicadas misiones diplomáticas, logró también con sus admirables producciones literarias, conquistarse honroso puesto en las letras nicaragüenses, figurando como uno de sus mejores y legítimos valores intelectuales. Su estilo es sobrio, fluido, elegante, estrictamente castizo. Poseía inteligencia penetrante, buena erudición y estaba al día en la evolución mundial del arte literario. Asiduo lector, al par que estudioso, no desconocía las obras clásicas. En sus escritos no hay nada de orfebrería de pacotilla, ni giros extraños al lenguaje. Escribía con naturalidad, ocupándose siempre de asuntos de interés histórico y ofreciendo en ellos el producto de un investigador serio y veraz, motivos todos que le servieron para hacer resaltar las cualidades de su ilustrado

talento. Por los asuntos de que trató y la sencillez de sus frases, es que su obra vale y perdurará. Los artículos de controversia política dejan siempre un sedimento de enojosas molestias por las tendencias partidarísticas que los inspiran —no importa la serenidad y ecuanimidad del escritor—, siempre gozan de actualidad relativa. En cambio, quedan con vida perpetua, como un legado a las generaciones del porvenir, dando su fisonomía a la época a que aluden los escritos en que se trata de acontecimientos nacionales o locales, o en las biografías de hombres que contribuyeron a formar la historia del país; y las producciones de esta naturaleza, amenas e instructivas, que nos relatan esos sucesos y nos pintan esos caracteres, ajustándose a la imparcialidad que debe procurar la crítica histórica para estudiar la vida de un pueblo, ya sea por la luz que arrojan sobre el conjunto de las condiciones sociales, ya sea por el desarrollo de la naturaleza humana son, decimos, las más útiles y apreciables. Este fué el arte que con más gusto cultivó el general Urtecho. De allí nace que su obra literaria e histórica sea objeto de entusiasta y sincera admiración por los que lo hemos leído desde nuestra mocedad.

De sus artículos debe citarse como modelo de bien decir el que escribió sobre la imagen de la Virgen del Carmen, que se conserva en la Iglesia de La Merced de Granada. Preciosa joya literaria, de hondo sentimiento y de los altos quilates como obra de arte descriptiva. La dificultad de encontrar un ejemplar del periódico donde se publicó ese trabajo del general Urtecho nos priva de insertar aquí algún párrafo de esa producción, digna de ser reproducida alguna vez como excelente muestra de la elegancia de la prosa nicaragüense, de fines del siglo pasado.

Su obra de más aliento, sin embargo, como que abarca ella un interesante y trágico período de la historia nacional, es la biografía del Licenciado Laureano Pineda, notable figura política que actuó en los acontecimientos que siguieron al de la independencia. La

biografía del Licenciado Pineda forma parte de su **GALERIA DE NOTABLES RIVENSES**, escrita en 1907, apareció últimamente en el N° 1 de la Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua. Ese trabajo es casi insuperable como estudio biográfico; completo y definitivo, por su bien ordenado discurso la copiosa documentación que presenta para justificar los hechos, y el laudable empeño que pone el autor para que el nombre de ese noble varón no se borre de la memoria de sus conciudadanos. Por ese estilo escribió el general Urtecho otras biografías sobre personajes a quienes conoció y le han precedido en el viaje eterno. En todas ellas puso el acento de fina psicología, revistiendo sus juicios discreta alabanza, sin caer en el defecto de la vulgar adulación. Hay otros artículos también fundados en recuerdos de juventud en los que pinta, con frases de poético adorno y apacibles matices, actitudes de su alma y añoranzas de viejos y olvidados hechos, así como de rincones por donde alguna vez discurriera su elástica mentalidad.

En los últimos años de su vida, que fueron largos, como que llegó a sobrepasar los ochenta, tuvimos la pena de encontrarlo en una calle de Granada. "La lumbre de los ojos se le había apagado", como a Milton, más no así la de su vigoroso intelecto. Producía aún, dictando al amanuense, y haciéndose leer alguna obra favorita para mantener el espíritu alerta y distraído, en medio de la oscuridad en que los achaques físicos, las pesadumbres y su ancianidad, lo habían colocado al llegar al final de su peregrinación por la tierra. Murió en 1922. El tiempo, dice el antiguo proverbio, lo produce todo y él mismo lo consume todo. Esto, por lo que respecta a la materia, pero lo espiritual como lo que brotó espontáneamente del cerebro del general Urtecho, permanece aún vivo, como un brio exponente de lo que puede dar Nicaragua, tierra de fragor y de vehementes luchas pasionales, así como también cuna de espíritus selectos que supieron cultivar con dilcción el arte del bien decir.

San José, Costa Rica, 1940.

NOTA DEL AUTOR.—El año de 1870 ejercía en San Juan del Norte el General don Isidro Urtecho, el cargo de Inspector General de la Costa Atlántica, cuando llegó a ese puerto un barco procedente de Costa Rica; y sabedor el general Urtecho que en dicha embarcación iba el ilustre Presidente de Costa Rica, Doctor don Jesús Jiménez, que había sido violentamente desterrado de su patria, pasó inmediatamente a bordo a presentar sus respetos al distinguido exilado y al conocer las precarias condiciones en que iba, le ofreció toda clase de facilidades y aún dinero para continuar su forzado viaje con toda comodidad. El Licenciado don Ricardo Jiménez Oreámuno, hijo del ilustre hombre público costarricense, que nos refirió esta anécdota, nos decía que su padre nunca olvidó la gentileza del general Urtecho en aquella ocasión y siempre la cordó muy agradecido.

El hijo mayor del general Urtecho, ingeniero don

José Andrés, que también ocupó lugar prominente en las letras y la política nicaragüenses, tuvo a su vez otra gentileza con otro desterrado político costarricense, el ilustre don Alfredo Volio, quien murió en Granada en 1918, víctima de la fiebre amarilla. El ingeniero Urtecho, al saber que aquel distinguido político costarricense había muerto, ofreció al general don Jorge, hermano de don Alfredo y a los amigos políticos y compañeros de destierro del extinto, un nicho en la bóveda que la familia Urtecho tiene en el cementerio de Granada, a fin de que reposaran ahí los restos de aquel ilustre personaje costarricense, mientras podían ser llevado a su tierra natal, Cartago.

Tanto la familia Volio, como la familia Jiménez, no olvidan, según nos consta, esos dos actos de gentileza que los dos Urtecho, don Isidro y don José Andrés, tuvieron con sus respectivos deudos —P B.

FISONOMIA DE UNA EPOCA LEGADA POR EL GENERAL

ISIDRO URTECHO

MEMORIAS DE GRANADA

LA ESCUELA DE ANTAÑO

Desde la cima de los setenta y ocho años que alcanzo en la vida, evoco los gratos recuerdos de la juventud.

Nací en Granada, en el Palenque, en casa de mi madre y me crié en la de mi abuela, calle hacia la Loquera, al lado de dos primos míos, uno de ellos de mi propia edad; por consiguiente soy un verdadero jaltevano, con los gustos y tendencias populares, recorriendo libre los solares de las casas diseminadas en los barrios de Jalteva, tras de sus jocotales, abundantes entonces, tras de los nancites en las sabanetas de la Pólvara, tras de los pájaros, en los campos o en los arroyos. Había entonces sus creencias populares, cuentos de la zegua, carreta nagua, cadejo, duendes, un nazarino sin cabeza, etc., etc.; pero a nada de esto le tenía yo miedo, verdad que el imperio de esas fábulas se ejercía en los misterios de la media noche, con excepción del narazeno que salía diario en el arroyo al sonido de las doce del día.

¡Ah! Lo que me causaba horror era la escuela, y ya había entrado yo en la edad de ella. Todavía existe el local de aquel centro de instrucción, una casa grande, de corredor, en la placita de Jalteva, hacia el Sur. El maestro era un hombre de baja estatura, bastante rubusto, tipo de indio puro, cara avinagrada. Se llama

maba Fermín Rocha, y jamás se le conoció una sonrisa. Era principio general de todas las escuelas, el siguiente: ¡LA LETRA CON SANGRE ENTRA, y los maestros, convertidos en verdugos, al que mejor cumplía el credo escolástico. El salón de la escuela era espacioso, y las bancas distribuidas de manera que el maestro pudiera pasearse entre ellas, inspeccionando el trabajo de los niños, lo que hacía sin cesar, llevando la disciplina a la cintura, sujeta a la faja del pantalón, y en la mano la férula a manera de cetro; y al pasar a mi lado temblaba mi mano, y el palote por hacerse en la escritura torcía de rumbo. Por allá, en un rincón, contra la pared del Norte, una banca aislada: era el potro del tormento y jamás faltó una víctima en ella. Un niño subía por frioleras al potro, lo sujetaban cuatro compañeros, le desabrochaban el calzón para dejar al descubierto la carne que debía morder la coyunda. Los azotes no caían unos tras otros sin interrupción, sino pausadamente, precedidos de un sermón, tras del cual descargaba el maestro tres o cuatro azotes de conciencia, se paseaba, y luego volvía a la víctima con otro sermón y otros latigazos.

La palmeta se empleaba en faltas menores; ¡y que bien sabía hacer aquel hombre las cosas!

Por entonces hubo un incidente en Jalteva. Existía un sacerdote tenido en olor de santidad por los jaltevanos. Se llamaba Fajardo. Un día corrió la

voz pavorosa de "¡se muere el padre Fajardo, se muere, se murió!" y al pueblo de Jalteva se le metió en la cabeza que el santo debía de enterrarse en la iglesia de su pueblo; más el enterramiento en las iglesias era entonces prohibido. Se gestionó sobre el particular y nada pudo conseguirse. Estalló entonces la conspiración encabezada por otros sacerdotes, y se dispuso en ferrarlo en secreto, a puerta cerrada, en el templo, arrojándose todo el pueblo de machetes. ¿Quién convocó a los muchachos de la escuela para aquella insurrección? Nadie. La curiosidad del niño nos hizo seguir todos los detalles del suceso, y a la hora del enterramiento ningún escolar faltó a la iglesia, como si se le hubiera dado cita para ello; y cosa más extraña todavía, nadie les señaló el lugar que debieran ocupar; pero el instinto nos llevó al campanario, donde los repiques debían coronar la obra, insultando así a la autoridad que había negado el permiso; más ésta no tardó en llegar con gente armada y trató de desenterrar el cadáver; pero aquello no era posible en el estado de los ánimos. Se convino en dejar las cosas como estaban. Llegándose sí algunos exaltados que creían los actores, y entre ellos a nuestro maestro Fermín Rocha a quien suponían, por los alumnos bochincheros de la escuela, instigador principal. ¡Pobre víctima inocente, que tuvo por resultado perder su empleo, en el momento preciso en que nosotros temblábamos de comparecer ante el verdugo!

II

Y sucedió también que yo tuve que cambiar de casa. De la de mi madre pasé a la de mi padre. Dejé a Jalteva por la ciudad, con harto sentimiento de mi parte.

Entré a vivir con una anciana hermana de mi padre, muy rezadora. Frente a la casa de esa tía mía se reunían todas las noches muchachos del vecindario a jugar, y a lo mejor del juego, el MARTINILLO por lo regular, daban las ocho, y al primer campanazo de la iglesia inmediata, saltaba de la casa un voz: "¡Isidro, al al rosario!" Ah tía y rosario de mis pecados! Por allá hacia la conclusión del rosario había una pausa, y la voz de mi tía exclamaba; aquí se hace la petición; y yo, ingrato, decía dentro de mí: "¡ánimas benditas del purgatorio, que se muera mi tía!", como si las pobres ánimas pudieran valerse ellas mismas (1), y sin pensar que sin mi tía tampoco hubiera habido MARTINILLO.

Y al rosario se juntaba en el día otro tormento, el de la escuela. Había cambiado de maestro; pero no de sistema. Siempre el mismo: LA LETRA CON SANGRE ENTRA, y el maestro otro Rocha, rígido, con la conciencia de sus deberes, pero de tipo diferente. Este era alto, delgado, sin sonrisa tampoco. Palmeta y látigo en la mano; más no había el potro del tormento. En cambio había otra cosa, EL MAL PAIS, (piedra bofrroñosa) y LAS OREJAS DE BURRO. Desnudas las rodillas tenía uno que arrodillarse sobre la piedra, llamada MAL PAIS, y las OREJAS DE BURRO eran unas enormes orejas de cartón que se acomodaban bonita-

mente sobre la cabeza del delincuente. No eran tampoco diario esos nuevos tormentos, sino ocasionales, por faltas fuera de lo ordinario; por ejemplo esta: era un sábado y el maestro nos daba a unos cuantos niños lecciones religiosas. De pronto preguntó: "¿Por qué no vino el Padre y el Espíritu Santo y vino el Hijo a padecer en la tierra?". No sé, dije yo, paso dijo otro, imitando el juego de malillas, porque lo encontraron más CHICHE, dijo un tercero... ¡Ah! que estupenda herejía. ¡Una semana de MAL PAIS gritó al momento furioso el maestro; de MAL PAIS, con OREJAS DE BURRO, todos los días, tarde y mañana, a la puerta de la escuela!! Lo de las orejas no le importaba al niño; pero lo del MAL PAIS, sí, porque a la larga ese castigo era insostenible. Sin embargo, el niño encontraba el medio de trampear, deslizándose de la piedra cuando no se le vigilaba.

En la escuela se aprendía a leer, a escribir, las cuatro reglas de la aritmética, el catecismo del Padre Ripalda... ¡Ah catecismo! Otro de mis tormentos! Me costó mucho cuero; pero por fin quedó TODITO impreso en mi memoria ¡qué la letra con sangre entra!

Se llamaba el maestro Nicolás Romero, y yo fui discípulo predilecto suyo, cariño que pago ahora en una hija suya, Panfila, la única persona sobreviviente de aquella buena familia, compuesta de padre, madre y dos hijos.

Había yo aprobado ya mi curso escolar y así podía pasar al estudio del latín, en la Universidad. El latín era la primera grada de ese templo misterioso de la sabiduría.

Un día me encontré ya, estudiante del latín en la Universidad, situada en el antiguo convento de San Francisco. No cabía de contento. Del latín, me decía yo, a filosofía, de filosofía a Derecho civil y canónico, cinco años, poco más o menos para subir todas las gradas, en aquel entonces, del templo sagrado de la sabiduría, es poca cosa: emprendamos, pues, la obra con tesón. Y pasaban días y la cosa parecía DURITA, sobre todo al llegar al QUIS VEL QUID, de ese embrollo endemoniado, de donde salió el dicho: QUIS VEL QUID, TODO BURRO SE QUEDA AQUI, ¡Ah! a sudores, pero lo pasé, y andando el tiempo, llegué por fin a CUARTO, la última etapa del camino que hacía recorrer Nebrija con su gramática. Apenas empezaba mi tarea de cuartista, cuando vino un incidente a echarlo a perder todo. El maestro del latín era un hombre que lo sabía; pero tenía un trato tan áspero con sus discípulos, que desagradaba mucho a todos, lo que ocasionó una queja por escrito al Rector. Este pide informe al maestro pasándole el escrito de queja, poniendo a los suscritos al descubierto, y ¡ay Dios mío, aquí fué troya. Nos quejábamos del mal trato del maestro, y el sencillo hombre nos arroja al fuego. La clase del latín se dividía por grados y a cada grado se le designaba como maestro uno de los niños más adelantados que daba esa clase, sistema de enseñanza mutua. Todas aquellas decurias con sus respectivos decuriones, se extendían en

los espaciosos corredores del viejo convento, y el maestro recorría el espacio supervigilando el trabajo. No faltaba al decurión su palmeta o férula, ¡cómo había de faltar, si por todas partes imperaba siempre el principio de LA LETRA CON SANGRE ENTRA! Pues, como iba diciendo, el maestro recorría un día, como de costumbre, las clases, y de pronto se paró en nuestra clase de CUARTISTAS, y quiso probar nuestro grado de adelanto. La férula del maestro se distinguía en que era de GUACHIPILAN, madera pesada y verde, por añadidura. Por instinto, todos temblamos a su presencia, y empezó el ensayo. No nos equivocamos: empezó al revés, por lo difícil, y todos nosotros no afinábamos, y la férula rugía en el aire, y las manos, derecha e izquierda, parecían brotar la sangre: aquel hombre descargaba sin piedad, con furia, sobre débiles niños. Comprendimos la venganza: aquello fue acto atroz; pero ni una queja salió de nuestros labios. Cesó por fin el martirio, las manos fue preciso llevarlas en cabestrillo, y determinamos ir directamente al Rector a enseñarle su obra por su sencillez o malicia, y quizá lo hicimos de tan mala manera, que acabó por ponerse del lado del verdugo, deseando que aquello fuera acompañado de azotes. Por fortuna intervinieron algunos padres en nuestro favor y mientras se gestionaba sobre el asunto, estalló la revolución de 51 con el pronunciamiento en León del Comandante General Muñiz, contra el Gobierno de Pineda, con el cual se suspendieron indefinidamente las clases, y yo hube de quedarme a la entrada del santo templo de la sabiduría, de aquellos dorados tiempos.

(1) Las benditas ánimas no pueden merecer para sí, pero pueden interceder por nosotros.

N. de la R.

LA ANTIGUA CAMPANA DE LA IGLESIA DE LA MERCED DE GRANADA

Desde los tiempos coloniales poseía la iglesia de la Merced en Granada, una campana sonora y grande, que era el orgullo religioso de la ciudad. Decía la tradición que al fundir esa campana, las mujeres todas, sin distinción de clases, arrojaron al horno sus prendas de oro y plata, que mezcladas a los materiales propios de la obra, le dieron la mágica nota de sonoridad que tenía y así vino a ser ella la prenda religiosa más preciada de la ciudad. Siempre tuvo esa Iglesia sus humos aristocráticos, como que a ella concurrían la flor y nata de los CHAPETONES a la misa DE DIEZ, envueltos los caballeros a usanza de la época, en sus capas de paño azul con vueltas de terciopelo, y las damas vestidas con su tradicional POLLERA, sudando a marejunos y otras, nos los figuramos en sus envolturas, en esta tierra de fuego. Tenía el templo, y tiene aún, una elevada torre que es otro orgullo granadino, no sabemos si religioso también o artístico, que según dice la inscripción mide 33 varas y media, SIN LA CRUZ, y la

campana fue desde luego a ella quedando instalada con el orgullo de una alliva castellana en el torreón de su castillo feudal.

Aquella campana no se tocaba, por supuesto, sino era en ciertas ocasiones, y nosotros recordamos todavía, con las dulces emociones de la juventud, su tañido solemne y sonoro. Un toque de arrebató en ella, tenía el mismo efecto eléctrico de la marsellesa que pre-dispone al combate; unos DOBLES, verdaderos quejidos lúgubres; tenía, en fin, la tal campana UNA LENGUA que modulaba todos los tonos del sentimiento; pero donde mejor lucía sus acentos plañideros, era en esa triste, solemne y conmovedora PROCESION DEL SILENCIO al peso de la noche del Jueves Santo.

Con mucha anticipación se aglomeraba la gente en el atrio de la Merced. Ahí adentro el MONUMENTO, espléndidamente decorado y alumbrado a GIORNO, atraía a los devotos más fervientes, mientras que afuera quedaban los menos fervientes, sentados a la oriental, en el extenso atrio, formando grupos afines, y tan numerosa era la muchedumbre que no se podía transitar por ella sino con suma dificultad.

La nota dominante era triste como inspirada por la pasión del Hombre-Dios y para suavizarla, cuentan los profanos, que mil amorcillos, volando inquietos por entre la reunión, susurraban al oído de las piadosas jóvenes dulces palabras de consuelo, tomando a veces al vuelo, los picaruelos, una manecita hechicera que, con intención también piadosa, llevaban a sus labios, ocultándola bajo sus alas; pero añaden los dichos profanos, de quienes nosotros tomamos estas notas, que al sonido de la mágica campana, se desvanecían los amorcillos y volvía a los pechos la emoción religiosa.

La campana marcaba la hora de la procesión, y esta representaba el prendimiento de Cristo y su vuelta de la casa de Pilatos, y unregonero gritaba en cada esquina la orden de azotes para el inocente. La noche, la imagen de Jesús atado, aquella voz delregonero, aquel clarín que la acompañaba para reclamar el silencio y pudiera ser mejor escuchada aquella campana lanzando al aire, a intervalos, su voz lastimera, todo eso conmovía profundamente y exaltaba el sentimiento católico; pero la campana sobre todo el principal era resorte del trágico suceso de aquella noche.

Así las cosas, llegó el fatal año de 1854. Se levantó en León la revolución democrática de entonces y vino sobre Granada como una avalancha; pero ahí estaba su torre y su campana con la que no contaba la revolución; su torre como gigante de las Mil y una Noches, defiéndola, y su campana para reemplazar el valor, como los antiguos cantos de Tirteo en la Grecia.

Las fuerzas democráticas pusieron sitio a Granada; pero el sitio era infructuoso, y el asalto imposible con aquella torre en su centro, erizada de cañones, que todo lo dominaba y todo lo arrollaba el fuego de sus entrañas, como la lava de un volcán en erupción; y

luego la campana denunciando hasta el menor de los movimientos del enemigo.

Se pensó entonces que para vencer era preciso empezar por derribar el gigante, acallar lo de paso aquella VOCINGLERA importuna; y del dicho al hecho. Se construyó en lugar conveniente una ESPLANADA, se llevó a ella un cañón de a 24, como se decía entonces del campo enemigo, y un rugido de rabia de la plaza sitiada. La torre y la campana consagradas primero por la religión, lo habían sido después por el espíritu guerrero. A la verdad, nada habían adelantado con eso los sitiadores, porque los gigantes de las Mil y una Noches no mueren porque les vuelen la cabeza, y las señales de la campana denunciadora podían ser reemplazadas por otra, aunque de menos importancia; y así sucedió, saliendo del cuerpo de la torre más cañones todavía que antes; pero sin saberlo habían herido en lo más vivo el doble orgullo religioso y militar de los granadinos.

Se cantaban poco antes con un entusiasmo que rayaba en delirio, las estrofas de un joven poeta muy popular, don Juan Iribarren, que empezaban, si no recordamos mal, así:

¡Oh torre, oh gran baluarte
Del pueblo granadino!
Tu cúpula levantas
Al cielo cefirino.

Y la cúpula yacía ahora por el suelo.

Y la mágica campana herida, mujía como una vieja caldereta.

Pasó la revolución, y lo primero que hicieron los granadinos fue reedificar su torre; pero no estaba completa su satisfacción sin reponer su campana. Han transcurrido 52 años y hasta ahora logran sus deseos. Por su peso, 50 toneladas; por su valor, \$7000, según dice un periódico del país, está sin duda mejorada: ¿lo estará también por su tañido? ¡Ah! Para nosotros viejos setentones, amigos íntimos de aquella campana de la juventud, cuyas notas tan sonoras y solemnes, ya tristes, ya alegres, conmovían profundamente el corazón; aquella campana a cuyo tañido rezábamos niños, cabe a la madre querida, la ORACION de todas las noches del Jueves Santo, que se asociaba a todas nuestras emociones religiosas, o más bien era ella la que las promovía, arpa eolia de los años juveniles cuyos raudales de armonía solo entienden los ángeles y los niños sus compañeros, los tañidos de aquella campana, esos no volverán.

Con todos esos antecedentes y todos sus consiguientes, que pasan en herencia de una a otra generación, fígurese el lector si harán mella en los granadinos esas pullas de los campaneros de "La Estrella" sobre mejor inversión que podía habersele dado al dinero de la nueva campana.

Rivas, 28 de Junio de 1906.

EL ARCO TORAL DE LA MERCED

Voy cayendo ya en los ochenta . . .

Hará cuarenta años que empleado yo de Comandante de San Juan del Sur, una de esas hadas meridionales cruzó una vez por las riberas de aquel mar y me hizo su prisionero convirtiéndome desde entonces de granadino en rivense; pero jamás he perdido en mi transformación, mis afecciones por Granada.

Una de mis grandes predilecciones por Granada, tan poéticamente situada entre un gran volcán y un gran lago, es la Iglesia de la Merced. Allí, en su interior, están muy guardaditos mis recuerdos religiosos de niño, y en el atrio, otros muy gratos de joven, allá en aquellas noches de Semana Santa en espera de procesiones nocturnas en que por grupos distintos, según las afinidades, se llenaban sus gradas como en afiteatro; pero aquí y allá era distinto el sentimiento que anidaba a la muchedumbre, pues dentro de la iglesia predominaba la religión, y en el atrio lo mundano. Era por entonces el carácter religioso de la Sultana, mezcla de lo divino y de lo humano, predominando esto último sobre lo primero. ¿Habrá mejorado hoy de condición?

La imagen de mi predilección en aquella dichosa edad del niño, la única feliz de la vida, aún en condiciones de miseria, era la Virgen del Carmen. ¡Qué linda la veían mis ojos en su altar! Hoy la han cambiado por otra imagen más bella, dicen, adorándola sobre un rico altar de mármol; pero ¡ay! esa no es la mía. Yo busco ahora a la que adoré niño. La recuerdo muy bien, no era gran obra de arte; pero así me atraía ella. Y ahora al trazar estas líneas me explico bien el suceso de Masaya al estallar la revolución de 54. Había llegado a esa ciudad un nuevo cura y deseoso este de ganarse la buena voluntad de los indios les propuso mandarle retocar una virgen ya bastante desfigurada por los años. Adoraban los indios así como estaba a su imagen y se desprendieron de ella con profunda pena y hasta con lágrimas, y poco después volvía retocada a los suyos, rejuvenecida, radiante de belleza. El cura fuera de sí de contento y de antemano se deleitaba en la alegría con que sería recibida por los indios; pero estos la desconocen al recibirla. Se muestran contrariados porque quieren robarse a la verdadera, tan milagrosa, y que tratan de engañarlos dándoles gato por liebre. Surje el descontento y se trueca a poco en bochínche de asesinato contra el cura; pero en ese medio aparece la primera autoridad política y militar de Masaya, el General Dámaso Souza, al servicio de la revolución democrática, hombre de poca instrucción, pero sagaz, de MANAS, como suele decirse, y, dirigiéndose a los indios les dijo: ¡Alto! Yo sé dónde está la Virgen. Se la robaron en León y se la han regalado a don Fruto Chamorro para que venza a los democráticos. Allá está todavía por su hacienda de San Roque, y yo quiero hacer un pacto con U. U.; si triunfa el ejército democrático irá en procesión a traer a la Virgen a Masaya; pero es preciso que ustedes ayuden a la revolución llevándoles víveres al Cantón. Y desde ese día los indios se consa-

graron a la revolución cumpliendo a diario religiosamente con sus compromisos de llevar víveres al Cantón. Entre tanto, Souza se llevó consigo al cura salvándole así la vida.

Pues bien, es lo que me sucede a mí, soy de la raza y desconozco a la nueva imagen del Carmen.

Mas volviendo a mi tierra digo: que todos estos recuerdos de esa edad encantadora, me obligan al volver a pisar el suelo de esta ciudad de mi cariño, hacer de preferencia una visita a la dicha iglesia. Y con tal interés he podido gozar en todas sus transformaciones de mejoras, inspirándome altas simpatías todo lo que ya de un modo ya de otro intervienen en su favor. Por este camino se ha abierto paso a mis consideraciones el Canónigo Pérez desde que fuera Cura de esta ciudad, mereciéndolas cada vez más, sobre todo hoy que ha acometido la gigantesca obra de construcción de esta Catedral, en medio de una pobrísima situación económica; pero que llevará sin duda a efecto por que tiene fé, y la montaña viene hacia esos hombres, dice Jesús. Los trabajos de la capilla son preciosidades del arte, donde se ve principalmente el mérito del maestro Carlos Ferery, que ya no existe, por desgracia nuestra. Otros trabajos de embellecimiento interior y exterior, transforman la iglesia, dándole aspecto de belleza moderna en la cual toca al Padre Alfaro la mayor parte del mérito, y que el pueblo granadino le recompensa con la popularidad de que goza.

Conservaba yo esas gratas impresiones después de mi último viaje, con la consideración de continuar toda via la obra de embellecimiento; pero ¡ah! qué impresión tan desfavorable me produce ahora al contemplar sustituido el magnífico toral en pórtico. El arco abarcaba de una mirada todo el recinto donde está el altar mayor, pudiendo contemplar desde cualquiera localidad de asientos, la belleza de los adornos en los días de gala, o seguir los movimientos del sacerdote en las funciones religiosas. El pórtico estrecha la mirada, el arco la espande, el pórtico como que cierra horizontes religiosos que el arco extiende a la Divinidad misma allí en el recinto sagrado.

Son magníficas las columnas de ese pórtico; pero dado lo que estrecha desagrada. En otra parte esas columnas harían efecto admirable.

¡Ah! Esa belleza de primer orden, ese arco destruido. ¡Qué sensible y que magestad a la vez!

Para mí ha sido fatal ese cambio de decoración, y ojalá sea para mí solo. Desde luego, los dirigentes de la obra; por su práctica en el trabajo, deben adquirir mejor gusto artístico, que los profanos, digamos así, y más bien que el suyo, quiero el mío sin valor ninguno.

No es crítica la que pretendo hacer, son impresiones particulares las que expreso. Los gustos cambian

y el mío, puede ser ya viejo como mis años, como la imagen del Carmen sustituida, como la desaparición del soberbio arco de la Merced.

EL PADRE EVARISTO ALDANA DE MENESES

Cuando yo abrí mis ojos al mundo, existía ya en Granada un sacerdote llamado Evaristo Aldana de MeneSES. ¿Cuál era su genealogía? No la sé, y aunque la supiera, no la diría, que quiero dar yo, por mi parte, al traste con esa costumbre de biógrafos que remontan sus pesquisas hasta Adán, en busca de los ascendientes del que tratan de biografiar, como si el hombre no valiera por sí mismo, conforme a sus propios méritos.

Existía, pues, y era un sacerdote sencillo en sus usos y costumbres, de esos que al pan llaman pan y al vino, vino, por el camino real del idioma; un hombre ya machacado y bien prensado, a doble; a triple, a múltiple presión, jamás se hubiera podido sacar de él una sola gota siquiera de la esencia que hace a los decadentes o modernistas. Y era además una persona FRANCOTA, de esas que hasta al lucero del alba le dicen sin empacho la verdad.

¿Dónde había hecho sus estudios el Padre Evaristo, como se le llamaba, no por su apellido como a todos los sacerdotes, sino por su nombre propio?—Tampoco lo sé; pero lo que me maravilla es que ningún centro de instrucción entre nosotros, entonces y aún ahora, le hubiera podido dar ese fondo de filosofía práctica que tenía—Muchos contratiempos debió haber sufrido en la vida, y la propia negra experiencia le hizo, sin duda, maestro—. Y para los que le conocimos ¡cómo lamentamos hoy la falta del maestro y de su sabia y prudente doctrina!

Bien grabado ha quedado en mí aquel hombre y aquella sofana, que de negra se iba convirtiendo en verduzca, pregonando así indiscreta sus años de Matusalén. Era yo, aunque niño, muy de la casa, por compíche de un su criado, medio hijo de casa, un negro Aurelio, que ejercía un depotismo atroz sobre mí, templado, sin embargo, por la relación de esos cuentos encantadores de los muchachos que me hacía todas las noches, previa ración de mi pobre CENA. Y a guisa de ínfimo de la casa, ayudaba, con orgullo de hombrecillo, a poner el NACIMIENTO, y rezaba la novena del NIÑO; recuerdos dulcísimos de la infancia que me estremecen todavía de placer al oír hoy, ya anciano, en los alegres ecos de la Pascua, el canto del VEN, SANTO ESPIRITU, EN ETC.

Y recuerdo que un día, allá por la Semana Santa, cuando el maestro mandaba a todos los niños de la escuela a confesarse, el bendito Padre, por cariño, sin duda, pues esa tarea de muchachos nadie se la quería echar encima, me oyó a mi de confesión, y en sus exhorta-

ciones, a propósito de no se que pecadillo de lengua, tomándome el dedo índice de mi mano derecha y llevándolo a mis labios, lo posó en la cisura del superior, y golpeando allí a manera de REPIQUETEO, me decía: "ese hoyuelo que tiene U. aquí, es para colocar en él este dedo" y me lo ponía como barra al través de la boca. Y a la santa lección del sabio sacerdote, reconozco de berle yo muchos favores a la suerte, lamentando muy sinceramente que muchos de mis amigos más queridos, no hubiesen recibido sus saludables lecciones.

Y vamos de cuentos, que eso pintará mejor el carácter que quiero delinear.

Otro día, el Padre estaba en su casa y se le allegó una persona muy urgida de dinero, solicitándole prestados unos doscientos pesos—El Padre sacó al momento un saco de su baúl y le vació sobre la mesa, y contó los \$200 solicitados, y cuando lo hubo hecho, encarándose con el que le demandaba el favor, le dijo: "los vés", refiriéndose al dinero contado—Sí, señor, contestó contento el interpelado—Pues, bien, añadió el Padre: "tenela vos y no yo"; y metió de nuevo el dinero al saco y lo volvió al baúl, despidiendo así al que se creía ya con la anona en las manos.

¡Ah! Si digo que a precio de oro se pueden comprar las lecciones de este Padre.

La revolución del 54 la pasó en su casa. La ciudad quedó dividida entre sitiados y sitiadores. El conservador PUR SANG, quedó entre los liberales sitiadores, y no muy a su satisfacción, que digamos; y cuando se le interrogaba a qué partido pertenecía, tiraba de sus labios violentamente con ambas manos, y después añadía: "San Ramón iguana negra".

II

Continúo con mi buen Padre . . . ¿Pero dónde lo dejé en mi artículo anterior? . . . ¡Ah! Sí, ya lo recuerdo: por San Ramón iguana negra—Pues bien; en otra ocasión era el Padre Evaristo Aldana de Meneses, Cura del pueblo de La Libertad, cuando empezaba en él el auge de sus negocios mineros, y afluía mucha gente de todas partes a la nueva California. No faltaban, sin embargo, en el rico lugar, estropiados de la fortuna, mineros arruinados, por lo común. Las dos más ricas industrias, en ilusiones, para el empresario, son, o eran por entonces, el añil y las minas. Un añilero a quien en su corte le iba mal, se decía: "No importa, con los retoños me rehago con ventaja el año que viene", y llegaba el año y a un nuevo fracaso, otro razonamiento parecido. Así el minero, tras un descalabro, un campo de oro en su imaginación, que ya van a tomar sus manos. Y tienen ambos empresarios, además, esta otra cualidad en común: elocuentes, verbosos para la exposición del negocio. Uno de estos miembros se acercó al Padre y le habló de una veía riquísima, negocio de millones, con poquísimo gasto, apenas— y él, su amigo, era al que primero convidaba con los favores de la fortuna.

El Padre almorzaba mientras tanto, poniéndole buena cara al amigo, y este redoblabá sus esfuerzos de elocuencia a la vista de la buena disposición. Frente a la casa cural había un zapatero de viejo, un señor Peta, que remendaba cubos de cuero, en uso entonces, pues no se conocían los baldes, y cuando el Padre hubo acabado su almuerzo, se puso en pie y metiéndose la mano al bolsillo, sacó una moneda de 10 céntimos y dijo al amigo: "toma y dile a Peta que te eche dos puntadas sobre la boca"; y le dio la espalda. De otra manera, pensó el Padre, no escamparía jamás el aguacero del minero.

Cuando Walker entró a Granada, lo primero que hizo fue mandar construir un muelle, de que carecía la importante ciudad comercial, y para el efecto se hizo relógica; pero es que no se ha advertido, que de simples recuerdos que bosquejan al hombre práctico en la vida, es decir, la del buen vividor, el cuadro se ha engradecido repentinamente y surge un retrato de cuerpo entero, con ayuda de la naturaleza que soberbiamente ha venido a completarlo. Quiere decir todo esto, en compendio, que la prudencia humana tiene en el hombre sus límites: que hay en él un punto más sensible que todos, al cual no se puede tocar sin que al momento, como del botón de una máquina eléctrica, salte la chispa, capaz de convertir en gigante al enano. Mi buen Padre Evaristo Aldana de Meneses hubiera permanecido siempre así, manso cordero, buen decidor de consejos, muy útiles en la vida, en tanto que no tocaran con sus bienes. "Donde está tu tesoro, está tu corazón", ha dicho ya la sabiduría de los tiempos, encerrando tan grande verdad en breve sentencia, y al tocar Walker a la escuálida bolsa de aquel sencillo sacerdote, saltó la naturaleza humana, confirmando una vez más la verdad de la proposición anterior.

El retrato hubiera sido incompleto, nada más que la mitad de su faz, la apasible, la del sano consejo, en las circunstancias normales de la vida; pero sobreviene un momento crítico en la existencia, y la luz refleja la otra mitad, haciendo las dos partes al hombre verdadero que juega su rol en el mundo. ¡La bolsa! le dijo Walker—Y el humilde sacerdote contestó ¡con la vida! y escupió a su rostro, él, pobre gusano de la tierra, contra el temido jefe filibustero, ante cuyo poder todos temblaban, escupió algo así como la palabra de Cambronne, elevándose de esta manera, sin pretenderlo, a la sublimidad de Isaías, en aquellos tiempos de los Profetas, que, con menosprecio de sus cabezas decían rudas verdades al poderoso.

—¿Se ha roto, decís, la unidad del protagonista? Nó; que de su nueva faz de héroe, brota esta nueva verdad muy práctica, que pudiera llamarse la psicología del dinero, y que vale muy bien un Potosí.

"Noli me tângere".

Rivas, Julio 18 1909.

GALERIA DE NOTABLES RIVENSES

LCDO. DON LAUREANO PINEDA

Después de Granada y León, ningún departamento ha dado tantos presidentes al país como Rivas.

A partir del año de 1843, se cuentan: Manuel Pérez, Blas A. Sáenz, Laureano Pineda, José J. Alfaro, Adán Cárdenas y Evaristo Carazo; total: seis, en el corto período de medio siglo, más o menos. Todavía podría añadir un nombre más a esa lista, el de Patricio Rivas; pero lo excluyo, porque éste no llevó al poder la sanción de la ley, no habiendo sido otra cosa que un Presidente de hecho, por mera convención de partidos. Pérez, Sáenz y Alfaro ejercieron accidentalmente el Poder Supremo por delegación; Pineda, Cárdenas y Carazo, por elección popular. Entre estos últimos, porque los primeros pasaron fugaces, por su propia naturaleza de provisionales, se destaca egregia la figura del Licenciado don Laureano Pineda, Supremo Director del Estado, nombre dado entonces, por la Constitución de 38, al primer mandatario del país; y como homenaje de justicia a su memoria, debo a él el primer boceto de esta galería.

Hijo de padres humildes, dice el historiador Pérez, en una semblanza que para su discípulo escribió de este personaje, en LA TERTULIA, de Masaya, aludiendo al pelo duro y color moreno de su padre don Pedro Benito Pineda, de León, casado con doña Rufina Ugarte, de este Departamento. Hijo de padres pobres sí, pero humildes en aquel sentido, no, desde que la democracia ha nivelado entre nosotros todas las cunas, y no admite más distinción que la del mérito, y Pedro Benito Pineda lo tenía bastante, puesto que en 1826 ascendió al poder, como se verá después.

Radicaba este matrimonio en Potosí, importante población de este departamento, y allí nació Laureano Pineda, en 1802. Su primera educación la recibió directamente de su padre; pero sus estudios mayores los hizo en León. El de leyes, en Guatemala; pero no se recibió allá de abogado, sino que quiso, como ofrenda de cariño a su país, venir a recibir su título a León, cuya Universidad tenía por entonces la fama de ser el segundo centro de instrucción en Centro América; y poco tiempo después, sus extensos conocimientos generales y los profundos que poseía en la ciencia jurídica, su carácter afable, su modestia y su rectitud, le dieron altísimo renombre y vino a ser estrella de primera magnitud en el foro nicaragüense, donde ya brillaban con igual esplendor, los Zavalas, Rosales, Viji-les, de Granada, y los Buitragos, Ayerdis, Cuadras y Mendozas, de León, con otros que mi memoria olvida de pronto.

Al recordar esas grandes figuras, podemos envanecernos todavía de que no ha menguado en nada el lustre que ellas le dieron, manteniéndolo ayer muy brillante, los esclarecidos, nombres de Zepeda, Ayón, Barberena, Estrada, Selva, etc., etc.; y hoy multitud de personas de todos los departamentos, entre los cuales

descuellan, Barrios, Madriz, Ayón, González, Quiñónez, Aguilar, los Osornos, Meneses, M. C. Matus, Vijil, Castillo, Padilla, Hurtado, etc., etc., cuya ciencia y probidad no desdican de los tipos primitivos.

He señalado ya algunos de los principales rasgos, que informan la fisonomía moral del Licenciado Pineda, los cuales procuraré desarrollar y completar en el curso de este trabajo; en cuanto a su aspecto físico, copio de Pérez las siguientes líneas: "Era bastante bien parecido, tenía la estatura elevada, el color claro rosado, la nariz pequeña, los ojos amarillos y hermosos, la frente despejada y la cabeza medio calva, que a fuerza de peinarse procuraba cubrir con el pelo un poco rizado; su voz era suave y agradable, de manera que el conjunto era demasiado simpático".

A pesar de sus cualidades que le hacían tan sobresaliente en la sociedad, ni le atraía el ruido, ni le seducía el brillo de ella; amaba la sombra, su carácter tendía a la vida privada, y eran las dulzuras del hogar el único encanto de su vida; y así se explica que fue casado tres veces, y las tres veces feliz en su matrimonio, acreditándose de amantísimo padre y tierno esposo, sin degenerar en egoísta, porque esos goces tranquilos y puros los interrumpía él diariamente, en provecho de multitud de jóvenes que instruía con mucho cariño, hasta el punto de considerar a sus discípulos como una extensión de su propia familia.

Tan elevados méritos no podían quedar como el delicado perfume dentro del vaso que lo contiene; era abogado y tenía necesidad de su profesión para la lucha por la vida; era ciudadano y debía sus servicios al país. Se puso en evidencia el abogado, y el clamor general luego, arrastróle a la vida pública que desdeñaba; pero si salía de la esfera privada con repugnancia, para asumir un puesto público, su alma se templaba al calor de las circunstancias y sabía mantener firme la autoridad y dar a todos sus actos suprema majestad. Es el carácter lo que forma al hombre, y sobre todo lo que constituye al hombre público; y era esta preciosa prenda la que más brillante lucía en la vida pública de Pineda, y la que más realce le dio, como se verá más adelante.

Deslizábase, pues, quieta y tranquila la vida de Pineda, entre el hogar, sus discípulos y el foro, cuando se desató furiosa la tempestad política que desvastó al país en 1826, y el rayo que derribó entonces a su padre, Pedro B. Pineda, vino de rechazo a desgarrar el corazón del hijo; triste acontecimiento que me es preciso narrar.

Cuando se sabe, ejercía Cerda en aquella época por elección popular, el mando supremo del Estado, del cual era Vice Jefe Argüello; pero carácter e ideas de Cerda no se conformaban con las ideas más adelantadas que predominaban después de la independencia, y habiéndose puesto en choque con la Asamblea, ésta lo suspendió en el ejercicio de sus funciones, por acusación que le hizo el vice Jefe, sobre el cual vino a re-

caer el poder. Mas a poco fue emitida la constitución de 1826, y quedó por ella terminado el período legal de Cerda y Argüello, procediéndose a nuevas elecciones, que dieron por resultado la división del sufragio entre el mismo Argüello y don José Sacasa; y al reunirse la Asamblea que había de hacer el escrutinio de la votación general, entraron los Representantes en disputa con Argüello, con motivo de acontecimientos verificados en Guatemala, de trascendencia para Nicaragua, y por falta de libertad, se disolvieron, conviniendo en reunirse en Granada, para proseguir allá, libres de presión, las sesiones de la Asamblea, lo que en efecto hicieron, asumiendo en su primera sesión el Poder Ejecutivo, que depositaron en el Consejero o Representante don Pedro Benito Pineda; y organizóse en el acto el nuevo Gobierno, integrado con un Ministro General, que lo fué don Miguel de la Cuadra, joven de reconocida probidad e ilustración; y en este estado las cosas, se levantó una contrarrevolución en Granada a favor de Argüello; y Pineda y Cuadra, caídos prisioneros, fueron trasladados a León, y allí asesinados en la cárcel. Los historiadores Gámez y Pérez dicen que estos asesinatos fueron ejecutados por orden misma de Argüello, y Pérez añade detalles minuciosos del bárbaro hecho, designa al asesino y agrega que fue premiado su crimen con un grado militar, y luego mandado también asesinar por Argüello, refiriendo el modo de la ejecución.

Pasara yo por alto estos hechos, lamentándolos solamente, sin comentarlos; pero me obliga perentoriamente a manifestarlos la verdad del trabajo biográfico que he emprendido, porque si los callara mancharían de sombra esta excelsa figura, tan radiante en todos sus aspectos.

Que Pineda y Cuadra fueron asesinados en la cárcel de León, es un hecho incontrovertible; pero que sea Argüello el asesino, por mucho que lo acusen las apariencias, no es un hecho probado. Es verdad que la tradición lo refiere, tal como lo hace Pérez; pero ya sabemos lo que es la tradición, y a diario confirma ella misma la poca confianza que inspira; pues casi a nuestra vista los hechos, se explican de varios modos, contradictorios a veces. Un juego de salón nos da muy bien la idea de la tradición: cuando en rueda uno de los concurrentes dice al oído del compañero una cosa cualquiera para ser transmitida al siguiente y éste al otro, de seguro que al llegar al término de la rueda, la cosa dicha primitivamente está completamente desfigurada.

La tradición sólo puede aceptarse cuando está completamente depurada, y pueda sostenerse en buena lógica, cosa que falta frecuentemente a Pérez en sus estudios históricos, muy interesantes, por otra parte. El mismo historiador Gámez ha tenido que rechazar con muy buenas razones muchas de esas aserciones históricas, como cuando increpa Pérez al mismo Argüello por los asesinatos de la Pelona. Así puede suceder en el caso de los asesinatos de Pineda y Cuadra, víctimas tal vez solamente de la canalla que se imponía en aque-

llos aciagos tiempos, y con la cual, como se ve, el Gobernante tenía que contemporizar; algo así como sucede aunque en pequeño, en la revolución francesa con esas manadas de chacales, más bien que hombres, que transformaban a veces en monstruo la revolución, velando sus fulgores.

No es mi ánimo volver por los fueros de Argüello, con quien muy poco simpatizo, como también me sucede con Cerda; pero del hijo de una de las víctimas, de Pineda, objeto de este estudio, sale la absolución del crimen de León, imputado a Argüello, porque consta de hechos positivos que el Lcdo. don Laureano Pineda fue siempre partidario de Argüello, a quien en tanto grado, y con tanto celo e inteligencia sirvió, que fue él, Pineda, quien encabezó el partido que en Rivas redujo a prisión a Cerda, y esto jamás se explicaría a ser Argüello el asesino de Pedro B. Pineda.

Esta revolución de 1826 se enlaza en su principio y en su término con la vida de Pineda, pues que empieza por el asesinato de su padre y concluye por venir él a ser factor principal en su desenlace; y como he referido los primeros acontecimientos del drama, debo hacer mención de los últimos, en cuanto le atañen.

Casanova y Gutiérrez, colombianos, jefes principales del ejército de Cerda, procesados y fusilados por éste a causa de supuestos trabajos de anexión de Nicaragua a Colombia, fundados en lamentable error, eran masones y muy apreciados en la sociedad, particularmente Gutiérrez, médico muy notable y generoso; y habían extendido mucho sus trabajos de logia, principalmente en esta ciudad, donde residía Gutiérrez, a la cual había ingresado la mayor parte de las personas importantes de este vecindario.

Se trataba de enlazar esta logia a la logia madre, de Colombia, y de aquí el funesto error de la traición que se les imputaba y por el cual se les condenó. Nada pudieron hacer por entonces los masones por salvar a esos dos hermanos de una muerte plenamente injusta para ellos; pero quedó en su corazón el rencor y el deseo de la venganza, avivado a todas horas por la viuda de Gutiérrez, joven llena de encantos, activa, sagaz, valiente y hábil seductora; y de esas circunstancias aprovechóse Pineda para dirigir a los descontentos y derribar luego el poder de Cerda, lo que en efecto consiguió.

Apresuróse Argüello a recoger el no soñado triunfo, y el clamor popular que tanto grita entre ruines contra el caído, y acaso sus propias pasiones, lo impulsaron al fusilamiento de Cerda, y para dar al acto apariencias de justicia, se le siguió un simulacro de juicio, en el cual consultado Pineda como Asesor, dictaminó que no debía juzgarse a Cerda, sin que fuese antes declarado con lugar a formación de causa por el poder competente. Le objetaron la dificultad de reunir la Asamblea y que las circunstancias demandaban un pronto juzgamiento, y entonces, alzándose el Magistrado, aunque enemigo político, como se ha visto, de Cerda, sobre aquel mar de embravecidas pasiones, sereno por la conciencia, firme por sus convicciones, con la suprema dignidad que sabía imprimir, en su caso, a todos sus actos, dijo aquellas palabras, sublimes por la ocasión:

"No soy yo, señores, Abogado de circunstancias"; palabras que en honor del foro nicaragüense merecían estar grabadas en el más augusto templo de la ley, en la sala de la Corte Suprema de Justicia.

De tan elevado pedestal arranca la gran figura que bosqueja. Carácter, probidad, energía, todo se destaca de ella en grandísimo relieve, y queda desde ese momento modelado el hombre público.

La sangrienta contienda de Cerda y Argüello alcanzó hasta 1830, época en que nuevas elecciones para el Jefe del Estado, dieron el poder a don Dionisio Herrera; y apareció esta Administración como el iris tras larga noche de violenta tempestad.

Desde la independencia habíamos atravesado un período de nueve años de no interrumpidas luchas. Del 23 al 25, guerra entre León y Granada, por anexión, primero, al imperio de Mijico. León que se llama la CIUDAD SANTA DEL LIBERALISMO, llevaba entonces la mala causa, la del imperio, y en Granada flotaba el pendón de la libertad, el de la independencia absoluta, y fue esa la primera de las muchas grandes luchas fratricidas que entre ambas importantes poblaciones han ensangrentado el país. Desapareció el imperio y la lucha siguió después con igual furia, por el predominio político, funesta causa que aún en nuestros tiempos mantiene latente la rivalidad entre ellas.

A las grandes dotes que reunía Herrera como hombre de estado, agregaba la circunstancia de no ser nicaragüense, sino hondureño, ventajas que lo eximían de esas pasiones lugareñas que más encienden los ánimos en las contiendas civiles.

Antes de recibir el poder, ejerció temporalmente el Consejero Don Juan Espinosa, de quien fue Ministro General el Lcdo. Pineda, y en este puesto tuvo ocasión de apreciar sus cualidades Herrera, lo que más adelante vino a refluir en provecho del país.

No queda la mar serena después de violenta tempestad, sino un movimiento perturbador de fondo, como dicen los marineros; pero hábil el piloto que empuña el timón de la nave, llevola por los innumerables escollos con admirable tino. Era Herrera de carácter suave y conciliador; pero firme y enérgico también, y siempre prefirió mandar por la persuasión, antes que por la fuerza, de la que sólo en último caso hizo uso, en lo estrictamente necesario.

Con todo y ser dechado de mandatarios, levantóse al cabo la barrasca contra él. Alcanzada nuestra independencia nos habíamos constituido, por asentimiento general, sin contradicciones de partidos, en federación, la más complicada de las formas políticas y la que exige más fondo de ilustración y de virtudes cívicas; con asiento el Gobierno general en Guatemala. Nuevos nosotros en la ciencia del gobierno, salidos de una época de muy lamentable oscurantismo, no acertamos a dar a la constitución federal el engranaje preciso de todas sus partes, de manera que el movimiento propio de cada una, no perturbarse el movimiento del todo; y así sucedió que al funcionar el rodaje político, se viere el roce de todas sus piezas y por consecuencia precisa la perturbación general.

Lamentable por doquiera era entre nosotros la situación política; la guerra federal e inestina a la vez,

había pasado a ser enfermedad crónica en Centro América; y en medio de tanta sangre vertido, de tantas ruinas y miseria, se alzó un grito general, no contra la federación, sino por la reforma de la Constitución. Federal; y en Nicaragua repercutió con entusiasmo este grito.

Herrera no era enemigo de esta reforma; pero quizá no tampoco amigo muy apasionado, y esta tibieza, que en pleno furor de las pasiones es un crimen, y las circunstancias de ser Herrera amigo íntimo de Morán, de quien se suponía ser el verdadero obstáculo de la reforma, hicieron estallar contra él la revolución.

A sus primeros rumores, no queriendo Herrera que por su causa se derramara una sola gota de sangre, dirigió su renuncia al Congreso, la que fue aceptada primero, y desechada en seguida, a causa de la exaltación del pueblo leonés.

Obligado Herrera a seguir en el mando, todavía empleó los medios persuasivos para traer a los pueblos a un avenimiento pacífico; pero cuando se penetró de la inutilidad de sus nobles esfuerzos, se puso en pie de guerra, desplegó toda la energía de su carácter, y venció en Managua por las armas a los que le desconocían.

Entonces los vencidos corrieron a rehacerse a Rivas, que era uno de los pueblos pronunciados; y de nuevo volvió Herrera a su sistema de persuasión, para evitar la efusión de sangre y devolver al país su tranquilidad.

Era Pineda su adversario; pero el conocimiento anterior de su carácter y prendas personales, le impulsaron a dirigirse a él por escrito, y después de una larga correspondencia franca y noble por ambas partes, logró la pacificación de Rivas, mediante los importantes servicios de Pineda; y la paz renació en Nicaragua, borrando del todo las huellas de las discusiones, una amnistía amplia y generosa, con cuyo proceder vióse de nuevo Herrera rodeado de su primera aureola popular.

Creció en Herrera el aprecio por Pineda con motivo de esa correspondencia, donde pudo apreciar, al través del opositor, su elevado carácter, su inteligencia y nobleza de alma, y refiere el Lcdo. don José María Estrada, en su oración fúnebre a Pineda, que poco después, insinuándole Herrera el deseo de confiarle la redacción del Mensaje del Ejecutivo a la Asamblea, en el cual debía detallar los acontecimientos ocurridos, negóse Pineda con modestia; y en tono de chanza, para no herir de frente la delicada cortesía que encerraba la insinuación, hizo referencia al opositor; contestación que Herrera gustaba de mostrar.

En 1831 fue Regente de la Corte de Justicia, cuya sala la componían, además, los Magistrados Mendoza y Vijil, sacerdote después este último y el orador sagrado de mayor fama en aquellos tiempos, que la generación presente le consagra aún.

En 1935 le fue confiada por el Poder Legislativo la redacción del Código Penal, cuyo trabajo mereció unánime aceptación, y las apreciaciones más honrosas que la Asamblea le dirigió por Secretaría.

En 1838 fue nombrado Diputado a la Constituyente, honor que declinó, por que habiendo combatido por la prensa la facultad de rever en su totalidad la Constitución del Estado, sujeta a restricciones por el pacto

federal, y por otras razones, consecuente con sus principios, no quiso sancionar con su presencia la infracción.

Tampoco le fue dable aceptar en 1845 el Ministerio que le ofreciera en su Gobierno, el Supremo Director del Estado, don José León Sandoval.

Pero aceptó en 1846 el nombramiento que se le hizo, con el Lcdo. Zavala, para arreglar la cuestión de límites con Costa Rica, a cuyo fin habían llegado representantes de esta República; cuyos laboriosos trabajos fueron por desgracia infructuosos.

En 1847 desempeñó la Prefectura de este Departamento.

Ya empezaban a presentirse los signos precursores de la tempestad política que vino a desatarse en 1849, y los ánimos en Rivas se hallaban soliviantados. Puso todo su empeño Pineda en la reconciliación y logróla.

Pero de este importantísimo puesto fue arrancado por el nombramiento de Diputado a la Constituyente de 1848, convocada para reformar la Constitución de 38, reunida en Managua, la más alborotada de todas las Asambleas y la más amagada de peligros.

Parece que el proyecto de la nueva Constitución hería en algo al poder militar, y el militarismo y sus apasionados se esforzaron en hacer nulos aquellos trabajos, apelando hasta del criminal recurso de lanzar las turbas contra la Asamblea para disolverla.

Y cuando ésto sucedió, presidíala el Diputado Pineda, y aquí, como en otras veces, se alzaron su carácter, dignidad y energía, increpando a aquella chusma, y levantado a su ejemplo y a su altura el espíritu de todos los representantes, las turbas dejaron el local y abandonaron sus reprobados propósitos.

Llegamos al año 1849, y el movimiento revolucionario preparado con tanta anticipación, estalló por fin.

No actuó sobre todo el país, sino que sólo descargó su furia sobre Granada y Rivas, particularmente sobre esta última infortunada ciudad. Sin medios de defensa la población, Pineda corrió a Granada al centro de los suyos; más la rabia revolucionaria se cebó en sus propiedades y prendió fuego a su casa, perdiéndolo todo; pero lo más sensible, decía él, fueron 12 grandes volúmenes manuscritos que comprendían la recopilación de las leyes patrias, obra magna que había emprendido, cuando sus ocupaciones públicas se lo permitían, a sus propias espensas, con infinito trabajo, revolviendo los archivos de los pueblos y el federal.

En 1851 ascendió a la primera Magistratura del Estado, culminando así su vida pública.

Dos cuestiones de inmersa gravedad se imponían entonces a la conveniencia del país: primera la traslación de la Capital a Managua, arrancándola de León, para equilibrar la balanza política entre Oriente y Occidente, cuyas pretensiones de predominio eran causa de frecuentes disturbios; y segunda, derribar de su pedestal a Muñoz, retirándole su nombramiento de Comandante General, para anular así el militarismo que se entronizaba en el país, causa principal también de los frecuentes trastornos; ambas empresas requerían en el mandatario el temple de una alma que no se doblegara ante la inmensidad del peligro; y a tales condiciones respondía el carácter de Pineda.

Empezó por llevar a cabo la primera, para facilit

tar por este medio la segunda; y uno de sus primeros actos, fue el decreto de dicha traslación.

Para dar este paso, se había rodeado del prestigio de Castellón y de Díaz Zapata, ambos muy populares en aquella ciudad.

De antemano se habían ligado en León el poder militar que presentía su caída, y el poder del clero, representado por el Obispo Viteri, más apto éste para la vida revolucionaria, que para apacentar el rebaño del Señor, y quien queriendo llevar al Gobierno la influencia clerical, no encontraba coyuntura en la nueva Administración, opuesta a esas tendencias; y así el decreto de traslación vino a favorecer las miras revolucionarias de estos poderes, presentándoles la ocasión de exaltar los ánimos del pueblo leonés.

A los primeros susurros del descontento, Pineda se trasladó a León para hacer frente a la crisis; pero estaba muy lejos de prever una alta tracción militar, y repentinamente, el 4 de agosto de 1851, el Supremo Director del Estado y sus Ministros Castellón y Díaz, fueron reducidos a prisión por el Comandante General de las armas, y expulsados para Honduras, por la vía del Estero Real.

Más en Honduras mandaba don Juan Lindo, y no eran para éste desconocidos las ideas de Pineda, ni sus servicios a su país, ni los actos y tendencias de su Gobierno, lo mismo que las prendas personales de sus Ministros; y así sucedió, que recibido estos desterrados con todas las consideraciones debidas a sus altos rangos, pudo arreglarse pocos días después con Pineda, un tratado en que se estipulaba primero la reorganización del Gobierno Federal, y luego se contraía una alianza ofensiva y defensiva de ambas Repúblicas, al favor de la cual Lindo puso a las órdenes de Pineda un cuerpo de ejército, para obrar en Nicaragua.

El atentado de León había puesto también en pie de guerra fuerzas militares en Granada, al mando del General don Frutos Chamorro; y combinados después estos movimientos militares de hondureños y nicaraguenses sobre León, dieron por feliz resultado, la rendición de León, sin derramamiento de sangre.

Volvió Pineda a asumir el Poder Supremo, y una amnistía general, con excepción de Muñoz, a quien se extrañó del país, restableció las cosas a su curso normal.

Se había llegado, muy felizmente, por distinto camino, al propósito primero, y obtenido todavía más de lo premeditado: la capital del Estado en Managua, el poder militar aniquilado, y por añadidura, en completo desprestigio el Obispo Viteri.

Y por eso decía muy bien Pineda en su manifiesto a los pueblos:

"Muchos veces los hechos calculados para destruir la sociedad, sirven para consolidarla".

Bastía solo lo referido, para caracterizar el período de mando de Pineda, que aunque interesantes sus demás actos, aquellos primeros, su valor, su energía, su calor vario en el destierro, su vuelta triunfante, los grandes resultados obtenidos, lo habrían llevado a la apoteosis.

Todavía en la memoria de algunos están grabados muchos rasgos de su entereza, de los cuales me complace recordar los dos siguientes:

Cuando fue reducido a prisión, el oficial encargado

de ejecutarla, quiso tratarlo con familiaridad, llamándolo el amigo; pero contestóle el prisionero: "No soy su amigo sino su jefe".

Y cuando ya estaba en la prisión, al reconocer el mismo calabozo donde fue asesinado su padre, previendo el mismo fin, exclamó: "dichoso el hijo que sigue la huella de su padre".

A poco de descender del poder, la muerte cortó el precioso hilo de su vida, todavía en la plenitud de la existencia.

Quedan de él pedazos de su corazón encarnados en dos hijas de su segundo matrimonio con doña Dolores Sacasa, viuda la una de don José C. Muñoz, de Granada, tronco de una familia muy estimable y en la cual hay miembros distinguidos, de positiva esperanza para la patria; y un hijo del tercer matrimonio con doña María Urtecho, vivo retrato físico de su padre y que lleva su propio nombre, y del cual heredó la misma pasión por la ciencia jurídica, en la que tiene extensos conocimientos, aunque sin títulos académicos, que las vicisitudes de su vida le impidieron obtener; y sobre todo heredó del padre, y es su legado más precioso, la probidad del Magistrado, de la cual ha dado ya pruebas como Juez en distintas ocasiones.

Ingratos son a veces los pueblos con sus grandes hombres. Pineda, orgullo de esta sociedad, apenas tiene aquí por memoria el nombre de una calle, más impuesto por la costumbre de llamarla así, por que en ella vivía Pineda, que por verdadero homenaje a su memoria.

Ahora que la Municipalidad de Rivas, levantándose a la altura de su deber, quiere revivir la memoria de sus hombres distinguidos que la tierra cubre ya, acaba de exigir un busto a la memoria de Carazo, en el parque de su nombre, de justicia se hace otro esfuerzo patriótico para elevar otro igual a la memoria de Pineda.

Y Managua, sobre cuya frente puso la diadema de capital, arrastrando por ella todo el furor del León despojado, tanto como Rivas, debe también un recuerdo inmortal que eternice esta memoria geurida, y que se alza con tanto esplendor en la patria.

Rivs, Octubre de 1907.

EL PADRE PEDRO AVENDAÑO

Hace tantos años que la tierra cubre los despojos del que se llamó en ella Pbro. Pedro Avendaño, y vive todavía su memoria en Rivas, y su nombre se transmite con cariño de una a otra generación.

¿Quién era, pues, ese sacerdote que así ha logrado grabar su nombre en el corazón de sus conciudadanos, en esta tierra agitada de continuo por violentos huracanes políticos y calamidades naturales, que hace que

las impresiones se sucedan y se borren con rapidez, y que, por lo mismo, es casi siempre como escribir en el agua el intento de fijar un nombre, o algunos hechos?

Van a decirlo sus propias acciones, desprendiéndose de ellas, al propio tiempo, grandísimas enseñanzas.

Errado va quien anticipando su juicio se figure ver en este Ministro del Señor uno de esos grandes oradores sagrados que conmueve los corazones con su palabra de fuego y los rellena en la fe divina; ni tampoco acierta quien le crea un gran talento del cual brote un insigne escritor que dé renombre a la Iglesia. No, nada de esas eminentes alturas. Pedro Avendaño, hijo de Rivas, nacido en pobre cuna, era simplemente un sacerdote sencillo, de mediana instrucción, manso y virtuoso; y he ahí el contraste de lo pequeño y humilde escalando la cumbre. Arrebata el ánimo el orador, encanta tal vez el escritor; pero la práctica de las sencillas virtudes edifica mejor; son para todos lecciones objetivas que atraen y seducen por el ejemplo. El Padre Avendaño viene por línea recta de aquellos primitivos cristianos de las catacumbas romanas, sencillos, abnegados, fuertes de fe, henchidos de amor al prójimo, pobres, prontos al sacrificio, y levantan el grandioso edificio cristiano que admira el orbe, con la doctrina sencilla, al alcance de todos, y el ejemplo de la práctica del bien, en todos sus manifestaciones.

Me sucede a mí, y probablemente a muchos, que en presencia de uno de estos sacerdotes, que ya se vienen siendo muy raros en el mundo, por el ambiente contrario de un siglo que tiende cada vez más al positivismo, en cuyos altares sólo se quema incienso por el yo, que constituye el supremo egoísmo, me sucede, digo, que en presencia de uno de esos sencillos altruistas Ministros del Señor, me siento penetrado de respeto y atraído hacia él por irresistibles simpatías; y es que se impone en el alma la virtud, lo mismo que se impone todo lo que es hermoso, bello, bueno. Como la materia, lo inmaterial tiene también sus leyes ineludibles, y el corazón es atraído por estas virtudes, como son atraídos los cuerpos por la gravedad.

En 1826 el Padre Avendaño aparece ejerciendo el Curato de Rivas.

Antes había ejercido el del Guanacaste, Liberia hoy, y hay aquí una hermosa página que traer de allá en honra y prez, sino de aquel Cura de almas, propiamente dicho, del patriotismo del ciudadano, que es también alta virtud religiosa; y es esta hermosa página la siguiente:

Los límites de Nicaragua se extendían antes y después de la independencia hasta el Distrito de Nicoya y Guanacaste. A raíz de la independencia, los disturbios políticos del país, ofrecieron a la sagacidad de Costa Rica, el medio de apropiarse del importante territorio de aquel Distrito, y lo ejecutaron con destreza, realizando lo de la fábula de sacar la castaña del fuego por manos ajenas. Malos nicaragüenses se prestaron al papel del mono de la fábula, elevando una acta al Go-

bierno Federal, de adhesión al Gobierno de Costa Rica, PARA MIENTRAS SE RESTABLECIERA EL ORDEN EN NICARAGUA.

Contra esa acta, y como una protesta del patriotismo, se elevó también otra igualmente de nicaragüenses al mismo Congreso, y en cuyas firmas se veía, en primer término, la que decía: PERO, PEDRO AVENDAÑO, CURA DE LA PROVINCIA DEL GUANACASTE.

Ambas actas llegaron al Poder Federal; y este Cuerpo atendió a la primera, desechando la segunda; y la condición de AD INTERIM, se convirtió en PARA SIEMPRE, como le sucederá al Perú con sus ricas Provincias AD INTERIM también en poder de Chile.

Esas posiciones AD INTERIM, son como la estaca del jesuita; y para arrancar la de Rusia en la Manchuria, cuántos torrentes de sangre le costó al Japón!

Consagróse, pues, el Padre Avendaño a su Ministerio, predicando la doctrina de Cristo, reducida a sencillos principios, como la dejó establecida su divino fundador, para que se impregnara bien en la memoria y corazón del pueblo, a quien particularmente se dirigía como consuelo en su vida de amarguras. Sobre todo, insistía el sacerdote en aquel precepto del Maestro: "Si al llevar tu ofrenda al altar, te acordares de algún agraviado hecho a tu prójimo, vete primero a reconciliar con él, que Dios no acepta presentes de corazones repletos de envenenadas pasiones";—y así, por este medio, procuraba mantener la armonía en los ánimos de la grey.

Era su pasión ardiente la caridad, y de un carácter el suyo afable, la ejercía por manera atrayente. Se notaba con frecuencia en su casa que volvía de sus administraciones sin la camisa, y en la noche, al hacerle su cama, la falta de almohada, sábana o frazada: todo lo daba en silencio. Al mismo tiempo que médico del alma, tanteaba también a ser médico del cuerpo: conocía las virtudes de algunas yerbas medicinales y las aplicaba entre los pobres. Había una entre todas a la cual daba entusiasta predilección, y casi la prescribía como una panacea para todas las enfermedades del pecho, y era la capitaneja, LA SANTA CAPITANEJA, como él la llamaba; algo así como la borraja o borragina (borragina officinalis), y la santa capitaneja tiene hoy todavía en el pueblo la primitiva devoción que le imprimió el Padre.

Otras veces cargaba como buhonero sus alforjas al hombro, e iba repartiendo por caseríos, entre necesitados, piezas de vestido que hacía preparar de antemano, según las mayores necesidades que notaba.

Y así, ora a la cabecera del enfermo, ora remediando necesidades, ya consolando al triste, ya en la iglesia enseñando a amar a Dios, por todas partes se multiplicaba su actividad y su celo, sin esas precipitaciones que van llamando con chirimías la atención de todos hacia el bien que se practica, lo cual era contrario a su modestia; y por esa senda bendita, no era extraño que se atrajera las más vivas simpatías.

Tres grandísimas calamidades cayeron sobre Rivas durante el periodo de su curato: el cólera, los temblores de 44, que arruinaron la ciudad, y el feroz movimiento revolucionario de 49.

En el año de 37 apareció el cólera por primera vez en el país. Ya se sabe cuánto tiene de horroroso en sí esa enfermedad, y en su primera aparición, es de suponerse que el horror natural que inspira, se haga mayor. En efecto, nada hay comparable al pánico que siembra en todos los ánimos, dando por primer resultado la fuga en masa de la población del foco pestilente; pero siempre queda residuo bastante, principalmente de pobres gentes, en que cebarse el monstruo devorador. Lo terriblemente contaminoso, la violencia con que mata, las horribles convulsiones de la agonía, en que se crispan y se retuercen espantosamente los miembros del cuerpo, todo eso que lleva el horror a su mayor punto, aísla a la víctima del contacto humano, privándole de consuelos; y el mismo espanto hace más pavorosa todavía la situación, creando una policía despiadada que arrebató a los muertos en el momento mismo de espirar y los arroja a la fosa, ya de antemano abierta, a donde va también tras ellos el horrible pensamiento de si habrá todavía vida en esos infelices así arrojados.

Ese es, sin duda, el campo de batalla para el sacerdote, ese abnegado apóstol de la caridad; pero cuánto heroísmo se requiere para llenar esa misión divina, y el Padre Avendaño la llenó por manera sublime, día y noche, prodigándose entre los apestados, a quienes llevaba consuelos humanos y divinos.

Y por fin de la batalla, alzóse en pie el Padre Avendaño entre cadáveres, más prestigiado que nunca, recibiendo como laureles las bendiciones del pueblo.

Los temblores del año de 44 arruinaron a Rivas, y el primer edificio que vino al suelo, fue la iglesia parroquial. Ya anteriormente se había pensado en construir otro templo que reemplazara la vieja iglesia, y al efecto se habían hecho los cimientos, obra que se atribuye al Pbro. don Esteban Díaz, allá por los años de 1820; y ahora la necesidad obligaba perentoriamente al Párroco de Rivas a la continuación de este trabajo, y emprendiólo, desde luego, con ardor; pero sin fondos para el caso; con escasas limosnas procedentes de un vecindario pobre, la obra tenía que ser muy lenta. Empezó de cal, acarreando después estos materiales la ciudad por establecer una fábrica de ladrillos, luego un horno en masa con el Padre y principales señoritas al frente, con pompa religiosa; y así en este trabajo lento, al que consagraba su atención preferente, logró elevar las paredes hasta en estado de recibir el arceón, que otros párrocos, más adelante, continuaron después, dándole remate el Pbro. don José A. Martínez, y tocándole hoy embellecerla, hasta hacerla una de las primeras iglesias del país, a Monseñor Vides, actual Cura de Rivas, con la potente ayuda de la piadosa matrona doña Encarnación Hurtado, viuda de Morales.

Por último, apareció el 49. En escritos anteriores de esta misma naturaleza, me ha tocado referirme a esta

aciaga época, porque mis protagonistas, todos de un mismo tiempo, poco más o menos, han sido, cual más, cual menos, víctimas de aquel furioso turbión revolucionario, de un carácter de ferocidad especial.

Empezó su desarrollo por la Puebla, barrio al Sur de esta ciudad, y se extendió pronto hacia San Jorge, el Pueblo, como entonces se decía; matrimonio macabro de Pueblo y Puebla que dio su producto infernal.

Al principio apareció como simple fermento local, caracterizado por el MACHETE, arma del pueblo en el rencor personal; después tuvo un jefe que quiso darle un remedo de organización militar, lo que ya revelaba, aunque vagamente, otras aspiraciones que le daban, por parte, apariencia de tal, las simpatías de sujetos de alguna importancia en otros Departamentos; pero todo aquello era muy grotesco y sanguinario. Somoza, el jefe, ebrio de licor continuamente, o loco, disyuntiva forzosa, montaba a caballo, que manejaba con destreza admirable, revestido de los ornamentos sacerdotales, como casulla etc., llevando en sus manos el cáliz, en el cual se hacía servir el licor, y así se paseaba entre los suyos recibiendo atronadores aplausos.

¡Qué horror! que sacrilegio tan espantoso para el Padre Avendaño! y tenerlo que presenciar! ¿Cómo evitarlo? A otro se le hubiera ocurrido el cerrar la iglesia y huir; pero a él ni remotamente podía venirle tal pensamiento: estaba en su puesto y allí debía morir. Mucha gente había dejado la ciudad, vagando aterrorizada por los montes; pero no eran todos, y él era el pasos de aquella grey que no podía dejar abandonada. Todavía no se había escrito el "Quo Vadis" de Bienchiewick; pero en el corazón del sacerdote se formulaba el terrible reproche de Cristo a Pedro, el apóstol, cuando en un momento de terror a Nerón, pensó en abandonar la ciudad eterna. ¿Quo Vadis, Petrus?; y el Padre Avendaño se mantuvo firme en su puesto, pronto al sacrificio si era necesario.

La gente que no había huido, mujeres y niños todos, corrieron a ampararse a su casa, para lo cual se abrieron sus puertas de par en par, depositando sus cofres en el templo, creyendo seguras sus personas y bienes al amparo del templo y del Ministro; y su fe sencilla les valió. La firmeza y virtud del Padre, hallaron gracia en el profanador de la religión, y fueron respetados sacerdote y templo.

Después vinieron para Rivas mejores tiempos; pero sonó para el Padre Avendaño su última hora y volvió su alma, entre el inmenso dolor de un pueblo, al seno del Señor. El barro se deshizo, la tierra volvió a la tierra; pero no todo acabó. Su memoria vive aquí, no en el mármol, que hay un monumento mejor para la gratitud, y es el corazón humano.

DON PEDRO CHAMORRO

Se dice que la cara es el espejo del alma, y admitido ésto, trasladamos, por hábito ya, la belleza de la cara al corazón, y recíprocamente a un corazón bueno ha de corresponder un rostro hermoso; de manera que a un simple vistazo conocemos hoy ese órgano oculto que los antiguos filósofos creían tan difícil de penetrar.

Pero si hay estos casos de correspondencia mutua entre el rostro y el alma humana, la regla no ha de

ser tan rígida que no admita sus excepciones, y hasta sus muchas excepciones, y así nos encontramos con frecuencia en el comercio del mundo con bellas máscaras y corazones deformes, como esas frutas lucientes y apetitosas por fuera y podridas por dentro.

En el caso de que voy a ocuparme, sucede al revés: tengo en mi presencia el rostro poco agraciado de un caballero y una alma muy hermosa.

En esta figura que voy a delinear, todo es contradictorio entre el cuerpo y el alma, y de aquí nace la dificultad de conseguir un buen dibujo; pero eso justamente es lo que hace más interesante el cuadro. Presiento desde luego mi incompetencia; más debo yo de intentar el ejecutarlo, porque, lo confieso con placer, esa figura me atrae con simpatías muy vivas; solo que, me será preciso advertirlo, para buscar los mejores efectos de luz, tendré que proceder por manera anecdótica, según cuadro al propósito, confiando así encontrar por mejor camino, en los propios rasgos del personaje, el relieve que busco.

A primera vista era don Pedro Chamorro de un aspecto poco simpático; pero a medida que se le trataba se suavizaban las líneas de su finsonomía, y concluía uno por encontrarlo agradable y airamente.

Tenía mucho del carácter del antiguo español, re gañón, exaltado, intolerante; sus disputas eran a gritos y gesticulaciones, como si trajera también de España el espíritu de discusión de la célebre Universidad de Salamanca, y más bien tenían aire de pendencia que de disquisiciones tranquilas sobre puntos de conversación corriente, tomándose con ellas, a veces, a fuer de castellano viejo, libertades de palabras que pasaban, sin embargo, tronando por el aire como granadas que no estallaban, o que estallaban sin resultado, recibidas siempre entre las risotadas de amigos, perfectamente justificadas, porque todo aquel aparato bélico procedía del corazón más inofensivo; era simplemente la espuma que desbordaba de su carácter ardiente y que luego dejaba como el champagne el fondo puro del rico licor, dulce y chispeante, que alegra y hace reír.

Pero me apresuro a decir, que estas intemperancias de carácter y palabras sólo tenían lugar en el círculo de sus intimidades. En el Congreso de la República, a donde a menudo lo llevaba el voto de sus conciudadanos, su lenguaje y maneras eran contenidos en la circunspección.

He dicho que don Pedro tenía mucho de castellano viejo y debo agregar que como tal debía tener también ribetes de paladín manchego, y así era en efecto; toda injusticia le irritaba, todo sentimiento generoso se añidaba en su corazón: le atraía el niño por su inocencia y el pobre por su desventura, y pronto estaba su brazo a enristrar la lanza en favor de sus afectos.

Un día circuló por la ciudad con estupor general, que don Pedro estaba preso, añadiéndose como circunstancia agravante, que había sido llevado a la prisión hasta sin sombrero; y era cierto, por desgracia. Sucedió que una escolta de policía conducía a la cárcel a uno de esos infelices que se permiten en los domingos, o en los de guarda, ECHAR UNA CANA AL AIRE, como suele decirse, y al pasar por la casa de don Pedro, antojósele resistirse, con esas bravatas comunes en esos casos, por lo cual fue maltratado inmoderadamente por

los soldados. Ver aquello y sublevarse el noble corazón del hidalgo manchego, todo fue uno; voló en su defensa; pero el reproche a la policía fue sin duda de masiado vivo, y sin sombrero como estaba, fue conducido a la cárcel junto con el defendido. Por supuesto que fue puesto inmediatamente en libertad; pero no se dio por satisfecho hasta obtener el castigo merecido al airopeliamiento, no del generoso defensor, que nada podía para sí, sino de la otra infeliz víctima, lo que consiguió acaso por deferencia, reputado como todavía está ese hecho brutal, por pecadillo de poca monta.

No transigía con la mentira ni aún en esos casos disimulados por la cortesía. Hecho como de una sola pieza su carácter, no podía tener esas ondulaciones de culebra que exige nuestro comercio social de mentidas consideraciones, y tropezaba con frecuencia en la vida con los inconvenientes de esa flexibilidad requerida aún para el ejercicio del bien, y a este propósito recuerdo el siguiente hecho: en una ocasión una señora muy respetable de esta sociedad, ya entrada en años, entusiasmada por unos ejercicios religiosos que acababa de practicar con los jesuitas, se empeñaba, parte por cariño, parte por celo cristiano, con don Evaristo Carazo y el General Urtecho, que acertó a encontrarlos juntos, para que formasen parte de otros ejercicios de varones que iban a emprenderse. De por medio las consideraciones tan merecidas de aquella señora, la defensa de dichos caballeros era suave, delicada: admitían los encantos de aquella vida de comunidad y beatitud, el provecho que el alma recogería, el ejemplo edificante para el pueblo, en fin, lo admitían todo; pero se excusaban con sus ocupaciones. De parte de la señora, el ataque era vivo, para todo tenía pronta respuesta, parecía como inspirada, y acabaron por darle el sí, esperando que una circunstancia cualquiera viniera después a librarlos del compromiso. A este tiempo llegó don Pedro, e informado del asunto estalló contra los dos hipócritas que se burlaban de la sencillez de aquella bendita señora. Había nobleza en el proceder de don Pedro, había realmente hipocresía en la deferencia de aquellos dos caballeros; y sin embargo, la señora estuvo siempre por los hipócritas, como sucede en el mundo. Los ejercicios no se llevaron a cabo, porque no hubo número, y toda la vida pensó la bendita señora que el diablo había intervenido en la persona de don Pedro para dar al traste con el santo propósito.

Y así iban siempre en él la forma y el fondo en rebeldía: una alma muy bella y una cara muy adusta; y sin embargo, de su aspecto, era jovial, juguetón, jocosos, y por tanto de muy agradable trato; pero era así en tanto que su alma no se ponía en contacto directo con esas bruscas irregularidades de la vida en que el orden se trastorna repentinamente y en virtud del choque la justicia viene a quedar abajo y la injusticia encima, que entonces, como si el clarín de guerra le sacudiera todos sus miembros, ya se apercibía para el combate.

Y entró a la política tal cual era, noble, caballero; pero un poco extraño a los usos y costumbres de la lid.

Pariente muy cercano de los Chamorros de Gra-

nada, por abolengo, le venía su lugar en las filas del partido conservador, y fué, por su honorabilidad, uno de los caudillos más prestigiados de Rivas.

Pero era un conservador que no daba a su partido su contingente incondicional, reservándose siempre la conciencia de sus actos. Así, en una ocasión, se acusaba en el Congreso a un Magistrado de León y el partido conservador estaba empeñado en su condena. Don Pedro no vio la justicia del lado de los suyos, y se puso de parte del acusado, lo cual hizo decir, tiempo después, al gran caudillo liberal, el General Jerez, tratándose en Managua de una elección de RR. al Congreso perdida en Rivas por los liberales, al saber que había sido uno de los electos don Pedro Chamorro: "No todo se ha perdido, porque don Pedro es persona independiente".

Tal vez era mal político, a la usanza nuestra; pero hacía cosas que si dañaban al partido, quedaba uno admirando al hombre.

Se irataba, en otra vez, de la reelección del Presidente Martínez, y don Pedro, como su partido, lo adversaba con calor. Triunfó la reelección; pero a raíz de ese hecho vino la revolución que encabezó Jerez, con fuerzas salvadoreñas. Don Pedro, don Evaristo Carazo y don Indalecio Maliaño, fueron reducidos a prisión **POR HIGIENE POLITICA**, como suele decirse jocosamente, y trasladados a Granada, donde se les dejó la ciudad por cárcel, y al triunfo de Martínez sobre los salvadoreños, don Pedro no cabía de gozo; sobre el partidario se alzaba la patria en el viejo castellano.

Tenía también don Pedro sus toques de libre pensador, y como tal miró de reojo la entrada de los jesuitas a Nicaragua; pero cuando Guatemala, El Salvador y Honduras quisieron ejercer presión en el Gobierno de Cuadra, en el sentido de la expulsión de aquellos sacerdotes, alzóse su temperamento de fuego por el asilo.

A guisa de libre pensador, tuvo sus veleidades allá al principio por Rufino Barrios, a quien tomó por un verdadero reformador. Admitía sobre la vieja sociedad guatemalteca un retoque con tintes liberales; pero hechos posteriores desvanecieron su visión, y perdióse del todo en su mente el reformador, cuando quiso imponerse sobre toda la América Central.

Y ya en sus últimos días, cuando León se levantó contra el Gobierno de Zelaya, fue partidario de éste, como todo su partido; pero esas fuerzas hondureñas en el territorio de la patria, era un punto negro en su corazón, y clamaba contra ellas, deseoso que fueran vencidas por los mismos leoneses contra los cuales combatía. A ningún precio quería la presencia de fuerzas extrañas en nuestras contiendas; jamás se desmintió a este respecto su patriotismo.

Don Pedro fue un hombre como dicen los yankees, **SELMADÉ MAN**, un hombre hecho por sí mismo. Vino al mundo de una familia distinguida, pero que las vicisitudes de la vida lo habían reducido a pobre situación; y no pudo tener él otra educación que la que daba

la escuela de los pobres, la escuela pública, reducida toda su enseñanza a leer, escribir, aritmética y doctrina cristiana por el Padre Ripalda; pero dotóle la naturaleza de gran inteligencia, de sólido juicio y de cierto instinto natural para descubrir de golpe las relaciones lógicas que todo lo ligan en el mundo. Esas cualidades, su apasionado amor al estudio y su trato entre personas cultas, desarrollaron al hombre. No fue, no pudo ser, como se ve, un hombre instruido; pero lo fue de conocimientos generales y prácticos sobre todo.

A su tiempo fue maestro de escuela, ganando el sueldo de entonces de \$12.00 mensuales, los cuales, como buen hijo, iban derechamente a la pobre bolsa de la madre. Más adelante, pudo ingeniarse para hacerse de otros recursos, lo cual le proporcionó los medios de casarse, y lo hizo en efecto con la notabilísima dama doña Rosa Félix Hurtado. Después vinieron para él mejores tiempos de fortuna, que las revoluciones de 49, 51 y 54 deprimieron. Luego fue comerciante en grande escala y últimamente, solo agricultor.

No pasó por el pedazo de tierra que le vio nacer, sin dejar huella de su espíritu impulsor.

Sirvió a su país en todos los destinos públicos, desde Alcalde, hasta Diputado al Congreso, a donde casi siempre lo mantuvo la confianza de sus conciudadanos; pero donde más cuadraba a su gusto el servicio público, era en el ramo de instrucción.

DON RAFAEL LEBRON

El 10 de junio de 1850, a las ocho de la mañana, una inmensa concurrencia, compuesta de todas las autoridades civiles y militares, empleados públicos, caballeros, señoras y señoritas, vestidos todos de riguroso luto, llenaban el templo principal de esta ciudad, revestido también éste con el triste color que simboliza el pesar. En el centro de la nave de la iglesia, se alzaba un catafalco, coronado por un ataúd que contenía las reliquias de un cuerpo, por cuya alma se imploraba la Divina Misericordia.

El oficio religioso, atendido por todos los sacerdotes del Departamento, con sus cantos fúnebres, graves, solemnes, que conmueven profundamente el corazón, penetrándolo del misterio de una alma que vuela hacia su creador, concluyó a las 10, y quedó ahí, en la iglesia, expuesto el féretro hasta las cuatro p. m., hora destinada para el entierro.

Pero ni un momento quedaron solos aquellos restos en el templo, porque por grupos se sucedía la gente ansiosa de tributarles el homenaje de sus simpatías.

El entierro se verificó con mayor afluencia todavía de gente, pues de todos los pueblos inmediatos del Departamento, concurrieron a solemnizarlo.

Era un mártir de la patria a quien se prodigaba tan espléndido homenaje, y se llamó en la tierra Rafael Lebrón.

Hacia un año que había sido asesinado (3 de junio de 1849), por una de esas manadas de lobos que se le-

vantan en las revoluciones interiores de los pueblos, y su cuerpo sepultado en Buenos Aires, era trasladado a esta ciudad, cuna de la víctima y asiento de su familia.

Nació Lebrón en esta ciudad el 28 de febrero de 1812, de padres pobres; pero muy estimados en la sociedad por sus nobles prendas personales, y creció el niño, vivo, inteligente, simpático y muy querido de todos.

La escuela pública le enseñó lo que ella enseñaba entonces, pero a conciencia, a leer, a escribir, las cuatro reglas elementales de aritmética, y algo más de ella, y por término de esa primera instrucción, el Catecismo Cristiano del padre Ripalda, sencillos principios de religión, base considerada como primordial de toda educación.

Después ya joven, adquirió otros conocimientos con el Lcdo. don Laureano Pineda, quien amante de la juventud, vertía en ella los tesoros de su ciencia, particularmente en jurisprudencia, su profesión.

Con estas nociones y su apasionado amor al estudio, se desarrollaron facultades intelectuales, y formóse el hombre.

Era Lebrón de estatura mediana, cuerpo delgado, color blanco pálido, frente espaciosa y perfectamente modelada, ojos negros, pequeños, vivos, radiantes de luz, que daban a su simpática fisonomía el sello divino del hombre superior. Su carácter suave, sus maneras finas, su trato agradable, apasionado por la familia, por el amigo, por el desvalido; industrioso, activo, emprendedor, amante, sobre todo, del progreso de su país, en todas sus manifestaciones; implacable con el desorden y dotado del valor y la energía para contrarrestarlo.

Tuvo toda su vida verdadero culto por el Lcdo. Pineda, su maestro y su amigo; y por su parte Pineda distinguió siempre con su cariño, lo cual daba más realce a todas las cualidades morales de Lebrón; y todo este conjunto de prendas le hacían muy popular en su Departamento.

Fué casado dos veces, la última con doña Casiana Sacasa, de quien tuvo solo una hija, nacida pocos días después del asesinato del padre.

Puede decirse que Lebrón vivió solamente para su patria, pues desde muy joven la sirvió, sin interrupción, en distintos puestos públicos, ora en el Municipio, ora como Juez, ya como Diputado al Congreso, ya como Prefecto de este Departamento, dejando siempre huella luminosa en todos sus actos.

Por la época de su diputación, eran borrascosas las sesiones legislativas, y duras por consiguiente el cargo de la diputación. Dividió el Estado en dos poderes, civil y militar, el antagonismo apasionado entre ambas clases, se mostraba por todas partes, con brutalidad frecuentemente en los militares, y el Congreso debía ser a menudo campo de esas discusiones, preñadas de tempestad. Así, los Diputados partidarios del orden civil, debían ser hombres de un temple muy elevado, y lo eran en efecto; y a esas luchas llevó Lebrón su pasión por el orden y la firmeza de su carácter; luchas no del todo estériles porque aunque con frecuencia estaba en minoría el partido del orden civil, esas resis-

tencias contenían en algo los desmanes del poder militar.

Acababa de pasar la sangrienta revolución de 44, cuando entró en 1845 a desempeñar la Prefectura de este Departamento. Trabajado el país por tantas revoluciones tan seguidas las unas de las otras que no le daban punto de reposo, ya se deja comprender en qué lamentable estado de desorganización se encontrarían todos los Departamentos. El de Rivas, no podía estarlo peor. Su autoridad sin prestigio, ni respeto, el crimen impune, medrosos los hombres honrados, y las rentas públicas, nulas en su totalidad, dando por resultado la mayor pobreza y la inercia consiguiente en la acción pública.

Empezó por devolver a la autoridad su fuerza, persiguiendo con energía, sin descanso, al criminal, haciéndole juzgar conforme a la ley, sin esas contempORIZACIONES anteriores, hijas del miedo; y luego dedicó sus energías a la persecución del contrabando, que en grandísima escala se practicaba, y poco a poco, de esta manera, cambió por completo la faz del Departamento, reinó el orden y se regularizaron las rentas; empresa muy difícil llevada a cabo, que dióle altísimo renombre de organizador.

En 1848 fue Diputado a la Constituyente.

Se trataba de reformar la Constitución de 38, y desde luego se formaron dos partidos en la Asamblea, el de la reforma y el contrario a ella, encabezados ambos por las primeras inteligencias del país, y al comienzo de sus sesiones hubo lucidos debates, en los cuales sólo campearon los principios. La Constitución de 38, era una constitución libérrima, pero ideal, a juicio de sus opositores, impracticable por lo mismo en aquellos aciagos tiempos por que se atravesaba, y más que impracticable, funesta por que ataba las manos del Ejecutivo en el desbarajuste social, cuando, por el contrario, se necesitaba robustecer su acción y encadenar al orden aquella libertad loca y peligrosa. Lebrón que amaba con pasión la libertad, pero hermanada con el orden, formó en las filas de los partidarios de la reforma, y entre los grandes adalides de la Cámara, tuvo ocasión de hacer lucir su talento, del cual se ve todavía una prueba, en un bien elaborado escrito suyo que se conserva sobre aquellas cuestiones en discusión; pero esos debates que al principio se sostuvieron en la región serena de las ideas, degeneraron pronto, la lucha se apasionó, el elemento militar interesado en mantener la debilidad del Gobierno, lanzó las turbas contra el Congreso para disolverlo, lo cual no consiguió al momento; pero por otro modo logró después su propósito, cuando los representantes de la antireforma, temiendo su derrota por la mayoría, que la tenían en contra, apelaron al medio de la fuga, abandonando sus SILLAS CURALES, a las cuales no fue posible hacerles volver, y la Asamblea por falta de QUORUM, tuvo que disolverse al fin, quedando así subsistente la Constitución de 38.

Pero esos trabajos fueron los últimos fulgores de una existencia, tronchada todavía en flor por la revolución de 1849.

Extraña revolución la de esa época aciaga. Aquella ráfaga de tempestad no puede llamarse propiamente revolución, fue una conmoción de otro género, no producida absolutamente por miras políticas de ninguna especie; es un caso enteramente nuevo DE LA PATOLOGÍA POLITICA, si así puede decirse, del país, no bien explicado todavía por la historia, y que merece estudio especial. Aquello fué un alzamiento repentino de masas, un desbordamiento de barrios contra centros de poblaciones, localizado solamente en Granada y Rivas; algo así como las irrupciones de los indios de Matagalpa contra la ciudad; pueblos como atacados de hidrofobia, ciegos de furor, precipitados machete en mano contra los indefensos habitantes, sin motivo ostensible alguno.

Jalveva y la Ofrabanda en Granada, en masa compacta, caían de pronto sobre la ciudad, y contra el torrente no había otro medio que el cerrar las casas y atrincherar las puertas, contra las cuales descargaban las turbas con sus machetes el furor que les poseía, se retiraban y volvían después a repetir otro ataque de la misma especie, siempre sin resultado, pero inmolando al que encontraban a su paso. La ciudad pudo al fin armarse, y encabezados los vecinos por don Fruto Chamorro, batieron un día aquellas hordas, y no volvieron más a levantarse.

En Rivas, tuvo todavía un carácter más feroz este movimiento, y fue por desgracia más potente.

Por de pronto, las masas estuvieron contenidas por una pequeña fuerza veterana, mandada por el Comandante don Fermín Martínez, hermano del General don Tomás del mismo apellido, y al rededor de aquel denadado militar, se agruparon Pineda, Lebrón y los principales vecinos; pero muerto Martínez en un combate, la pequeña fuerza militar se disolvió, y la salvación de todos se encomendó a la fuga. Pineda, Lebrón y otros, corrieron hacia Granada, centro de su partido; pero Lebrón, como si obedeciera a su triste destino, quiso hacer un rodeo pasando por la hacienda de la familia de su esposa, el "Palmar", y allí fué repentinamente asaltado por una turba y asesinado bárbaramente.

Sólo de su segunda esposa, se conserva descendencia. Su hija la señorita María Josefa Lebrón casó con el General Isidro Urtecho, y de ese matrimonio brota una dilatada familia, en la cual uno de sus miembros, el Dr. Rafael Urtecho, lleva su nombre en memoria de su abuelo.

Numerosísimo concurso, como ya lo he dicho, acompañó los restos de don Rafael Lebrón a su última morada; pero cosa extraña, nadie recuerda hoy el lugar de su tumba, que busca afanosa su familia para llevarlos al lado de la esposa y de la hija, a quienes también cubre ya la tierra, y regar en común de flores esas reliquias santas de la familia.

Rivas, 21 de octubre de 1907.

DESCRIPCIONES DE RIVAS

PROCESIONES DE LA SEMANA SANTA

Las grandes procesiones, como si dijéramos las aristocráticas procesiones de la Semana Santa en Rivas, son cuatro, teniendo cada una de ellas por suprema directora, maíronas de alto renombre, y son directoras y procesiones, como siguen: 1ª Martes Santo, a cargo de doña Encarnación v. de Morales. Va Jesús con la cruz a cuestas.

Algo hay que decir de este Jesús y no desagradará la digresión.

En primer lugar, que es la imagen en toda la América Central, más bella en su género. Puede tener su igual en otra de Granada, llamada, familiarmente, el Jesús de las Jiménez. En efecto, ambas parecen salidas de las manos de un mismo artista, por sus marcadas semejanzas. Un rostro de noble hermosura, la misma mirada profundamente triste, pero suave y dulce, que en apariencia mira a la muchedumbre, pero que en realidad la reconcentra en sí, como si contemplara la obra del inmenso sacrificio que se ha impuesto. Son estas dos imágenes traídas de España, en tiempo de su dominación en América.

Y después, que tiene este Jesús su homónimo en otro que se venera en una iglesita de uno de los barrios de esta ciudad, pequeño, feo, desmedrado, y que por ley de contraste sin duda, tiene este Jesusito así descrito, tal popularidad, que vienen de todas partes de la República en romería a su procesión; en tanto que el otro, obra notable de escultura, ni con mucho alcanza semejante aura popular, lo que nos hace pensar tristemente que el mérito y la tal aura popular, no siempre llevan vida maridable en el mundo.

2ª Miércoles Santo, Cristo en la agonía. Encargada, la familia Bonilla-Hurtado. Goza el Cristo que agoniza, de inmensa popularidad en Rivas. Una vez, por el año de 33, Rivas fue azotado por el huracán más violento y dilatado que hemos presenciado. Nadie, se dice, podía estar en pie, los techos de casas pajizas volaban como leve pluma, las haciendas de cacao vinieron al suelo, y en la consternación general, se recurrió al Señor de la Agonía, y al momento las desencadenadas furias volvieron al averno. Tres días, 25, 26 y 27 de octubre, dilató la horrorosa tempestad; y el Cristo moribundo, se alzó desde entonces al pináculo de la fama.

3ª Viernes Santo. A cargo de doña Lola Carazo de Sacasa.

Luce la procesión del santo entierro un sepulcro sencillo; pero el más digno del hijo de Dios. Cuatro tablas de cristal, unidos sus extremos por fino filete de oro, por encima, adornos ligeros, eso es todo; pero de tal manera transparente ese cristal, que entre el cuerpo del Cristo y la vista, parece que no se interpone cuerpo alguno. La obra, fue encargada a Francia, y es ofrenda piadosa de la misma señora de Sacasa.

4ª Sábado de Gloria. Procesión del Retiro. A cargo de doña Emma de Guerra. La virgen en su duelo inspira las más vivas simpatías y todas las altas damas rivenses le hacen cortejo en su retiro del Calvario.

Como en todas partes en el país, tiene la Semana Santa sus monstruosas irregularidades. En medio de la representación del drama de la pasión, se atraviesan personajes que nada tienen que ver con él. De desearse sería que se siguiera un orden riguroso en la sucesión de los hechos, y que para contemporizar con el desborde del sentimiento religioso, que rompe a cada momento la unidad del drama, se destinara su día de la semana, el Domingo de Pascua, por ejemplo, en que todo está ya concluido, para sacar juntos a todos esos santos que quieren echar su cana al aire.

LA VARSOVIANA

La escena pasa en Rivas, allá como a cincuenta años de distancia.

Era por entonces la primera belleza meridional la señorita Casiana Sacasa. No tenía la hermosura pomposa de la rosa, sino otra más atrayente, suave, delicada, tímida, como velada por la modestia, que reconcentra su esencia y embriaya más a quien la aspira.

Tenía una amiga, parienta suya, de carácter diametralmente opuesto, vivaracha, decidora, fresca y rosada como una amapola, la cual respondía al nombre de María Urtecho, y fue después la esposa de un Presidente de Nicaragua, el Licenciado don Laureano Pineda.

Don Pedro Chamorro estaba en aquel entonces en la flor de su juventud, y era el amartelado galán de la señorita Sacasa.

Tenía un carácter don Pedro medio alocado, pero gracioso y alegre y tan popular que toda la vida se llamó por todos Pedro a secas, como expresión de cariño. Se había importado al país en aquellos días LA VARSOVIANA, baile de cuadros como el de lanceros o el de cuadrillas; y hacía furor en los salones.

Por supuesto, la preciosa flor rivense de la época, no frecuentaba tales centros, porque predominaba en su rígida familia el principio, generalizado entonces, de que entre la mujer y el hombre debía haber siempre un inmenso espacio de por medio; pero tanto cuanto era vedada la fruta del baile tanto se despertaba entre las mujeres el deseo de conocer sus misterios y encantos.

Un día Pedro enseñaba a la señorita Sacasa y a su amiga, como se bailaba LA VARSOVIANA. Entre las diversas figuras había una más laboriosa, más difícil, y se necesitaba mucha gracia y mayor agilidad para ejecutarla. Era un sólo masculino, de complicados saltitos, para llegar al extremo opuesto, donde estaba colocada su pareja, y poniendo un pie sobre el otro se giraba sobre los talones en vuelta redonda, concluyendo la figura con un donoso saludo del caballero para la dama.

Todo esto lo ejecutaba Pedro a las mil maravillas; pero al llegar al saludo aquel día, al inclinarse reverente ante la señorita Sacasa, uno de esos espíritus malignos que Jesús lanzaba con sus conjuros de los cuerpos endemoniados atormentado sin duda por las contorsiones del baile, salió de Pedro en fuga violenta, produciéndose estrepitoso ruido sonoro, profundo, como un rugido del Santiago o el estallido de un cañón.

Muerta de espanto quedó la pudibunda virgen de sus amores; pero su vivaracha compañera, volviéndose inmediatamente al bailarín, le dijo:

—Pedro, y eso es también parte de LA VARSOVIANA?

El desgraciado maestro de baile quedó también de una pieza, pero sobreponiéndose a las circunstancias, hizo como pudo una mueca y soltó a correr.

EL HOSPITAL

Nació poco menos que de un pesebre.

Allá por los años de 60 a 64 lo conocimos nosotros choza, al extremo Sur de la plaza de San Pedro. Estaba bajo el inmediato cuidado de doña Tula de Aranda y apenas había lugar y recursos para dos camas.

Poco después, los Jesuitas arrojados de Guatemala por esa como maldición sobre la Orden de ir errantes por todas partes, llegaron a nuestras playas. Nicaragua estuvo a punto de cerrarles sus puertas, porque entre los dos partidos que los acogía y rechazaba, parecía predominar el segundo, al cual —lo diremos de paso— pertenecíamos nosotros; pero las exigencias de Guatemala, por la expulsión, apoyadas en los otros Estados occidentales, sobre el Gobierno de Nicaragua, sublevaron el patriotismo y a su ardor se unieron los partidos de expulsión y no expulsión de los Jesuitas, y se establecieron así en nuestro suelo. Eran muchos y no pudiendo subsistir todos en un mismo lugar, se diseminaron de dos en dos por todos los principales centros de población de la República, y a Rivas le cupo en suerte tener a los padres Taboada y Gamero. Parecía que los dos estaban animados de un mismo deseo: corresponder en la localidad al país, por el favor que se le había hecho a la Orden, y tomaron desde luego sobre sí la losble tarea de construir un hospital.

Al Occidente de la ciudad, al propia costado de la iglesia de San Francisco, había un extensísimo solar, parte sin edificar todavía del antiguo convento del propio nombre, y se concentraron en ese lugar todos los anhelos de la posesión; más era preciso vencer primero dos grandísimas dificultades que parecían insuperables de pronto:

1ª Que el dueño quisiera vender la propiedad.

2ª Encontrar los fondos para comprarla.

Y las dos primeras grandes dificultades quedaron presto vencidas, por el celo de los Padres secundado por el sentimiento de caridad de los rivenses; y se emprendieron en seguida los trabajos, hallando recursos en las mismas fuentes inagotables de la caridad.

Poco después quedó terminado el lado occidental del edificio, que forma su frente, al lado de la calle La Punta, compuesto de un hermoso portal en el centro y dos extensos salones a derecha e izquierda para enfermos, y otras piezas para el servicio correspondiente.

Doña Sara, viuda del ex-Presidente Zaldívar del Salvador, hija de este suelo y a la sazón en el país, regaló al hospital suficiente número de camas de hierro con su dotación correspondiente de ropa blanca, con lo cual se instaló el hospital; y los pobres, los olvidados, los desheredados de la tierra, cambiaron su antigua choza por un palacio, relativamente.

Otra ráfaga como la se Guatemala, sopló en Nica-

ragua y arrojó a los Jesuitas de su seno; pero su obra de caridad estaba ya en pie, y su nombre quedó allí grabado por el agradecimiento público, de lo cual hemos con justicia mención, porque si los condenamos en muchas cosas, fuerza es que reconozcamos igualmente el bien por ellos practicado.

Quedó el hospital a cargo de una Junta de Beneficencia, y esta junta con esmerado empeño ha tratado de llevar adelante los trabajos del edificio, cuyo diseño, hecho por el Padre Páramo, de la Compañía, ha merecido su entera aprobación; —plano de gran extensión que requiere muchos años de constante labor para verlo realizado. Comprende un vasto cuadrado con compartimientos para hombres, mujeres, enagenados, enfermedades de contagio y de asistencia particular, etc.

De seguro que hay mejores hospitales en el país, pero la forma del de Rivas, en lo que ya se tiene trabajado, es una cosa muy particular, que es justamente lo que llama la atención general.

La construcción de estos edificios consiste, por lo regular, en salones laterales con sus correspondientes galerías, y servidumbre interior.

El de Rivas sigue otro método. En el centro de un patio principal está construido un extenso exágono. Cada lado del exágono contiene dos salones, cortados todos por una pieza circular en el medio, la cual está coronada por un proporcionado cimborio. Esta pieza representa una capilla, y todos los salones miran hacia el centro, donde se colocará un altar para celebrar en él todos los actos religiosos, los cuales pueden contemplar desde su cama cada enfermo, fortaleciendo así su alma por la oración.

Las piezas de las galerías se destinan a otros usos tales como los de botica, autopsias, administración, enfermos particulares, servidumbre, etc., etc.

Todavía no se ha estrenado este exágono; pero ya se le dan las últimas manos de retoque y pronto quedarán en él instalados los enfermos.

De la choza, en su principio, a las condiciones actuales del hospital, se ha corrido ascendiendo, un regular camino. La jornada marca 40 años. No es lento este paso si se considera que al lado de esta mejora los rivenses han emprendido otras tantas, en medio de mil desventuras que les ha tocado en suerte sufrir.

EL RIO DE ORO

De Occidente a Oriente atraviesa toda la ciudad un riachuelo que tiene el poético e hiperbólico nombre de Río de Oro, denominado así porque realmente lleva entre sus aronas el aurífero metal.

No sabemos si por hoy se habrá agotado ya su riqueza, o si su producción sea tan escasa que no satisfaga el ímprobo trabajo de recolección; pero es lo cierto que esa labor que una vez vimos emprendida tumultuosamente en estación lluviosa, no se ha vuelto a repetir hace años.

No deja de tener un cierto interés histórico la investigación del origen de este nombre. Una mirada hacia los alrededores de Rivas demuestra su origen plebeyo. Por todas partes terrenos agrícolas, en ninguna el aristocrático filón de oro; de donde inferimos que aquello de la historia patria sobre el oro recogido en Nicarao por Gil González, es pura música celestial.

Pero volviendo al grano, ¿de dónde proviene, pues, el oro que arrastra o arrastraba la corriente del riachuelo rivenso?

Probablemente, y aquí entra la pringue de curiosidad histórica a que nos hemos referido anteriormente, de los tiempos de Walker. Como se sabe, el famoso caudillo de los filibusteros en Nicaragua, reclutaba su gente de entre los pasajeros de California, cuyo tránsito del Oeste al Este de los Estados Unidos, se hacía por este istmo; y en posesión Walker de esta plaza, es de suponerse que algunos de sus soldados enterrarse en los alrededores de este riito el polvo aurífero, producto de su trabajo en aquella rica región; y que en el transcurso del tiempo las aguas lo hubiesen arrastrado al río, enrojecido anteriormente tal vez con la sangre misma de sus propietarios.

La corriente del riachuelo, abundante en el invierno, va disminuyendo en el verano hasta extinguirse en los últimos meses de esta estación. Fecundiza los terrenos por donde pasa, aprovechándose sus dueños de esta ventaja para convertirlos en pequeños prados de verdor perenne, lo cual les da un altísimo valor, lo utilizan las mujeres para lavar, y se proveen de sus aguas los pobres que viven en sus cercanías. Pero en la incuria de nuestros pueblos, ese riachuelo tan útil para la población, se convierte también en depósito de todas las inmundicias y jamás se limpia, de lo que resulta un foco de podredumbre que viene a convertirse en fuente activa de malaria en el centro mismo de la ciudad, originándose además esa plaga de mosquitos de que se ve rodeada; y de esta manera, el poético nombre de ORC que lleva, viene por fin a mancharlo en los vicios.

La municipalidad antepasada paró mientes en esto. Su alcalde, Gral. Fonseca, pensó en la conveniencia de hacer calzar su cauce, pero todo no pasó de mera fantasía. No opinamos nosotros por esa medida, porque perderían los terrenos por donde atraviesa su potencia fertilizante, ocasionando un gasto crecido a sus dueños en cambio del mal que reciben; pero creemos indispensable la medida de hacerlo limpiar y recavarlo muy bien, bajo la vigilancia de un encargado del trabajo, antes que entre la estación lluviosa.

Y a propósito de esto, y como muy conveniente, recordamos que hay una ley en que se manda poblar de árboles todas estas corrientes de agua; y ya que la municipalidad anterior la pasó por alto, en nombre de las necesidades generales y de la higiene pública, esperamos que la presente no la eche en olvido, empezando por este riachuelo, rico presente de la Naturaleza, que es preciso conservar; pero será menester también que este trabajo de sombra que se determine, se someta igualmente a la supervigilancia de un empleado municipal.

EL CEMENTERIO

RIVAS posee no sólo el mejor cementerio del país entero, sino también de toda la América Central, no por sus monumentos, suntuosos, en las otras partes, sino por la naturaleza misma del lugar en donde está localizado, espléndido por sí mismo, y engalonado todavía por el gusto sencillo de este pueblo agricultor. Está situado

al Sur de la población, sobre una colina de suave declive. Colocado uno en la cumbre y mirando hacia el sudeste, tiene a su vista el lago, bello de todas maneras, con sus dos colosales volcanes gemelos, en una misma isla, conos hermosísimos, puro el uno, con su aguda cúspide intacta, y el otro media dormida su cabeza altiva, cruzado a veces por embarcaciones de vela que parecen GAVIOTAS de agua dulce; y hacia el sudoeste, una vasta planicie de frondosa vegetación, que va elevándose gradualmente hacia San Juan del Sur, hasta encontrar la serranía que viniendo de Costa Rica, corre cercana a las costas del Pacífico, hasta confundirse, según Mr. Levy, con los últimos espaldones de la gran meseta de alzamiento geológico que sirve de base común a los volcanes comprendidos entre Mombacho y Chiltepe.

Las calles del cementerio, trazadas a escuadra, están sembradas de cipreses, de la clase que llaman ENANOS, de forma piramidal, muy frondosos y verdes en todo el año. Predomina aquí, en el gusto de las tumbas, el enrejado de hierro, de más o menos hermosa forma, de manera que deje al aire libre la tierra bendita donde duermen su sueño eterno los seres queridos que fueron, para regarlas siempre de flores el cariño de sus deudos. Pero hay, sin embargo, algunos pocos pero buenos monumentos, y entre ellos se admira una capilla construida en el país, que, comparada con una de mármol importada al cementerio de Granada, se lleva la de Rivas la preferencia. El ángel, en una u otra forma, tan común como ornato funerario en todos los cementerios, parece desterrado de este campo santo, no obstante la santidad del emblema: sólo una tumba lo tiene aquí. Hay otro monumento muy bello por su expresión: una mujer llorosa al pie de la cruz.

Allá en la cumbre de la colina reposan los restos del más popular de los Presidentes que ha tenido Nicaragua, don Evaristo Carazo, y los de su esposa doña Engracia, tan estimada en esta ciudad. La Municipalidad de Rivas, en su entusiasmo por Carazo, le destinó la altura por pedestal de su tumba. Pero ¡ah! qué don tan funesto el de ese cariño popular. Esa cima domina por completo la ciudad y a cada revuelta revolucionaria, tan común entre nosotros, se ocupa militarmente ese lugar estratégico, hollando las cenizas venerandas que yacen allí.

Y al salir de aquel recinto sagrado, parado un momento en el hermoso pórtico del cementerio, otra vista encantadora se le ofrece al espectador. Una ancha calle macadamizada va en rampa hasta juntarse allá en una extensión como de cuatrocientas a quinientas varas, en el camino que de la ciudad conduce a la Puebla; calle amurallada por ambos lados, con sus anchas aceras y construidas aquellas de manera que sirvan de asiento al mismo tiempo; y luego por espléndida corona, sembrada a uno y otro lado, a trechos de seis a siete varas, de palma real, que da al conjunto una vista bellísima.

El Almirante de la marina americana que permaneció algún tiempo en el vapor "California" en San Juan del Sur, en la guerra próxima pasada, visitó en esa ocasión a Rivas, y agradablemente sorprendido del efecto de esta hermosa entrada al cementerio, sombreada toda por las majestuosas palmeras, airosamente me-

cidas por el viento, exclamó: "¡Ah! este es un verdadero paisaje de la India".

Así, pues, la mansión de los muertos en Rivas, no tiene ni remotamente la más pequeña idea de lobreguez, sino que por el contrario, todo sonríe allí de tal manera que se respira la vida en ese lugar de la muerte, convirtiéndose en el paseo favorito; y se está con los muertos queridos, en contacto íntimo, y no se les dice al dejarlos, ¡Adiós!, sino hasta mañana!.

Las dos personas a quienes el campo santo de Rivas debe más, es al doctor don Donoso Maliaño y a don Rosendo López, el primero, embelleciéndolos con sus cipreses y palmeras, y el segundo, con mejoras materiales de grande importancia; pero no haya cuidado de que la gratitud pública lleve sus restos, en la ocasión a OTRA ALTURA FATAL, porque ya ellos tienen su lugar propio donde dormir su sueño eterno; el primero en un poético bosquecillo de cipreses a la entrada del recinto santo, y el segundo, en la hermosa capilla de que he hablado, propiedad de la familia López.

OMETEPE

Frente a Rivas, allá a la distancia como de 15 a 20 millas, surgen del lago de Nicaragua dos inmensas moles, dos volcanes gemelos, que llevan por nombre Ometepe el uno, Maderas el otro, y tienen ambos por base común, la isla que es la "reina del espléndido lago". El Ometepe es un cono de regularidad perfecta, y el Maderas un cono truncado, y mide el primero una altura de 5,350 pies, y el segundo, de 4,190.

La denominación de estos dos picos es moderna: antiguamente no tenían más que un solo nombre, el primitivo, el indígena, Ometepe, de ome, dos y tepe, cerro, esto es dos cerros; y así debieron conservarlo, no simplemente por respeto a la tradición, sino porque el lenguaje de nuestros abuelos tenía la admirable propiedad de dar a los nombres de las cosas la significación de lo que éstas eran en sí, como se evidencia por este otro ejemplo. Nacaome, pueblo de Honduras, de naca, carne, de ome, dos, dos carnes dos razas que se refunden; y podía servirnos la deducción etimológica de preciosa guía en ulteriores investigaciones científicas.

De las calles de Rivas, sentados en las tardes a las puertas de las casas, se puede contemplar esos dos soberbios conos revestidos de purísimo azul a veces, otras ocultas sus cimas por las nubes, según la serenidad del tiempo; pero de cualquiera de las muchas colinas de la ciudad, se abarca en conjunto el admirable paisaje de hermosura y se impone irresistiblemente a la contemplación. Refiere Walker a este respecto, en su historia de Nicaragua, que al invadir a Rivas el 29 de Junio de 1856, marchando con su falange americana en silencio para el efecto de la sorpresa, de improviso, en el recodo de un camino sobre alturas, se desplegó a la vista el soberbio panorama, y un hurra atronador, a despecho de las precauciones de la marcha, se escapó de todos los pechos; y ese grito de sorpresa y admiración prorumpido unánimemente por aquella gente de combate, ruda en su mayoría por su oficio de bandoleros vale por el mejor de los himnos a la augusta pompa de la naturaleza.

Es, pues, con sobrada razón considerado Ometepe en todo su conjunto, como la más rica joya del Departamento Meridional.

Todo iba bien en tanto que los dos colosos parecían columnas de granito, incommovibles, levantadas allí por el Creador para exclusivo deleite de los habitantes de Rivas; pero sucede que de algunos años a esta parte, uno de ellos, el Ometepe, se mueve, se agita, parece respirar con dificultad haciendo a veces retemblar el suelo. Se creía que eran dos volcanes extintos; pero son simplemente dos volcanes dormidos, y despierta ahora el mayor asumiendo la vida con poderosa actividad y energía; y tales son sus fenómenos de la hora presente que hace suponer inminente su erupción. Ruge como el trueno, por su cima se escapan enormes columnas de humo, y se ven en la noche las llamaradas de una hoguera inmensa, y caen sobre sus faldas torrentes de fuego. A veces calma esta agitación; pero recomienza después y así va como el mar en su flujo y reflujo.

En la antigüedad todo esto se tomaba por efecto de trabajos de fragua de los cíclopes, obreros de Vulcano: el ronco rugido, por el ruido continuo de grandes martillos cayendo sobre inmensos yunque, el humo y las llamas procedían de la fragua, y hasta el retemblar de la tierra por la agitación violenta del aire en el perenne resonar del martilleo; inocente juegos de vista, con todo que no infundían pavor en los ánimos.

Hoy todo está simplificado: los gigantes de antaño, factores de la fuerza del universo, se refunden en uno solo, el gran titán llamado Naturaleza, con fuerza centuplicada por millones de millones de veces, y sus efectos más grandiosos y terribles, se encadenan a sus causas con lazos inquebrantables y se suceden en la más perfecta regularidad, lo cual permite al hombre leer en el libro del porvenir.

Entre las teorías de la ciencia sobre volcanes, ninguna cuadra mejor a mis condiciones de profano, como aquella antigua que supone que los minerales de propiedades contrarias se combustionan a su contacto por medio del agua. Los vapores que se desprenden entonces, levantan la corteza elástica de la tierra y sacuden con violencia sus paredes, si no encuentran salida de donde se origina el temblor, o teniéndola, se escapa por el cráter produciendo sus roncros mugidos; entre tanto el fuego funde todo el combustible y lo vomita en torrentes de lava, o lo lanza al aire en compacta masa de cenizas que esparcidas por el viento suelen llevar la muerte a los campos y las poblaciones, como sucedió con Pompeya, y ahuecadas las paredes del volcán, acaba por derrumbarse su cima, arrastrando en su ruina ciudades inmediatas, al espantoso fragor de su caída. Así, poco más o menos, debió haber doblado su cabeza el coloso Maderas, su hermano.

A todos estos peligros nos expone hoy la reina del gran lago, la espléndida belleza de Rivas; pero, cosa extraña, el inminente riesgo no pone miedo en el corazón de sus habitantes, ni aún en el de los más inmediatos al lugar y antes bien, quizá por familiarizados, quizá por lo incierto del último momento, tal vez por hábitos de indolencia, acaso por creer el peligro remoto, más bien nos divierten esos juegos pirotécnicos del volcán a los cuales va ligada sin embargo, la vida.

GENTE DE SU TIEMPO

LUIS H. DEBAYLE Y
JUAN JOSE MARTINEZ

Debayle y Martínez, dos eminencias en el campo de la cirugía en Nicaragua, se dividen el país: Juan José Martínez impera en el Oriente, Luis Debayle en el Occidente; y uno y otro, indistintamente, en el corazón de los que saben apreciar el bien de su país.

Los dos jóvenes aún, los dos inteligentes, ambos apasionados a su profesión. Además de la ciencia profunda que poseen, la naturaleza los ha dotado con holgura de otras cualidades esenciales al oficio, que el estudio y práctica perfeccionan, pero que sólo aquella da, tales como la mirada rápida y penetrante, prontitud en el obrar, valor, mano firme y segura, etc., etc.

Para llegar a la altura donde el aura popular los ha colocado, necesarios son hechos culminantes que vengan a marcar los escalones de la ascensión, y uno y otro pueden exhibirlos numerosos para acreditar sus méritos.

Cada cual de ellos tiene a su mano una casa de salud, que vienen a ser como pequeños hospitales que encierran cuando la ciencia moderna requiere para operaciones, y donde se prodigan al enfermo los más exquisitos cuidados. Si en todos tiempos la higiene ha merecido de la medicina y cirugía las más serias consideraciones verdaderamente maravillosas; y Debayle y Martínez offician en sus altares con la fe ciega del creyente. No hay operación quirúrgica, por delicada que sea, que ahora no pueda practicarse en esos templos de la ciencia. Hace poco era preciso salir del país para lograr operaciones aún de menor importancia; hoy, gracias a esos dos benéficos factores de la humanidad, el enfermo tiene el remedio a la mano, sin el sacrificio de la ausencia, que ya eso sólo constituía para el desgraciado y la familia, el adiós anticipado de la muerte.

Y no se crea que tales establecimientos están fuera del alcance del pobre, porque es distintivo del verdadero mérito esa noble sensibilidad del corazón que engendra la caridad, y la poseen en alto grado esas dos grandes y simpáticas figuras de que nos ocupamos.

Se ve en uno de los salones de la casa de salud de León el retrato del Presidente de la República, General don Santos Zelaya, sin duda como una muestra de gratitud por la protección que dispensa al establecimiento este elevado funcionario. La casa de salud de Granada, se levantado al sólo esfuerzo de su fundador el doctor Martínez, sin que esto quiera decir que el gobierno le negaría en su caso su alta protección.

Desde luego reconocemos en la facultad médica de

Nicaragua, ya que la Medicina y Cirugía entre nosotros son comunes, cirujanos de mérito igual al de los dos de que venimos ocupándonos, como lo acreditan multitud de delicadas operaciones que registran de aquellos los diarios del país; pero no tienen a su disposición todos los medios científicos de que disponen los otros, y he ahí la ventaja y el motivo de su preponderancia.

Son ellos, pues, los que representan en esta tierra, y a justo título, el progreso científico, verdaderamente grande, que hemos alcanzado sobre esta materia. Son ellos los que llevan muy alto muy ufanos el estandarte de tan notables mejoras, y para ellos, en consecuencia, la gloria y las bendiciones, en general, de esta pequeña porción de la humanidad doliente, justo tributo a sus méritos y a sus beneficios.

Y de ese sentimiento general, aureola de su fama, son estas líneas una expresión particular de esas simpatías que subyugan y que sólo impone el verdadero mérito en cualquiera de sus manifestaciones.

Rivas, junio 6 de 1906.

GONZALO ESPINOZA

El cable nos trae hoy de N. York la tristísima noticia de la muerte de don Gonzalo Espinosa, acaecida en este mismo día a las 6 a. m., de regreso ya este ca ballero de Europa para su país.

Mas bien que negocios, llevaronlo allá necesidades de su organismo. Inclinado por temperamento, acompañado, además, por crueles desgracias en la vida, a no ver jamás en ella colores de rosa, deslizábanse sus días sin brillo, sin esas expansiones naturales y convenientes en la sociedad, que son para unos, expresión de contento, y para otros, sacudimientos de pesares, buscando él por otro rumbo, en el trabajo, las distracciones de su espíritu. Solo que, algunas veces, se sentía impulsado por el irresistible deseo de viajar, como si su ánimo fatigado experimentara, sin darse cuenta de ello, necesidad de otros aires, otro escenario, otras impresiones; y con medios de realizar su aspiración, solía ir a Europa; viajes de placer, de provecho, de vigor, de vida, para él; pero en esta vez, fue la muerte la que encontró en su camino.

Era el extinto de elevada inteligencia, insigne privilegio acordado por la naturaleza a toda una familia, la de Selva, a la cual pertenecía, por la madre; de carácter suave, sencillo en sus costumbres, metódico, exacto en todos los actos de su vida, como un cronómetro, callado, reconcentrado siempre en sí mismo, sin hacer jamás ostentaciones de su inteligencia superior, cultivada por asidua lectura, buen hijo, cariñoso hermano, amigo sincero.

Descendía de las primeras familias de Granada, y constituía la suya, su padre don Narciso Espinosa, de grande significación política en el partido conservador; doña Justa Selva, su madre, mujer de la antigua Roma por su ardiente patriotismo, y cinco hermanos, tres varones y dos mujeres.

La guerra de 54, y sobre todo, la nacional de 55 y 56, tan desastrosa para todo el país, pero principalmente para Granada, asiento del filibusterismo, reducida a última hora a escombros por la barbarie de los invasores, destruyeron toda su fortuna; y entre escombros, como todos los habitantes de la incendiada ciudad, vino a vivir, después, vida muy modesta, durante alcanzada por el afanoso trabajo del padre y de la madre

La muerte arrebató a esta familia el amor y el apoyo del padre, y tocó entonces a la valerosa madre hacer frente a esta desesperada situación. Aunque muy jóvenes sus hijos Gonzalo y Rodolfo, contribuían, sin embargo, con la pequeña ofrenda de su trabajo, al alivio de las necesidades de la familia, preparándose así, el primero, a tomar el cargo de ella, como en efecto, y muy laudablemente, pudo hacerlo algún tiempo después.

El Gobierno de Guzmán le nombró Subsecretario del Ministerio de Hacienda, a cargo entonces de don Cleto Mayorga, y en el ejercicio de sus funciones, reveló muy buenas dotes de hacendista, que prometían de él un excelente futuro Ministro del ramo; pero no eran de su vocación los cargos públicos, que aceptaba entonces obligado sólo por necesidades materiales, y tan pronto como pudo, dejó su puesto, aceptando el encargo gubernativo de pasar a Demerara a estudiar en los ingenios ingleses de azúcar, el cultivo de la caña, cuya industria se proponía el Gobierno impulsar en el país. Llenó su cometido a entera satisfacción de su comitente, y vióse obligado a su regreso a servir por algún tiempo la Secretaría Privada del Presidente, de la cual se retiró después, deseoso de otros horizontes de negocios, en armonía completa con su carácter emprendedor y logró formar primero, parte con capital, parte mayor con crédito, una compañía comercial, y más tarde otra de cultivo de caña y elaboración de azúcar. Los negocios de comercio, que por algún tiempo fueron bien, declinaron después a causa de la enfermedad endémica del país, sus convulsiones políticas, que nos hacen representar el papel de Sísifo llevando la piedra a la cima de donde rueda incesantemente. Abandonó el comercio y se retiró también de la empresa de caña, y entró a servir como Agente en Granada, de la compañía de navegación, a cargo del señor F. A. Pellas, súbdito italiano que ha hecho de Nicaragua, por el corazón, su segunda patria, en donde tiene esposa, hijos y cuantiosos bienes de fortuna. El agente de Granada fue bien pronto, más que un empleado, un verdadero amigo del señor Pellas, y tendióle éste noblemente su protectora mano, como tan liberalmente lo ha hecho con otros nicaragüenses. Retirado Espinosa temporalmente de la Agencia de Granada, a causa de un puesto diplomático

que hubo de recaer en él, en una misión a Guatemala, a cargo del General Zavala, volvió, llenada la misión, a su antiguo puesto en el cual, sin desprenderse de él, aceptó, y sirvió también, el puesto de Agente intermedio entre el Gobierno de Nicaragua y la Compañía del Canal, que le fue conferido por ésta.

El señor Pellas le dio participación en varios negocios, y lo introdujo de socio fundador en la Compañía azucarera de San Antonio. Entonces fue cuando dejó la Agencia de Granada, y nombrado Gerente en la Compañía de San Antonio, a él tocó darle la forma, dirección e impulso, que hoy hacen de ese ingenio en Chichigalpa, el primero en la América Central; y así empezó para Espinosa el origen de su fortuna, aumentada después por combinaciones favorables.

Mientras tanto, en el curso de estos acontecimientos tenían lugar en su familia, unas tras otras, desgracias de inmensa magnitud.

Su hermano Rodolfo, esperanza muy brillante para el país, pone fin a sus días, en Bélgica, disparándose una pistola en la sien.

Otro hermano suyo, el menor, muere también en extranjera tierra. Su pobre madre, ya debilitada por la edad, no resiste al dolor de la pérdida de sus hijos, y sucumbe igualmente; y por último, estalla el almacén de pólvora de Granada, y a su estrépito, se derrumban el cuartel y casas contiguas, y la suya, la de Espinosa, al caer aplasta a su hermana Amelia y otra jovencita, parienta inmediata, salvándose por milagro su hermana Josefina.

De su casa, de su familia íntima, de tantos seres queridos que formaban su dulce hogar, no le queda más que esa reliquia salvada en el naufragio de la desgracia, y en la hermana única concentró desde luego con su cariño de los queridos seres perdidos, y consagróle toda su existencia a ella, a ella sola, víctima de un destino airado, procurando suavizar con ternura, sin hacer caso de las propias, las profundas heridas del corazón.

Por eso es ella, la señorita Espinosa, la que absorbe entero el interés general en este cuadro cruel de dolor.

Hay, sin duda, en las ramificaciones de la familia otros corazones que le lloran, lágrimas de amigos también, entre las cuales están las mías, que le quise con cariño de hermano; pero ¿qué vale todo esto ante el inmenso dolor de la hermana?

No tiene, en esta vez, consuelo humano su desventura; pero válgale su grande piedad religiosa, y con las consoladoras promesas del Cristo, que susurran en los oídos de los que sufren, "Bienaventurados los que lloran", pueda su ardiente fe derramar el bálsamo divino sobre su corazón destrozado.

Rivas, febrero 8 de 1908.

MANUEL CORONEL MATUS

En medio de las alegrías de un triunfo, tras de larga noche borrascosa, ansiosamente esperado, viene para algunos aquí, deudos y amigos del Dr. Matus, el dolor, como entre flores el aguijón de la abeja.

A fines de esta epopeya gloriosa, que se llamó revolución de Bluefields, precisamente en la aurora del mismo día de la libertad, cae muerto, herido por sus propias manos, el Dr. Matus, en el momento, según se refiere de reducirlo en Managua a prisión preventiva, por acontecimientos del momento.— La cárcel; dice que se dijo, es la muerte por la asfixia, porque mi pecho enfermo, que necesita mucho aire libre, y ante la angustiada y fatal situación que se me espera, prefiero acabar de una vez, y poniéndose su revólver a la boca, disparó"

Pertenecía el Dr. Matus a buena familia conservadora de Masaya, pero pobre; más había en él algo que se elevaba, apesar del abrumador peso de la pobreza. Hizo sus primeros estudios en el colegio de Granada, luego, no se cómo, aparece en Guatemala, en donde siguiendo la carrera de las leyes, bajo el magisterio del Dr. Montufar, se hizo abogado; pero con las lecciones sobre el espíritu de las leyes, el sabio profesor infiltró en su discípulo predilecto, con las ideas liberales del maestro, de un oro muy mezclado de cobre, extrañas apreciaciones relativas a los hombres que en la actualidad informan el partido conservador de C. A., ideas abstractas, de otros siglos, aplicadas a las generaciones actuales, crónicas de antaño, quien sabe si verdaderas, pero de todas maneras, muy lejos ya de estas épocas; ideas que por desgracia forman escuela en la América Central.

Y así, precedido de alta reputación como abogado y como escritor, volvió al país el Dr. Matus en ocasión de los acontecimientos que en mala hora elevaron al poder a Zelaya, y engañado, como tantos, por el lobo con piel de cordero, abrazó con buena fé y mejor voluntad, su causa; pero distinguiéndose, entre los muchos, en que no obstante la ocasión tantas veces en sus manos, no le tentó jamás la codicia, y vivió pobre hasta su muerte.

Factor importante muchas veces en los acontecimientos políticos de ese período de Zelaya, pudo desde luego, equivocarse poco o mucho en las apreciaciones de las cosas y de los hombres; pudo después como periodista, en esas luchas diarias del momento, causar esas heridas de amor propio, que jamás se olvidan; pero lo que es su probidad, en esos tiempos en que periclitaban las reputaciones mejor sentadas, será ella siempre timbre de honor y herencia preciosa para su familia.

Fue el Dr. Matus mi amigo, y esposo de doña Blanca Urtecho, mi sobrina, era también mi deudo, y como deudo y amigo yo no tengo sino lágrimas que ofrecer a su memoria.

Tuvo otros títulos indisputables a la consideración general, y fueron los del talento y los de escritor, y por ellos su muerte es duelo para nuestras letras.

Vaya el mío particular a confundirse en Granada con el de su esposa y familia.

Rivas, 2 de Septiembre de 1910.

ENRIQUE GUZMAN

Podría decirse de él lo que la Princesa Palatina decía del Duque de Orleans, su hijo: todas las Gracias estuvieron presentes a su nacimiento, menos una; y esa que faltó fue precisamente la que emponzoñó su vida.

Era el primogénito de una familia distinguida, sumamente popular en Granada, y llevó de preferencia entre sus hermanos, por una conducta que yo condeno en los padres, el cariño de ellos, cariño que trascendió también a la sociedad, y que más adelante, él supo mantener por sí mismo.

Era muy bien parecido, de carácter dulce, simpático en extremo, talento de primer orden, y escritor notabilísimo por su sencillez, claridad, precisión, naturalidad y gracia en el decir. Poseía, sobre todo, esa DIFÍCIL FACILIDAD que raramente se alcanza en literatura.

Y así, con tan altas dotes, hizo su entrada al mundo, gallardo caballero sobre brioso corcel, aclamado por las simpatías generales y como Espronceda todo soñaba ser, ya trovador, al pie del gótico castillo de cautiva dama, ya el patriota, el héroe popular, el guerrero, el hombre de estado etc.; que todo se bulle en la cabeza cuando se empieza la vida, y se tiene en el cerebro algo que impulsa a las grandes acciones.

Por desgracia, como el Fígaro español, tenía marcada propensión a la crítica, en cuyo campo sólo se siega el rencor de los heridos en el amor propio, que jamás curan de sus llagas, y así de uno en uno se vino acarreado muchos enemigos que debían amargarle la vida; todo obra de la Hada que escurrió el bulto allá en aquella ocasión del nacimiento, negándole así la discreción.

Sucede con frecuencia una cosa extraña en estos críticos y es que prodigan ellos las heridas del corazón, y sin embargo, no soportan el menor arañazo que se les infiera, y de esta manera Enrique recogía entre las muchas flores del aplauso, espinas que lo lastimaban, pensando con frecuencia él más en estos pinchazos desperdigados, que en el perfume de las dichas flores; cosas que, cojijosos como son de suyo los críticos, debían tener presente siempre al lanzar sus saetas aceradas.

Obra exclusiva propia fue la redacción del manifiesto del Presidente Guzmán, su padre, al ascender a la Presidencia de la República. Ni por su forma, ni por su fondo, nada deja que desear ese notable documento público, y tiene alcances políticos que hacían prome-

ter en él un brillante hombre de Estado. Ese manifiesto le valió a Guzmán el desarme y rendimiento del poderoso partido conservador que había combatido su candidatura. Esas son las grandes gloriosas victorias de la política.

Y tuvo este Presidente, el más avanzado de nuestros hombres de Estado, esta otra no menos gloriosa, en la guerra que Jerez y Martínez, le promovieron, y fue que el día siguiente del tratado de rendición de los revolucionarios en Pueblo Nuevo, no hubo para el Gobierno ni vencedores ni vencidos, lo que hizo una paz estable, sin rencillas.

Algo de esto hubiera querido yo al triunfo de la gloriosa revolución contra Zelaya. Vencedores y vencidos darse un abrazo de hermanos, enjugando así las profundas heridas de la patria.

Si sólo ese manifiesto hubiera escrito Enrique en su vida, eso sólo hubiera bastado a su fama; pero escribió mucho en todos los periódicos de Centro América, siempre con el aplauso general.

No faltará algún amigo de las letras que recoja todos sus escritos y los diera de nuevo a luz en forma de folleto, como modelo de la literatura patria para la juventud. Yo lo haría con mucho placer; pero ya mis años me inclinan hacia el eterno descanso.

Dos heridas que lo puieron en mucho peligro, llevaba Enrique en su cuerpo.—La una en la pierna, que lo dejó para siempre cojo, era para él un timbre de gloria—no la había recibido en el campo de batalla luchando por la libertad de la patria; pero valía tanto como eso, la había recibido volviendo por el honor de su madre, infamemente manchado. Era por entonces Enrique Diputado de la Asamblea Legislativa, e instigado por alguno, el actor de su herida lo acusó al Congreso. Los conservadores que había en este cuerpo, encabezados por don Anselmo Rivas, se empeñaron en condenarlo; pero también tenía defensores. Uno de ellos, el Dr. don José Francisco Aguilar, me parece, tuvo en tal ocasión feliz inspiración del corazón, y apostrofando con ardor a sus contrarios les dijo: "Hay alguno entre vosotros que en tales circunstancias no volviera airado por el honor pisoteado de una madre querida? Yo respondo que no, porque el tal sería un hijo desnaturalizado, y vosotros todos sois caballeros, cuyas virtudes acreditan vuestros mismos nombramientos de Representantes del pueblo", etc., etc. Sólo el apóstrofe fue una victoria, porque en su virtud se alzó la naturaleza contra la pasión y triunfó el sentimiento.

Es preciso decir, y me apresuro a manifestarlo, que Enrique era por entonces opositor a la Administración de don Pedro Joaquín Chamorro, contra la cual conspiraba abiertamente, lo mismo que lo hizo contra los gobiernos de Cuadra y Cárdenas; y fue mal conspirador, por cierto, hombre creído, sin pizca de malicia, y sin el necesario conocimiento de los hombres; el mismo defecto que criticaba él en Jerez. Y además, no tenía domi-

nio sobre sí para saber ocultar sus procedimientos, y cualquiera adivinaba que pasaba algo, en tales casos, por aquella cabeza calenturienta, ya por la inquietud de su ánimo, como por la precipitación con que ejecutaba sus actos, siendo él por naturaleza más perezoso que activo. Después, en sus años mayores, abjuró, como el Dr. Núñez en Colombia, de sus veleidades liberalescas; y fue firme en su nuevo credo político hasta su muerte. Y nótese bien, los mismos hombres que en el Congreso se empeñaron por condenarlo, fueron después sus mejores amigos, de lo cual se desprende una gran enseñanza para la juventud y es que no deben tomarse muy a pecho las cuestiones personales políticas, porque los enemigos de hoy, serán quizá los amigos de mañana.

La otra herida de que hablaba, la recibió en Costa Rica, en donde emigrado junto con Pedro Ortiz, nicaragüense, brillante escritor también, culto, simpático y querido de cuantos le trataban. Como medio de vida conforme a sus inclinaciones, habían fundado un periódico, y la inserción en él de un artículo tomado de otro periódico, que hería la reputación de un costarricense, ocasionó la lamentable muerte de Ortiz, legítima esperanza de la patria, y la herida de Enrique, por el pulmón—; achaques de esa otra caballería, aunque degenerada, que en el día ha venido a sustituir la que el Manco de Lepanto derribó antaño al bote de su lanza.

Enrique vivió muchos años en el destierro. Cuando TROVADOR, en el principio de su vida, su familia creyó oportuno tenerlo alejado de estos fecundos campos de aventuras y lo mantuvo en Guatemala. Después, hombre político ya, cuando liberal, lo alejaron de la patria los conservadores, y cuando conservador, lo desteraron los liberales.

¡Qué temperamento el suyo! Casi siempre vivió en una atmósfera de violentas tempestades. De todo probó en la vida, con amargo sabor, muchas veces; pero su verdadera inclinación fue la de escritor, y de este punto hay que considerarlo para apreciarlo bien en la vida. Los demás son simples accidentes que forman su carácter, intereses, sin embargo, para su pleno conocimiento. Es en el campo de las letras en el que adquirió su brillante fama, no disputada ni por sus enemigos; fama que anhelo buscaba él equivocado por distintos rumbos.

¡Ah! Su pérdida nunca será bastante sentida para las letras patrias. Muere a los 68 años de edad, tres menos de los que cuenta el que escribe estas líneas, su amigo, más que amigo, hermano, que con ese tierno afecto nos quisimos desde muy jóvenes.

Triste de mí que no me fue dado verle en su lecho de muerte, postrado como he estado por larga enfermedad; pero al término natural ya de mi jornada, yo también, viajero a la eternidad, iré pronto en pos suya.

Entre tanto, uno mi dolor al intenso dolor de toda su familia.

Rivas, mayo 24 de 1911.

EPISODIOS DE LA GUERRA NACIONAL

UN RASGO DE AMOR FILIAL

Al fusilamiento del General Corral en Granada, 8 de noviembre de 1855, los jefes y oficiales del entonces llamado partido legitimista, lo mismo que todos los hombres de importancia de Granada, Masaya y Managua, del mismo partido, se esparcieron por Chontales, Matagalpa y Segovia, cada cual en la dirección que pudo tomar.

Produjo aquel hecho, una impresión de terror. Sin saberse todavía a punto fijo lo que motivaba aquella muerte, se tomó como la señal de un degüello general del partido, empezando por lo más culminante, por el que había sido su General en jefe, y era a la sazón Ministro de la Guerra, y cada uno quiso ponerse a salvo de un golpe de mano del audaz filibustero.

Tenían razón de pensarlo así. De todas maneras, la muerte del General Corral, prescindiendo de la acusación que le hacían, no podía considerarse sino como un simple asesinato, porque se le condenó por un tribunal incompetente, y lo que es peor aún, por soldados americanos como jueces.

Pero cuando la distancia devolvió la calma a los fugitivos, en todos ellos, así civiles como militares, a la vez, por todas partes, sin tiempo, ni medios para ponerse de acuerdo, se alzó el sentimiento de la patria, subyugada por un puñado de aventureros y no hubo más que un sólo pensamiento, el de redimirla o morir por ella. Y cada cual en el lugar a donde los había arrojado la tempestad, se convirtió en centro de rebelión, con miserables medios de defensa, como es de suponerse. La bandera de la patria se alzó entonces por entre las montañas de Segovia, Matagalpa y Chontales, como protesta viva del sentimiento nacional.

Admirable fue aquel sentimiento de todos, así dispersos como estaban. No se midió la pujanza del enemigo, ni se contó con la escasez absoluta de medios. El patriotismo lo avasalló todo, y produjo, como siempre, altos hechos de heroísmo.

Por Matagalpa vagaba el General don Fernando Chamorro con un puñado de antiguos jefes, oficiales y soldados, e indios armados de flechas. Iba con él el entonces Coronel, don Dolores Estrada, que después inmortalizó su nombre con el glorioso triunfo que obtuvo en San Jacinto.

En Chontales, había logrado formar en Juigalpa el Capitán don Francisco Sacasa un pelotón armado, poniéndose él a su frente.

El Coronel, entonces, hoy General, don Francisco Gutiérrez, seguido apenas por cinco hombres con machetes, atraviesa de noche el río de Panaloya y sorprende el puesto militar estacionado en la orilla opuesta.

Mientras tanto, otras personas se habían dirigido a las Repúblicas vecinas en busca de auxilio.

¡Qué entusiasmo el de todos en los comienzos de aquella revolución tan desproporcionada para aquel pu-

ñado de valientes! Nadie faltó a su puesto; civiles y militares estaban allí agrupados, compartiendo el peligro y la gloria.

He trazado a la lijera el cuadro anterior del principio de nuestra guerra nacional; pero solamente como punto de partida para lo que voy a referir, pues ello se enlaza íntimamente con los acontecimientos de Chontales que acabo de describir.

Hacia a fines de esa misma guerra nacional, cuando Walker, sitiado por las fuerzas de Centro América se veía privado de todo recurso, una proclama del General en jefe del ejército sitiador prometiendo no sólo garantías a los sitiados, sino también pasaje a Estados Unidos, promovió la deserción en las filas filibusteras, y frecuentes se hicieron entonces las presentaciones al cuartel general de los aliados. Entre ellos ocurrió la del Capitán . cuyo nombre he olvidado ya, que lo hizo al campamento de San Esteban, del cual eran jefes, los Generales don Tomás Martínez y don Fernando Chamorro. Hablaba el Capitán bastante bien el español, y de carácter insinuante, pronto se hizo de amigos en el campamento. Poco después fue pedido por el General en jefe que residía en la hacienda llamada CUATRO ESQUINAS, propiedad hoy del Licenciado Padilla, y me tocó a mí, en calidad de Ayudante del General Chamorro, llevarlo a presentar. Se juntó a nosotros el Coronel don Evaristo Carazo, después Presidente de la República, y juntos hicimos el camino al Cuartel General. Durante el viaje nos refirió el Capitán el incidente que motiva estas líneas:

"PERSEGUIAMOS, nos decía, en Chontales, una FACCION legitimista que se había levantado CONTRA NOSOTROS. Era yo Comandante de esa fuerza, y General en jefe el General Goicurúa. Después de recorrer todo el Departamento sin éxito ninguno, porque el General volver a Granada, nuestro punto de partida, el General volver a Granada, nuestro punto de partida. Un día pasamos por una hacienda llamada SAN LORENZO, propiedad, según oí decir, de don Hilario Selva. Estaba en ella su propio dueño, su esposa doña Ninfa y don Pánfilo Lacayo. Yo recibí orden del General de reducir a prisión a todas aquellas personas y llevarlas a Granada, y la orden de partida fue tan precipitada, a consecuencia de falsas noticias recibidas sobre las fuerzas que perseguíamos, noticias siempre en dirección opuesta a la del ENEMIGO, que no hubo tiempo de esperar las bestias que se habían mandado tomar al campo para el viaje de los misioneros, y la mantuvieron que emprender a pie. Jamás he visto un porte más altivo como el de aquella dama nicaragüense. Más que su hermosura me cautivó aquel su aire de reina, y yo, rendido ya admirador suyo, le ofrecí mi caballo que desprecó con altanero desdén; pero no me agradó menos por eso. Poco después, llegaron las bestias, y montaron los prisioneros.

Otro día pasamos por otra hacienda que no recuer-

do su nombre. Todos los de la casa huyeron al acercarnos, y sólo quedaron dos pobres ancianos, hombre y mujer, quizá esposos. Por la charla de la vieja, supimos, que se decía había sido tomado un rezagado NUESTRO, y que conducido a las filas ENEMIGAS, fue fusilado inmediatamente no sé en qué lugar; y que también se decía, habían ya pasado al Departamento de Matagalpa, las fuerzas que perseguíamos. La noticia del fusilamiento, aunque simplemente susurro, produjo en los compañeros de la víctima, mucha indignación, y resolvieron vengar aquel muerte en el pobre anciano, como después supe; y con el propósito de llevarlo a efecto, se quedaron atrás dos soldados, cuando nuestra columna se puso en marcha. Luego se apoderaron del anciano, le pusieron una cuerda al cuello, lo arrastraron bajo un árbol y lo izaron a una de sus ramas; pero mientras estaban entretenidos en esta cruel operación, saltó del monte vecino un hombre, tal vez el hijo de aquel desgraciado, y puñal en mano, hiere a uno, que huye, y mata al otro, salvando a su padre, quizá “.

Tal es el incidente que he querido referir para procurar salvar del olvido ese hermosísimo rasgo de amor filial, o ese heroico hecho humanitario, como se quiera

29 de Junio de 1855

¡Día de gloria para Rivas, día de regocijo para la patria!

Tocó a Rivas en suerte disparar el primer tiro por la independencia nacional en esa sangrienta guerra de los filibusteros, que pudiera muy bien llamarse el bautismo de sangre de nuestra libertad. Ni una sola gota de aquella se derramó en la emancipación española; pero sí, a torrentes, de la esclavitud filibustera; y fue sangre ricense la primera ofrecida en holocausto a la patria.

Narrar aquellos hechos, es una agradable tarea para nosotros: son recuerdos de altos hechos nacionales y sentimos orgullo patriótico.

Testigos hay de aquella jornada militar y escribimos en concordancia con su testimonio.

Al llegar los filibusteros a Nicaragua, en virtud de un contrato, William Walker, su jefe, pensó muy bien que el teatro de sus operaciones no estaba en León, sino en Rivas, llave del tránsito de pasajeros entre el Occidente y Oriente de los Estados Unidos abierto por este ísimo, y acto continuo puso su pensamiento en ejecución, como siempre lo acostumbra ese audaz aventurero, saliendo del Realejo con su falanje americana y cien hombre más del país, en el mismo buque Vesta en que los primeros llegaron de California, con rumbo a Brito, puerto designado para desembarcar.

Mientras tanto, toda la atención del bando LEGITIMISTA estaba reconcentrada en Managua, donde se aglomeraban fuerzas para atacar a León, y sus recelos por la parte meridional del país no eran mayores, y así estaba descuidada la plaza de Rivas. Sin embargo, a última hora parece que el comandante en jefe legitimista tuvo aviso de la posible expedición de Walker a Rivas, mandó, por simple precaución, una ligera fuerza militar.

Walker hizo felizmente su desembarco y marchó sobre Rivas. Al anuncio de su proximidad, la ciudad

se puso en armas.—Todo le era desfavorable: la fama aterradora de los hombres del norte, sus armas ventajosas, la reducida fuerza militar, la escasez de elementos de guerra, etc., etc.; pero al grito de guerra, la población en masa se aprestó al combate. No había fusiles; pero había en los almacenes del comercio escopetas de caza, y de ellas se proveeron los ciudadanos. El inmediato jefe de esa pequeña fuerza militar, era un español, era el Coronel Bosque, y al mando de la milicia ciudadana, se puso el prefecto del departamento don Eduardo Castillo, hombre enteramente civil; pero de un valor y energía a toda prueba, muy popular en el país entero, y esa escasa fuerza militar y ese puñado de ciudadanos mal armados, fueron los que salieron denodados al frente de las huestes filibusteras el 29 de junio de 1855, distinguiéndose, sobre todo, la juventud por su ardor patriótico.

La lucha se empeñó en las calles de Rivas, por ambas partes con igual ardor. Caían nuestros hombres a los certeros tiros de la falanje americana y sus puestos eran en el momento reemplazados por otros y otros, sin desfallecer un instante el valor. Tomaron alguna ventaja los nuestros, y entonces el enemigo se parapetó; la fuerza leonesa en la hacienda de Guadalupe, al Oeste de la ciudad, y la americana en una casa de don Máximo Espinosa, al Noroeste, que claravoyaron al momento. Al estrago de aquellas fortalezas improvisadas, se pensó en prender fuego a las casas, la de los americanos desde luego, por el mayor daño que se recibía, y después de una tentativa que causó la muerte a un heroico soldado, uno de nuestros más apreciables jóvenes, don Manuel Mongalo, se ofreció a renovar el denodado esfuerzo, y puso en efecto el mechón a la casa, saliendo, por un milagro, ileso del inminente peligro.

Coincidía esto con la llegada del Coronel don Manuel Argüello, comandante de San Juan del Sur, quien a marcha forzada, venía con la guarnición de su mando, al socorro de la plaza.

El paso de carga hizo huir al enemigo de Guadalupe, e incontinenti se dirigió a la casa de los americanos. La noche se acercaba, la situación era apurada para Walker, y cercado por todas partes de fuerzas, y empezando arder la casa, la fuga se le impuso como indispensable y aprovechó las sombras de la noche para efectuarla.

Perseguido hubiera sido el complemento de la victoria; pero ¿cómo hacerlo? Ni se supo la fuga oportunamente, ni tampoco hubiera habido fuerzas de refresco para hacerlo, y así sin ser molestados, Walker y su falanje se salvaron.

Tuvimos de nuestra parte muchos muertos y más heridos. Entre los primeros, los más notables que se recuerdan, son: el coronel don Estanislao Argüello, el joven Francisco Elizondo, Encarnación Aguilar, Francisco Muñoz, Bejarano, todos rivenses, y el teniente Teodoro (a) Pataleta, de Granada.

Esta acción de armas es la página más gloriosa que

tiene Rivas en su historia. Su victoria es un laurel inmarcesible sobre su frente. Es la primera sangre derramada por la independencia de la Patria, y las circunstancias de la lucha tan desventajosa para Rivas, será siempre un ejemplo de patriotismo para las generaciones venideras.

18 DE AGOSTO DE 1855

Cincuenta y un años cumple hoy la acción de guerra librada en el pueblo del Sauce, entre las fuerzas democráticas y las legitimistas, como se denominaban los dos bandos que desgarraban al país entonces en su lucha fratricida, encabezadas las primeras por el general don Trinidad Muñoz, el primer táctico entre todos los jefes militares que ha tenido Nicaragua, y las segundas por el general don Santos Guardiola, la nulidad más completa como jefe militar. La victoria, como es sabido, la obtuvieron las fuerzas democráticas; pero con pérdida de su jefe.

Los pormenores de aquella acción están muy bien descritos en las memorias del licenciado don Jerónimo Pérez, y no es necesario, por lo tanto, referirlos aquí.

Pero ha quedado pendiente de esta acción un punto oscuro, siempre abierto al debate, y traemos ahora a él, como valor histórico, un dato que consignamos por lo que él pueda valer al criterio de la historia.

¿Cómo murió el General Muñoz? ¿Hubo o no en su muerte traición?

La herida que puso fin a sus días, la recibió de costado en el combate; y de ahí nacen las primeras conjeturas de traición, robustecidas por las circunstancias anteriores de haber mantenido relaciones secretas con el general en jefe legitimista don Ponciano Corral, por medio del doctor don Rosalío Cortés.

Pero el hecho solo de la herida no acredita la suposición. Otro disparo igual cortó, mucho después, el hilo de la vida del general don Rufino Barrios en Chalchupá, y surgieron los mismos comentarios de traición. Siempre vienen entre nosotros esas explicaciones suspicaces, sobre las naturales, en tales casos.

Remota es, a nuestro entender, la posibilidad de un tiro traidor en medio de un combate. Suponer al asesino expiando tranquilo a su víctima como el cazador asechando la pieza, es desconocer la embriaguez del combate. Desde el soldado hasta el jefe, no hay más pensamiento que el de vencer y este pensamiento lo absorbe todo. Puede nacer otro sentimiento y es el del miedo; pero en ese caso se huye, si se puede. Y por otra parte ¿cómo poder adivinar el asesino la dirección que toma el jefe en la acción para apostarse de antemano? ¿Y cómo aislarse de sus compañeros?

Desechamos así esos comentarios de traición a la

muerte del general Muñoz, como a la del general Barrios, en el supuesto de que una herida muy bien puede recibirla el jefe, de frente, o de costado, según su posición con respecto al enemigo, pues hay que figurárselo en movimiento siempre, animando o dirigiendo sus columnas.

Contra el supuesto de la traición, que parece sustentar el licenciado Pérez, viene también el dato que hemos querido consignar, tomado de don Laureano Pineda, persona inteligente y seria, con referencia al general don José Bonilla, de quien fue muy amigo.

Bonilla, como se recordará, era, en la acción del Sauce el 2º jefe de Guardiola. Ocupaba aquel en el pueblo, la casa cural, cercada de rejonada. El enemigo todavía estaba a la extremidad de la población, cuando recibió orden de retirada. Al efectuarla olvidó la bandera del cuerpo militar y volvió con su ayudante, llamado comunmente por el sobre nombre Guayucalí, de Segovia, a recojerla, lo que hicieron sin inconveniente alguno, y al dejar de nuevo la casa, mirando un poco sobre la rejonada hacia el Calvario, calle recta, donde se divisaba el enemigo, y reconociendo al general Muñoz, por su apostura militar, ordenó Bonilla a su ayudante, insigne tirador, dispararse sobre aquel, lo que hizo con acertada puntería, causándole la muerte.

Otro episodio, cómico, va unido a esta acción de guerra, y vamos a referirlo porque importa una crítica festiva de aquella acción y pinta a lo vivo el tipo de nuestros valientes. Titulaba el autor su cuento así:

"COMO SE HACEN LOS VALIENTES EN MI TIERRA"

"Había en Managua, y no sabemos si vive aún, una persona muy conocida de todos, llamada Dolores García, de quien oímos muchas veces, el relato.

Es él quien habla:

"Me hicieron militar en la guerra de legitimistas y democráticos, sin maldita disposición mía para la carrera, y luego me lanzaron en una expedición para Segovia, de donde nos hicieron salir para el Sauce. Todo iba bien en mi camino, mientras no había enemigos que combatir, pero se le antojó al general Muñoz, que bien caro lo pagó, el salirnos al encuentro, y aquí empezaron mis apuros. Un día, que lo recordaré mientras viva, resonó en los aires un grito pavoroso, ¡el enemigo! Temblaron mis piernas, me sobrecogió un frío espantoso, y mis dientes repiqueteaban sin cesar. La fuga se me presentó como luz brillante de los cielos, y me acogí al pensamiento salvador. Estaba hecho cargo de una trincherera, la espada se me enredada entre las piernas, por lo que, y pensando en la fuga, había arrojado la vaina quedándome con la hoja en la mano, teniendo el air salvaje del miedo; pero que podía engañar con el diablo un MATASIETE. Así, en esa disposición de fuga estaba, cuando ví venir a caballo, al general Guardiola, jefe de nuestras fuerzas, en son de recorrer su línea de combate, y vino una inspiración a mi mente, con la cual creí abrirme, sin mucha desverguenza, de par en par las

puertas del campo. Le salí al encuentro, con el ala del sombrero altaneramente levantada sobre la frente, y la espada desnuda en la mano. El enemigo se divisaba allá a los confines de la población, y encarándome con el general, le dije: ¿me permite usted saltar con mis valientes esa trinchera y atacar por la espalda al enemigo? Guardiola me contempló un rato, me preguntó como me llamaba, y luego con el sombrero en la mano gritó ¡viva el capitán García! Ahora, añadió, quieto a su puesto, capitán, y siguió adelante. Erré el golpe, las balas empezaban a silbar, el fuego sonaba allá a lo lejos, como una CARTA CERRADA en fiesta de iglesia, y mi miedo subía de punto. No pude más, salté la trinchera con un pretexto cualquiera para los míos, y luego me dije: PIES PARA QUE TE QUIERO. Tomé el camino de Segovia, caminando solo por entre el monte. Perdido, muerto de hambre, rota la espada contra las malezas (¿contra qué otra cosa podría ser?) me sorprendió la noche, y me decía a mí mismo: me libré de esa pantera de Muñoz y tal vez venga a caer en las garras de un tigre de verdad; pero Dios, que no abandona a los buenos, me deparó una lucesito por allá a lo lejos, y enderecé alegre mis pasos hacia esa estrella de Oriente. Era una casa y había soldados; pero era tarde para huir. En mi caso, tan malo era el enemigo, como el amigo y no tuve más remedio que ir a boca del lobo. Produjo alarma mi llegada, me rodearon, y me hicieron ir hacia el jefe. ¡Santos Cielos, qué vi! Al mismísimo Guardiola que había llegado más precipitado que yo. Me reconoció al verme, se alegró, me abrazó, y luego pidió que comer para aquel valiente, y al ver mi espada rota, exclamó: rota, no es verdad, contra el enemigo? Y cogiendo la suya me la regaló.

De esa manera vine a ser yo el verdadero héroe de la jornada, y hubiera llegado a general si no tuviera aversión al oficio, bastándome lo del Sauce para mi gloria”.

Y como nos lo contaron, te lo contamos, lector.

Rivas 1906.

LA BATALLA DE JOCOTE

5 de Marzo de 1857.

Se va la generación pasada, vamos desapareciendo ya del escenario de la vida los que la representamos, los setentones, y con nosotros, los acontecimientos pasados; esto es, se va con nosotros la historia de ayer. En consecuencia, me apresuro por mi parte, a dejar fe de cuanto he visto, o me han contado, sobre hechos que importa al país conocer.

Bien o mal he descrito ya, por lo que hace a la guerra nacional, en artículos de periódicos, con motivo de aniversarios tristes o gloriosos para la patria, la muerte del General Corral, y las batallas de 29 de junio en Ri-

vas y la de San Jacinto. Tócale su turno hoy a la de Jocote; y no sabría decir por qué lo hago hasta ahora, siendo así que es la que más importa a mi corazón, por dos motivos, de gratitud y cariño al vencedor de aquella gloriosa jornada, General don Fernando Chamorro, y por su ayudante de campo, en la misma, Subteniente Isidro Urtecho, joven de 17 años entonces, hermano gemelo mío, con la misma alma, igual pensamiento, el mismo corazón.

Pero ante todo es de advertir que esas que en lenguaje TARTARIN llamamos nosotros batallas, no son sino simples encuentros de armas.

Las tres más importantes acciones de guerra habidas en toda la campaña nacional, ganadas por nuestras armas, son las dos ya indicadas de 29 de junio en Rivas y la de San Jacinto, con la de Jocote. En la primera, son ciudadanos, es la juventud rivense, principalmente, la que se bate, y al recibir allí su bautismo de fuego y sangre, conquista para la patria el primer laurel de victoria; en la segunda, son reclutas, con pésimas armas, las primitivas de piedras de chispas y escasas provisiones de guerra, contra las mejores tropas de Walker, voluntarias, que llevan por aliciente el premio de la misma rica hacienda de ganado adjudicada a los vencedores; pero guiadas aquellas por el General don José Dolores Estrada de Managua, modesto militar, hombre sencillez, pero alma de antiguo patriota griego, en cuyo fuego santo se funden los héroes, fue ella, la batalla de San Jacinto, como se le llama, el segundo grande triunfo de nuestras armas. De la tercera, voy a ocuparme ahora.

Procedente de Rivas, cuartel general de Walker, recibió el General en Jefe de los aliados en San Jorge, aviso de la salida de Cayccé para San Juan del Sur, con escasa fuerza, en comisión importante de introducir a la plaza una recluta esperada de California; y en el acto ordenó aquel mando al General don Fernando Chamorro que saliera en la madrugada del día 5 de marzo de 1857 con 500 hombres a impedir al enemigo la llegada de ese refuerzo, batiendo a Cayccé en el camino.

Como dije antes, era ayudante del General Chamorro el Subteniente Urtecho. Había empezado éste su carrera militar de sargento brigada; y el General Chamorro por consideraciones de familia, sin duda, más que por méritos personales, había elevado a su lado, como Ayudante, con el grado de Subteniente, al joven brigada, dispensándole en toda la campaña verdaderos cuidados paternales; y, de tal fuente, de la de Urtecho, mi otro yo, tomo los datos que consigno aquí, conforme a sus impresiones de entonces, que conserva, dice, muy vivas como de hechos acabados de suceder.

En la fuerza expedicionaria del General Chamorro iban 160 costarricenses al mando del Sargento Mayor Juan Estrada, de Liberia. No sé si Estrada era de origen nicaragüense; pero era lo cierto que tenía aquí familia de distinción, llamándose parientes de los Sel-

vas, por doña Sabina que era del os mismos Estradas, tronco materno de la familia; y por el carácter jovial de aquel, por sus simpatías a los nicaragüenses y al país, de lo cual hablaba mucho, era muy querido entre los nuestros. Sólo que era muy jactancioso, y cosa extraña, tal vez por excepción de la regla, era valiente; pero no dañaba a su popularidad esa jactancia, y antes bien era siempre acogido con la sonrisa en los labios, como señal de predisposición a oírle sus baladronadas. Llegada que fue la columna expedicionaria a Jocote, el General Chamorro destacó en exploración a Estrada y su gente sobre el camino del tránsito, quedando el resto de la fuerza formado en batalla, listo para maniobrar como conviniera.

Pasado un rato se oyeron tiros sobre la ruta que se mandaba a explorar, y los ayudantes partieron al momento al galope de sus caballos a informarse de la situación. Se avivaron por un momento esos tiros y luego todo quedó en silencio. Pronto volvieron los ayudantes que encontraron ya de regreso la columna costarricense, con tres americanos avanzados; uno de ellos parecía de distinción. Se había encontrado esta con la escolta de Cayccé que regresaba, sin la recluta, y se irabó desde luego el combate, huyendo poco después éste y los suyos hacia San Juan, dejando en el campo cuatro muertos y en nuestras filas a los tres avanzados.

Al reunirse los vencedores a su cuerpo, ya es de suponerse la alegría del triunfo y los agasajos a los vencedores. Juan Estrada estaba inflado como un globo, y desde lo alto de su gloria veía chiquirritines a todos los que no habían estado en la jornada, y describía el encuentro, con grande prosopopeya, como una gran batalla en la cual hacía él el papel de Napoleón; y dale con el remojo de la gran batalla napoleónica. Entre tanto sus soldados no cesaban, por su lado, de contar sus propias proezas, lo cual tenía ya a bastante temperatura la paciencia de los nicaragüenses, quienes deseaban otro encuentro con el enemigo para devolver a los ticos, con creces, el orgullo de su victoria y acallarlos así. Es preciso decir todas estas cosas para demostrar aquel estado de los ánimos, porque en mi concepto, eso, no diré que dio el triunfo de Jocote; pero sí el hermosísimo brillo de aquella acción.

A cosa de las dos o tres de la tarde, el General Chamorro dispuso el regreso de sus fuerzas a San Jorge; y Estrada, con su tropa, los vencedores de la mañana, formaron a retaguardia, como lugar de honor, llevando en sus filas a los tres avanzados, trofeos de su victoria.

Impuesto Walker de lo sucedido, hizo salir en el acto a Sanders con 160 hombres para proteger la retirada de Cayccé y tomando aquel el camino de Jocote y viniendo Chamorro por el mismo, el encuentro era indefectible; y en efecto se realizó al salir estas fuerzas al primer llano de aquellos campos. A la voz de ¡el enemigo! que recorrió la fila de la columna con la velocidad de una corriente eléctrica, no se sintió esa primera impresión de los combates que hace palidecer al más va-

liente, sino que a esa voz se mezcló un rugido de entusiasmo y las dos compañías delanteras se arrojaron con admirable intrepidez sobre el enemigo, figurándose tal vez, que eran los derrotados de por la mañana, marchando primero en columna cerrada, y luego desplegándose en alas por propia táctica natural, con la precisión de esos ejércitos disciplinados. Todo eso había sucedido, por manera espontánea, con la rapidez del relámpago. En ese preciso momento, el General se encontraba en el centro de sus fuerzas, y hablaba con el capitán don Joaquín Elizondo que estaba al frente de su compañía, padre de toda esa familia distinguida y apreciada de Elizondo Abaunza, de Rivas, ahora residente en Managua; y al rugido, y a la intrépida carga que parecía espantoso desorden, Elizondo exclamó asustado: General, ¿quiere Ud. que vaya yo allá a procurar contener el desorden?—No, no hay que contener de ninguna manera ese belicoso impulso; contestó Chamorro, observando el movimiento: regularizar el combate lo que importa. Y se regularizó el combate, apoyando primero la carga de la vanguardia, y luego flanqueando al enemigo; y se obtuvo la espléndida victoria de Jocote.

El que sabe decir esas cosas frente del enemigo, en un combate que empieza por un desorden aparente, y que con una mirada rápida y serena abarca de golpe la situación, y la comprende, la ayuda y la dirige con eficacia, ese es un General de verdad. Si Chamorro hubiera escuchado a Elizondo, tal vez se hubiera desgraciado el éxito de la acción; y sin embargo, Elizondo tenía aparentemente la razón. Pero a veces el instinto vale más que la lógica, y el instinto militar de Chamorro demostró esta verdad en aquella ocasión.

Nada nos faltó, pues, en los campos de Jocote: tuvimos allí los dos elementos de la victoria: la bravura del soldado y la inteligencia, valor y serenidad del jefe; y aunque fue nuestra la ventaja del número, ella se compensa con la superioridad de las armas contrarias y la fama del soldado yanqui, viniendo así a ser justo con todos sus aspectos, el orgullo patriótico a este recuerdo de gloria.

"Tuvimos, —dice Walker en su Historia de Nicaragua, hablando de esta acción de armas— la pérdida de 28 hombres, entre heridos y muertos".

Y además, lo que no dice: las consecuencias de la derrota que fueron desastrosas, por la deserción que promovió en sus filas.

Tal es, en toda su verdad, la acción de Jocote. Como la del 29 de junio en Rivas, como la de San Jacinto, es ella un gran monumento a la gloria del soldado nicaragüense.

Rivas, marzo de 1912.



COSTUMBRES DE LOS INDIOS MOSQUITOS

I

Hay dos grandes entidades entre las tribus de indios mosquitos en la costa atlántica de Nicaragua: el SAYURKIN y el SUKIA.— El primero foza de las mayores prerrogativas: es el que predice del tiempo, y a sus predicciones se ajustan los pequeños trabajos agrícolas a que se dedican; el segundo es el médico. Nos defendremos un poco más en éste por la influencia perniciosas que ejerce en la sociedad en que vive.

La medicina no es propiamente entre los indios mosquitos el conocimiento de las enfermedades y el de las propiedades de los vegetales para su alivio. Es verdad que conocen algunas que otras de sus virtudes y que tal vez aplican, en casos particulares, con eficacia; pero eso no es el fondo de la TERAPEUTICA INDOMOSQUITA. Su teoría sobre las enfermedades la remontan a los espacios siderales, deduciéndola no de la influencia natural de otros astros sobre la tierra que viniera a alterar el organismo humano, lo que se acercaría en muchos casos a la verdad, sino de los espíritus que suponen pueblan el espacio. Como entre los hombres que los hay de distintos caracteres, así entre los espíritus los hay buenos, malos, alegres, traviesos, tristes, etc., y los espíritus malos son los que engendran las enfermedades, viniendo a ser la medicina una especie de ESPIRITISMO en que el médico no es otra cosa que el MEDIUM de poderosa voluntad que doblega al espíritu a su mandato; es como el Manfredo de Byron que evoca las sombras y las sujeta a su capricho, son como los brujos de la leyenda: que practican la mágica, y así, cuando la necesidad llama al SUKIA a la cabecera de un enfermo, la lucha no se entabla entre el médico y la enfermedad, sino entre la MEDIUM y el espíritu perverso que origina el mal. Y va luego de exorcismos, y va de conjuras, y va de toda clase de ridículas patrañas, y si rebelde no cede el espíritu al poder que lo evoca, entonces el MEDIUM, como recursos heroico, sube en la noche a un árbol, y sobre ese pedestal que lo eleva, y al silencio de la noche para ser mejor escuchado, la emprende a gritos, con el vocabulario más soez de su repertorio, contra el indómito, alma tal vez de algún testarudo gascón, o de un aragonés, que para el caso es lo mismo, a la manera de como cuenta Dumas, padre, hacia el pueblo napolitano con su patrón San Genaro cuando retardaba el tradicional milagro de sangre.

El resultado de esa lucha aérea, lo dice el enfermo: si sana, ha vencido el MEDIUM; si muere, el gascón o aragonés se ha salido con la suya.

Pero es preciso advertir que en la práctica aparece un poco viciada la teoría TERAPEUTICA INDOMOSQUITA, dejándose ver ya, desde los comienzos del espiritismo, que sus sacerdotes no están muy seguros de su fé, pues suelen ayudarse de otras supercherías. Así, por ejemplo, si el SUKIA ha diagnosticado un sapo en la barriga, da al enfermo un brebaje cualquiera que le

haga evacuar, y luego por una especie de prestigia-ción, después de las ritualidades del caso, aparece, desde el primer llamamiento, el sapo en el asiento: IDEM PER IDEM, como todavía suele acontecer entre nosotros, para vergüenza nuestra, con manipuladores que se ve desde afuera, o con charlatanes nativos, cambiándose solamente los sapos en distintas clases de bichos. Hace poco fue preso en Chile uno del gremio, después de haber estado entre nosotros, y en otras partes de América Central, explotando la sencillez de estos pueblos, lo cual quiso hacer por allá.

Quizá parezca todo esto pura invención nuestra novelesca; pero para desvanecer ese concepto, copiamos de las autoridades más competentes de la Costa, los Moravos, lo que dicen a este respecto, en sus estudios sobre aquel territorio.

“Los médicos, SUKIAS, que se suponen intermedarios entre los espíritus y los indios, obran en consecuencia superficialmente sobre ellos. Las enfermedades se suponen causadas por los espíritus. Cuando, por ejemplo, un paciente sufre reumatismo, el espíritu maligno ha introducido espinas en la parte dolorida. Después de un sinnúmero de diversas suertes, de ventrilocuo tal vez y de juglar, frota el lugar enfermo hasta producir la sangre y fingiendo extraer algo, muestra unas espinas de pescado como arrancadas al paciente”.

Lo curioso de este caso y lo que llama especialmente la atención, es que el médico indomosquito es el médico de todas las sociedades primitivas, cualquiera que sea la parte del mundo que habite, como lo comprueba Spencer en su tratado de Sociología, donde se ven a la vez, en todos los pueblos primitivos, las mismas creencias en espíritus origen de las enfermedades, los mismos conjuros, iguales ritualidades del misterio, idéntica superchería, que nos hace pensar con tristeza si estará en el fondo de la naturaleza humana la mentira y de ella brota espontánea desde el principio de las sociedades; o cavilar de cómo habrá venido la unidad universal de esa tradición a los indios mosquitos que la conservan tan intacta.

II

Dijimos en nuestro artículo I, (COMERCIO de 19 de julio pasado) que había dos grandes entidades entre las tribus de indios mosquitos en la costa atlántica de Nicaragua, el SAYURKIN (adivino) y el SUKIA (médico). Otra entidad, de un orden inferior, pero más temible, viene después, el azotador público.

Cada tribu tiene su jefe indio y en ella se manejan conforme sus usos y costumbres. Algunos de las faltas son castigadas con penas de azotes, para lo cual se nombra de antemano el empleado que ha de ejecutarla. Al lado de esta costumbre, que nada tiene de irregular, puesto que está en nuestras leyes y se ejecuta entre nosotros civilizados, acaso con un poquito de más violen-

cia, se desliza esta otra muy curiosa, y muy edificante, además.

El protectorado inglés en la costa, al organizar la Mosquitia, la dividió, como pudo, mal ajustadas las piezas, en los tres poderes reconocidos en todos los cuerpos políticos, legislativo, judicial y ejecutivo. El poder legislativo se reunía cada año en Bluefields, y tenían asiento en él todos los jefes de tribus. No se crea ni por un momento que el tal congreso, por lo que respecta a los indios, era un congreso de monos, no. Por supuesto que no había entre ellos economistas, juriconsultos, estadísticos, etc.; pero sí de bastante sentido común, lo que bastaba a sus pequeñas necesidades. Aparecían de repente hombres verbosos, de expresión figurada, algo así como oradores naturales, que deslumbraban a los suyos, y como entre los indios es común apropiarse el nombre que más les gusta, esos CICERONES de la Mosquitia tomaban el de los grandes oradores de Inglaterra, y así había entre ellos un lord Stanley, Beauchfield, etc. Hablaban, movidos también por el gusano de la vanidad, que parece producto natural de la CASTA, aún en su más ínfima escala.

Pues bien, y aquí entra la curiosa y edificante costumbre que tratamos de exponer, los tales Beauchfields y Stanley al volver a sus tribus, después de sus tareas legislativas, la primera cosa que hacían, era formar en línea a todas sus mujeres, pues todos ellos son bigamos, y luego como regalo de viaje, les hacía distribuir por el azotador público que tenía a su lado, a estilo de gran señor romano con sus esclavas, tantos azotes, motivados nada más que ¡POR UN SI ACASO!, posible en la debilidad del sexo. El adulterio no es entre ellos un pecado VOLUMINOSO.

En nuestra civilización nosotros hacemos de la mujer al ídolo de nuestro amor y entregamos a su virtud el reposo de la vida. Si débil no puede sostener en sus manos el depósito sagrado ¡adiós para siempre la virtud!

Entre los indios, no. Una esposa que falta a su deber, se arregla buenamente el pecado, como negocio de mercancía, con el seductor, y una vaca, moneda corriente de la transacción, dos o tres, según el caso, dejan las cosas como si no hubieran sido.

Nosotros presenciábamos, una vez, en Bluefields, la queja de un indio al comisario, porque otro indio le debía dos vacas y no quería pagarlas, ni tampoco se le quería hacer justicia. La queja interesó al comisario y quiso saber los pormenores del caso, y entonces el querrelloso refirió el suyo y las costumbres sobre el adulterio. Pero a ese paso, le objetó el comisario, Uds., pueden hacerse ricos muy pronto. "No tal, respondió al momento el indio, porque una vaca es entre nosotros un ojo de la cara y nadie está muy dispuesto a exponer su ojo. Puede ser, continuó, que haya oferta de la mercancía, pero de seguro no habrá muchos compradores.

Y el comisario quedó como abismado ante la sencilla y profunda filosofía de los indios en el más arduo de los problemas humanos.

El comisario se habló, después, con el jefe de los indios, y las dos vacas le fueron pagadas, con lo cual el ofendido quedó muy satisfecho.

No importa que estos artículos, si es que ellos merecieran algún interés, vengan tan distantes los unos de los otros, por que cada uno es página independiente que marca un rasgo cualquiera de los indios.

De paso y por accidente, tocamos anteriormente sobre su natural capacidad intelectual y debemos insistir aquí, con mayor extensión sobre el particular, por que ella nos dará un conocimiento especial para apreciar lo que puede esperarse de su aptitud en un mejor desarrollo de sus facultades.

No es la de los indios una raza abyecta, refractaria a la razón. Muy lejos de eso, el viajero que los visita, o el observador que los estudia, se ven con frecuencia sorprendidos al encontrar, donde no lo esperaban un fondo de sentido común que pone de manifiesto su naturaleza inteligente. En comprobación, citaremos dos hechos muy importantes. El primer comisario que tuvo la Reserva allá por los años de 87 y subsiguientes, recibió una vez, en Bluefields, la comisión de diez indios, puros, de toda edad vecinos del pueblo de Sandiway, jurisdicción del Cabo, solicitando de la principal autoridad de Nicaragua en aquella costa, varias cosas. Llevó la palabra el más anciano y tradujo del mosquito al español, otro indio de la comitiva. El anciano, sin emoción, bien cortadas su frase, sin precipitación, ni dificultad, se expresó, en una serie de proposiciones, así:

"Pertenece al Cabo y vivimos en Sandiway, pueblo de indios enteramente. Hay en él una autoridad nombrada por el gobernador del Cabo, escogida en nuestro seno; pero sucede con frecuencia que son muchas las comisiones que se le encomiendan y para su desempeño se requieren muchas cosas, botes, porque los ríos son nuestros principales caminos, marineros para el servicio del bote, y tiempo. Todos nosotros vivimos de nuestro trabajo al día; si no trabajamos, no comemos, y el gobernador se olvida de estas condiciones y nada nos dá en remuneración. Si trabajáramos por cuenta de un particular, se nos pagaría el trabajo, y con la misma justicia quisiéramos ser tratados.

Cultivamos en nuestro pueblo, caña, plátanos, yuca, fiamas, maíz, &c, un poquito de todo, nada más que para llenar nuestras propias necesidades, sin que en ningún caso trafiquemos con esos productos. Sobre ellos y sobre la choza en que vivimos, se nos exige tasa, lo que no creemos justo y quisiéramos que se nos declarase exentos de ella.

Vivimos a orillas del mar y creemos tener derecho a la parte de mar que linda con nuestro pueblo. Sobre esa parte, y acierta distancia mar adentro, queremos que sea exclusivamente nuestra la pesca de tortugas, que como la del pescado, solo es destinado a nuestro alimento, sin llevar en mira otro provecho.

En la Reserva, los mosquitos, nuestros hermanos, tienen escuelas, templos y sacerdotes; y nosotros quisiéramos tener iguales ventajas.

Los gobernadores del Cabo, ignorantes de nuestros usos y costumbres, dan a veces órdenes que chocan con ellas y que son ejecutadas con una violencia a que no dá lugar nuestro carácter sumiso. Para evitarlo, creemos que sería conveniente que a este respecto, el go-

bernador estuviese asistido por un consejero indio, que puede tomarlo en la misma población del Cabo".

Seguían otras tantas más por el estilo y concluyó en la siguiente:

"Estamos contentos con ser nicaragüenses; pero queremos conocer a nuestro padre de Managua, tratarlo y expresarle como sus hijos nuestras necesidades, y como no tenemos recursos para el viaje, pedimos los auxilios para que una comisión de nosotros, compuesta de cinco individuos, vaya cada año a hacerle una visita, proveyendo a cada individuo de la comisión, de una mudada, sombrero, zapatos y bastón".

A muchas de esas manifestaciones accedió, desde luego, el comisario, y los otros que no estaban en sus facultades resolverlas, las elevó al gobierno.

El otro rasgo que pinta la capacidad natural del indio, es este:

Se trataba de deslindar en Bluefields los límites occidentales de la Reserva, de conformidad con el tratado de 1860 entre Nicaragua e Inglaterra, y había dos opiniones sobre la manera de ejecutarlo, la una mantenida por el comisario, y la otra por el gobierno de la Reserva. Pretendía ésta que se determinara primero astronómicamente el grado 84, 15" de latitud, a que se refería el tratado, y aquel sostenía que esto era innecesario, porque el grado estaba ya determinado en el mapa de Baily, que hacía parte del mismo tratado, y que en consecuencia bastaba solamente una regla y un lápiz para trazar la línea sobre el mismo mapa y ajustarla después al terreno. La disputa tenía entonces su importancia muy grande. En el caso del comisario, se entraba en posesión inmediata de las bocas, que tenía por suyas la Reserva de los grandes ríos Raam y Siquia, que junto con el Mico, forman por ese lado la llave del departamento de Chontales, asiento esos ríos de muchos nicaragüenses empresarios en bananos, cuyo negocio lucrativo se empezaba en aquella época a explotar. La exaltación de los ánimos en Bluefields asumía proporciones muy grandes, creyéndose víctimas de un despojo violento. Por supuesto que Nicaragua no estaba obligada a consultar sus actos con la Reserva; pero se quería atraer la buena voluntad de aquellas gentes y de ahí su política de contemporización. Pensaron los de Bluefields, excitados entonces por plantadores americanos, hasta en un levantamiento; pero para este caso necesitaban indispensablemente de la cooperación de los indios, a quienes estaba designado el territorio; y con ese motivo, en mira, pero con otras razones ostensibles, le fue propuesto al comisario la reunión del Congreso, para que los indios decidieran de la cuestión, a lo cual accedió el comisario, atento, sin embargo, a la gravedad de la situación. Se convocó en efecto el Congreso, compuesto en su mayoría de indios puros, y se instaló el día designado, a manera de la práctica inglesa, con una plegaria dirigida por un sacerdote moravo, demandando la inspiración divina.

En ese día parecía mayor la exaltación. El comisario estaba solo en la ciudad, sin el apoyo de fuerza militar alguna; pero el pequeño número de nicaragüenses que ahí había, se agrupó a su alrededor, dispuestos a correr con él una misma suerte. Entre ellos, si mal no recordamos, ocupaba un lugar don Vicente

Rodríguez, cónsul hoy de España en Nicaragua.

El comisario había recorrido de antemano a la influencia de los moravos sobre los indios para atraerlos a su parte. No pudo obtener de ellos una intervención directa; pero le rindieron un servicio inapreciable en las circunstancias. Había que presentarle al Congreso la cuestión, clara, sencilla, bien fundada, sobre los derechos de Nicaragua; pero era preciso traducir muy bien al mosquito aquella exposición, y ese intérprete lo ofrecieron los moravos, mandando por su cuenta a traerlo a los confines de la Reserva, donde ejercía su misión sacerdotal era uno de sus sacerdotes.

Abierta la sesión, se leyó la exposición nicaragüense y el intérprete, muy bien apropiado de los pensamientos, supo darles la forma más conveniente para amoldarla a aquellas inteligencias, sobre las cuales pareció producir su efecto.

Pasaban las sesiones, se sucedían los días, y los indios no daban trazas de INFLAMARSE, y por el contrario, se les veía departiendo amigablemente a todas horas con el comisario, con lo que poco a poco vino calmando aquella exaltación, y al cabo el Congreso resolvió SOMETERSE, pero reservando sus derechos para dirigirse a Inglaterra.

El buen sentido de los indios había salvado aquella dificultad.

IV

Si tan difícil es entre nosotros obtener la cifra de la población del país, ya puede calcularse qué BEMOLES no tendrá entre los indios el contar la suya, pero siguiendo a este respecto las apreciaciones de los moravos, que por su íntimo contacto con ellos tienen los mejores medios de acierto, la población de la Reserva en general, ascienden a unos 20.000 individuos, de los cuales los indios representan las cuatro quintas partes.

Es preciso distinguir la población de los indios y la población de la Costa. Esta era hasta hace muy pocos años una mezcla de todas las razas, predominando la negra, procedente de Jamaica, que bajo el protectorado inglés se hicieron los dueños de la tierra. De esos distintos tipos de la Costa vino el nombre de mosquitos, por alusión al insecto que se nutre de toda sangre, y se extendió después muy impropriamente a los indios, pues ellos conservan para la unidad de su raza. Los indios habitan la vertiente oriental de las montañas de Chontales sin llegar a la Costa.

En el principio poblaban el país, dice Levy, cuatro distintas razas, de las cuales los caribisis ocupaban Chontales, en la vertiente occidental de sus montañas. Invasiones posteriores de tultecas, mames, etc., fueron arrojando a los vencidos hacia las mismas regiones, y por último, huyendo de los españoles, traspasaron los caribisis la cima de sus montañas y se fincaron en las faldas orientales, poniéndose al amparo de aquellas soberbias moles de la naturaleza, inaccesibles a otra planta humana que no adquiriera desde la infancia los hábitos del gamo; sin tener esa raza el heroico espíritu independiente de los Incas, cuyo último representante, deshechas ya sus filas, lo lleva a precipitarse, según el poeta, al cráter del Pichincha, exclamando: "Padre sol, óyeme, sobre mí la marca, del esclavo, señalar no quise a las naciones, a morir vengo a morir libre etc.":

sin ese espíritu indómito de una raza varonil, decimos; pero sí con el instinto de la libertad, natural hasta en los brutos. De esa familia de los caribisis, son hoy sus representantes las tres ramas distintas, de indios que forman la Reserva, Ramaih, Sumos y Woolvas: pero de una sola lengua: la mosquita. La primera de estas ramas, la menos numerosa, está establecida a poca distancia de Bluefields, hacia el Sur; la segunda se encuentra en el interior a lo largo de los ríos Grande, Prinzapolka, Wounta, Wawa, Wank y otros tributarios; y la última, en la montaña donde nace el río Escondido y en los tributarios de éste.

Tienen los indios un carácter suave, humilde, simpático, y por sus condiciones, como por su origen, nos inspiran profundo interés. ¿Qué sabe si no vemos en ellos un como vislumbre de algo de su historia que refleja en nosotros un día, no muy lejano, cuando frente a frente de otra raza, en mejores condiciones que la nuestra para lucha por la vida, tengamos que ceder el lugar a una terrible ley de la fuerza?

Viven los indios en pequeñas poblaciones a orillas de los lagos y de los ríos— en casas que son un tejido de varas cubiertas con palmas. La caza y la pesca son sus principales ocupaciones, y alternando con la mujer, cultivan en pequeñas porciones, yuca, quequisque, plátanos, maíz, etc., para sus necesidades ordinarias. Poeser ganado es su más ardiente aspiración; pero esto no está al alcance de la generalidad.

Indolentes por naturaleza, y dominados por el vicio de la embriaguez con detestables bebidas fermentadas que ellos preparan, echan a perder la índole de su carácter y tienden a la degradación de su naturaleza intelectual.

Dijimos anteriormente que eran inclinados a la poligamia; pero hay también numerosas excepciones de monogamia. En este caso, dice Levy, son terriblemente celosos, concepto al que no adherimos, por que a ello se opone la indolencia de su carácter, y sus modos de tratar las cuestiones de adulterio. Desconfiados, eso sí, y lo atestigua la flagelación del cacique a su mujer a la vuelta de un viaje, de que hemos hablado; pero sacar de este caso un Otelo, no hay tela para hacerlo. No es el carácter del indio de la Reserva para las grandes pasiones, y mucho menos en el medio en que vive. Rivas, 23 de agosto de 1906.

V

La sinceridad de carácter y su indolencia, unido a su vida de molición y de embriaguez, hacen desconocido para los indios los grandes crímenes, y por ende los grandes castigos. La pena de muerte no la conocieron ellos, sino cuando la importaron, por medio de la horca, los ingleses, con profundo horror para los indios, sin embargo, de estar estos muy lejos de ella. Allá en sus tiempos de independencia, cuando acontecía un homicidio por una rara casualidad, entonces un consejo de ancianos precidido por el jefe (cacique), dictaba una sentencia de extrañamiento, y se ejecutaba poniendo a la disposición del delincuente un bote, en el cual partía para siempre con su familia el desgraciado, yendo a poblar otro pedazo de tierra que le gustase. Hasta hace muy poco tiempo se extinguió en las márgenes del río San Juan, en un punto llamado Melchora, una familia muy antigua, procedente de estos indios, desarrai-

gada de su suelo nativo por un hecho de muerte, y en virtud de la costumbre descrita. Al pito del vapor en Melchora, donde se detenía, a tomar leña, se veía aparecer un hombre, alto, fuerte, con el pelo tendido sobre los hombros, sin sombrero, pintarrajado de colorado su rostro, de pie en un bote que maneja con agilidad suma, y a quien una imaginación viva, podía transfigurar, con mucha facilidad, en el genio del río que inquiría sobre el inusitado silbido que turbaba la majestuosa soledad del lugar. ¡Pr ese indio, que siempre hacía su visita al vapor, donde todas las veces era recibido con cariño, supimos nosotros un día, las vicisitudes de su familia, y el nombre de un hermano que tuvo llamado VEGA, y de una hermana que tenía, MERCEDITAS. Esos dos nombres despertaron al momento en nosotros una curiosidad muy grande, se nos impulsaron como logogrifo ENDEMONIADO, fueron por mucho rato un clavo en el cerebro. ¡Vega y Merceditas! Y daban vuelta y revueltas por la mollera. ¿Qué vienen hacer aquí entre los indios estos dos nombres de pura filiación granadina? De pronto dimos con el enigma, exclamando con la alegría del filósofo antiguo: ¡eureka! Recordamos que don Fulgencio Vega, a raíz de la terminación de la guerra nacional, fue nombrado en su capacidad militar de coronel, inspector del lago y río, y que en su virtud hizo un viaje a El Castillo, con lo cual quedaba explicado todo. Don Fulgencia se encontró en Melchora con el hermano del indio que conocimos nosotros, y como la costumbre de estos indios es tomar por cariño otro nombre, contento sin duda el indio del inspector, no sólo tomó para sí el de VEGA, más fácil de pronunciar que Fulgencio, sino que también llevó para su hermana el de Merceditas, nombre de una de las hijas de aquel empleado.

Este recuerdo ha brofado natural de la narración; pero nos complacemos al consignarlo, porque llevará sin duda una impresión agradable a la digna matrona de Granada a quien se refiere el nombre.

Confusa es la idea que los indios tienen de Dios, el espíritu bueno, sin embargo, de llamarle padre; en cambio, la idea de un espíritu malo les preocupa enteramente: es él quien lanza el rayo, el que desafa la tempestad, el que destruye sus cultivos, el que engendra las enfermedades, el que lanza la muerte, y para ablandar al monstruo le dan un culto nacido del miedo y no del amor.

Tienen sus fiestas, sus cantos, su música, sus danzas. Cualquiera acontecimiento lo convierten en fiesta y esta consiste, como toda fiesta, en comer, beber, cantar y bailar; solo que estos actos tienen una rudesalva. Se sientan en rueda, al natural, se bebe la chicha fermentada que embriaga, se come el manjar más apetitoso entre ellos, una especie de engrudo, compuesta con masa de guineo, se canta sin modulaciones de voz, siempre con una monotonía que desespera, y se baila, ya solo, ya acompañado, a brincos, sin concierto, al golpe de un tamboril, que se hace ahuecando a fuego un pedazo de árbol a propósito y cubriendo sus estremos con pieles de animales que cazan. Concluye la fiesta rodando todos, mujeres y hombres confundidos, por el suelo.

El vestido del hombre consiste en un refajo de la cintura a las piernas, fabricado generalmente de la

corteza del hule, y el de las mujeres de una MANTA, a manera de enaguas, hecha por lo general de la misma corteza, y a veces de una tela de algodón entretregida de plumas, lo que desde luego constituye el SUMUN de la elegancia; y llevan a su cuello collares, y a sus brazos pulzeras, que forman con semillas adecuadas de una fruta especial; pero la verdadera TOILET consiste en la pintura, sobre cara, brazos y piernas en los hombres, y de solo el rostro en las mujeres. Ahí está todo el arte y el orgullo del indio.

Tienen también sus amores, con sus idilios encantadores. ¿Por qué no? ¿No brotan flores todos los campos? La juventud donde quiera brota también la suya que es el amor, el mismo que da a la tórtola el arrullo y pone en su lindo pico de marfil su irresistible ley de atracción; y en este caso el galán hace su TOILET con más esmero, y lanza su dardo contra las más vistosas aves cuyas lindo plumaje va a depositar a los pies de la que encadena su corazón. Y el idilio acaba, de ordinario, en que ambas familias de los enamorados, construyen una choza, un nido de amor, llevan a él a los amantes y ahí los abandona a sus propias fuerzas y a su ventura.

VI

Libre de la denominación española vivían los indios, tranquilos y contentos, al amparo de sus inaccesibles montañas occidentales, sin desear otra cosa que el estar de buenas con los espíritus malos.

Pero el hombre sobre la tierra no es otra cosa que leve paja llevada de aquí y de allá por los vientos, sin ser parte en las evoluciones de su propio destino. Allá lejos sopló la tempestad y trajo la guerra entre España e Inglaterra, y como incidente maldito, a los piratas a la costa de Nicaragua en el Atlántico, haciendo de Bluefields y el Cabo sus madrigueras, dominando, desde luego, el territorio. Pasaron los indios a su servidumbre, eran llevados a sus expediciones y algunas veces vendidos en distantes lugares, y sus mujeres más apetitosas, a ser las esclavas de sus señores. Por fortuna para los indios, la piratería pasó rápida como un ráfaga del huracán: había nacido de la guerra y se disipó con la paz de aquellas naciones; y los tímidos mosquitos tornaron a su vida de molicie, sin más inquietudes que temer.

Pero algo, sin duda, debía pasar en la mansión de los espíritus que los traía tan enemigos del reposo de aquellos, porque, a poco, dos gigantes se disputan en el mundo la preeminencia de un futuro canal interoceanico por este istmo, y al uno, para poner desde luego una pica en Flandes, ocurriósele hacer de los mosquitos una nación, y erigirse él en protector; y del dicho al hecho, nació la monarquía mosquita, y su bandera, al amparo de Inglaterra, flameó desde San Juan del Norte hasta el Cabo de Gracias a Dios. Los indios, con toda y ser soberanos, volvieron a ver el mundo al revés ¡Si ellos no querían otra cosa que el olvido! Pero en esta ocasión su grande destino no pasó más que de susto. De ellos no se quería más que el nombre, y para el simulacro bastaba uno solo que hiciera de rey; el titiriteo ya estaría detrás. De los dos pueblos indios y zambos, se hizo uno solo, el pueblo mosquito, y se le dio forma, estableciendo congreso, poder ejecutivo y judi-

cial, siendo Bluefields la capital; y mientras así se enfrenó a los zambos, con lo cual ganó mucho la costa, dejó quietos y pacíficos a los indios en sus palenques manejarse conforme a sus usos y costumbres, cosa inesperada para ellos. No se les molestó en nada; pero tampoco se hizo nada en su provecho. La civilización inglesa no reflejaba un rayo de luz por entre aquellas chozas. Fueron los sacerdotes moravos los que más tarde, en misión evangélica, llevaron a ellos con unción la santa comunión del espíritu. Hicieron primero los moravos un reconocimiento general del lugar en 1847, y en 1849 fundaron su primer establecimiento en Bluefields, empezando a extender su doctrina entre los mulatos, y luego fueron extendiendo su acción bienhechora a lo largo de la costa entre las diferentes tribus de indios.

Así, lentamente, pero con eficacia, han venido reformando entre los indios, vicios y costumbres y levantando su desplorable estado social por la religión que suaviza el carácter y moryera las pasiones, enseñándolos a leer y escribir e inspirándoles hábitos de trabajo.

Son partes estos sacerdotes de una sociedad católica catequizadora llamada la iglesia Morava, que tiene su centro en Hernhut, dirigido por una junta central compuesta de alemanes, ingleses y americanos, sujetos a un Sínodo general.

Establecidos los moravos en la Costa en tiempo del protectorado, fueron tomados por los nicaragüenses, con marcada ligereza de juicio, como los instrumentos de la dominación, como si los ingleses hubieran de menester tal cosa, y de ahí nace que no fuese generalmente apreciada entre nosotros su obra meritoria, y es tiempo ya de hacerseles la debida justicia. En algunas partes su labor ha alcanzado ya un éxito completo, como en los RAMAH, la menor de las tribus, cuyos individuos, transformados por la educación y el trabajo, alcanzan en la sociedad el nivel general; en las otras tribus, más numerosas y más extendidas en el territorio, el trabajo ha debido ir más lento; pero siempre en progresión.

Al impulso del otro gigante de la contienda, bamboleó y vino al suelo sin estrépito, en 1860, la monarquía, y de sus ruinas nació la Reserva; pero siempre vino a quedar para nosotros como aquellos diminutos principados de la antigua Alemania, un pedazo de Jamaica incrustado en la Costa, un punto discontinuo del territorio de la República, con autoridades extrañas, otras leyes, otros usos, otras costumbres.— El DESIDERATUM, por consiguiente, de todos los gobiernos del país, era la completa unidad nacional, y en ello empeñóse particularmente la administración Carazo; más la fortuna dióle la gloria a la presente administración; y el tratado que acaba de celebrar con Inglaterra, y que es ya ley de la República, por el cual se reincorpora por completo la Reserva a Nicaragua, es hermoso timbre de su gobierno, y motivo ese acto de justo regocijo patriótico. Por él, no hay más solución de continuidad territorial, no habrá dos pueblos distintos con leyes diferentes, sino un solo pueblo, el nicaragüense, una sola ley para todos; y así por este camino, entran hoy los indios mosquitos a la masa común de los nicaragüenses. Rivas, 4 de Septiembre de 1906.

ción a las leyes, nace la poca consideración que las naciones europeas, con las cuales estamos en más íntimo contacto, tienen por esta república nicaragüense.

El remedio está a la mano: transformemos de golpe estos 600.000 habitantes de Nicaragua en cuatro, cinco o seis millones por virtud mágica de la Unión Centroamericana. Eso nos daría mayor respetabilidad entre nosotros mismos; alejando así esas fáciles asenciones al Poder, y adquiriríamos mayores consideraciones de todas las naciones. Realmente, la Unión se impone entre estos Estados de 600.000 habitantes unos, y otros menos aún.

Necesitamos, por otra parte, inmigración. Dios nos ha favorecido con un suelo privilegiado, lleno de riquezas variadas, con hermosos lagos, ríos caudalosos, bosques cuajados de maderas de toda especie, minas de oro, de plata, de toda clase de metales, tierras de asombrosa fertilidad; y todo esto en medio de dos mares, con un istmo muy estrecho, y lago y río que facilitan en mucho la obra del canal interoceánico; pero somos muy pocos y no podemos explotar tanta riqueza, sobre todo con conocimientos muy escasos, y a veces sin ninguno, sobre estas materias. Se nos impone, pues, de todo punto indispensable, la inmigración.

Luego la instrucción. La tenemos en proporción a nuestras necesidades; pero debemos tenerla amplia y completa.

Pero cómo obtendremos los medios de remediar todas estas necesidades entre tantos poderosos obstáculos? No podemos lograrlo sin auxilio de una nación amiga; y cuál otra pudiera ser mejor que la gran nación americana? La vecindad, la comunidad de intereses en algunos casos, el alejamiento de conflictos exteriores, su amistad de la que siempre hemos tenido pruebas, su consejo, su ayuda, su comercio en contacto inmediato con el nuestro, sus esfuerzos por alejar de nosotros las guerras de hermanos, de la cual nos ha dado no solo una sino muchas pruebas, todo, todo nos lleva hacia allí.

En contraste con estos hechos aparece Inglaterra sobre nosotros. Un día no muy lejano, levanta en la Mosquitia territorio nacional, una monarquía de indios salvajes y quiso someter a ellos a Nicaragua entera, penetrando a su interior con sus barcos de guerra por el río San Juan, no obstante la resistencia armada de los nicaragüenses, para hacer reconocer del Gobierno esa ridícula monarquía, que gracias al Gobierno americano, se deshizo con un soplo como nació.

Y como este contraste, también tiene su timbre Alemania, en un reclamo de un vice Cónsul alemán de todo punto injusto, por cuestiones familiares.

Sentenciados a una crecida multa, sin oírnos, y a un saludo a la bandera alemana con 21 cañonazos, en desagravio de la ofensa nacional, como si el vice Cónsul fuera funcionario diplomático, se llevó a cabo la sentencia con la altanería más acabada del Ministro alemán.

Y de preferencia a Estados Unidos iríamos a ellos a solicitar sus favores? Jamás!

En la actualidad se debate vivamente en todas las Repúblicas de la América Central esta cuestión de la

Unión; y ojalá pudiéramos verla realizada el 15 de Septiembre próximo como ofrenda al centenario de nuestra Independencia Nacional.

JUAN SANTAMARIA

Luce en el parque de Alajuela, Costa Rica, un hermoso monumento de mármol que representa a un soldado inclinado, con su fusil a la izquierda y una antorcha a la derecha.

¿Qué dice a las presentes y futuras edades ese monumento?

¿Esa antorcha simboliza acaso la civilización? ¿Por qué entonces en las manos de un soldado y no en las de un genio añado, como bellamente se acostumbra representar?

Nó; ese monumento se alza al heroísmo de un soldado. Representa un episodio heroico de la guerra de Nicaragua contra los filibusteros.

Costa Rica es la primera de las hermanas que lanza sus huestes contra Walker. En su camino para esta República, tropieza con el enemigo en Santa Rosa que se adelantaba a cerrarle el paso. Parte por sorpresa, parte por el denuedo y bizarría con que cargaron las fuerzas costarricenses sobre las de Walker, las huestes filibusteras se desbandaron sobrecogidas de terror.

Esa primera victoria enardeció el valor de los costarricenses, y con sobrada razón. ¿Cómo esos soldados del Norte, cuyo valor tanto se exageraba, huyen así al primer encuentro?

Orgullosos con su triunfo siguen su marcha los costarricenses y ocupan a Rivas, la primera población importante de Nicaragua cuando se viene de Costa Rica. Ese triunfo de Santa Rosa, su marcha sin oposición a Rivas, la desocupación de esta plaza importante que les entregaba un rico departamento y comunicaciones fáciles con la República, todo hace creer a los vencedores que Walker se reconcentra a Granada, en donde, sin duda, esperan los sucesos, y medidos de tales ilusiones, se descuidan y duermen a la sombra de sus laureles.

Mientras tanto Walker en Granada reorganiza sus fuerzas, y vuelve sobre Rivas, camino real por tierra.

Entre una y otra población hay la distancia de 20 leguas; y sin embargo, los costarricenses no sienten el rumor de sus pasos, sino hasta en el momento en que los filibusteros penetraron a la plaza.

La sorpresa fue estúpida, y en la confusión de los primeros momentos, Walker ocupó la plaza sin mayor resistencia.

Ocupada la plaza, Walker cargó contra los otros puestos, principalmente sobre el Cuartel General, donde se encontraba el mismo Presidente de Costa Rica, don Juan R. Mora, y todo el Estado Mayor del Ejército, situado en la calle nacional, dos cuadras distante de la plaza, en la esquina perteneciente a don José María Hurtado.

Si esa brillante sorpresa sobre la plaza se hubiera

ejecutado sobre el Cuartel General, el golpe habría sido decesivo. Presidente y Estado Mayor hubieran caído prisioneros y el ejército sin cabeza, anonadado por el golpe, hubiera huído a la desbandada.

Por fortuna no fue así; y cuando Walker cargó sobre el Cuartel General, ya hubo tiempo de hacer frente a su embestida logrando rechazarla.

Walker se recoscentró a la plaza ocupando los cuatro lados de ella y la iglesia parroquial.

El empeño de los costarricenses, se contrajo entonces en desalojar al enemigo de la plaza. El mayor esfuerzo estaba dirigido sobre la calle nacional; pero bien parapetados los filibusteros en el Mesón de Guerra, lado occidental de la plaza, las brillantes cargas de los soldados morían al pie de las paredes, sin artillería para deshacerlas.

De alguien, no se sabe de quién, nació entonces el pensamiento de incendiar el Mesón, y un soldado llevó al efecto la heroica resolución que coronó con éxito; pero a costa de su vida.

Ese es el heroico episodio que representa ese monumento.

¿Pero se llamaba Juan Santamaría ciertamente el que por manera tan heroica decide la victoria de los costarricenses?

Lejos, muy lejos de nosotros todo motivo ruin en la investigación de tales hechos, a la cual sólo nos impulsa el sentimiento de la verdad histórica.

A raíz de los mismos hechos, cosa muy extraña, nadie paró mientes en el héroe de aquella acción que determinó la retirada de los filibusteros.

Dos partes se dieron de ese segundo triunfo de los costarricenses: el uno es dado en el mismo campo de batalla al Presidente don Juan R. Mora, a pesar de haber sido él quien dirigió la acción, y al ejecutarlo el narrador, en medio de reconocer el mérito de cuantos se distinguieron en ella, apenas consignó las siguientes líneas al incendio del Mesón:

"Apurados (los filibusteros) por el incendio de las casas que ocupaban, atravesaron la plaza a las dos de la mañana, etc."

El otro parte lo dá el mismo Presidente Mora al Ministro de la Guerra y dice, hablando del suceso del incendio:

"Los nuestros habían incendiado un ángulo del Mesón de Guerra y el fuego iba flanqueando ya o encerrando a los enemigos". Y nada más

El hecho culminante de aquella acción de guerra apenas merece una mención indirecta; y del héroe oscuro que sacrificó su vida y dio a los suyos con ella el laurel de la victoria, ni mención siquiera de su nombre. Era el momento de evidenciar este nombre, darle brillo y lanzarlo con orgullo a los espacios para ejemplo de heroicas acciones.

No sucedió así, y ese nombre quedó para siempre sepultado en el olvido.

Muchos años después aparece por primera vez el nombre de Juan Santamaría como el del soldado que dio fuego al mesón de Rivas, y no es un costarricense, no es ni centroamericano siquiera, los más interesados en el hecho: quien resucita este nombre, es un colombiano, un señor Obaldía, según refiere Montúfar en su

Historia de Walker, del cual lo tomó en seguida, entusiasmado, don Alvaro Contreras para enzalzarlo en la prensa.

¿Pero qué títulos se alegan para reconocer su personalidad? Ninguno; y tanto hubiera valido para el señor Obaldía un nombre como otro.

Mejores razones tenemos los nicaragüenses que el señor Obaldía para darle nombre a ese héroe desconocido y helas aquí:

Refería doña Tula de Aranda, respetabilísima matrona de esta ciudad, dueña de la casa situada frente al mesón donde se consumó el incendio, que habiéndole tocado pasar toda la acción del 11 de abril en la dicha casa, "vio por las claraboyas de la pared al que dio fuego al mesón referido, y fue un soldado rivense del barrio de Apataco, llamado Joaquín Rosales, muy conocido de ella".

En ausencia de otro dato más auténtico, bien pudiéramos los nicaragüenses, apoyados en testimonio tan respetable, reivindicar la gloria de aquel suceso.

Pero el monumento está bien. Los costarricenses librazon aquella acción y ellos llevan su gloria; nicaragüense o no, ello es que es un soldado de Costa Rica quien prendió fuego al mesón, y ese monumento es levantado al recuerdo de un soldado; sólo que el nombre está demás en él, desde luego que no está evidenciado. Debía ser un monumento erigido a este o aquel soldado, sino al soldado en general.

Rivas, Septiembre 17 de 1904.

VAMOS DE HISTORIA

Hace poco que un amigo mío de Managua me citaba como de CRICCIÓN en una polémica que sustentaba con el justamente renombrado jurisconsulto de León don José Francisco Aguilar, sobre no sé qué punto histórico referente al Presidente Guzmán. Estaba yo entonces enfermo y no pude atender al reclamo del amigo, ni aún seguir su polémica, por más que me interesara el asunto.

Hoy me cita sobre puntos concernientes a la misma personalidad, otro amigo, el galano y joven escritor don Carlos Bravo, y lo hace con tanta caballerosa cortesía, que obliga mi reconocimiento.

Empieza su narración histórica sobre la presión que se ejerció por el poder para imponer al país la candidatura Guzmán a la Presidencia de la República, y cuando el agraciado va ya a tomar posesión de su alto destino, supone el escritor en el Presidente Martínez un momento de tardío arrepentimiento, y quiere detener su obra no dándole posesión, y prepara al efecto un golpe de espadón, que no pudo llevar a cabo, porque el partido conservador rodeó al momento en tales circunstancias al Presidente electo, y puso miedo en el ánimo del saliente.

Aparejado a esos acontecimientos, trae el cuento de un partido de la Montaña, gran factor supuesto en los actos de la administración Guzmán. Es vieja esa historia y muy irada y llevada en la vida política de Guzmán acá, y desdeñada por los inteteresados, que jamás le dieron importancia alguna; pero es bueno decir alguna vez lo que fue la tal Montaña, y aprovecho, ya

aparecer, la ocasión que me presenta el artículo que ocupa ahora mi atención.

Se hablaba una vez en Granada, entre algunos jóvenes conservadores, de los fondos de aquella iglesia parroquial, ya de alguna consideración, como próximos a **ALCANFORARSE**, me acuerdo de la expresión, por la irresponsabilidad en que venían cayendo las personas depositarias de aquel dinero, amparadas, sin embargo, por influencias municipales, y nació de allí, mitad en broma, mitad en serio, como es en general nuestro carácter, la idea de disputar la elección municipal de la cual se trataba a la sazón; pero había que proceder con mucha cautela par sorprender al PAPA, que así llamaban, chanceando también, al viejo caudillo, querido sin embargo, de ellos, don Fulgencio Vega; y se logró llegándose hasta el momento de la votación, sin sospecha alguna del viejo zorro coservador. Cuado del seo del partido aparecieron los primeros votos de oposición, que resonaron en los oídos de todos como una descarga de artillería, la sorpresa y la cólera se pintaron en el rostro del caudillo, y airado preguntó: ¿quién encabeza esta oposición? ¡El pueblo! gritó una voz ahuecada y escondida. ¿Y cómo se llama esa oposición? ¡La montaña!, gritó otro zumbón, con la misma voz escondida. Pero como se vé, todo procedía, más bien de un espíritu jocosos, que serio.

No recuerdo si se ganó o no la elección; pero de aquí el nombre de LA MONTAÑA, que se aplicó después a un partido imaginario, y el de iglesiero también.

El partido de la Montaña, por más que pudiera halagar la vanidad, no ha existido. Los jóvenes a que se refería, nunca pretendieron ser entidad política; eran unos cuatro, de familia, unos, y otros, amigos íntimos de la familia, a quien Guzmán apreciaba, y se complacía en su sociedad, y les hacía el honor de discutir con ellos algunas veces, cuestiones políticas o administrativas, opiniones que seguía o no, según su criterio particular.

Y la mejor prueba de que jamás pretendió ese círculo la idea de partido, es el Ministerio de don Anselmo H. Rivas en la administración Guzmán, ministerio iniciado por ese círculo de jóvenes, combatido reciamente, aún por muchos de los mismos conservadores, que creyendo a don Anselmo muy apasionado contra Martínez, juzgaban imprudente elevarlo a ese puesto, pero más reciamente sostenido por el generoso impulso de la juventud, por el cariño de Enrique Guzmán a su maestro por la apasionada amistad de Arellano, y en otros, porqué había en don Anselmo algo que atraía fuertemente el talento, el esfuerzo del hombre que se levanta de la nada y figura en primera escala en el escenario público, fuera de muchas razones políticas en su favor y todo eso bien sentido y bien expresado decidió la victoria del candidato del pretendido partido de la Montaña; y aunque nada más que eso hubiera hecho en su vida ese grupo de jóvenes, eso sólo debía bastar en los conservadores para absolver a aquellos de la acusación absurda de querer formar por separado un partido político, dividiendo las filas conservadoras.

Que hubo violencia en la elección de Guzmán es cosa de todos sabida, y algo más que en otras partes, aquí en esta ciudad, y no por impopularidad, propia-

mente, del candidato, sino por motivo que paso a explicar.

Compromisos políticos de esos que se hacen tan frecuentemente en la América Central con la mano izquierda, para ignominia de sus gobiernos, hicieron lanzar desde las alturas del Poder, la candidatura para Presidente de la República del general don José Bonilla, y por su procedencia, y por la popularidad del candidato fundada en sus prestigios militares, fue inmediatamente aceptada por la generalidad, hasta con entusiasmo por muchos.

Pero no siendo expresión verdadera del gobierno aquella candidatura, llegó el momento de obrar en contrario, más ya estaba bastante arraigada en la opinión pública, y hubo que violentarla para hacer tomar en su lugar la de don Fernando Guzmán.

Por supuesto quen o entraba en esto la opinión del nuevo candidato, y cuando llegaron a su conocimiento los reprobados procedimientos de la victoria, su primer impulso fue el de rechazar el alto puesto que así se le ofrecía, y no fue sino a vuelta de muchas discusiones de esos amigos MONTAÑESES, que le representaron que al altura a que habían llegado las cosas en el país, era preciso aceptar la elección, y convertir el mal en un verdadero bien para Nicaragua, encarrilando su gobierno, que parecía en desbarajuste, por la verdadera senda de la justicia, devolviendo a la nación sus fueros de libertad, a lo cual él, Guzmán, estaba en cierta manera obligado, moralmente, por amistad y parentesco, por afinidad, con Martínez, y tales razonamientos obraron al fin en su ánimo para resignarse a la aceptación.

Y de esa situación nació en la mente de Guzmán, su manifiesto inaugural, tan atrevido como juicioso, verdadera obra maestra en la política de entonces; importantísimo documento de cuya redacción se encargó Enrique Guzmán desempeñando su cometido con sorprendente habilidad.

¡Qué situación aquella! Era preciso convertir en hechos las promesas, destruir la obra anterior, empezar por llamar a los emigrados políticos, decretando en el acto una amnistía amplia, oponerse a la ley DEL BOZAL, la libertad de la prensa, sin restricción alguna política, al despotismo militar, el derecho y la justicia, levantando el valor civil, llamar al Gobierno el mérito antes que al partidario más todavía, y era lo más arduo, y lo más preciso, derribar de sus pedestales a los mismos que lo habían elevado violentamente al Poder. ¿Y cómo hacer si en esos instrumentos de opresión estaba representada la fuerza militar? Y el partido conservador, el favorecido por el cambio, ¿tendrá fe en la palabra oficial tan desacreditada, y aún teniéndola, por las virtudes personales del caballero que ascendía al Poder, podría tenerla en la situación misma, tan precaria?

Con todo, Guzmán se resolvió pasar el Rubicón; pero era preciso obrar muy activamente para ver de conjurar la tempestad que se prevía, y así se hizo.

A su manifiesto, debía seguirse la elección de su ministerio, muy pensado y muy discutido. Había que llevar allí la representación de los partidos, la representación de las principales poblaciones del país, y so-

bre todo, luz y más luz. El consejo privado de Guzmán se había ensanchado con muchos conservadores, amigos particulares.

De pronto la mirada fue a Occidente. Entre el Licenciado Zepeda y Guzmán había amistad íntima, y éste pensó en aquel para entrar en relaciones con el partido conservador de León, amparándose a la poderosísima influencia del amigo. Zepeda, aunque Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, adversaba francamente a Martínez, cosa permitida en su posición, sólo a Zepeda; y a mí me cupo la alta honra de ser designado para hablar con él, no por supuesto, como diplomático, que eso hubiera sido mucho para mi diminuta persona, sino simplemente como portavoz de Guzmán. Mi encargo debía hacerse en secreto; pero yo era uno de los admiradores del Licenciado Zepeda, tenía acceso a su casa, y mis visitas de la ocasión no podían inspirar ninguna desconfianza.

Así, pues, cuando llegué a León, mi primera visita fue para él. Le entregué la carta de Guzmán, MI CREDENCIAL, la leyó y luego me dijo: "hablemos"—Voy derecho al punto, como militar, Licenciado, le dije—Don Fernando quiere todo su apoyo y por su medio, el apoyo del partido conservador de León, de Occidente si es posible, y aquí están, en este papel, sus títulos que tal vez le dan derecho a esperarlos, y le entregué el manifiesto. Lo leyó una vez y volvió a leerlo otra vez, y luego dijo: lo acepto todo con satisfacción —es lo que necesitamos, un cambio completo de todo— Por lo que hace a mí eso me basta; pero en cuanto al partido, se necesita algo más. Veamos su ministerio—¿lo tiene ya escogido? Sí, señor, a reserva de las objeciones que pueda Ud. hacerle. Ayón, en primer lugar—Feliz elección, la aplaudo de todo corazón—don Cleto Mayorga—¡Uun! murmuró él—Pero hay que darle representación al martinismo, Licenciado, aún cuando se va a proceder contra él, y con más razón, tal vez por eso. Don Cleto es persona que hace en su partido, tiene ínfulas de hombre muy entendido en hacienda, y es ese ministerio en el que ha pensado don Fernando para él — No está mal hilvanado todo eso; ¡pase mi señor don Cleto!— Don Anselmo H. Rivas, dije, con el temor de un niño de escuela en presencia del maestro. Entre Zepeda y don Anselmo había de por medio cuestiones de imprenta; ataques terribles, por el ridículo, de éste contra aquél, por asuntos abogadiles de Figueroa (Eusebio) de quien don Anselmo era apasionado amigo, con Zepeda, dos contrapartes en el ruidoso asunto de Hato Grande, y temía yo que aquel recuerdo viniera ahora sobre el tapete—Veamos despacio a este señor. Por de pronto, yo le encuentro el defecto de su carácter violento— Sí, señor, ese mismo defecto le tacharon en Granada algunos de sus propios amigos—¡Sí! ¿Y qué se dijo en contrario?—Admite, don Fernando, el carácter apasionado de don Anselmo; pero con respecto a Martínez, personalmente a Martínez, le consta que es su amigo, y lo aprecia en alto grado: su violencia es solamente contra los desafueros del martinismo, y eso tal vez obligado por las luchas del periodismo—piensa, por otra parte, que es uno de los primeros talentos de su partido, y que por eso y su destierro y por la absoluta confianza que ins-

pira a los suyos, es muy digno de ocupar el puesto señalado. —Aceptado, y aceptado con gusto—.

Aplaudí el nombramiento del Dr. don Teodoro Delgadillo, y luego, dijo: "Ya salimos de lo más hondo, vamos ahora a los nombramientos inferiores.— Respetto a eso, no habrá ninguna cuestión, reproduje yo — Organícese una junta directiva del partido, U. Presidente, condición indispensable para don Fernando, e indique ella todos los empleados de León. ¡Magnífico! Nada que objetar: estamos enteramente de acuerdo. Ahora me toca a mí obrar y desde hoy entro en acción Dentro de tres días le comunicaré el resultado, y al cabo de los cuales la resolución fue una victoria: el partido conservador de León se unía a Guzmán.

Ha conservado mi memoria en todos sus detalles aquellas pláticas políticas con Zepeda, y me complazco en reproducirlas, suponiéndolas de cierto interés histórico.

Y mientras yo efectuaba esta comisión, otra persona, muy adecuada al caso, había sido designada para hacer ver a Martínez la necesidad de cierto cambio en la política, y que para sus traerlo a él de quejas y molestias continuas, había pensado Guzmán en una misión a Europa, tanto más conveniente para Martínez, cuanto que su salud quebrantada necesitaba de cambio de clima y de descanso. Martínez aceptó las diestras insinuaciones del comisionado, y no se opuso ni al decreto de amnistía, ni a la idea de formar un ministerio que representase a todos los partidos, a fin de procurar una reconciliación general.

Ya se deja ver aquí qué lejos estaba de su ánimo la idea de rebelión.

Y preparadas así las cosas se esperó el primero de marzo para la toma de posesión, y cuando se estaba ya en las vísperas del día tan deseado de todos, estalló con fuerza el cólera en Managua, impidiendo esta circunstancia ser allá la recepción presidencial. Tomó posesión en Masaya, de la manera prevista de antemano, y de la falta de inmediata comunicación en aquellos días con Managua, tan excusable por la terrible epidemia, nacieron, sin embargo, como sucede con frecuencia entre nosotros en esas situaciones políticas de zozobras, todos esos susurros de desconfianzas, y la gente desocupada y amiga de sembrar la inquietud, esa a quienes se les da el característico nombre de bomberos, esos inventaron el cuento de la rebelión. No, me complazco yo en atestiguar que la conducta de Martínez en esas precisas circunstancias, fue sin tacha alguna. Aún después, cuando ya fue conocido en el país el manifiesto presidencial, y cayó en el campo martinista con el estruendo y espanto del rayo, y quisieron los jefes militares, que eran dueños de los cuarteles en el país, alzarse contra Guzmán, Martínez apaciguó con las palabras de Neptuno, las olas embravecidas de su partido; y si más tarde se alzó contra el mismo gobierno, fue por otra causas, y eso es otra historia.

Rivas, 3 de julio de 1931.

CARTA A BLANCA DE CORONEL SOBRE LA FORMACION DE LA "MONTAÑA"

Rivas, 20 de Marzo de 1918.

Querida Blanca:

Tú quieres saber lo que fue LA MONTAÑA, cómo se formó y cómo se deformó. Voy a satisfacer tus deseos.

Soy yo parte de aquel promontorio, y me tienta la vanidad a callar, porque así se mantendría la leyenda de todas las montañas, pobladas siempre de seres fabulosos; pero puede más mi cariño a tí que mi propia vanidad, y voy a dártela a conocer íntimamente, como todavía no se conoce bien en el mundo.

Esa MONTAÑA la formó el viento, ni más ni menos, como arremolina las arenas de las playas, y la deshizo el mismo viento; trabajo que cuadra a su capricho de hacer y deshacer tales obras.

Eramos unos cuantos jóvenes de poco más o menos edad, de distintas familias y de rangos diversos sociales. Nos unía íntimamente algo así como una aspiración literaria, sin pizca de intención política, y teníamos por centro de nuestras reuniones todas las tardes, la casa de Faustino Arellano, quien por su talento y carácter de mando, parecía ser el caudillo. Así hablábamos de todo, con esa libertad de criterio, propia de la juventud; pero había un día de la semana exclusivo para tareas LITERARIAS, por decirlo así, en el cual cada uno del grupo debía discurrir por escrito sobre un tema cualquiera.

No había en Granada diferencia de opiniones políticas, predominando allí por completo, el partido conservador, y don Fulgencio Vega era su Procónsul, a quien todos nosotros rendíamos pleito homenaje, sin perjuicio de muchas reverencias a su señoría en nuestras intimidades de tertulia.

Se trataba un día de elecciones municipales en que nada nos iba, ni venía a nosotros; pero la crítica recayó con ese motivo en los Alcaldes pasados, todos momias, y momia también el candidato propuesto en la actualidad, y se trataba de cuantiosos fondos pertenecientes a la iglesia parroquial de Granada, quemada por los filibusteros de Walker, y en proyecto de reconstrucción cuanto antes; pero era el caso que esos fondos pasaban en manos poco limpias, entregados entonces no sé por qué, por los Alcaldes; y saltó en la oportunidad una voz generosa que dijo: ¿por qué no hacemos nosotros oposición?

Y así iban las cosas de mal en peor para el dicho grupo, cuando apareció la candidatura de Guzmán que acogió con entusiasmo, porque representaba sus propias ideas, ese grupo MONTAÑEZ. Entre ellos, los del grupo, Enrique Guzmán y Gonzalo Espinosa, eran de la familia. Urtecho, íntimo amigo de los dos, pasaba a ser también considerado como de familia. Faustino Arellano, Miguel Vijil y José León Avendaño, otra trinidad de amigos, lo eran en alto grado del candidato, y los dos grupos de amigos mencionados, con algunas otras personas, formaban el concurso íntimo de amigos, teniendo en su consejo a la esposa misma de don Fernando. Con ese grupo discutió Guzmán su propaganda presidencial y lo escribió Enrique,

su hijo; discurso modelo leído entonces con entusiasmo, y aún ahora releído con mucha satisfacción.

La primera insinuación de ese círculo íntimo, fue la de un Ministerio para Don Anselmo Rivas, a lo que accedió el Presidente con mucho placer. Don Anselmo, aún en medio de la oposición que más adelante hizo a las ideas de esos jóvenes, aún apasionado como era a veces en sus luchas, don Anselmo, nunca perdió el aprecio de ellos.

Era en don Fernando idea capital, el ensanche del partido. Ya no era de esos tiempos la estrechez del círculo dominante. Necesitábamos más amplios horizontes, y traer a este nuevo campo, **LO MAS DIGNO, ANTES QUE LO MAS ADICTO**, como dice su manifiesto inaugural, pero lo resistía tenazmente el partido, todo poderoso entonces, y atribuyendo estas ideas a **LOS JOVENES REVOLTOSOS**, crecía contra ellos la mala voluntad del partido; y así se vino caminando hasta que estalló la revolución martinista contra Guzmán; y entonces irguiéndose el partido conservador, negó su apoyo al Presidente sino bajo las siguientes condiciones: 1º separación de Enrique Guzmán de la Secretaría Privada del Presidente. 2º separación de Faustino Arellano de la Secretaría del mando en jefe del ejército, que lo ejercía el General Estrada. 3º depósito del Poder Ejecutivo en don Pedro Joaquín Chamorro, etc. Las circunstancias no daban lugar a deliberar, se aceptaron las condiciones, y Guzmán pasó a ser el General en Jefe del Ejército, se triunfó, y luego, vencido el período Constitucional, dejó el Poder Supremo y el **MONTE DE ARENA** lo deshizo el viento que lo formó. Eso es todo.

5 de Mayo de 1918.

LA BANDERA NACIONAL

Una y otra vez el asalto es rechazado: inexpugnablemente se cree la posición. De pronto, en uno de esos arrebatos que pare en inspiración, que separa la locura del genio, el jefe toma en sus manos la bandera del regimiento y se lanza, el primero, con ella de nuevo al ataque. ¿Qué magia tiene ese lienzo en una lanza que enciende en los ánimos el entusiasmo y les infunde el arrojo de los héroes? Nadie retrocede ya, y todos a una, a quien llega primero a la meta, se lanzan al combate, y la posición que parecía intomable queda en su poder.

Otra vez, en la paz, en una parada, por ejemplo, la bandera sale de su **ALCAZAR**, con su séquito de tropa y música militar, en tanto que clarines y tambores de la fuerza de parada, baten marcha y los soldados presentan sus armas. ¡Imposible dejarse de conmovir ante la augusta majestad de aquella ceremonia!; e involuntariamente se lleva uno la mano al sombrero para descubrirse ante ella.

¿Qué hay, repito, en esa faja de lienzo o de seda, que flamea, que así entusiasma en la guerra, como conmueve en la paz?

¡Ah! Es que esa bandera es la Patria, su representación, su imagen. En la guerra, es el fuego de su sangre, es el brillo de sus acciones, la pujanza de su brazo; en la paz, es la soberana que va de ceremonia,

con la corona a su cabeza, el augusto manío a sus hombros, tan bella y majestuosa que admira y embelesa, inspirando adoración.

¿Cómo ha podido hacerse de esa faja de raso una representación tan viva de la Patria, majestuosa, en unas ocasiones, sublime en otras?

No lo sé; pero de seguro brota de sus ondulaciones, a torrentes, ese magnetismo que arrebató los ánimos.

¿Pero qué es en sí la bandera?

¿Es la hermosa combinación de sus fajas azules y blanca? No; que una de nuestras bellas damas pudieran llevarlas en sus trajes, hacerse así más bellas; pero no serían la imagen de la Patria.

Entonces, combinando esos colores con la forma, esa bandera que colgamos a nuestras puertas en los días de fiestas nacionales, ¿serán ellas verdaderas imágenes de la augusta soberana?

¡Tampoco! Todas esas banderas a las puertas, engalanan la población; pero ni una ni todas juntas, son la Patria.

¿Será, pues, la misma puede estar a las puertas de las casas sin lograr ser la imagen adorada de la Patria.

¿Dónde está, pues, su magia?

Aquella bandera que en una fiesta nacional, acompañada de otra bandera americana, adornaban en Matagalpa, el salón de la fiesta, y que diz fue ella ultrajada, un poco antes de la revolución pasada, y cuyo recuerdo me inspiran a mí estas líneas, ¿sería, y su compañera también, genuina representación nacional?

No; que algo falta todavía.

En mi concepto, la forma reglamentaria del Pabellón Nacional, y su legal representación, es lo que constituyen, juntos, los atributos de la Patria.

Pero importa que lo declare una ley, para alejar conflictos que puedan venir de aquí, sustituyéndose una bandera a otra. La común y la nacional; ley que abraza en toda su extensión los casos de uso, o prohibición, de una y otra.

Tales son mis opiniones sobre el particular; pero que desearía ver bien dilucidado este tema en LAS REVISTAS, por mi ilustre amigo, por ejemplo, el Doctor don Modesto Barrios, solícito colaborador de ellas, como en todo lo que atañe al bien de la juventud.

Buscando antecedentes que vengan en apoyo de mi artículo anterior sobre necesidad de reglamentar el uso de la bandera nacional, que sirva de guía al mismo tiempo para el del pabellón extranjero, vienen a mí mente muchos tristes recuerdos de cuestiones internacionales por pretendidos ultrajes de bandera en todos nuestros países hispanoamericanos; y entre ellos uno

nuestro, que toca directamente con el que estas líneas escribe y al cual recuerdo consagro, desde luego, debida preferencia

Era yo Comisario de la Mosquitia en el tiempo en que ella nos fue devuelta. La ciudad Rama venía saliendo ya de entre sus bosques de plátanos, prodigando a todos, naturales y extranjeros, los ricos dones de su naturaleza.

Había en Bluefields una balandra vieja perteneciente a un pobre (desde luego) americano, quien no pudiendo aprovecharse ya de ella como nave, pensó utilizarla como pontón, remontándola al Rama. Allí estableció, como pudo, una cantina en apariencias, para cubrir tras ella una sociedad de tahures, con tan buena suerte que pronto se hizo el RENDEZ VOUS general de todos los bananeros, huleros, vagos y mal entretenidos DE LA VIDA AIRADA; y desde luego, se hizo también el pontón, el foco de los escándalos. Un día de riña sangrienta le fue preciso a la autoridad intervenir en ella con fuerza armada. El americano se opone, iza su bandera, a guisa de cañones en batalla, el oficial de la escolta ni la advierte siquiera, entra y agarra a los delincuentes; y de este simple hecho, sale un ultraje A LA BANDERA AMERICANA, EN UNA NAUVE DE COMERCIO, ACOMPAÑADO DE UN GRAN RECLAMO, que acoje el Gobierno americano y lo dirige al de Nicaragua, quien contesta al momento con los datos que le suministra, pidiéndole al propio tiempo una información imparcial de los hechos, seguida por una persona caracterizada, como el Cónsul de San Juan del Norte, por ejemplo. El Gobierno americano accedió, el Cónsul se trasladó allá, y el informe fue tan favorable a Nicaragua, y satisfizo tanto a aquel Gobierno, que expresó al nuestro su satisfacción.

Pero sin la honorabilidad del Cónsul, con la cual no siempre se puede contar con ella en estos empleos, el caso pudo ser bastante grave para el país.

Hojeando un poco el Derecho Internacional Hispanoamericano de Seijas, inmenso repertorio de reclamaciones a los países de la América española, se lee en el tomo I, pág. 455, este otro importantísimo caso, de los pretendidos ultrajes a la bandera. La acción pasa en Venezuela, y el protagonista es un extranjero llamado Naphegyí. La autoridad correspondiente se vio obligada a poner embargo sobre los bienes de dicho señor, y para impedirlo éste, puso la bandera americana a la puerta. El Juez entró, a despecho del cañón, y entonces el interesado la fue tendiendo sobre cada uno de los objetos en que caía el embargo, y el Juez, impertérrito, seguía, como si tal cosa, en su oficio, hasta concluir; y entonces empezó lo del ultraje y lo de la consabida reclamación, de lo cual, después de mucho, pudo salir airosa Venezuela. Pero hay que observar, que pudo también salir mal. Esto de reclamos, resulta las más veces un verdadero juego de azar, contra los cuales hay que rodearse de las mayores precauciones posibles.

Razonando Seijas sobre estos pretendidos insultos de bandera dice: "Si un particular pudiera valerse de ella para impedir procedimientos de la autoridad, se

colocaría IPSO FACTO en la situación de un soberano, de un buque de guerra, de un agente diplomático, de un ejército extranjero, que gozan del privilegio de extraterritorialidad”.

Valen estos dos casos, por otros muchos que sería largo de enumerar en un artículo de pequeñas dimensiones como el presente, como prueba de la necesidad de un estudio especial sobre la materia propuesta.

El Gobierno de Colombia preocupado de este asunto, dispuso en abril de 1876, según lo refiere Seijas, tomar las providencias necesarias a fin de impedir que los extranjeros enarboles el pabellón de su Nación, para lo cual sólo se hallan autorizados, en los casos respectivos, los agentes diplomáticos y consulares de las naciones amigas; y deseando conocer primero la opinión sobre el particular de los ministros diplomáticos, se dirigió a ellos por escrito, contestando los de Alemania, Inglaterra, Francia y Estados Unidos, cada uno por separado, coincidiendo en el pensamiento justo de la prohibición del uso INDISCREMINADO de la bandera; pero en el sentido también de que “al proceder contra la persona que haga uso indebidamente del pabellón de su respectivo país, se tenga por la insignia nacional LOS MIRAMIENTOS QUE SE MERECE”.

Lo cual es dejar la cuestión en pie. Entre muchas banderas, una no más debe ser la imagen verdadera de la Patria. Que se conozca, pues, distintamente, de manera que no haya equivocación posible ese símbolo soberano, y las otras, no vendrán a ser entonces más que simples adornos, como cualesquiera otros, según mi opinión, que a nada obligan.

ISIDRO URTECHO

Rivas, Febrero de 1913.

NACIONALISMO CONSERVADOR

El Partido Conservador no es refractario el gran sentimiento por la reconstrucción de la Patria Centro americana.

o

No: no puede hacerse con justicia ese cargo porque los hechos lo desmienten.

El mismo Jerez, apóstol de la idea, es quien se encarga de justificarlo, reconociendo en el General don Fruto Chamorro, caudillo de los conservadores, un partidario sincero de la Nacionalidad, según acaba de demostrarlo “El Correo de Managua”.

Pudo extenderse más “El Correo” sustentando este hecho con documentos posteriores del partido, publicados por el mismo Jerez, a manera de actas y declaraciones de fe política, firmadas en Granada y en Rivas por muchos de sus principales representantes; y sobre todo, no tenía más que alzar el velo de la historia y mostrar a la vista de todos el cadáver, con profunda herida al costado, del General don Fernando Chamorro, la noble víctima del partido sacrificado en aras de la nacionalidad.

He aquí los hechos referentes a esta triste historia

La idea de la reelección del Presidente Martínez, nació de Jerez, halagado con el pensamiento de la nacionalidad que los amigos de aquel le hacían entrever, y cuando las cosas de la reelección fueron adelante, quiso prendas, más que palabras, sobre su acariciado ideal.

Martínez vaciló entonces, y pensando que no se obtendría, exigió la adhesión a esta idea del partido conservador de Granada, que obtuvo al momento Jerez.

Luego tuvo otro escrúpulo, el de Carrera en Guatemala. Al infierno, como el Dante, hubiera bajado Jerez, tras esa otra Beatriz más ideal que la del gran poeta Italiano, y marchó a Guatemala asociando a su labor al General don Fernando Chamorro, designado por el partido conservador como su representante.

Carrera, en inteligencia ya con el Presidente de Nicaragua, acogió bien a los ilustres comisionados, pero no con igual manera, la idea que ellos llevaban, sin rechazarla tampoco del todo, y los interesados convencidos entonces del juego de ambos presidentes, regresaron a Nicaragua pasando por El Salvador, donde encontraron entusiasta y decidido apoyo en el Presidente de la República, General don Gerardo Barrios.

El Partido Conservador rechazaba la idea de la reelección por inconstitucional, y resuelto a combatirla con las armas, se lanzó a la revolución que acaudilló el General Chamorro, empezando por la toma del vapor del lago en La Virgen, y haciéndose dueño al momento del departamento de Chontales y de Río San Juan.

Entretanto, Barrios enarbola en El Salvador el antiguo estandarte de Morazán, y Carrera embiste enseguida contra la capa roja, con fiereza taurina, si se nos permite el decir, siendo vencido en Coatepec y volviendo derrotado a Guatemala.

Sobre la marcha, en lenguaje militar, una hermosa columna de esos vencedores al mando de Jerez y de un jefe salvadoreño, se lanzó sobre Nicaragua combinando su movimiento con la revolución de Chamorro. Lograron un triunfo en el Bosque, que pareció abrirles las puertas de León; pero al día siguiente de su victoria, ya en los alrededores de la ciudad que creían tener en sus manos, sufren una derrota y huyen abandonándolo todo. Este revés hizo insostenible a la revolución en el país, y disolviendo Chamorro su ejército, marchó al Salvador a sostener la seña de la nacionalidad, desgarrada en León, pensando con razón que no tardarían en llegar allá los vencedores nicaragüenses, y volver, con esta coyuntura, los derrotados guatemaltecos. En los preparativos de aquella lucha que se preparaba terrible y definitiva, cayó asesinado el General don Fernando Chamorro, y perdida así con él, la gran espada de su partido.

Y ante esta víctima de inestimable precio para los conservadores —¿hay quién con fundamento sostenga que este partido es enemigo sistemático de la nacionalidad?

OTROS ARTICULOS

ENTRES ESCILA Y CARIBDIS

Tristísima condición es la de periodista en el país.

Por conceptuado que sea el periódico, no es, de ninguna manera, elemento de vida para su propietario; y bien librado sale éste si aquel cubre sus propios gastos.

Sobre estos inconvenientes no de tan poca monta que digamos, vienen los achaques del oficio que hacen el camino del periodista un prolongadísimo via crucis.

¿Qué mueve entonces al hombre se preguntará, a abrazar tan extraña profesión?

Y la generalidad quizá conteste con esta observación; el público más tonto, tomando la palabra de Figaro, es el público de los periodistas.

El sentido práctico de la vida juzga con ese criterio; pero desconoce del todo necesidades del corazón que son en su caso leyes morales tan inflexibles como las leyes de la materia. Así, por ejemplo, entre el oprimido y el opresor, el corazón se lanza hacia el oprimido contra todas las conveniencias tal vez de la vida; y en virtud de la misma ley el hombre que quiere, piensa y siente, se ve arrebatado por esas ideas de Libertad y Progreso, eternos ideales que atraen irresistiblemente hacia sí el corazón sensible; y por limitadísima que sea la esfera de acción en que el hombre gire, quiere eficazmente cooperar a la perfección social, siquiera llevando un grano de arena al edificio de los siglos.

Se ve pues, que no es profesión la del periodista en el país.

Es todo lo contrario; es un sacerdocio; y como tal tiene su martirio.

Mantener tan augustas funciones por nuestra parte, ha sido y es nuestro constante propósito.

No nos importa por esto que entre pasiones políticas por un lado, y pasiones lugareñas, tan fuertes y mezquinas por otro, nos llamen unos, opositores al Gobierno, y otros, serviles, vendidos al Gobierno, autoridades locales o personas poderosas.

Sabemos bien que entre el choque de pasiones encontradas un juicio sin criterio o un criterio diferentemente apasionado, nos estrella alternativamente contra esos escollos: opositores unas veces; servil, cobarde y vendido otras.

Pero oíganlo bien nuestros amigos y nuestros enemigos.

En nuestra calidad de periodista no somos amigos del Gobierno.

Tampoco somos enemigos.

Aplaudimos sus actos si ellos contienen un bien.

Condenamos sus actos si ellos contienen un mal.

Aplaudimos con entusiasmo porque es condición del bien.

Condenamos con moderación y criticamos con razón por que tratamos de corregir, no de insultar.

Y sobre todo, tengan presente todos a quienes esto concierne; que no nos hemos colocado aquí para ser albañal de podredumbre, ni voceros de intereses bastardos; que comprendemos bien la alta misión de la prensa y jamás la prostituiremos.

LA CONVERSION MONETARIA EN PELIGRO DE MUERTE

Otra vez la cuestión de emitir más córdobas para remediar urgentes necesidades nacionales. Por alto rue. da una opinión sobre el particular, con ciertos aires de favor.

¿Nada valen las lecciones del pasado? ¿Y las leyes que prohíben nuevas emisiones del córdoba, nada valen tampoco? ¿Quién las hizo? se pregunta. El Congreso, se contesta—Pues si las hizo el Congreso, se añade, el mismo Cuerpo Soberano puede deshacerlas.

Pero en ese juego de hacer y deshacer leyes, también se hace y se deshace la dignidad de las naciones y su respetabilidad. La estabilidad de sus instituciones, es la base de su progreso. Si nada hay estable, si todo tiembla a nuestros plés, nada se podía construir y en una palabra, esto no es nación.

Volvamos la vista al pasado, la historia de ayer, presente todavía a los ojos de todos. Las emisiones de bien se reproducían de continuo. ¿Era que se agotaban rápidamente esas emisiones? Ya lo veremos adelante. Tomemos solamente los últimos años de 1908 a 1914 alrededor de los cuales se realizó la conversión monetaria y tales años fue vertiginoso el movimiento de los dichos fin. En 1908 ascendió la emisión a \$10,000,000 papel. En 1909 a \$12,000,000. El Presidente Madriz en 1910 la hizo ascender a 23 o 25000,000 y en seguida, en los gobiernos subsiguientes se elevó a la espantosa cifra de \$48,000,000.

Esa rapidez de cuantiosas emisiones, parecen realmente reclamadas por necesidades del medio circulante agotado en cada edición; pero a ser de este modo, la depresión del bfn no hubiese venido a su lado como la sombra que acompaña al cuerpo, y así en el primero de esos años indicados atrás, que era depresivo 875%, en el segundo, de 975% y por fin vino a alcanzar la enorme de 2,000%. La situación se volvió entonces abrumadora.

¿Pero qué se hacía de tanto papel emitido?

La primera emisión, respondió bien a las necesidades del país. Comercio, industria, agricultura todas esas fuerzas del país que parecían extenuadas, se reanimaron y el medio circulante giró sin tropiezo en todas sus transacciones. Si allí hubiera prado esa primera emisión del bfn, nada de nulo hubiera tenido el sistema. Se acertó con ella a llenar la capacidad monetaria del país y todo fue viento en popa en mar sereno. El tipo del cambio no sufrió o sufrió muy poca alteración, y se restableció la confianza en los negocios, mediante la fe en el Gobierno.

Pero tiene el sistema visos de espejismo, cantos de sirena, y a su arrullo se va irresistiblemente al abismo, abriendo la primera emisión la puerta a la segunda y luego a cuantas más se quieran.

Más la primitiva capacidad monetaria no ha cambiado y la primera emisión de bfn bastaba a llenar sus necesidades económicas y por consiguiente esa segunda

edición, y con mayor razón las subsiguientes no solo están fuera de lugar sino que también ocasionan gravísimos perjuicios particulares y generales al país por varias razones, siendo la primera la común la de LA COPA LLENA DE AGUA QUE NO ADMITE ni una sola gota más del líquido porque rebalsa. En efecto, bien sabido es que la abundancia del medio circulante abarata la mercancía, y recíprocamente la escasez del numérico la abarata, siendo su justo equilibrio la apreciación exacta de la capacidad monetaria. Nada hay en la naturaleza que no obedezca a una ley así en el orden físico como en los demás. Si el estómago, diría un médico, tiene su medida alimenticia ordinaria, un aumento de esa medida, no se digiere y causa perturbaciones en el organismo. Exacto, y la depresión de bfn en el caso de la segunda y más emisiones, sería ocasionada por la indigestión, siguiendo el pensamiento del médico.

Pero se dirá: la segunda y demás emisiones vendrían entonces a aumentar la capacidad monetaria dándole ensanche a todas las ramas de la industria local. El medio circulante de hoy es poco más o menos por ejemplo de C\$2,000.00 que corresponde a la de igual cifra su capacidad monetaria. Lancemos otros C\$2,000.00 para procurar el mayor desarrollo de la riqueza general y la prosperidad vendrá en seguida y tendremos entonces ensanchada el doble del capital en circulación, por un proceso natural que no traería, por consiguiente, depresión del córdoba.

Pero ya hemos visto como se han sucedido en el país estas emisiones, y la proporción en que se ha venido imponiendo la depresión, lo que demuestra de manera evidente que no es así con emisiones tras emisiones como se ingiere alimento al organismo, como diría el galeno anterior. Hasta aquí la primero razón de que hablábamos: la segunda es la de una verdadera estafa, una atroz injusticia; y pruebas al canto. Ya hemos supuesto que la primera emisión no causó depresión en el dicho caso de los bfn. Su programa ahora que el bfn se deprimió en la segunda edición un 30% y tendremos que cada tenedor del primitivo bfn perderá ese mismo 30% que a consecuencia de esa depresión todas las cosas necesarias a la vida suben de precio ese mismo tanto por ciento, y tendremos que no solo sobre tenedores del papel, sino sobre todos los habitantes sin excepción, le impone esa misma contribución forzosa, que va subiendo en las subsiguientes emisiones.

Y luego por final de norma viene la desconfianza, el desaliento y la descendencia de todos los negocios del país en general.

Llevada al desastre por el papel, tal era la situación del país por los años referidos, y de ella tocóle en suerte redimirla en 1914 al actual Presidente de la República don Adolfo Díaz, aprovechando circunstancias favorables que por fortuna se le presentaron; pero que no menguan en lo más mínimo el mérito de sus esfuerzos, coronados al fin por el éxito; conquista que trajo para el país la vida, y para el Presidente personalmente, un lauro muy hermoso en su labor administrativa.

Circunstancias favorables, decía, prepararon a suceso. En efecto, se tenía en perspectiva no muy leja-

na de realizar un empréstito de \$15,000,000.00 oro, negociado ya por el gobierno de este país por los banqueros americanos Brown y Brothers C^a and T. W. Seligman y C^a, solamente dependiente aquella de la aprobación del Congreso americano a la convención Castriello-Knox celebrada entre este gobierno y el de los Estados Unidos, la cual convención era la principal garantía de empréstito.

Mientras tanto los mismos banqueros proporcionaban de un millón y medio, hasta dos millones, con la mira de ayudar al gobierno en su propósito de llevar adelante la conversión monetaria y el establecimiento de un Banco que debía de servir de apoyo de ella; y tanto por este empréstito, cuanto por el envío al país de dos personas expertas para concebir y ejecutar el plan más a propósito que requerían sus tristes condiciones, fueron eficaces estos servicios, no importa los fines particulares en el asunto.

Los peritos se encontraron realmente con una situación difícil, a saber:

Un montón enorme de bfn, con un tipo de cambio al \$2,000%, dos millones de peso oro en sus manos para operar, y luego lo más grave, restablecer el crédito perdido del gobierno.

Si lanzan los dos millones al cambio, procurando hacer porrazo y mesa limpia, no alcanzaba el esfuerzo más allá que a recoger \$40,000,000.00, quedando todavía a flote en el mercado, ocho millones. Es verdad que la situación se aliviaba mucho, haciendo bajar el cambio por lo menos hasta el 600; pero sin garantía todo esto, volvía la ola a subir y el tal crédito del gobierno, a hundirse en ella. No era solución esa que se indicaba por lo bajo, entre profanos y un estudio muy detenido sobre el problema, encontró la solución feliz del momento y que se condensa así: reducir la enorme masa de bfn hasta obtener el cambio de 1,250% para lo cual se retiraría de la circulación \$25,000,000.00 mediante la suma de \$780.00 oro ofrecida al gobierno para ayuda de esa cancelación y con el resto \$1,220,000 oro, de los dos millones en manos, establecer un fondo de reserva que garantizara el 40% de la capacidad monetaria calculada en \$2,000,000.00 oro; cambiar el patrón de plata que se tenía por el de oro, más firme en su giro, y adoptar como nueva unidad monetaria el córdoba, equivalente a un peso, igual a \$12.50 de bfn, anteriores, cambiables en el Banco; y luego salvar todos estos intereses retirando de ellos la acción del gobierno, y poniéndolos a cubierto de los golpes revolucionarios tan frecuentes en el país, para lo cual se confió todo este mecanismo a la acción del Banco, que siendo americano, presta la garantía que es menester. Tal es el sencillo sistema adoptado y que concilia bien nuestras necesidades.

Ahora bien, pedir una nueva emisión de córdobas, es en primer lugar un atentado contra el Banco; y aún suponiendo interesados a los mismos banqueros en el asunto, se derriba, desde luego el edificio al impulso del contagio de esta inestabilidad nacional, y en segundo lugar, alterada bruscamente la capacidad monetaria, rompería al momento ese equilibrio establecido en

nuestra negociación, en que, sería deshacer LO HECHO, alcanzado con tantos sacrificios, y volver atrás, otra vez al punto de partida.

No, eso no es posible

Busquemos otra solución a nuestros apuros económicos

Managua, 17 de diciembre de 1916.

SAN JUAN DEL SUR

Hace algunos años escribí en uno de los periódicos del país, un artículo titulado así: UN PUEBLO QUE AGONIZA.

Me refería a San Juan del Sur.—Le debo, por compensación ahora a este pueblo, el presente artículo que escribo con el mayor placer.

San Juan, en efecto moría en la época de mi primer artículo. Vivía entonces este pueblo de la vida del Tránsito de pasajeros a California por este ismo. El oro recogido por entonces en California se derramaba con profusión en este puerto; y la gente, atraída por el brillo del metal, llenaba alegre las calles de la población. Había como es natural, buenas casas, mejores hoteles y cantinas que daban hermoso aspecto al puerto.

Se suspendió ese Tránsito; y la gente llena de esperanzas, mantenidas siempre por noticias, lisonjeras mucho tiempo, cruzados los brazos, consumiendo así sus economías; pero el tiempo imprimía sobre las casas su huella destructora, y por todas maneras San Juan mostraba lastimosamente sus llagas. Llegó, por fin, un momento en que no se pudo aguardar más, y la mayor parte de la población tuvo que abandonar con dolor el puesto que conquistó, quedando así el puerto reducido a un miserable estado, viviendo, los que quedaban, del sueldo de la guarnición.

Mucho tiempo después volvió a aparecer ese Tránsito de antaño. Aquel marcó para San Juan una edad de oro; este que lo sustituía venía flaco, macilento, vestido de andrajos, con todas las señales, en fin, de una muerte inmediata; y la tuvo en efecto, como consecuencia de la quiebra de la compañía que representaba.

Y San Juan siguió por años, no viviendo, sino vegetando, al calor de la pequeña guarnición.

Por entonces fue cuando yo escribí el artículo a que me refiero.

Pero San Juan no murió. Poco a poco, muy lentamente, en el transcurso de treinta y tantos años, San Juan se transforma y muestra hoy una vida muy lozana.

No vive ya de las migajas del presupuesto, ni tampoco es el pueblo parásito que vive de vida ajena, esperando eternamente ese flujo y reflujo de pasajeros a California que era su savia. Tiene hoy vida propia elementos de positiva riqueza y horizonte que le promete mejor porvenir aún.

Pero ¿qué palabra poderosa dijo a este nuevo Lázaro levántase y anda? Hay para los pueblos una palanca formidable que los levanta muy alto, y se llama agricultura; y para los individuos un resorte mágico que los redime de la miseria, los preserva del vicio, les imprime ser y es el trabajo. El trabajo y la agricultura han labrado la felicidad de San Juan; pero el

trabajo y la agricultura ayudados por muchas circunstancias favorables que a la ligera voy a enumerar.

Debo colocar en primer término la invención del alambre de púas para cercas. Esto ha causado una gran revolución en la Agricultura; por la facilidad que presta el alambre para cercar, cualquiera que sea la naturaleza del terreno, le ha dado un vuelo prodigioso. Así los campos de San Juan, antes completamente insulsos, son ahora extensos potreros, y desde esta a aquella ciudad, siete leguas de extensión, no hay un solo palmo de tierra sin cultivo.

El establecimiento del cable en el puerto es otro de sus impulsos. El cable no es solamente un provecho local sino un beneficio inmenso para el país en general.

Citemos de paso, como un cumplido, el nombre de quien tanto empeño tomó en esta mejora y por quien vino a radicarse en San Juan la oficina del Cable. Esta estaba designada para Bahía de Salinas, punto fronterizo entre Nicaragua y Costa Rica; pero tanto hizo el Comandante de San Juan del Sur por atraer a este puerto a los empleados que venían a establecerse, tantísimas facilidades les proporcionó, que la Compañía cambió por fin, de determinación, y la oficina quedó establecida en San Juan. Era entonces Comandante de este puerto don Justo Cárdenas.

Como factor de consideración viene también la constante labor de todos los Gobiernos que se han sucedido desde la apertura del puerto, cada cual en la medida de sus recursos, por mantener expedita al país esta vía de su comercio.

Luego la erección de una iglesia. La iglesia es para los pueblos católicos lo que los Castillos en la Edad Media, centros alrededor de los cuales se aglomeraba la población. Y por último, sus exportaciones de maderas—que dan ocupación a multitud de carretas, y trabajo a centenares de brazos.

Primeros iniciadores relativamente, de grandes trabajos agrícolas, fueron los señores don Erasmo Morice y don Vicente Urcuyo, y tras ellos que dieron el impulso, han seguido otros tantos. El primer empresario en maderas, fue don Carlos Holman, ese buen alemán de cabello y barba blancos como la nieve, y aspecto erguido en contradicción con la blancura de su cabeza; y tras su huella, también han seguido otros.

San Juan es un puerto pequeño en forma de perfecta herradura. Sus dos extremos lo forman dos promontorios, sobre uno de los cuales hay una fortificación y un cañón que gira por todos sus lados. Al lado de ese signo de la fuerza bruta, hay otro signo de la civilización, la fuerza moral que eleva a las naciones, y es un faro que advierte al navegante, en la noche, desde muy lejos, la entrada al puerto. Tiene buen muelle, buena bodega y oficinas de buen aspecto.

Bonitas son sus casas en toda la línea de la costa; y las de su calle principal y las de la entrada dan un aspecto agradable a la población.

Tiene una iglesia, como ya lo hemos indicado, alumbrado público y escuelas.

Sus altos empleados, Comandante, Administrador de Aduanas, Contador y Administrador de Correos, nada dejan que desear. Todos son caballeros cultos, de trato agradable. El Comandante don C. Sánchez, se

distingue muy particularmente por sus deseos de mejora y su actividad en realizarlos.

San Juan está, sin embargo, en vía de formación.

En su principio cuando fue, por la iniciativa inteligente y activo de don Rafael Lebrón, abierto este puerto al comercio de las Naciones, en la Administración Pineda, cuyo nombre lleva la ciudad, un ingeniero francés llamado Millionet, trazó la población en forma de abanico, partiendo de la plaza sus calles principales, como rayos de un foco de luz.

Sin duda se perdió este trazo, y hoy se le ha dado otro cuadrándolo en lo posible, que no está mal.

En el centro del pueblo y entre esas calles nuevamente trazadas hoy un extenso pantano, fuente de insalubridad, por una parte y obstáculo para el desarrollo de la población, por otro. Cegar ese pantano y habilitar esos terrenos, es la obra que ha acometido con empeño el Comandante, y lleva adelante su trabajo con ayuda decidida del Gobierno.

Rivas, 27 de mayo de 1900

IMPRESIONES DE CATARINA

Llévome allá el cariño de una hija, la señora de Hurtado, que está mudando de clima en la preciosa quinta de doña Encarnación v. de Morales, situada al lado de la estación del ferrocarril a los pueblos.

El viaje no puede ser más cómodo: se toma el tren a Masaya, de aquí el de los pueblos, y una hora después se está en Catarina.

¡Cómo se siente el cambio inmediatamente! Bajo la influencia de una temperatura muy agradable, más animado, con apetito, dispuesto siempre al movimiento. El campo alegre, las flores de la misma especie que en Granada, más bellas, por su tamaño y por sus colores más encendidos, como si el aire las regenerara.

Esta pobre Sultana que se ha hecho tan enfermiza, que allá por los meses de marzo y abril respira una atmósfera de fuego y que trabaja por manera dura por la vida, pero por la vida alegre, necesita una vez al año, por lo menos, cuando los calores hacen insostenible a Granada, sus días de asueto para salir a respirar otros aires. Rivas, León y Managua toman por ese tiempo sus vacaciones y se esparcen sobre la costa del mar, para aspirar el aire puro que fortifique su constitución y les dé salud y renueve sus fuerzas; y como esas poblaciones, debiera hacer también Granada

Tiene ésta magníficos lugares veraniegos. Diría, Diríomo, Catarina, Jinotepe, etc., etc., responden a esas necesidades; pero me parece preferible entre todos Catarina, por su suavísimo clima parejo, resguardado del viento, viaje cómodo por ferrocarril, y proximidad a Masaya, de donde puede proveerse de cuanto se necesita, y por último, espléndidas vistas.

Hábitos de viajes son los que faltan a Granada; por fortuna muy a menudo los vienen recetando los médicos, y por la prescripción higiénica, ya vendrá más adelante el hábito.

Casi no hay lugar en Nicaragua que no esté regado con la sangre de nuestras luchas fratricidas. Catarina tiene sus recuerdos de estos combates entre hermanos.

Allá por los años de 54 los legitimistas y democráticos, como se llamaban entonces los partidos, libraron reñida acción de armas por su contorno.

Granada estaba sitiada por fuerzas de la revolución, y el caudillo legitimista don Fruto Chamorro pensaba con razón que Masaya, era el alma, la vida misma del ejército sitiador, y que era allí donde era preciso asestar el tiro de muerte a la revolución.

En efecto, de Masaya recibían los sitiadores todas sus provisiones. Por razones ajenas a la política, esta población se había hecho "más católica que el Papa", como suele decirse del empeño exagerado que toman en las cosas aquellos a quienes corresponde un interés secundario.

Merece referirse el incidente que ocasionó el fervor revolucionario de Masaya, tanto más que es muy poco conocido. Parece un cuento, pero es un hecho contado por el mismo protagonista y atestiguado por otros.

Muy poco antes de la revolución de aquella época, la casta indígena de Masaya estaba en fermentación contra el cura de dicha ciudad, con motivo de una virgen muy querida de los indios y que el cura por congraciarse con ellos había mandado retocar a León. Volvió la imagen hermosea con el retoque y los indios la desconocieron, y pidieron a gritos a su virgencita morena, y al estallar el furor fanático contra el cura, que huyó, estalló también la revolución, que avanzó con paso rápido hasta Granada, poniendo sitio a la plaza.

La revolución nombró Prefecto de Masaya al General don Dámaso Souza, hombre de imaginación fecunda para la intriga, y aprovechándose del incidente de la virgen y el cura, reunió a los cabecillas de la casta indígena, tan numerosa en aquella ciudad, y les habló de la imagen, del pícaro cura, del otro pícaro del Obispo Viterio; los cuales dos pícaros se habían confabulado para robarse a la virgen y regalársela al Presidente Chamorro, que sabían se desvivía por ella, el monstuo, el tirano, el hereje, que por datos muy positivos se sabía que la tenía escondida en su hacienda de San Roque; y que en nombre del ejército democrático se comprometía él (el Prefecto) a ir a dicha hacienda con todo el ejército, cuando se hubiera derrocado al impio, a traer en procesión solemne y gloriosa a la pobre virgencita presa y restituirla a sus hijitos muy queridos, los indios de Masaya; pero a su vez debían estos comprometerse también a ayudar al ejército libertador, suministrándole víveres, previo pago por supuesto; y los indios aceptaron con frenético entusiasmo el pacto, y al día siguiente y todos los días después, durante el sitio de Granada, el camino que viene de Masaya parecía todos los días en la mañana, un hormiguero de indios, unos tras otros, llevando al ejército de la virgen, los productos de su industria.

Ya se ve, pues, cuánta razón tenía Chamorro de combatir en Masaya y no en Granada, la revolución.

Y con este fin, cuando pudo reunió la mejor de sus fuerzas y la puso a las órdenes del General Corral, ordenándose marchar sobre Masaya, camino de Catarina, y tomar aquella plaza, fortificándose, en su casa, muy bien en ella.

Corral se puso en marcha; pero en Jalteva se supo o se sospechó el movimiento, y destacaron fuerzas

al mando del General Guerrero, para salir al encuentro de las otras; y el choque tuvo lugar en las cercanías de Catarina con muy mala suerte para los democráticos; y Corral en lugar de aprovecharse de la victoria, es decir, del entusiasmo despertado en los suyos, y del pánico infundado en los otros, cargando sobre el enemigo y apoderándose de la plaza, medio ganada ya por el triunfo de Catarina. Corral, el hombre de la indecisión, valiente y buen General, pero solo en el momento del peligro, cuando ya no se puede deliberar, retrocede en lugar de avanzar, y vuelve a la plaza, a donde Chamorro le hace entrar con tambores a la sordina, en señal de duelo por el brillo de las armas, no obstante la victoria de Catarina, empeñada por la indecisión del Jefe.

A pocos pasos de Catarina, está Niquinohomo, otra charca de sangre, más reciente aún, que señala un importante y trascendental hecho de armas en la administración Guzmán.

Se levantó contra este Gobierno una revolución muy pujante, en la cual figuraban las mejores espadas del país, los más viejos y experimentados generales, y empezó por obtener en Correvientos, Chocoyos y Nagarote, importantes victorias, que no abatieron sin embargo, el ánimo del ejército del Gobierno.

Después de la de Nagarote, el ejército vencedor estuvo unos días indeciso entre marchar sobre Managua, plaza bien fortificada, o dar un rodeo por Jinotepe, para caer sobre Granada, último objetivo de la revolución. Se decidió por esto último, y al saberlo el Gobierno desplegó fuerzas sobre Masaya, haciendo ambos bandos dos buenas jugadas en un tablero de ajedrez.

Pero otra vez la indecisión en los vencedores, y las fuerzas del Gobierno avanzaron entonces sobre Catarina y Niquinohomo, provocando a las de Jinotepe.

Estaba al frente del ejército constitucional, el mismo Presidente Guzmán, que había depositado el poder, y su plan militar fue muy sencillo. Dividió sus fuerzas entre Catarina y Niquinohomo; las de este pueblo bien fortificadas, las de Catarina libres. Indefectiblemente creía que Niquinohomo sería el atacado y entonces las fuerzas de Catarina, de antemano preparadas, obrarían sobre la retaguardia del enemigo; y así sucedió, obteniendo Guzmán la victoria, que le abrió las puertas de León, concluyendo la guerra.

A esa victoria, Niquinohomo debe el cambio de su nombre, y de pueblo pasó a ser villa, y se llamó la Villa de la Victoria.

Muy cerca de Catarina, a pocas varas, está Saratoga, preciosa casa de campo, inclinada sobre un abismo, de soberbia hermosura.

Llegué al precioso "chalet", acompañado de mi hija.

Paredones inmensos de corte perpendicular, estriados ancha y profundamente, cubiertos de exuberante vegetación, revestidos de todos los tonos del verde, desde el más intenso hasta el más delicado, haciendo juegos magníficos de luz, y allá, muy allá, en el fondo del

abismo profundo, en que se siente, al mirarlo, el vértigo, está la linda laguna de Apoyo, cuyo nombre verdadero se me antoja ser el de Apolo, lo que daría significación precisa a la laguna, que se extiende, se recorre, con coquetería, por las talladuras de los inmensos bastiones, siempre tranquila su superficie, lisa como un espejo, donde acaso se miraría antaño el dios mitológico; y más allá una planicie y en ella Granada, casi al alcance del brazo, pudiéndose contar sus casas todas, y luego el lago, hasta perderse en el horizonte, con algunas velas que lo cruzan.

El ferrocarril a los pueblos, se ve venir, hacia otro lado, rodeando el abismo, orgulloso con su soberbio penacho de humo, y su pito como la trompeta del progreso, causando una profunda impresión, mezcla de admiración y de terror.

Aunque no fuera más que por gozar del deleite de este espléndido panorama, merece Catarina una visita.

Y aparte de estas impresiones, la cercanía de Granada, que en línea recta no tendrá más que cinco millas, y que por lo mismo está al alcance de nuestra artillería, que impunemente puede barrer desde allí a la orgullosa ciudad, se llega a otro orden de consideraciones que tienden a demostrar con evidencia que Granada debe extenderse a Catarina, para hacerla su baluarte. Granada, 18 de Noviembre de 1897.

LEON

Hacia muchos años que no visitaba a León, a pesar de mis simpatías por la ciudad, y de mis numerosas relaciones de antaño, todas ellas intactas en mi cariño.

La última vez que la ví, allá por aquellos tiempos en que el Dr. Don Roberto Sacasa, el caballero sin tacha y el médico de más aura popular en el país, por entonces, dejaba el hogar, dulcísimo santuario para él y los suyos, de aficiones para subir, por el ejercicio de la ley y la muerte del Presidente don E. Carazo, a la silla curul del supremo poder de la República, verdadero potro de tormento para aquel apreciable caballero y su amante familia, acostumbrados al cariño y respeto de todos. Y desde el principio empezó para el mártir la calumnia, soplando al oído de todos, que el honorable ciudadano no ascendía al Poder Supremo por la espaciosa puerta del derecho, sino que saltaba al puesto por la ventana, ayudado por el Ministerio de Carazo, compuesto de los señores Dr. don David Osorno, don Octaviano César y Gral. Isidro Urtecho, que manipularon entre los pliegos cerrados y lacreados del Congreso para trastocar el orden de sucesión a la Presidencia, como si nada valiera la reputación sin mancha de esos Ministros y la del mismo que ascendía al poder.

¡Otra variante ésta de los mil cuentos DE VENTA, y el yo lo ví, en las batallas perdidas, de que hablaba hace poco, patrocinada por gente sensata, desvanecida luego por sí misma!

Por entonces, León presentaba el aspecto de una ciudad pobre, sin movimiento, fea, de aspecto monacal.

silenciosa y triste, sus calles mal empedradas, en declive hacia el centro, sin aceras, o con ellas interrumpidas frecuentemente por balcones, o POYITOS (asientos de piedra a las puertas de las casas), o bien ondulantes como las olas. El forastero, rechazado por la acera, caía a la calle, provocando la risa del transeunte, por contorsiones ocasionadas tal vez por un callo estropeado, o simplemente por natural desequilibrio, hasta venir a parar al centro.

La gran revolución, esa que consistía en la demolición de balcones y POYITOS, de POYITOS sobre todo, se había efectuado durante el régimen liberal, y se comprende que debe haber sido esa una batalla muy reñida, si se toman en consideración los elementos del combate. Por un lado el espíritu de la vieja edad, los hábitos y costumbres, el cariño de los años, el prestigio de los mayores, y toda la sibaduría en ellos aglomerada; del otro, la fuerza, la juventud y la piqueta. Ya me figuro como lo defenderían mis viejos y respetados amigos Selva y Ayón, insignes doctores de la ley, esos POYITOS, más queridos que muelles poltronas, en que a los dos crepúsculos, de la mañana y de la tarde, estaban ellos en pleno goce de su posesión.

Pero tengan entendido los victoriosos que sobre este punto, si mucho se ha hecho, falta, sin embargo, mucho por hacer. Dominan principalmente en la ciudad dos elementos: la Cruz y la toga. En un tiempo ya un poco remoto, dominaba también la espada. El General Muñoz, el único militar de escuela que ha habido en el país, levantó en León la carrera militar al grado más alto que ha tenido, llamando a su servicio, de preferencia, a lo más distinguido en ella, haciendo de sus jefes y oficiales modelos de caballeros, lo cual le dio muy alto timbre. Pero entronizóse, por desgracia, el militarismo en Nicaragua, y sacudiendo luego su yugo el país, cayó con Muñoz en León la noble carrera; y de este modo han venido a quedar solos aquellos dos elementos. En todos tiempos León se ha distinguido por sus abogados, y en los presentes, sino superan, mantienen, por lo menos, el antiguo brillo, muchos doctores que son honra del foro nicaragüense. En la cruz, esto es en la Iglesia, hay notabilísima mejora. Mucha parte de su clero es hoy educado en Roma, y así están sus sacerdotes en camino de realizar lo que dice el Divino Maestro: "Vosotros sois la luz", etc. De desearse sería que fueran también la SAL, que libra de la corrupción.

En materia de médicos y cirujanos, es grande también la mejora en ciencia y en número, teniendo hoy la ciudad dos importantes sanatorios, desconocidos atrás.

La Universidad está situada contiguo a la Iglesia de la Merced, y en el parquecito de entrada, se ven los bustos de Larreinaga, Carazo y Juárez, que defienen la mirada contemplativa del transeunte, y al encontrarme allí me preguntaba yo a mí mismo ¿por qué no estará también aquí el busto de don Pedro Joaquín Chamorro, el Presidente que ha hecho más bienes a León?

Nada de notable tiene el parque Jerez, en la plaza de la catedral, sino la estatua del mismo General, obse-

quió a León de Marco Aurelio Soto, cuando fue Presidente de Honduras.

Me habían hablado de trabajos de pintura, escultura y ornamentación en la Catedral, y fue a ella, y no salí de su recinto sino con el corazón henchido de satisfacción, por las notables cualidades de esa raza mestiza nuestra, tan mal apreciada por yanquis. El trabajo de pintura consistía en la reproducción, a gran tamaño, llamados en el lenguaje religioso, estaciones del Cristo en su terrible vía crucis. Estaban concluidos seis cuadros, los primeros tres o cuatro, fueron hechos, me dijeron, por un joven de León; los otros, por un joven de Managua. Naturalmente que la ejecución de ellos por jóvenes, casi sin escuela, debe tener, para una crítica ilustrada, numerosos defectos; pero para mí, profano en el arte, sólo admiración me produjeron aquellos cuadros; y de ellos al artista iba la mirada, sorprendido de encontrar en aquel muchacho sencillo, hijo del pueblo, tal aptitud. Y comparaba también en mi mente a aquellos ensayos, digamos así, tan superiores, sin embargo, con otros trabajos europeos, sobre el mismo asunto, como los cuadros de la VIA SACRA, que exhibe la iglesia de la Merced, en Granada, en que el Cristo lleva siempre túnica llena de pedrerías, enteramente contrario a su pobreza y humildad.

Los trabajos de escultura eran ejecutados por otro joven de Granada, de las propias condiciones que sus compañeros de pintura, y tenían por objeto poner en pie la legión del Cristo, esto es, sus doce apóstoles, de tamaño natural. Tenía hechos ya algunos, y me enseñó el diseño tomado de un libro de buenas pinturas, pareciéndome exacta la reproducción.

Poco que admirar tenía el trabajo de ornamentación; pero gustaba verlo: era una linda capilla de la Catedral en la que el oro, sin desagradar tanta profusión, resaltaba por doquiera.

En el parque Jerez hay un león de hermosa melena, esculpido en piedra, traído de fuera. Al momento nuestro escultor hizo de él, en cemento, una copia exacta; pero luego, no se limitó a una sola, sino que hizo muchas, y las prodigó en el parque y en el atrio de Catedral, quitando así al león lo que tenía de subjetivo, de símbolo, para convertirlo en manada.

Lo que fue anteriormente Palacio Episcopal, es hoy Colegio de niñas dirigido por religiosas extranjeras del cual se muestran todos muy satisfechos; y el Palacio Episcopal de hoy, está entre el antiguo y el Seminario dando más hermoso aspecto a la plaza principal.

Se dice en todo León, y eso acompañado de bendiciones, que cuanto dinero adquiere el Obispo, va DE-RECHITO a parar a la Catedral o al Seminario; y debe de ser así, por los muchos trabajos que se ven en ambos edificios.

Nada tiene ya del aspecto vetusto que tenía León en la época a que me refiero; son sus mujeres más bellas y más atractivas en su sencillez. Es León nuestra metrópoli, y plácenos a todos, en el país, su embellecimiento.

Rivas, Junio 1909.

LA HERENCIA LITERARIA

DE LOS HIJOS

ING. JOSE ANDRES URTECHO

Digno heredero de las virtudes de su padre, el Ing. José Andrés Urtecho figuró en primera línea dentro de la política y la disciplina intelectual del país a fines del siglo pasado y a comienzos del actual.

Graduado de Ingeniero en la Universidad de Pensylvania, gozó de mucho prestigio durante aquel tiempo. Su obra, dispersa en periódicos y folletos, comprende biografías, discursos, ensayos literarios, artículos históricos y políticos, prólogos y aducciones. En la selección que hemos hecho, precedida de una carta sobre él dirigida a su padre, cada de esos géneros va representado por lo menos con un texto.

En estilo franco y gentil, tradujo "Los Esbozos de Mr. Hamilton", interesante correspondencia de un señor norteamericano llamado Robert T Hamilton que, desde San Juan del Sur y Rivas, enviaba a Miss Erduim. En ella se hace una chispeante crítica a algunas de nuestras costumbres y vicios de educación y raza, motivo por el cual la reproducimos íntegramente, tal como apareció en 1909. "Estas cartas —escribía un redactor de LA TARDE— por sí solas, bastan para traer celebridad literaria sobre su autor, a quien conceptuamos como escritos atildado, sapiente, de estilo florido, agradablemente sugestivo y un tanto álico", virtudes transmitidas todas por la exquisita traducción del Ing. José Andrés Urtecho.

DR. ISIDRO URTECHO

Tercer fruto de la rama masculina de su familia, el Dr. Isidro Urtecho, hermano de José Andrés, fué un distinguido filántropo que hizo época en su ciudad natal: Rivas Médico de profesión, también escribía sátiras y artículos vibrantes y patrióticos con los seudónimos de Petrus y Gil Blas

Aunque su estilo era ameno no era tan feliz como el de su progenitor y el de su hermano. De su obra, algo escasa si la comparamos a la de aquéllos, seleccionamos cinco de sus mejores artículos. Antes, sin embargo, transcribimos algunas palabras de uno de sus amigos pronunciados el día de su entierro para presentar los rasgos principales de su personalidad.

"Una de las mentalidades más vigorosas de aquel suelo —dice del Dr. Urtecho el ciudadano rivense don José M. Hurtado— que, tanto más ahora que hay ci-

sis de hombres donde quiera, era una necesidad y un adorno en mi ciudad natal. Era un consagrado a la buena lectura de la que sacaba siempre un partido admirable; leía para hacer la digestión de lo que estudiaba Crítico y humorista como Mark Twain, el Dr. Urtecho era tempestuoso y era más fácil para él hacer una autopsia con la pluma que con la cuchilla del cirujano

Su labor literaria queda disgregada en periódicos y revistas de la ciudad de Rivas. Recuerdo que en una de tantas ocasiones en que fué Presidente de la República don Adolfo Díaz la pluma convertida en látigo del Dr. Urtecho lo azotó con unos artículos formidables titulados Doblán. Otra vez encabezó una manifestación política que salió de la hacienda PROVIDENCIA recorriendo todas las calles de Rivas, manifestación que tuvo repercusiones en la propia ciudad de Managua contra el Presidente Díaz y que fué disuelta por el Director de Policía de Rivas al llegar al Mercado Esa fué la última barricada del tribuno y recuerdo también que lo acompañé personalmente en aquella jornada: ya al pálaro conservador le venían muy estrecho las imposiciones y aleteaba fuertemente para romper las barillas de alambre de la jaula.

En otra ocasión fué comisionado el Dr. Urtecho por la sociedad y el pueblo de Rivas para dar la bienvenida al Gral. Moncada. Por motivos de salud, no lo pudo hacer personalmente, pero fué leído su discurso por un amigo en el Kiosko de Rivas. Hay que leerlo para ver los alcances y vuelos de una pluma magistral, ágil e intérprete fiel de la gratitud de aquel departamento por la obras de progreso creadas en aquel suelo por el ex-presidente Moncada

Como literato, como médico como amigo, como excelente padre de familia y esposo, brilló con resplandeciente fulgor la personalidad del Dr. Urtecho; descendiente de un hombre caballeroso, hombre de pluma y espada, el Gral. Isidro Urtecho, heredó de aquel ilustre varón todas sus excelsas virtudes y hasta el honor de su propio nombre.

Hombre de ilustre prosapia, hermano de Rafael y José Andrés Urtecho, ventajosamente conocidos en el país verdaderos exponentes de la cultura e intelectualidad de aquel lugar; su muerte constituye pérdida irreparable Pero, en fin, ha muerto en la mejor época: cuando hay un eclipse total en lo político, en lo económico, en lo administrativo, en lo social. El, espíritu selecto, caballero de grandes causas, se despide quizá de la vida con un gesto de marcada ironía, de esa ironía tremenda de sus publicaciones; ahora ha cerrado los ojos recostados en la almohada de la muerte, para ser feliz".

UNA CARTA DEL ESCRITOR ADOLFO VIVAS

AL GENERAL ISIDRO URTECHO
SOBRE EL TALENTO LITERARIO
DE SU HIJO,

ING. JOSE ANDRES URTECHO

Mi apreciado y querido amigo:

El deseo de dirigirle esta carta me vino esta mañana a la lectura de un bellissimo artículo de José Andrés que lleva por título "Misterios del Magnetismo", donde he visto resplandecer el numen del escritor que admiro y el corazón del amigo a quien quiero tanto; y por eso, por el genio que allí despliega su pluma, y por los sentimientos nobles que de ella han brotado, me apresuro a felicitar a usted, padre del autor de aquel artículo.

Yo tengo de ese hijo suyo el más elevado concepto. Intelectual y moralmente es el número de aquellas personas con que cualquier país podría honrarse; y si algo lamento es que la suerte, ciega a veces contra los hombres de más valer, no le haya dejado ocupar aún el puesto que por sus merecimientos le corresponde. Tiene todas aquellas cualidades necesarias para hacer a un ciudadano amable, estimado y distinguido: inteligencia, honradez, modestia, discreción y bondad.

En el último trato he podido apreciarle más que de cualquiera otra manera; y debo decirle que mientras más se estreche nuestra amistad, más adicto suyo me vuelvo. Sus prendas personales no son comunes, y de él podría decirse sin hiperbole lo que de Blas Pascal dijo Sainte Beuve: tiene un gran talento y un gran corazón, dos cosas que no siempre van juntas.

Cuando pienso que vive, él alejado de todo ruido; casi en la obscuridad; entregado solo a sus melancólicas reflexiones, y en medio de un ambiente incompatible con su espíritu tan elevado, no puedo evitar la pena que me embarga al considerarle como estrechado por el olvido cuando debía ser de los primeros ante la consideración y ante el aplauso de nuestra sociedad. Léase el artículo "Misterios del Magnetismo", que es un verdadero caudal de inspiración, escrito con la soli-

dez de un pensador profundo, donde cada palabra es una nota de Filosofía y de lirismo, y dígame si no hay en quien lo ha producido, material bien suficiente para un literato de primer orden; y, sin embargo, esa pluma tan bien coriada, digna de todo encarecimiento, pasa como inadvertida ante la loa incesante de las reputaciones deleznales.

José Andrés Urtecho ha revelado en esa prosa fluida, llena de gracia y de luz, que parece arrancada unas veces a las páginas bíblicas por su misticismo y su dulzura, y otras a los clásicos del roma imperio por la elocuencia del raciocinio y el vigor del estilo.

En mis cartas privadas he dicho más de una vez que este hijo de usted es un talento malogrado; y lo creo así por dos razones. Porque estudió para ingeniero habiendo nacido para escritor; y porque le ha costado vivir varios años de su vida fuera de los centros donde el entendimiento se robustece en vez de debilitarse con el espectáculo diario de los odios, de las pequeñeses y de las rivalidades lugareñas. Ha ejercido él con éxito y acierto su profesión, dejando muy buenas pruebas de su competencia en la materia; pero cada vez que algún acontecimiento de esos que afectan a la sociedad ha puesto la pluma en su mano, se ha visto que las glorias de escritor eran las que le estaban reservadas; que la prensa debía ser su teatro, y que con el cultivo esmerado y diligente de sus dotes superiores, habría llegado a las más envidiables alturas literarias. Es lástima que no haya sido así.

Sin ostentación, sin alardes de ningún género escribe esas páginas que son el trasunto de su espíritu, noble siempre, compasible, generoso, encendido en la esperanza y el amor; páginas sobre las cuales vierte el manantial de su poesía, que le va llevando desde las realidades ásperas de la existencia hasta las doradas riveras de la ilusión; y luego, cuando toca otra vez la tierra, y se ve postergado, no diré solo ante las medianías, sino ante las nulidades infladas de vanidad, sigue contemplando con serenísima modestia el auge que toman día a día años que tan lejos se hayan de parecersele.

Pero lo que sobre todo admiro y aprecio en el hombre es la dignidad y la fortaleza verdaderamente cristiana con que se enfrenta a su destino, el carácter viril con que sobrelleva el olvido y la pobreza, mereciendo ser rico en honores y haberes. Y eso que cuenta en su historia horas de dicha inefable, cuando en plena juventud era agasajado y querido en los centros de cultura de este país, donde pasó varios años de su vida, recibiendo sobre su frente el beso redentor de la civilización que le dejara huella indeleble. Pero estos recuerdos, si le enristecen en ocasiones, son otra fuente para su inspiración, y nunca alteran la ecuanimidad de su alma, serena y valerosa en los negros momentos de su suerte.

Debe ser motivo de íntima satisfacción y de legítimo orgullo para un padre el tener un hijo como ese, que honra el nombre ya honrado por usted. Crea que por esto me complazco en congratularle públicamente, y en reiterarle mi estimación y mi afecto para toda su casa.

Le recuerda y le quiere,

ADOLFO VIVAS

Nueva Orleans, 20 de junio de 1908.

PAGINAS LITERARIAS DEL ING. JOSE ANDRES URTECHO

PEDRO ORTIZ

Sobre el Departamento fronterizo de Santa Ana de la República de El Salvador, había soplado, rápida y amenazadoramente, el alud impetuoso de la guerra del 85 que puso en armas a todo Centro América, y que un sueño, acaso de insana ambición, acaso de impulsivo y aún de hermoso patriotismo, había desencadenado desde las alturas de la antigua Capitanía General de Guatemala, aquel afamado caudillo que andaba en lenguas de señorío de horca y cuchillo y a quien no le escaseaban, a fé, admiradores de nota que lo sacasen a plaza como a jefe esclarecido y aguerrido, de avanzadas ideas atemperadas al ambiente de civilización de la época, y como a Mandatario patriarcal que llevaba la buena filosofía sanchesca adelante, sobre todo en punto a distribución de justicia sumaria, en materia de trabacuentas harto sospechosas o francamente delictuosas, entre ricos explotadores y pobres explotados, como había de ser el caso, con lo cual me parece haber nombrado al señor General don Justo Rufino Barrios, que ejercía, con mano fuerte, la dictadura militar sobre su pueblo, a título de Presidente republicano y democrático, de Guatemala.

Los ejércitos de Nicaragua y de Costa Rica que se habían aprestado a la lucha, y por lo cual marcharon a unirse a los que comandaba el Presidente Zaldívar de El Salvador, retornaban a sus jurisdicciones respectivas, con el entusiasmo de la fácil victoria decisiva obtenida por el azar —ciego como la fortuna— en los campos memorables de Chalchuapa. Con el jefe nicaragüense, ilustre y prestigiado, el doctor don Adán Cárdenas, Presidente entonces de Nicaragua, que tan airoosamente había abandonado la no muy muelle curul de su alta Magistratura para ponerse al frente de sus huestes defensoras del territorio y autonomía nacionales, volvía de la tierra cuscatleca a la capital nicaragüense, un joven de los pinares de las Segovias, a quien sonreía el porvenir y quien había de ocupar luego con brillo indubitable, prominentes y delicados puestos en el Gobierno de su patria: Pedro Ortiz.

Con ellos regresaba también mi padre que, por aquel tiempo, tenía a su cargo la Mayoría General del Ejército, Comando militar de vasta comprensión y de grande y grave responsabilidad que, para mejor atención a las necesidades apremiantes de la guerra, creyó conveniente trasladar a los campos inmediatos a la acción, dentro del territorio nacional. Cupo a la Mayoría General del Ejército —dicho sea con perdón por la digresión— representar un papel de última importancia en la organización adecuada y eficiente, en aquellas circunstancias. En su Plana Mayor, a la que, por fuero de afinidad, se incorporaba generalmente Pedro Ortiz, y en la que, a guisa de colaboradores, escribientes y ayudantes que integraban, más bien, la familia oficial del Mayor General, lucían los nom-

bres de Pedro González, Rubén Darío, Aquileo Echeverría, Adán Boza, Carlos Salcedo y Manuel Riguero de Aguilar, en otros róseos, algunos de ellos, que ya coloreaban aquel horizonte intelectual con los claros tintes precursores de los espléndidos reflejos de un atardecer tropical, y a ella asociábase también espontáneamente y en momentos de grande urgencia desde luego, nada menos que el mismo Presidente doctor Cárdenas con aquella sencillez republicana con que nunca creyó rebajar, sino más bien enaltecer por su oportuno y eficaz concurso, la dignidad de su alta investidura, cuando aportaba él mismo, su valioso contingente a las tareas del ramo de la Guerra, que exigiendo, a su vista, la mayor suma de cooperación, de los empleados, agotaban a veces, las energías de propios y de aficionados a aquel centro de actividad realmente eficiente y meritorio.

Al evocar estos recuerdos de la alborada de mi juventud, bullen en mi imaginación las nacaradas visiones de aquel tiempo. Un salón —verbigracia— de gallardo aderezo y profusa iluminación. La belleza y elegante atavío de las damas. La sobria y fácil apostura de los caballeros. La música de alegres armonías incitantes a los placeres seductores del baile. Y allá en el fondo luminoso, y en la plenitud del entusiasmo, un joven rodeado de otros tantos, de simpático aspecto, de elegancia y soltura de buen mozo, un tanto bohemio, un mucho aureolado de popularidad y del favor siempre ceciente de la suerte, ofrece en gentilísimas frases, el hermoso sarao a mi madre, la obsequiada de la noche. Era Pedro Ortiz, a quien de lejos conocí en aquella inolvidable ocasión y a quien sólo he vuelto a encontrar, a vueltas de buscarlo empeñosamente, después de su aciaga muerte, en la excelencia y brillo de sus obras literarias de las que precisamente se destaca ahora en grandes relieves, a la contemplación, su magnética figura, y de las que —CRAYON en mano— me atrevo a trasladar al lienzo de estas breves y desmazeladas páginas, los rasgos salientes de su fisonomía mental, para recuerdo y blasón de las generaciones sucesivas en el avance nacional.

La vida de Pedro Ortiz es de corta narración. Nació en 1859, de modestos y honorables padres don Joaquín Ortiz y doña Petronila Gutiérrez, en aquella atrayente y garrida ciudad de Ocotal situada como él propio la describe, "en el fondo de estos valles silenciosos donde apenas se oye el rumor de las hojas del pino melancólico". Pobre, y anheloso de cultura, se despendió en muy temprana edad del hogar paterno para trasladarse a León en donde recibió su educación escolar y aún el principio de la profesional —la medicina— que tuvo que abandonar en seguida apremiado por las duras e irretardables exigencias del vivir.

Aquel elocuente tribuno hondureño, Alvaro Con-

terras, que recorrió en peregrinación angustiosa todas las capitales del istmo, en propaganda de prensa por la paz y por la unión centroamericanas, fué su admirado y predilecto maestro que lo inició en las tareas del periodismo en la hoja de su fundación y redacción nombrada LA LIBERTAD; pero teniendo Contreras que abandonar el país y que seguir, por contera, las desairadas banderas del revolucionario Mora contra el general Guardia, Presidente de Costa Rica y movido el aventajado discípulo por el aguijón de la adversidad, se vio obligado a aceptar en Corinto el empleo de Tenedor de Libros de una respetable casa de comercio, dignificando con ello su entrada a ese mundo de risueñas perspectivas que es, o se supone ser, la mayoría de edad.

En 1881 celebró su matrimonio con la muy distinguida y culta señorita Adriana Sandoval, de la buena sociedad de su ciudad natal, y un año después partieron ambos para El Salvador en donde colaboró él, con éxito notable, en EL DIARIO DEL COMERCIO y en LA JUVENTUD, y en donde se abrió, a poco, ancho campo en el aprecio y en la simpatía de la generalidad, sobre todo en el elemento influente de las esferas del Gobierno, que lo llevó adelante hasta ocupar el codiciado y difícil cargo de la Secretaría Privada del señor Presidente Zaldívar, puesto que abandonó en 1885 por quebrantos de salud, cuando se proclamaba el estado de guerra en Nicaragua para oponerse con El Salvador y Costa Rica al avance de las tropas invasoras del General Barrios, que debían imponer la unión centroamericana por el medio imposible de la violencia y la sangre. Concedor, como lo era, el señor Presidente Dr. Cárdenas de las brillantes aptitudes de Ortiz lo hizo inmediatamente su Secretario Privado que lo acompañó durante toda la campaña, en el Cuartel General de Operaciones, en donde se hizo Ortiz acreedor al grado de Coronel Efectivo, y donde empezó a dar tales muestras de superioridad indiscutible en el desempeño de sus laboriosas funciones de secretaria, hasta el punto de que llegase a considerarse el epistolario presidencial de aquella recordada y combatida Administración, como obra de difícil ejemplo para las personas de mejor preparación que tuvieron luego esta oficina a su cargo.

Al eminente repúblico que se llamó el doctor don Adán Cárdenas, sucedió en la Presidencia del Estado, la no menos alta y no menos ilustre y patriótica personalidad de don Evaristo Carazo que, en la palabra justiciera del propio Ortiz, representaba "el principio de orden en su moderación; el principio de economía en su sobriedad; el principio de libertad en su tolerancia; el espíritu de progreso en su carácter emprendedor; y el espíritu de reforma, en las ideas avanzadas y en su profundo buen sentido que... propendía al perfeccionamiento político y social..." Sería preciso añadir aún, que fué además de fiel encarnación del espíritu democrático americano y del de un extenso y respetuoso acatamiento a la ley, patentizado en el libre e inexcelso funcionamiento de ésta en la época de su Mando, sin que la más leve sombra de dolor inferido a sus coterráneos en su corto y fructífero período administrativo hubiese podido venir, en ninguna hora, a menguar los bienes distribuidos por

su mano, ni a conturbar su conciencia de Mandatario y de caballero de prestantísima condición.

El Presidente Carazo lo nombró, con mucho acierto, Subsecretario de Relaciones Exteriores, puesto que desempeñó muy dignamente hasta la muerte de este ejemplar Jefe de Gobierno, "cuyas buenas obras mantendrán encendida en el corazón de la patria, la llama viva del reconocimiento".

Luego vino la expatriación de Pedro Ortiz a Costa Rica, y poco tiempo después, su temprana muerte acaecida trágicamente en aquella República, el diez de septiembre de 1892.

Dijo muy bien EL PORVENIR DE CENTRO AMÉRICA, en su magnífica necrología de Pedro Ortiz, que si hubiese él vivido en otros países distintos de los nuestros en donde, como aquí, la dedicación a las letras "figuran entre los modos de vivir que no dan de vivir", no se habría visto obligado a entrar tan de lleno en esas agitaciones políticas que sobre gastar los filos de la inteligencia y de la moral, redundan frecuentemente en mengua de los grandes intereses de los pueblos. Y es, que Ortiz nació y vivió para las letras, en las que, en planos de mayor amplitud y elevación, hubiera descollado, libre de las trabas de la mediocridad ambiente, a la altura de los mejores pro-sistas del habla castellana.

La nota sobresalientemente característica de Pedro Ortiz, era su feliz disposición y admirable preparación para el periodismo profesional, esa escuela que obliga al periodista a seguir acuciosamente, para el público, la corriente de los sucesos, y el movimiento científico, artístico, literario, industrial y político, no sólo del lugar de su actuación sino de la totalidad culta del globo; esa tribuna, inspiradora y directora de la opinión pública, desde donde los más capacitados y entusiastas, haciendo tornavoz de sus columnas, transmiten sus orientaciones y experiencias a los pueblos suspensos, a diario, de la novedad de su información e instrucción.

Desde muy joven hizo lucidamente sus primeras armas, como ya lo he recordado antes, en la hoja editada en León, LA LIBERTAD, bajo la dirección y redacción del orador y publicista de renombre, Alvaro Contreras. Colaboró luego, como también quedara ya dicho, en dos importantes cotidianos de la capital cuscatleca. De vuelta en Managua, fundó los diarios EL IMPARCIAL y EL PAIS, hoy de consulta casi imposible, que registran la mayor parte de su interesante, valiosa y variada producción literaria. Fué asiduo corresponsal de EL DIARIO NICARAGUENSE, antes y después de andar al morro con este decano venerable de la prensa nacional, y publicó algunos vibrantes y apasionados folletos de carácter esencialmente político como LA LUCHA DEL DIA, ULTRA-JES Y DELITOS IMAGINARIOS, y EL TRATADO DE JULIO Y SUS IMPUGNADORES, fuera de otros del género literario, entre los que recuerdo, su sentido discurso en los funerales del Sr. Presidente Carazo, que ciertamente cautiva por la fluente belleza del sentimiento y de la frase sinceramente exaltadores de los múltiples merecimientos de tan esclarecido Gobernante que iba a dormir su sueño eterno, al fin en paz, allá en la cima de la dominante colina del ce-

menterío de Rivas. En Costa Rica engalanó con frecuencia las páginas de EL COMERCIO, de su amigo don Justo A. Facio; y asociado después de su compañero de ostracismo don Enrique Guzmán, fundó EL DIA que también contaba con el prestigio de la pluma de don Anselmo H. Rivas, publicación ésta de cortísima duración y que había de tener tan funestas consecuencias para sus incautos e ilustres fundadores.

Escritor claro, vehemente y fecundo, se posesionaba hondamente del asunto de su exposición y estudio, y lo abordaba resueltamente en todos sus detalles y en todo su conjunto con tal fuerza y sutileza y sondeo de análisis, con tal elevación de ideas, con tal erudición sobre la materia en cuestión, con tal dominio y vigor y elegancia de lenguaje que el consenso y el aplauso general lo colocaron rápidamente en el número de nuestros mejores y más valientes escritores y en el de nuestros más pulcros y escogidos estilistas; de tal suerte, que al leerse sus editoriales y demás artículos sobre temas de interés general o personal, no puede uno sustraerse fácilmente al imperio de su dialéctica contundente, ni al halago de la forma impecable en que sabía moldear sus períodos fluidos, gallardos y rotundos que reflejaban con exactitud y hermosura sus altos y robustos pensamientos como brotados de un manantial límpido, copioso e inagotable de frescos recuerdos, impresiones y enseñanzas.

Su fuerte principal era la polémica en la que se mostraba doctrinario, filósofo, hacendista, versado, de veras, en los negocios públicos y en las disquisiciones literarias y más concretamente aún, en las gramaticales. Hidalgo en la discusión, era también incansable y tenaz en su táctica defensiva que trocábase pronta y fácilmente en vigorosa ofensiva fortalecida por la ilación y despliegue ordenado de sus argumentos, y amenizada ya por el auxilio de su fertilísima memoria que excitada al calor de la controversia parecía brotar prolíficamente en hechos de comparación favorables a su tesis, ya por los recursos varios de sus facultades mentales —ciencia, imaginación, sensibilidad, lógica y lenguaje— predispuestos a estos diarios y ágiles torneos de saber y de ingenio que culminaban generalmente éxitos lisonjeros para él, y que, adhiéndole de continuo en los lícitos amañes del debate, hicieron de este joven PROFESOR DE ENERGIA, uno de los más esforzados y brillantes paladines de la prensa combativa con que se ufana la crónica de nuestros escritores nacionales.

Psicólogo, y filósofo a la manera avanzada y moderada de los Presidentes meridionales Cárdenas y Carazo, admirador de la fuerza dinámica en el hombre que va al fondo de las cosas sin desesperar nunca de encontrarlas en su aspecto legítimo y sustancia verdadera, entraba a la liza no con los puños levantados y la mirada colérica y retadora a la manera de un Rochefort, o armado de "hacha y maza", al modo de un Veillot, según la propia expresión del polemista francés, sino más bien apercibido a la lucha a guisa de gentiles y valerosos justadores de la talla de un supuesto Montalfe y de un auténtico P. Daniel, de siglos atrás, o contemporáneamente, de un Horacio Greeley y de un Roberto Owen, o mejor aún, en ocasiones consonas con su tem-

peramento, de la más anterior y destacada, con respecto a los últimos, de un André Chénier que sabía suavizar su estilo vigoroso con efusiones de su espíritu eternamente visitado por las musas del Parnaso.

Gramático distinguido y conocedor de la lengua como pocos de sus connacionales sostuvo, muchas veces, discusiones lingüísticas con los primeros hablantes del país, en las que se admiraba a la par, la amplitud del conocimiento, el giro flexible de la espejeante frase, la idea precisa de alto coturno, y el lenguaje pulquérrimo que no dejó de la mano ni aún en sus editoriales escritos con frecuencia bajo la exigente premura de las prensas de mecánica labor obligada y tasada, que no esperan un instante en su afán de poner diariamente en pie, lleno de vida nueva, a ese mensajero luminoso, calzado con las sandalias del Mercurio que ha de partir al alba de sus modestos portales, para llevar de casa en casa, de lugar en lugar, por todos los pueblos de la República, los últimos sucesos mundiales y locales, las últimas controversias o notas festivas, las últimas palpitaciones del día, de la vida íntima nacional.

En el período de Gobierno de don Evaristo Carazo, y en unión de una de las más descollantes y cultivadas mentalidades del país, el doctor Pedro González, su amigo y compañero en los Gabinetes de dos Administraciones, publicó un librito de exiguas dimensiones pero de gran significación, fuste y alcance, intitulado Frutos de Nuestro Huerto, que contiene escogidas producciones de algunos de los que fueron hombres de letras de verdadera prominencia en Centro América. Lástima es que se encuentre totalmente agotada aquella corta edición hecha exprofesamente para que sirviera de texto de lectura en nuestras escuelas de primera enseñanza, e hiciese conocer, siquiera someramente, a las generaciones incipientes, lo que escribieron y fueron aquellos hombres meritiísimos de pretéritos tiempos, honra de la gran patria de nuestros mayores, como se advierte en la instructiva y límpida prosa de Larreina; en la castiza, elegante y eficaz, de Irisarri; en la inspirada y fogosa de Barrundia, de Valle, de Vijil, de Alvaro Contreras; en la conceptuosa, abundante y clara de Tomás Ayón; en la fábula ingeniosa, de penetrante moraleja final, de García Goyena; y en la versificación dúctil y bella de Manuel Dieguez, para no dar mayor extensión a la cita.

En 1897, y a petición de algunos admiradores del escritor, acordó el Gobierno del General Zelaya, la publicación de algunos de los mejores artículos de Ortiz, en los que ciertamente campean sus relevantes dotes de literato cabal. Biógrafo de comprensiva visión y de recta conciencia, perfila en firmes relieves que dijéranse escultóricos, aquellas grandes figuras centroamericanas enfocadas al alcance de su radio visual y sometidas a su esmerada y diligente apreciación. Articulista literario, deleita en sus páginas selectas, por la frescura, pureza, gracia, buen gusto, espontaneidad y fuerza de estilo, como es el caso, por ejemplo, con el cuento adamantino La Pluma Azul, que es una bella fantasía de concurso, entre los intelectuales de su época y lugar que formaban el grupo romántico del Barrio Latino, en la que lleva la pluma encantadora el paterno corazón, esa paisajista milagroso del micro cosmos inefable del hogar en donde, como aquí, imperan S. A. el Capitán Pulgar,

por otro nombre Diquín, y S. M. la reinécita remimada y salerosa Lulú, que al alzar su vuelo a tierra de serafines y de arcángeles, legó a su padre amoroso lo único que podía dejarle de sí misma: una de las plumas de su almita, toda azul! Como lo es igualmente con esotra admirable acuarela sobre motivos del hogar, que él llamó Una Carta en el Destierro, en la que el mismo paisajista taumaturgo pincela la férvida ansiedad con que aguarda el proscrito el correo que llega de la patria querida, y la sonrisa indecible con que se abre la carta indecifrible como un "manuscrito mongólico". "Su epístola, amigo mío, no se entiende, pero ¡qué de lindas frases, qué de bello lenguaje!". Y sueña con los palotes y monadas del muy zarrampla señorín suyo, que desde el hogar lejano y a la vera de su madre solícita y esperanzada, presume de escribir una "carta formal a su papá", sin percatarse de que, anticipándose a la radiotelefonía moderna, le trasmite el mensaje pautado de su corazón infantil, que iba a estallar como música inefable y resonante, suscitadora de lágrimas de dicha, en aquella alma nostálgica del cielo hermoso de la patria y del calor incomparable del hogar. Como lo es así mismo con el magistral artículo La Calumnia, de honda psicología y levantada moral, que exhibe al crimen en su siniestra y fea desnudez, y que invoca la indignación de todos los hombres de bien para que no falte nunca en imprimir sobre la faz maldita del calumniador, el estigma de la aversión social, "si quieren que se cumpla la justicia y se respete su derecho en este mundo". Y como lo es, finalmente, con esotra de las buenas lucubraciones de Ortiz, haya usted de Versos, que dedica a su amigo el poeta Juan J. Cañas, y en la que pone de manifiesto cuáles deben ser las verdaderas tendencias y cuál la legítima influencia de la poesía escrita, en el progreso, en el alivio, en la alegría, en el ascenso y perfección del espíritu humano.

Habría habido que añadir a esta colección, algunos de sus mejores paliques idiomáticos; la página de calorosa amistad que consagra a los rápidos y aplaudidos éxitos de Rubén Darío en Santiago de Chile; la prosa de crítica sutil, pergeñada con elegancia y cortesía caballeresca con que analiza, sin visos de importancia, la crónica de la visita a Nicaragua del señor Presidente Soto, de Costa Rica, escrita por don Pío Viquez, de la comisión presidencial, cronista que fue aquí objeto de particulares y delicadas atenciones; y acaso finalmente, el comentario de musculosa y elástica contextura, que hizo de uno de los Mensajes del Presidente Bográn, de Honduras, tendiente a demostrar la tangible verdad perogrullesca; conviene a saber: que las de cantadas divisas partidaristas en Centro-América, no representan, en realidad de verdad, otra separación de principios programados o de ideales políticos, que los del personalismo exclusivo, emparentado siempre con el gran desideratum del interés individual.

Es mi humilde opinión que si alguna obra valedera incumbe llevar al cabo a la Academia Nicaragüense de la Lengua, no es otra que recoger y publicar en el más conveniente de las formas, cual es el libro, precedido, si se quiere, a guisa de prólogos, por apuntes biográficos de este u otro género cualquiera, la obra dispersa y, a veces, de difícilísima búsqueda e integración, de los escritores nacionales de mayor mérito con lo que a imi-

tación de los Estados más cultos y avanzados de la raza, se irá creando una aporte bibliográfico de no escaso valor, al acervo literario hispanoamericano, y salvando así del olvido imperdonable, la excelencia de trabajos dignos de toda loa que, con honra para el país, visitarían luego en canje, las bibliotecas del Continente y de la Península Ibérica, de toda preferencia.

Inútil resultaría la tarea de reproducir aquí gran número de autorizadas opiniones sobre la labor literaria de Pedro Ortiz; pero no puedo menos de citar entre ellas, las siguientes de escritores nacionales, de reputación bien cimentada, que sobre haberlo conocido y apreciado bien, prolongaron o epilogaron lucidamente, la colección de artículos de que antes hice mención.

Don Adolfo Vivas dice de él: "Hay en todos los artículos de Ortiz un sello de originalidad marcadísima que mezcla la brillantez de su talento y lo familiarizado que estaba con el idioma español que manejó siempre con mucha pulcritud. No solamente encanta en sus escritos la variedad pintoresca de las ideas, sino la novedad constante de la forma, a la cual rendía culto como apasionado discípulo que era de los hablantes castellanos "

El doctor Manuel Coronel Matus se expresa así: "En la prensa de combate era todo un veterano: para una carga a la bayoneta, él; para batir al enemigo en todas direcciones, él; para dirigir el combate y asegurar la victoria, él Periodista fuerte, noble, vigoroso, atlético, lleno de bríos y resplandores, Pedro Ortiz era de nuestra legión dorada, de nuestra guardia de honor "

El Porvenir de Centro-América glosó así esta figura Istmica en la hora de su muerte: "Perdió Centro-América al joven y gallardo escritor que manejaba el castellano con elegancia; cuyo estilo nervioso, vibrante, claro, daba animación y vida al más árido asunto..."

Finalmente, el conocido orador cubano doctor Antonio Zambrana, dijo en su tumba estas palabras que son una apoteosis para el sobresaliente escritor nicaragüense que descendía al sepulcro: "No conozco, en efecto, prosista centroamericano que pudiera competir con él por la gallarda y sólida estructura de su discurso escrito, en que lucía, con la trabazón metódica y elegante, cierto fulgor poético, que por lo mismo que era ténue y como suerte de misterioso y velado resplandor, contribuía más a convertir en exquisita obra de arte cuanta huella dejó su pluma sobre el papel ."

La ola de la proscripción política arrolló a Ortiz, junto con otros distinguidos caballeros de Granada. De él pudo decirse entonces lo que el Duque de Monausier de Nicolás Boileau, al leer aquel las sátiras pungentes del último: "he ahí a un hombre para mandarse a galeras coronado de laureles!". Laureles para aquella frente pensadora de donde fluían en profusión a la punta de su aurea pluma, las ideas de gran vuelo, como enjambre de pájaros gorjeadores y vistosos o graznadores y sombríos; la argumentación jugosa, prespicua y envolvente; los periodos, natural y magistralmente acaudados y sonoros conque desenvolvía su tesis, o arrollaba al contendiente, o clamaba contra los vicios vitandados que la sanción social suele mirar, las más de las veces, con prudente y muy culpable indiferencia; o bien, la prosa imaginativa y emotiva, acaso la más he-

lla de su colección. Laureles para aquel corazón poeta que cantó, en páginas de hermosa y tersa sencillez, las delicias del amor paternal y las glorias indecibles del hogar! De aquel hogar que añoraba tras la lejanía azul e hipnótica de su tierra natal cuanto más prohibida más amada, y desde donde, al través del tiempo y la distancia, se sentía vehementemente reclamado por el amor conturbado de su esposa infeliz y por las manecitas anhelantes de sus rapazuuelos adorados a quienes no volvería a ver más! Y víctima incurable del mal del corazón que, según el sentir de Sterne, mucho antes dicho por Salomón, proviene de la esperanza diferida, soñaba como San Jerónimo, en lo antiguo, con la cuna donde dormía su pequeñuelo que había de ser luego el gran Orígenes, y con el dulce poeta mexicano, en lo presente, cuando con ojos encantados, ora contempla los ensayos maternales de su precocísima matrona doña Margot, de un lustro escaso de existencia, con su 110 de cebra coloreada, ora a su liliputiense y soberbio emperador romano, con su corona de papel, su sable de latón y su manto de trapo carmesí!

"Se me hielan los huesos lejos del sol de Venezuela!"—exclamaba en su regalada vejez y en la plena refulgencia de la capital de Francia, un ex-Presidente venezolano, de espíritu aterrado por el frío glacial de la nostalgia! Y en el medio día de su juventud, debe de haber exclamado, así también, en su ostracismo, aquel "fecundo artista de la palabra y de la idea, aquel valeroso fustigador del mal, aquel ciudadano activo y vigoroso cuyo carácter fundido en el crisol del patriotismo, obedeció a los impulsos de un corazón todo nobleza e hidalgüía" como lo describe, al borde de la fosa, con admirable exactitud embellecida por generosa efusión del sentimiento, su compatriota y panegirista conmovido, don Trinidad González C. "Se me hielan los huesos, se me hiela el alma, lejos del sol de mi patria y de mi hogar nicaragüense!"

Y un día infausto, la bala oficiosa o mercenaria de un ente anónimo puso fin doloroso a la brillante existencia de Pedro Ortiz en el suelo atrayente a donde fue a buscar hospitalidad en su desgracia, seducido por el miraje de felicidad que en él suscitaba, sin duda, el recuerdo de la simpática misión encabezada por el señor Presidente Soto, a Nicaragua; bala tiznada de cobarde alevosía que sobre arrancar criminalmente la vida prometedora y meritoria de Pedro Ortiz, escapó de tronchar también en flor, la vida del no menos ilustre escritor nicaragüense, don Enrique Guzmán.

Erraron incautamente aquellas plumas trascendentales de primer orden, de hombres enteramente desprevénidos, en el hecho de erguir en la palestra que tan prontamente hará temblar el crimen execrable, un empenachado adalid del resplandeciente ferraje de El Día. Erraron aún, en desoír las voces secretas agoreras de la fatalidad. "Tu lecho nupcial será tu tumbal"—dijo el anuncio fatídico y misterioso en los oídos de aquella amorosa, encantadora y legendaria, que no creyó nunca que amar pudiese ser un crimen, como los señores Guzmán y Ortiz no creyeron tampoco que allí lo fuera para nadie, el brillo del bien por el bien mismo, que no supo de las arteras intenciones del mal.

Reposan allá en la culta tierra costarricense los restos del buen esposo, buen padre y buen ciudadano y

célebre escritor que fue, entre nosotros, Pedro Ortiz. Es un deber del Gobierno repatriarlos, como fueron dignamente repatriados los de aquel apuesto y gentil y valeroso caballero don Alejandro Chamorro cuya blanca cimera abatió la muerte, también en aquella hermana tierra de su cariño que tan hospitalariamente le acogió; y al cumplí, como lo hago ahora cuan bien me es dable, con una disposición de la Academia Nicaragüense de la Lengua, relativa a la preparación y a la presentación de estas biografías, sean estos rasgos de la vida de aquel notable hombre de letras que supo honrar a su patria, un intenso homenaje a su memoria y un acto de asociación y simpatía, en el recuerdo, para la digna familia residente en Masaya, del infortunado y excelente escritor, y la indicación que aquí consigno por lo que valga, en consonancia, sin duda, con el deseo general, de la traslación por el Gobierno del Estado, de esos restos que ya han consagrado triplemente el mérito, la desventura y el tiempo, al suelo patrio que le abrigue y le duerma, "al rumor de sus pinos" en la eternidad.

Managua, Agosto de 1929

LOS PARTIDOS

En todos los países del mundo, hay una bien marcada línea divisoria de principios que separa los bandos políticos de un pueblo.

Alejándonos de la historia de las naciones europeas, cuyos nombres de partido, verbigracia, el Carlismo en España la Legitimidad en Francia, etc., son la síntesis de sus patrióticas aspiraciones, así como apartándonos también de Inglaterra y de Estados Unidos, cuyos partidos, acordes en la forma y fases secundarias de Gobierno, difieren en cuanto a detalles principalmente económicos, vengamos a nuestras denominaciones nicaragüenses, una de ellas extinta en apatencia, durante la larga administración que acaba de cesar con tan penosos recuerdos para la patria.

Generalmente han sido dos las banderas desplegadas en la arena de nuestras luchas políticas, con raras variantes o derivaciones de corta vida y menor trascendencia como el Iglosterismo, el Petonismo y Progresismo para el partido conservador, cuyo otiflama, digase cuanto se quiera, ha flameado siempre en Nicaragua como el símbolo de la paz y del orden, de las garantías y de la ley, del progreso y de la libertad.

Zelaya fué el unificador de las varias agrupaciones de desafectos y descontentos, rojos o demagogos, liberales leonesistas y liberales capitalinos, que surgían acá y allá, sin fuerza ni cohesión alguna, replegándose, en el poder, bajo la profanada bandera de la libertad. Salvo algunas honrosas excepciones—como la muy honrosa del actual Primer Magistrado de la Nación, y otras de escaso número— los más, incluso el propio caudillo del liberalismo, ignoraron siempre la hermosa significación de su estandarte, paseándolo por los ámbitos de la República, al son de la carmañola terrorista, como un guñapo de fango y sangre, pendón del sanculotismo entronizado, befa y escarnio de la libertad.

Lo que se ha tenido por partido liberal de Nicaragua, con la salvedad de una pequeña fracción disidente,

acaba de mostrar a la luz del mundo, su absoluta incapacidad moral para regir los destinos de una Nación que aspira, con el derecho de todas las naciones, a un puesto en el rol de los países cultos del globo. Faeton queriendo igualar a su padre, pidióle un día su carro de fuego, y no sabiendo ni pudiendo dirigirle, incendia la Tierra, y herido por el olímpico rayo vengador, húndese, en merecida fatalidad, en las silentes aguas del Eridano.

La enseña de la libertad flameando con el rojo encendido de la llama o de la sangre humana, es el más insultante contrasentido de la civilización. Las tradiciones populares llenas de profunda significación algunos nombres y algunas cosas. El rojo, para la sangre; el blanco, para la paz; el azul, para la libertad.

Sintetizando, nos referimos al conservatismo y al liberalismo universal como a los dos polos opuestos en los que rueda el eje de la política de las naciones republicanas. En Nicaragua, estos nombres no cuadran ni a uno ni a otro partido. Lo hemos visto así con el partido liberal. Veámoslo ahora con el partido de oposición

El partido conservador proclama el derecho de reunión pacífica, y de libertad de opinión y de conciencia, y se llama conservador.

Proclama la soberanía del pueblo; prohíbe la ley que daña a la sociedad, y promulga la que le es útil; reconoce y respeta las libertades públicas e individuales, así como el derecho de resistencia a la opresión, y se llama conservador.

Proclama la igualdad ante la ley, cree que la violencia al individuo es la violencia a la sociedad, como la hostilidad a una nación, es la tiranía universal, y dá al despotismo el estigma del crimen de lesa civilización, y se llama conservador.

Proclama, en suma, todos los derechos del hombre, según el espíritu liberal de los filósofos enciclopedistas del siglo XVIII, y se llama conservador.

Hay, pues, más que un error, hay una ironía de nombres. Ni el partido conservador ni el partido liberal nicaragüense, responden a la significación que entrañan estos nombres en todos los países del mundo. Rebauticémoslos. Llámese republicano el partido conservador, y por contraposición, así como por sus alardes de arranque, llámase democrático, el partido liberal. Estaremos así en lo justo, siquiera por el extrañamiento del absurdo.

TEODORO E. HOCKE

Permitid que cediendo a las sugerencias del color, me atreva a detener por un breve momento, con la palabra y el gesto de la eterna despedida, a ese fétetro que encierra los despojos de una personalidad distinguida que ha cesado de ser —por golpe súbito de la muerte,— lo que fue siempre en el curso de la vida: un elemento irreprochable de significación social, un elemento eficaz de cultura y de progreso, un elemento de valía positiva en las relaciones, ya raras, de la buena y leal amistad, que ahora conducimos tristemente a su última morada terrenal.

Ayer no más, en las tempranas horas del día, vimos vivir a don Teodoro E. Hocke, las actividades de su vida industriosa, y un instante después —en el pleno des-

amparo de la vía pública, le sorprende y le abate el rayo implacable de la muerte, que ha cubierto de luto muchos corazones y de tristeza el ánimo de la sociedad capitalina en la que vivió estimado de todos y con la mejor buena voluntad para todos.

Hace muy poco que a este mismo sitio venimos para acompañar los restos mortales de un caballero inolvidable, de notoria semejanza con el señor Hocke, en la alteza de sus merecimientos personales, semejanza en la eficacia de su larga labor constructiva, semejanza también hasta en las tristes condiciones de su ocaso y de su fin —don Julio Wiest—, su amigo y compañero en las aulas universitarias de Alemania, en el ejercicio profesional de la Ingeniería Civil en los Estados Unidos, y luego en Nicaragua en obras de adelanto de todas conocidas, que habrán de perpetuar su recuerdo en el aprecio de los nicaragüenses, amigo y compañero al que ahora le toca seguir tan inesperadamente y tan de cerca, en ese triste viaje al través de las sombras, que no tiene retorno. Juntos llegaron a Nicaragua llamados por el Gobierno del Dr. Cárdenas, y ambos hicieron de este suelo su patria de adopción hasta su muerte.

Muchos son los servicios y obras de Ingeniería y de Arquitectura que pudiera enumerar del señor Ingeniero don Teodoro Hocke: entre ellas, los estudios de vías férreas entre Occidente y Managua, la Penitenciaria, el Palacio Nacional, su Gerencia, en dos ocasiones, del Ferrocarril Nacional, y la localización del todavía proyectado ferrocarril de San Jorge a San Juan del Sur, en la que me fué muy grato colaborar con él. Fundó su hogar en Nicaragua, y laboró porfiadamente con hombría laudable para adquirir propiedades de arraigo en el país, como lo hizo con éxito en las zonas cafetaleras del Septentrión.

Dijo un filósofo de la antigüedad: “si el piloto soberano te llama, corre pronto al barco y abandona cuanto poseas sin volver hacia atrás. Y si eres viejo, no te separes mucho del navío por miedo de que te coja desprevenido tu llamamiento”. Y Don Teodoro cayó, sin la más leve prevención, en la sima de las tinieblas insondables, hiriéndonos vivamente en su caída, como en pocos otros casos de esta suerte, con el recuerdo de las lamentaciones aplicables del Santo de Idumea: “¡Como están de contados los cortos días del hombre! Como una nube que se acaba y se va. Y desciende en el sepulcro para no subir ya más”.

Desde que fue organizada oficialmente la Asociación de Ingenieros y Constructores de la República, institución que cuenta con todos los profesionales diplomados y aptos en el país, fue don Teodoro E. Hocke repetidamente electo Presidente de ella; y al dejar hoy vacante ese puesto que honró tanto con su experiencia, su bondad y su saber, la Asociación aludida, profundamente impresionada con este suceso lamentable, ha puesto una corona de flores expresiva de su cariño y alta estima sobre la caja en que viene durmiendo su sueño eterno, el compañero importante, honorable y querido, y me ha hecho el honor de comisionarme para despedirlo en su nombre, como lo hago sentida, si brevemente, con estas palabras, que al borde de la tumba son todo el corazón; adiós, y paz, a lo perecedero; salud siempre, y gloria, a lo inmortal en él. Dije.

ADAN VIVAS

El 7 de junio de 1905 cerró sus ojos para siempre en la ciudad de Granada, el joven escritor y poeta, a cuya memoria consagro estas pálidas líneas como un reflejo de afecto y de justicia, que jugueteando por un instante allá sobre la lejana tumba, delineará si bien muy imperfectamente, los contornos de aquella figura paradógica, brillante y sombría como la de Edgar Allan Poe, que llevó y popularizó el nombre de Adán Vivas.

Contaría Adán 33 años de vida asendereada y azarosa en sus postrimerías, suavizada por intervalos de bonanza y pasiva y sumisión al metodismo rutinario del hogar y a hábitos morigerados de templanza, cuando la muerte, ya presentida y sobradamente anunciada, vino a reclamarle como una víctima que casi se ofrecía por sí misma en aras de sus propias desventuras: ahito de decepciones y sufrimientos; ansioso, por así decirlo, como de Musset, de reclinar al fin la joven cabeza fatigada en la fúnebre almohada, y dormir el sueño eterno que no tiene despertar aquí en la tierra.

Leí ha tiempo una bella poesía de Adolfo León Gómez intitulada La Tumba. El Destino convoca a la Hermosura, a la Opulencia, a la Juventud, a la Alegría, al Trabajo, a la Ciencia, a la Poesía en torno de una fosa, para descubrir en ellos, la impresión más espantosa de la muerte. La Belleza se horroriza de la inmundicia profanación a la hermosura, a la vista de aquella nauseabunda y lentamente animada lepra del sepulcro, que brotando, como si dijéramos, de las húmedas paredes de la huesa misma, cubre con torpe ironía y sacrilega voracidad, lo que poco antes fuera hechizo del mundo y envidia de deidades; la Juventud y la Alegría palidecen ante la pavorosa soledad de la última morada: la Opulencia retrocede desfallecida ante su oscura y miserable estrechez; el Trabajo se aterra en la eterna quietud; la Ciencia, de su misterio; la Poesía entristecida, llora el olvido de las tumbas, el olvido como lo más espantoso de la muerte. Y no obstante que para el caso, valen lo mismo o nada el olvido, la soledad, la estrechez, y aún la asquerosa lepra viviente del sepulcro, yo pienso también entristecido con el poeta, pues que no hay lápida funeraria que más pesada y despiadadamente calga sobre una tumba, cerrándola para siempre a los ojos del mundo, que aquella plúmbea losa que lentamente va dejando caer el corazón humano, aún a despecho de sí mismo, sobre la triste y yerta forma de una víctima quecida, cuando seca la fuente de las lágrimas y rota desde entonces la interdicción de los goces tentadores del mundo, remózase el corazón en una inefable aspiración de nuevos nombres para esa ilusión jamás alcanzada que llaman la perfecta felicidad humana, y que burla al hombre desde el orto al ocaso de su vida.

Un lustro acaba de pasar desde la temprana muerte de Adán Vivas, y salvo un breve artículo necrológico de Salvador Castrillo, soy yo, si no me engaño, quien primero se acerca a la tumba solitaria del malo grado joven escritor y poeta granadino, a planear el duelo para las patrias letras, y a esparcir adelfas del recuerdo sobre el túmulo que guarda sus despojos

De ilustre progenie y de franca y varonil presencia,

con aires de parnasiano desenvuelto y burlón; cabeza modelada como para servir de asiento a la inspiración; expresión rebosante de animación y aún de impetuosa vivacidad; nobles y generosos impulsos del corazón; carácter excéntrico y rebelde a los cánones estrictos de aceptadas conveniencias sociales, como su númen que jamás pudo caber dentro de la dorada jaula de un estudiado eufemismo y del comedimiento repulgado y discreto a que nos obligan las apariencias indispensablemente necesarias en el diario escenario de la vida exterior todo eso era Adán: pájaro de vigorosa potencialidad desarrollada a plena luz y a plena libertad, en aquel viejo hogar de sus abuelos, acabado también hoy como su propia existencia, y en donde una célebre anciana, a quien yo nunca conocí, más a cuya memoria tributo el homenaje de afectuosa veneración con que aún viva en el recuerdo de mi padre, se recreaba en rodear y ver crecer bajo la égida de su graciosa, si a veces temible predilección, aquel aguilucho favorito cuyo aleteo y canto victorioso, no le fue ya dable oírle resonar dentro del alma como ecos lisonjeros de orgullo y de placer.

Ráfagas de desgracia y muerte abatieron y desolaron un día infausto aquel hogar, y desde entonces voló el aguilucho de rama en rama cual si temores instintivos le fueran ahuyentando de traidoras emboscadas de su fatal destino; subió con naturales bríos por las encumbradas regiones del Helicón y del Parnaso; y más alto aún, y con más potentes y soberanos giros, casi rayando en los vuelos del águila caudal, por las de una libre y fecunda inspiración en el lirismo de su elocuente prosa, hasta que el frío hálito de la muerte entumeció las extendidas y bravías alas, y cayó a la luz del medio día de sus años, exhalando la triste vida aquel ser todo pletórico de juventud, a pesar del fatalismo de su sino que le impidió cruzar una y otra vez las ciénagas emponzoñadas del infortunio, y de las cuales emergió cada vez más excéptico y sombrío, rota alguna cuerda más de su lira de poeta, y por sorprendente anomalía, su pluma de escritor, mojada en las negras aguas de la desolación y la amargura, brillaba con nuevas y hermosas fulguraciones al herirle los rayos de la inteligencia o del corazón.

“No soy” —dice Adán Vivas, en la introducción de un folletito de versos intitulado Sorpresas— “ni decadente, ni romántico, ni nada en literatura. Soy una construcción química que vibra impresionada por acontecimientos reflejados en ideas”. Y decía muy bien; no pertenecía, ni procuraba seguir rumbos fijos y de terminados en las letras; era solo, espontáneo, original; dábase ingenuamente a la belleza y al arte según las percepciones de su espíritu; cedía naturalmente a los impulsos de su inspiración, y así, ora versificaba al amor —su númen por excelencia— a la belleza, a la desgracia, a la dicha, al dolor; ora escribía con admirable facilidad la prosa libre, exornada de galas naturales del ingenio, la prosa que brota del corazón y que vivifica la imaginación, flores de un fecundo suelo tropical matizada por los rayos del sol naciente; hermosa, fácil y brillante elocución que habría hecho de Adán Vivas el primero y más gallardo de los prosadores centeoamericanos.

Muy joven aún tradujo al castellano uno de los

más bellos poemas de la literatura inglesa, EVANGELINE de Longfellow, y si jamás tuvo ocasión de leer la versión de los magníficos y armoniosos hexámetros en los que el poeta norteamericano canta el destierro de los colonos franceses de la Acadia, y los desventurados amores de Gabriel y Evangelina que se buscan desde el San Lorenzo hasta el Mississippi, y desde las vegas de la Luisiana hasta encontrarse en las márgenes del Delaware, y un instante después, en las de la eternidad, vi en cambio, los más halagüeños elogios que la prensa nicaragüense prodigaba al joven poeta que con tanta valentía y donosura acometió desde los principios de su lirismo, la difícil tarea de traducir uno de los poemas favoritos de que tan justamente se ufana la lengua de Whittier, de Tempson y de Bryant.

Cantó luego a su musa, la mujer, y sobre todo la belleza y gallardía de la mujer granadina. Como Stendhal, el amor constituyó la gran dedicación de su vida, pudiendo decirse de él a este respecto, lo que Merimée del autor de Rouge el Noir: "Te vi siempre enamorado o fingiendo estarlo".

Las Reclusas, que tienen tintes de los diálogos del Diablo Mundo de Espronceda, es un juego poético en donde describe el ingreso de las improvisadas religiosas a los Ejercicios; los votos de un día que pronuncian con la devota intención del sacrificio dentro del claustro; la tentación del mundo en forma de un efebo ardiente; las pláticas sagradas del sacerdote en nombre de la religión; y finalmente, los filosóficos comentarios de la Ciencia. Amanda, Matilde, Merceditas, Elena, desfilen en su excitada imaginación con el crucifijo de marfil en las manos, y la luz de sus negras pupilas irradiando con el mundano brillo de las de Eloisa, de Dido, de Julieta, sobre la azucena de sus frescos y agraciados rostros.

PIEDAD, es sin duda, una de las mejores composiciones publicadas, de Adán: un acto de conciencia descrito sencilla y brevemente; un cuadro psicológico completo y preciso en sus detalles. La limosna que se rehusa con ligereza y fatuidad. La voz de la conciencia que retarda su paso, le detiene, le obliga a volar en busca del desairado mendigo. El rayo de alegría que inunda el alma al encontrarle. La gratitud del infeliz. El corazón ensanchado de gozo haciéndole marchar nuevamente con paso acelerado y satisfecho semblante, como el asomo de la escuchada y tranquila conciencia.

Merceditas César, aquella gentilísima señora, orgullo y encanto de la sociedad granadina; aquella más que dulce beldad cuyas blancas sienas ciñeron de consumo la admiración y el cariño con los lauros del triunfo y del amor, y cuyo nombre resuena aún dolorosamente en la aristocrática Sultana conmoviendo los amigos corazones, inspiró desde muy joven a Adán, quizá los mejores versos de su colección, en los que encuentro bellezas que admirar en cada estrofa, como que es la poesía del sentimiento palpitante, el canto del dolor, de la humillación y la vergüenza, al ángel de niveas alas que de pie un instante en su camino, parece juzgarle en su callada inocencia y perdonarle con la amable sonrisa de sus labios de rosa.

"Quise gozar mirándote de frente
Pero no pudo el corazón llagado:
Yo inmundo pecador, y tú inocente,
Tu la misma virtud, y yo el pecado".

"Casi me siento indigno de ofrecerte
Versos escritos de mi impura mano;
Pero mi triste corazón los vierte
Como flores que nacen del pantano".

"No le dejes morir sin esperanza,
No le rechaces con el pie. Perdona:
El a tu frente que fulgores lanza
Viene a poner su pálida corona

Tú no la necesitas, pero nada
Importa que mi voz llegue a tu oído,
Como a la Virgen del altar, sagrada
Puede elevar sus preces el bandido".

El poeta parece vacilar con su ofrenda de laureles ante la virgen de clásica belleza, e implorando su benévola aquiescencia, acércase temerosamente colotando a sus pies la corona que su espíritu tejiera, no osando, con impuras manos, ceñirla a la dulce cabeza. Admira y ama, como en la "temprana flor de la campiña", la delicadeza de forma y de matiz que así finalmente describe:

"Tu boca que el Señor cuidó en hacerla
De tus mejillas, la dormida rosa
De tu garganta, el resplandor de perla

He leído varias veces esta producción de Adán, que en parte me ha permitido transcribir en gracia a la original idealidad del asunto, fiel e ingenuamente presentado, y en donde se manifiesta como en pocas otras, la sensibilidad del poeta, deslumbrado por un fulgor del cielo, y humillado por un sonrojo de su conciencia: poesía del dolor en una de sus múltiples fases; homenaje de la inteligencia desastrada por la intemperancia, a la deidad amajestada por la inocencia; estrofas hechas de lágrimas que brotan del pecho oprimido y conturbado, caldeando la descompuesta faz, y cayendo a los pies —permítasenos la expresión— de la virtud misma, como un desagravio del yerro a la perfección. "Poeta" —dice Victor Hugo en su estudio sobre Shakespeare— "que la estrella que brille en vuestros ojos sea la lágrima humana; que lleven vuestras plantas el polvo de la tierra. Si sólo sentís las atracciones de lo infinito, alejaos en buena hora: os habéis creído un ángel cuando no sois más que de un pájaro".

En un ligero artículo de periódico, como el que me he propuesto escribir para "El Comercio", no cabe el detallado análisis que corresponde a más dignas y laboriosas plumas que la mía apenas guiada por el deseo de recordar las brillantes dotes literarias del amigo que no existe ya, a fin de que la crítica razonable y desapasionada, coloque el nombre de Adán Vivas en el prominente lugar que le asignan las pocas, pero buenas y bellas producciones de su privilegiado talento.

ESPAÑA, dedicada a don Nicolás Q. Ubago, es

una corta composición que adolece de algunos defectos en la forma, gusta sobremedida por la expresión del patriotismo que liga ingeniosa y delicadamente a las vicisitudes, si a veces desgraciadas, siempre gloriosas de la Madre Patria.

Canta en otros buenos versos la belleza soberana e invencible, como la de Nino de Lencos o la de Diana de Poitiers, de la muy distinguida dama doña Margarita Ch. de César; el refinamiento y gracia exquisita de Blanca, la maga de trinadas notas cual las gargantas de nuestros jilgueros y zenzontles, y quien, al oír, arranca a la memoria estos apropiados versos de Zenea:

"Es tu voz
una música tan suave,
Que parece que hay un ave
Que está cantando en tu alma".

Celebra el misticismo triunfador de Elena; el aticismo de Matilde; la maravilla del adorable rostro de Amanda, la de mongiles tocas, que se aleja del mundo:

"Prefiriendo de Cristo las espinas
Al penacho gentil de Juan Tenorio"

Honra el dolor en epístolas elegiacas que dirige a los señores Lacayo y Pasos, así como también, la nobleza de espíritu y caballeroso continente y acción del doctor Emilio Lacayo. Rima, en fin sus impresiones al dejar de esas estrofas, tocadas de tristeza y de vehemencia, como una despedida byroniana, citaré desde luego, como dignas de figurar en el número de sus más escogidas producciones:

"Adiós ciudad espléndida y querida
En cuyo seno, de mi alegre vida
Las horas se volvieron de dolor;
Adiós, ciudad de rosas y de espinas:
Todas mis esperanzas, en ruinas
El hado inexorable convirtió

"Adiós mujer: cuando tu pie descienda
Del parque umbrío por la fresca senda
Donde la flor primaveral te dí,
Con tristeza pensando en mis amores
Recogerá las abatidas flores
Que el viento del otoño hace morir"
Pronto esas grutas, verdes todavía
Sus hojas perderán, hermosa mía,
Al beso de la nieve sepulcral;
Y esa mar que tú ves alzarse fiera
Entre nosotros, su fatal barrera
Habrá extendido para siempre ya.

"Pronto verá cruzar al peregrino
Que hacia esta playa con aliento vino
Y desmayado siente el corazón;
Pronto a ese templo vivo y soberano
Desde tus altas ondas, Océano,
Yo le daré mi postrimer adiós".

Poco antes de su aciaga muerte, publicó bajo el

título de SORPRESAS, una corta colección de sus últimas poesías, páginas del corazón en donde esplenden los postreros arreboles de su vida allá entre las escasas claridades de un cielo cubierto de preságos nubarrones de angustia, de desesperación, de muerte:

"Parece que me hacen cosquillas
Los diablos con dedos agudos;
La noche está negra; estoy solo:
Lector, este libro es mi túmulo".

Este es el breve epílogo de sus cantos y de su vida; la última sorda nota de su lira; la final y agónica queja de sus labios. Recuerdan los últimos versos de Adán, los de aquel pesimista y meritísimo poeta catalán, don Joaquín Bartina, en cuyos poemas brilla el ingenio real dado por las sombras del corazón.

De esta colección, INFANCIA, OSCURIDAD, DIBUJO, EL NARANJO, CASA DESIERTA, LA CENA DEL CARPINTERO, AFRODITA, son las que presentan mejores valimientos para su selección.

INFANCIA, es la descripción de una procesión de Via-Cruce, vista al través del ahumado prisma de la desilusión y de los años redoblados por la desventura:

"De una flor sobre todo
Que huele a relicario,
De un color encendido
De ladrillo quemado,
Pequeñita y abierta,
Cual coralino grano,
Se hacían las cadenas
Para el Jesús de palo".

Quien así tan sencilla y verdaderamente describe recuerdos e impresiones de la infancia; quien con tan bella naturalidad nos hace aspirar nuevamente el suave olor de los largos festones de siemprevivas con los que, en tal ocasión, se adornan por modo tradicional y exclusivo, los brazos de la cruz; quien así se conmueve con la contemplación de setas escenas que por sí solas forman la más atrayente y vistosa lejanía de la infantil edad, es poeta sin duda alguna, en el fondo; y quien así expresa sus diversos estados de alma con relación a los sucesos que le emocionan, lleva en su espíritu, la gama y tonalidades del artista, las armonías de la naturaleza humana, armonías audibles, por así decirlo, a los toques misteriosos de la impresión robustecidas y embellecidas por el aliento sagrado de la inspiración. La inteligencia abarcando e identificándose con el asunto que nos domina; la imaginación y el arte dando adecuada forma y colorido a la expresión; el sentimiento dando el soplo de vida a esa exquisita y alada creación llamada poesía, son los atributos o facultades eminentes, el QUID DIVINUM, del poeta. La deslumbrante hermosura de la Galatea, es la obra eximia del artista escultor; más la exaltación del artífice que lleva al lecho la estatua marfilizada.

En EL NARANJO, refiere con la fácil brevedad de un cuento, el episodio doméstico de la siembra de la extranjera semilla por las propias manos de la abuela rodeada del bullicioso coro de sus nietos, y a la vuelta de algunos años de ausencia, lamenta la desaparición del que creciera, árbol favorito, mudo tes-

tigo de las dichas del hogar, como de la desolación que naira enseguida el poeta, en sus versos **CASA DE-SIERTA**:

“Tengo frío en el alma,
Por mi cuerpo circulan
Inyecciones de hielo
Que mis nervios convulsan”.

Es la vuelta a la vieja casa de sus abuelos, empolvada y desierta. Los cuadros, los objetos, los árboles, los sitios escondidos para los juegos de la niñez, le hacen el efecto de espectros de cosas animadas y queridas momificadas de improviso por la mano de la muerte. Esparecida la dilatada familia; sepultados los dos ancianos venerables; sola, callada, inmensa, aquella antigua morada de tal modo ligada a su existencia, siéntese sobrecogido de espanto ante tan triste espectáculo, y huye conmovido en busca de la vida por un breve instante sofocada de su ser.

AFRODITA, es la poesía erótica, como muchas otras de Adán, en las que campeaba su naturaleza ardiente como un sol canicular. En obsequio a la aparatosa moralidad de nuestras costumbres, rayana en cuaquerlana austeridad, me privó a mi pesar, de citar algunas estrofas de **AFRODITA**, que acaso valdría la pena de conocerse un poco más, al menos entre los nicaragüenses aficionados a las bellas letras.

OSCURIDAD, es la envolvente tiniebla del espíritu. Flores, luces, risas, armonías todo ha pasado ya para el poeta. El corazón preñado de amarguras llora sentimientos e ideas que caen gota a gota sobre el rostro, en las terribles ebulliciones del dolor. Hay lágrimas que son una protesta, y llantos que valen una profunda imprecación al destino:

“El más profundo fastidio
Y el más cruel abatimiento,
Unidos en mi alma siento
Como eterna maldición”.

Hasta aquí tan solo he podido referir el corto número de poesías de Adán Vivas, que he tenido ocasión de conocer; y lamento sobremanera no tener a la mano sus artículos publicados en **“EL IRIS DE LA TARDE”** y **“EL CORREO DE GRANADA”**, cuyas columnas vibraron muchas veces con el verbo altivo, fecundo, y sonoro, joven aún, y sin otros estudios que los del Instituto Nacional de Oriente, y su propia dedicación a la lectura, descollaba como uno de los primeros escritores del periodismo nicaragüense.

Uno de sus más bellos artículos de que puedo ha-

cer memoria, fué el que escribió bajo el epígrafe de **REINA GUILLERMINA**, allá cuando el anciano Kruger, que había asombrado al mundo con las heroicas proezas de sus valientes boers, visitaba la atónita y reservada Europa, arrancando aquel hermoso canto de entusiasmo y reverente admiración del estro divino de Rostand: “Perdón sublime Kruger! perdón para esta horrible y vieja Europa!”.

Tenia Adán la incomparable ventaja de una asombrosa facilidad de composición en la que siempre se reflejaba su original subjetividad. De paso una vez por esta ciudad, se le llevó de paseo al pintoresco sitio de nuestro cementerio, desde cuyas colinas se domina un vasto y espléndido horizonte, y pocos momentos después de regresar a la ciudad, le vimos con sorpresa aparecer trayendo en su mano las cuartillas en las que describía sus impresiones de la tarde en párrafos de espontánea gallardía, dignos de su pluma victoriosa y del consagrado lugar que llevara a su espíritu ráfagas excitadoras de inspiración.

“Adán” —decíame un día su hermano Adolfo, que tan alto puesto ocupa hoy entre los escritores nacionales— “difiere de mí, en que cuando yo necesito la observación de un hecho real, a él le basta la simple exaltación de su fantasía para la elaboración de nuestros respectivos escritos destinados a la prensa”. Dicho tan cierto como que Adolfo se inspira en las fuentes del realismo, mientras que Adán, sin presumirlo ni quererlo, enarbolaba sobre su tienda de escritor o pabellón de poeta, la enseña azul del romanticismo.

Victor Hugo, Byron, Espronceda, parecían ser sus poetas predilectos. De pasmosa memoria, recitaba largas y escogidas estrofas de los autores mencionados; o bien, por ejemplo, la admirable descripción que en **LOS MISERABLES**, hace Victor Hugo de la aparición de la Guardia Imperial en aquellos gloriosos campos de Waterloo, immortalizados por el más grande desastre de los siglos.

Hoy, he dicho, cúmplese un lustro de haber rendido la corta y penosa jornada de su vida, el malogrado joven escritor y poeta granadino, Adán Vivas. Si la ocasión llegase, gustoso prestaría mi humilde colaboración para un ensayo de mayores alientos que el que cabe en la obligada brevedad de un artículo de periódico, sobre los méritos de Adán Vivas en el doble carácter en que aquí le considero, no como un poeta y escritor de nombradía hispanoamericana, sino como una esperanza caída en flor para las patrias letras, como un iniciado que lució fulgentes arreos en nuestras lizas literarias, que no por su estrecho campo, son menos meritorias ni menos dignas de estímulo y de aplauso, y que acaso hubiera alcanzado a serlo, en fuerza de su dedicación y su talento, por más que estos ambientes tropicales parezcan tan poco propicios para culminar en el divino arte de Zorrilla, dragago; de Lamartine, el contemplativo; de Poé, el visionario; o en el más humano de Michelet, el iluminado;

de Macaulay, el doctor; de Castelar, el olímpico.

Sean estas rápidas líneas, que tanto distan de presumir ser un estudio crítico de la producción literaria de Adán Vivas, la primera piedra de la columna que otros brazos de mayores energías, movidos por igual voluntad a la mía, contribuyan a levantar sobre su tumba, como un acto sobre su tumba, como un acto de póstuma justicia a las sobresalientes aptitudes de aquel genial poeta y brillante escritor que impelido en sus últimos años por la inclemente fuerza del destino hacia el vertiginoso picelago de la incontinencia, por entre los escollos de la humillación y del dolor, deshechas las ilusiones de la vida, lacerado y agostado el corazón, alzó un día la espaciosa y abatida frente en busca de la luz de la rehabilitación, vio cerca de sí con reprimido espanto la oscura playa de la muerte, y se tendió sobre ella, triste, tranquilo, resignado, como acogido al último refugio de la humanidad doliente.

Duerme aún, aguilucho. Hay fosas que son como cámaras probatorias de la verdad. Reciben la yerta materia y devuelven la luminosa idealidad. Acaso en breve día, conforme con mis votos, la mágica vara de la fama nacional entreabra la tuya, y surjas de allí, donde ahora yaces, águila blanca de serenos y altos vuelos por los cielos de nuestra posteridad.

Rivas, Junio 7.

DIEGO MANUEL CHAMORRO

SEÑORES:

Una antigua ley ateniense reservaba los fúnebres elogios y las ofrendas florales para aquellos soldados que hubiesen muerto combatiendo en los campos de la patria. Y he aquí que un soldado pletórico de energías admirables, que un Jefe de las más grandes y atrevidas valentías, inquebrantable y paciente en la derrota, prudente y sobrio en la victoria, temeroso y audaz en la batalla ha caído en la arena sable en mano, con estrépito de poderosa armadura —y tal un Cid Campeador— con la adusta expresión de la tenaz y altiva bravura de los héroes en el noble rostro bañado por la suave claridad del sol poniente. Honor a la vida sin mancha del paladín victorioso llena de alientos de combatividad sorprendentes. Honor a la muerte que al sonar para sí, la triste hora del último destino, rindió todas sus armas flamantísimas, y se inclinó humildemente para que en él se cumpliera la voluntad de Dios!

Pocas vidas nos será dado encontrar en nuestra historia —preciso es confesarlo— que aventajen en manifestaciones generalmente meritorias, a la del

conspicuo ciudadano Don Diego Manuel Chamorro, que ahora yace en esa caja mortuoria, y que por ello mismo, y en doloroso contraste con su triunfadora existencia y con la exaltada cumbre de donde acaba de despeñarle violentamente el rayo de la muerte, pone en mis labios esta inspirada sugestión del poeta:

The deard butscepleied Sovereigns who still rule
Our spirits from their urns.

“Son los yertos Soberanos que el cetro empuñan
Y los pechos rigen, desde la propia tumba”

Nacido en el seno de una familia ilustre que dio tantos próceres a la patria, y nutrido su espíritu en las hermosas tradiciones cívicas, en el ambiente del hogar y del partido a que él tan dignamente perteneció, hizo de ellas la aspiración esforzada y suprema, el lema glorioso de su vida entera y ardientemente consagrada a la patria que él tanto y tan ciertamente amó. No hay uno solo de nuestros esfuerzos revolucionarios por restablecer en el país el orden constitucional y el derecho y la libertad ciudadanos, que no le haya tenido a él como a uno de sus mejores consejeros y más denodados defensores; ni un solo triunfo, ni un solo desastre, que no le haya contado prominentemente en el número de sus más escogidos abanderados de vanguardia. Sereno y firme en los caprichosos vaivenes de la suerte, bastábale hollar con su planta la dura tierra de la persecución para alzarse —nuevo Anteo— con todos los demás, sus iguales en amor patrio, con el estandarte de todas las rebeldías y de todos los sacrificios en aras de su única obsesión, la salud pública, o sea, el bien nacional.

Era el caballero de la humana energía de que nos habla Darío. Recordemos su dominante e imponente figura en el Congreso, a cuyo augusto recinto penetraba “armado y empenachado guerrero”, ajustado al cincelado símil de artífice genial para el célebre LEADER republicano Mr. Blaine; y ahí abrazando sus formidables armas, e impelido por su honda convicción y ánimo caballeresco, combatía valerosa y provechosamente, por tradiciones y principios, a su entender sustantivos, o bien, por las nuevas orientaciones que abrían una ancha vida de seguridad y de progreso al país, y que él veía brillar como una aurora de deslumbrantes coloraciones de redención; y enardecido por el calor de la idea, y por ella hecho irreductible y fuerte, pudimos siempre contemplar flotando con heroicas gallardías, su alta y blanca cimera de combatiente apercebido y leal, si visionario a veces, lo mismo en la tribuna parlamentaria que en el rudo estadio de la prensa en donde fulge su recuerdo de brioso polemista y de culto expositor de sus levantados mirajes de patriota.

Recordemos la época de actividad ilustrada, brillante y patriótica, acaso la más lucida de su vida, la de su espléndida actuación como Ministro de Re-

laciones Exteriores y de Instrucción Pública, en la que, estimulado por los claros prestigios de su abolengo, y por las más altas y luminosas huellas del Ministerio, imprimió en el primer ramo, con éxito completo, un nuevo y vigoroso impulso de amplia y franca y docta discusión y defensa de las cuestiones de más ardua y vital naturaleza que constituyen la base del Gobierno, y reformó laboriosamente, en el segundo, el sistema y plan de instrucción, empeñado, como Horacio Mamm, en extinguir la masa analfabeta por la difusión de la enseñanza, y creyendo como Portalis, que no hay enseñanza sin educación, ni educación sin religión.

Recordemos también el airoso y hábil desempeño de su misión diplomática en aquel país admirable y amigo, bajo cuya sagrada bandera —en las memorables palabras de un notable orador americano— “no hay ser humano que no se sienta y permanezca libre”; y finalmente, los resplandores que iluminan la cima de su ejemplar existencia que corona con el bien merecido galardón de la Presidencia de la República, en la cual, y como para demostrarnos ahora y siempre lo deleznable y frágil de las cosas humanas, le sorprende la muerte en medio de sus altas labores y esperanzas; y el bravo luchador, y el caudillo y el patriota, y el estadista, y el buen padre de familia, y el caballero, y el amigo —digno émulo de sus esclarecidos antepasados— alcanzando apenas a levantar al azul la mirada sorprendida y penitente, pasa noble y cristianamente, como un leve soplo, de la vida terrenal, con todas sus relevantes cualidades que reclaman el aplauso, y sus inevitables imperfecciones que hoy cubre el velo del respeto humano, sumiendo así en justo asombro y en profundo duelo a su familia, a su partido, y a su patria.

Hombres hubo definidos por símbolos característicos de sus grandes obras. El propio, era el símbolo preclaro de una muy distinguida parte del Partido Conservador. Era todo un carácter que se crecía y templaba en los ardores de las luchas partidarias, o en aquellas situaciones que más demandaban fortaleza y valor. Estadista y caudillo a la vez; a la vez brazo y cerebro, forjaba ideas y libraba acciones en su apoyo, con el nervio vibrante y vencedor del hombre entero y fuerte que se erguía dominador dentro de sí mismo; y ora pensaba y actuaba elevada y prontamente en las altas esferas oficiales, ora prodigaba la eficacia de su impulso por doquiera que fuera menester, ora impartía sus entusiasmos doctrinarios a las muchedumbres o a la juventud ávida de enseñanzas, de esas que tallan adolescentes corazones en órganos palpitantes de viril y generoso patriotismo.

El Partido Conservador de Bluefields, de aquel importantísimo departamento llamado a ser, en breve, nuestra puerta salvadora al Atlántico, se ha servido encarbarme anoche la honra inestimable e inmerecida de su representación en estos solemnes funerales del señor Presidente don Diego Manuel Chamorro, de modo que sus sentimientos de hondísimo pesar quedan aquí asociados al gran dolor de la República; y si en este ingénno gesto de última y sentida despedida, que no presume las galas de la oración, faltase a mi voz el inspirado y movedor acento de la elocuencia, só-

brale sin duda, el del elevado afecto y aprecio conturbados que viene a dehojar, espontánea y admirativamente, las flores naturales del homenaje de la consternación del Partido Conservador de Bluefields, y de mi propio dolor, sobre “el desvanecimiento de la seda azul y blanca” que cubre el féretro del eminente ciudadano y distinguido amigo mío, cuyos sagrados restos van a pasar bien pronto —para apropiarme la frase de un elegante orador argentino, para el gran Mitre— “bajo el pórtico de la mansión de la muerte que es para él, como el dombo estrellado de un arco triunfal!”

Granada, Octubre 15 de 1923.

29 DE JUNIO DE 1855

RIVAS, 7:30 p.m., del 14 de Julio —Recibido a las 7:30 p.m., del mismo día— Ingeniero J. Andrés Urtecho. En carta que le envié y que no recibí, le pedía escribiera maígen acción de armas 29 de junio 1955 para agregarla Revista que preparo— Quisiera Ud hacerlo mandándolo correo mañana? — F. P. Flores, Vice Srio. Comité”.

No contando, pues, más que con breves momentos para honrar, cuan bien me es dable, la atenta solicitud del señor Secretario F. P. Flores, de enviar hoy mismo mi modesta colaboración para la Revista a su cargo, sobre el suceso de magna trascendencia que recuerda la fecha memorable que sirve de epígrafe a este artículo escrito al correr de la pluma, no entraré en detalles históricos sobradamente conocidos, ni estudiadas apreciaciones, por otra parte innecesarias, del grande acontecimiento aludido en el muy agradecido mensaje que inserto por vía de explicación personal.

Recuento someramente, no obstante, las fases resaltantes y precisas de aquel hecho de armas que tanto o más que la acción posterior de Jocote, merece el honor que a ésta le discierne el sabio geógrafo Reclus, cuando la llama con toda propiedad, la primera batalla en suelo americano contra la esclavitud y por los fueros de la dignidad y de la libertad humanas.

La falange de Walker, en número de 55 experimentados rifleros americanos, algunos de los cuales habían sido con militares del célebre esclavista en las famosas correrías aventureras de Sonora, con el aditamento de cien soldados nativos al mando del Coronel Ramírez, desembarcaron del bergatín VESTA en la playa de Gigante del Departamento de Rivas, el 27 de Junio de ese mismo año, marchando en seguida con dirección a la ciudad cabecera, adonde llegaron, a pesar de las fuertes lluvias que prolongaron la jornada en la mañana del 29.

Walker ordenó que se entrara a Rivas por el lado de Santa Ursula. La ciudad había sido puesta rápidamente en actitud de defensa precaria, por su Jefe el Coronel Bosque. Contingentes de patriotas afluían de los pueblos circunvecinos del Departamento. El pe-

queño retén de Tola, se había reconcentrado la noche del 28, después de un cambio de descargas con las tropas filibusteras, y habían llevado el grito alarmante y al mismo tiempo excitador de los más viriles impulsos, de ANNIBAL AD PORTAS, como en la batalla de Canas, a la ciudad amenazada y desprovista de los elementos indispensables para combatir con esperanzas de éxito, las bien equipadas y desalmadas huestes invasoras cuyo solo nombre era el terror de las pacíficas poblaciones y cuya sola presencia era signo de insolente infatuación y de fácil victoria. Los Jefes más aguerridos y experimentados de Walker, Kewen y Crocker avanzaban a paso de carga hacia la plaza. El Coronel Ramírez y su tropa abandonaban a los americanos, tomando el camino para Costa Rica, y el Coronel MANUEL ARGUELLO volvía a tiempo de San Juan del Sur, con su fuerza de 75 hombres, para tomar parte eficaz y decisiva en este hecho de urmas para siempre memorable.

Los rifles americanos traen armas de precisión. Los patriotas nicaragüenses, en mayor número, sólo tienen antiguos fusiles de chispas, escopetas de caza, y armas cortantes.

La acción se traba a medio día, y desde el principio, con el mayor encarnizamiento por ambas partes. Los dos primeros en caer, son los americanos mencionados por quienes Walker había sacrificado, gananciosamente, una victoria. Luego quedan inhábiles, uno en pos de otros los altos oficiales De Brissot, Anderson, Doubleday y otros, todos ellos militares de la mayor importancia en la falange enemiga. De nuestra parte, entre las pérdidas más sensibles, figura la del joven patriota de "heroísmo suicida" como lo llamó aquel prócer notable, vástago digno de los más acrisolados hidalgos castellanos, don Pedro Chamorro, al mencionar honoríficamente a FRANCISCO ELIZONDO, uno de los más aguerridos defensores de la plaza, que al frente de su destacamento contuvo la fuerza impetuosa del asalto bucanero, obligando a los asaltantes a refugiarse en la casa de adobes de don Máximo Espinosa, al pie de la colina de Santa Ursula, desde donde hacían un fuego mortífero sobre aquella valientísima juventud meridional que sembró el campo de batalla con lo más granado de sus miembros de la noche a la mañana convertidos en soldados, en héroes y en mártires, y cayó él mismo para no levantarse más, tras aquel esfuerzo de insuperable resistencia y bizarría que hizo, luego, posible el hecho admirable de Mongalo.

Vió entonces el Coronel Bosque la necesidad imperiosa de sacar a los americanos por el incendio de la casa aspillera que ocupaban. Llama, al efecto, a un patriota cualquiera de las filas, que ofrendara espontáneamente su vida en aras de la patria.

El joven rivense don Manuel Mongalo, de excelente familia y de no escasa cultura, avanza para recibir la tea incendiario de manos de su jefe; y sin vacilar un instante, y deslizándose a rastras por entre las paredes derruidas de la localidad, llega y se yergue estatuariamente contra la pared entre dos claraboyas contiguas que lo defendían de los disparos enemigos, y con el brazo levantado prende fuego a la techumbre, y logra volver al seno de los suyos que lo reciben con

júbilo y orgullo, mientras acometen con brillantísimo denuedo a los filibusteros hasta hacerlos salir de su guarida insegura y huir a la desbandada por entre las haciendas de cacao y platanares parciales, con rumbo a La Virgen, en la derrota más absoluta y tremenda, tanto para su presunción immedible como para su incomparable ventaja sobre las fuerzas nativas sin armas adecuadas, sin municiones, sin experiencia ni dirección, con tiempo apenas para reponerse de la aparición filibustera en el campo improvisado de la acción.

Era la primera batalla campal que libraba Walker en suelo nicaragüense, y aquella briosa juventud rivense, parte de ella de simples adolescentes, hizo comprender al avezado y atrevido guerrillero, en el espacio de cuatro horas de reñidísimo combate, que el patriotismo es, por sí solo, una fuerza moral de tan incontestable pujanza, que hace morder el polvo de las más vergonzosas derrotas a tales tubas de bandoleros sin conciencia que sí, a veces, no entran a saco en los pequeños haberes del proletario, incendian ciudades y asesinan prominentes ciudadanos con lujo de barbarie, en nombre de la ley que ellos imponen, y roban países regularmente constituidos en su forma autónoma y soberana para unirlos al yugo de la esclavitud infamante y cruel, con el fin de asegurar miras políticas del Sur contra el Norte de los Estados Unidos de América, previas a la guerra llamada de sejección. Testimonio imborrable de semejante lección en los tiempos heroicos espartanos: las Teimópilas.

Esta hermosísima enseñanza fué la que dio en la batalla del 29 de Junio de 1855 la juventud rivense en el recinto septentrional de la ciudad y si huelgan las críticas ligeras por la falta de persecución a las tropas de Walker, tan desastrosamente derrotadas que el mismo jefe filibustero las describe al llegar a San Juan del Sur, "como un puñado de hombres, varios de ellos heridos, algunos sin sombreros, otros sin zapatos, y todos rendidos por el cansancio, arrastrando sus rifles por las calles del puerto", justo es recordar que careciendo aquel grupo de inexpertos patriotas de los elementos propios y necesarios para el combate, así como del escaso material y de los hombres disponibles, no podían pensar por el momento en una persecución azarosa, limitándose a cumplir como buenos con su gran deber de la defensa heroicísima de Rivas como un acto plausible de salvación nacional.

Versiones hay acerca de haberse anticipado a Mongalo en su abnegado ofrecimiento de quemar la casa de Espinoza, el heroico joven Francisco Elizondo que pagó con su vida en flor, su arrojo de enfrentarse tenazmente con su pequeño resguardo a las tentativas de avance de los americanos, pero el hecho no ha sido históricamente comprobado, sobrando laureles para ambos, y quedando destacada la figura de Elizondo, cayendo en el fragor de la batalla después de obligar a las tropas bucaneras a encerrarse en su reducto infernal, y la de Mongalo, en su acción de pasmosa valentía, al incendiar este refugio de guerra de los esclavistas americanos.

Propicia ocasión que no podré desperdiciar es ésta, para tributar mis calurosos aplausos a todos aquellos espíritus generosos y patrióticos que han alzado feliz-

mente, la noble y justa idea de que se erija un monumento nacional en la ciudad de Rivas, al valeroso soldado meridional MANUEL MONGALO que por largo tiempo ha esperado en la obscuridad y en el olvido el reconocimiento de la Patria en la consagración marmórea que se proyecta de su inclita hazaña recordatoria de los tiempos heroicos de Nicaragua, ya al parecer pasados en la evolución de lo que se da en llamarse lo moderno en la civilización.

Pero mañana que al estampido del cañón y entre músicas marciales y el entusiasmo frenético del pueblo, se alce hermosamente el monumento conmemorativo del héroe en el propio campo de su memorable acción, será al par que una gloria nacional dignamente estatuada, una eterna y sugestiva lección en cuanto al propio y legítimo concepto del patriotismo que es virtud de patria esencialmente y no de banderillas determinadas maleadas por el virus destructor de las pasiones políticas lugareñas en detrimento del bien nacional. No serán franjas verdes o rojas las que empañen la figura destacada del patricio, sino el sacro emblema nacional por el que se va hasta el último y bello sacrificio como el que va a conmemorarse en la ciudad de Rivas, tras un largo lapso que vale una centuria.

Entonen entonces poetas y escritores, épicos cantos en loor del denodado soldado meridional MANUEL MONGALO, como lo hicieron en nuestra vecina y querida república de Costa Rica al levantar a su héroe indiscutible e igualmente glorioso Juan Santamaría la estatua que tan magníficamente se alza en Cartago como imperecedero recuerdo del deber patrio a las generaciones sucesivas, hasta la altura admirable y envidiable que él inmortalizó emulando la fibra heroica de Mongalo. Pero apaguemos, con sanción pronta y enérgica, esas voces destampadas del fanatismo y del engreimiento sectario que no ven ni toleran grandeza alguna a la sombra del otro campanario sin que provoquen su insana acometida de abatimiento y destrucción, como si no fueran todos los mejores valores de la patria, aún cuando se incurriese en el yerro excepcional de dar crédito histórico a lo simplemente legendario. ¿No resulta, acaso, de muy más excitadora y provechosa significancia el mito que el hecho real en los fastos nacionales? No desumbran y enseñan y mueven y arrebatan los países del viejo Continente precisamente con las páginas de mayor belleza y sin embargo, de la más dudosa aceptación, en el crisol de la crítica, como rasgos individuales en la idealidad de la vida nacional?

Ensalcemos con corazón exaltante, esos héroes y esos genios y aún esos mitos que —dijérase— sembramos en el alma de los pueblos como gérmenes de futuros advenimientos de glorias positivas para a Patria, y condenemos, donde quiera que se muestre, ese frurito ruín y cizañero de rebajar y aniquilar merecimientos —legítimos o ponderados— cuando ya han recibido la consagración nacional en el decurso de los tiempos.

Salud, desde esta página, sombra que acaso vuelvas gloriosa y glorificada en la albura del mármol, a influir de nuevo en los destinos del querido terruño

y de la Patria amada, enhiesto en la plenitud de tu prócera estatura, sereno el semblante, resuelto y firme el ánimo viril hasta el sacrificio de la vida al reclamo de la Patria, hurtado el gesto de los intereses terrenales y transfigurado en las excelsitudes sublimes y arrebatadoras de lo trágico y las exaltaciones del patriotismo, y alta en tu diestra la tea incendiario del heroísmo, bajo el riente cielo meridional, como una perenne enseñanza del deber cívico del hombre en su más pura y abnegada ejecución en las luchas guerreras por la vida y la salud de la Patria, y como una lección igualmente, edificante y eterna de ese mismo deber por la Patria y para la Patria únicamente, en los tiempos tranquilos de la paz! Símbolo santo y sólo, por erigirse, del heroísmo en suelo nicaragüense, preciso es que me alce a mi vez, impresionado ante la idea generosa como un férvido reclamo nacional, para repetir la salutación anticipada de mi entera admiración para vos, modesto soldado, ni legitimista ni democrático sino de la Patria, que hacéis recaer sobre ella y sobre nuestro suelo que nos son comunes, la gloria preclara de los héroes con vida inmortal en la posteridad!

Managua, Julio 15 de 1935.

LOS ESBOZOS DE Mr. HAMILTON

CARTA I

San Juan del Sur, Nic. C. A.—Mayo, 1º de 1907.

Querida y respetada amiga:

Cuando al regresar a nuestras felices y bulliciosas playas americanas, después de una larga temporada diplomática en la antigua villa coronada, recinto sagrado de las ya pasadas glorias españolas; cuando al besaros las más bellas manos del mundo en vuestra espléndida mansión de la avenida Springfield en Filadelfia, tuve el honor de presentaros, como un humilde testimonio de mi admiración y de mi cariño, el libro que escribiera por vos y para vos, narrándoos mis impresiones de viaje por la heroica y romántica patria del Cid y de Cervantes, que fuera un día la señora de dos mundos, y que, en el concierto actual de las naciones europeas, brilla aún al reflejo de su incomparable historia y de sus poéticos mitos y leyendas, jamás pensé que otra vez surcaría la ondulante llanura del Atlántico, en la más extraña de mis peregrinaciones por semejantes regiones del planeta.

Como véis, viajo de INCOGNITO, no que presuma de rancios abolengos mobiliarios pues que harto conocéis mi carácter esencialmente democrático, ni que incurra —DE MOTU PROPIO— en la ridícula y servil imitación de los nobles blasonados del viejo mundo que visitan nuestra republicana América con el pueril llamativo del incógnito, en defecto de propias y honorables ejecutorias, sino por mero capricho o conveniencia de nuestro Presidente, quien al confiarme la misión particular y privada de estudiar DE VISU es.

tos desdichados paisecitos que tan a la zaga marchan por la vía de la civilización y del progreso, pusiera especial empeño en rebautizarme desde mi inscripción en la lista de pasajeros del vapor que debía conducir-me a Colón, y en transformarme de mi honesta ocupación de escritor, en la aventurera y farragosa como prosaica condición de comprador de terrenos. ¡Valiente comprador estoy yo, que jamás dí en el hito de la buena o mala calidad de las tierras, y a quien engañan, con pasmosa facilidad, hasta los vendedores de nueces y avellanas del barrio de la Universidad!

Durante la monótona travesía de mar, venía familiarizando a mi espíritu con cuantas descripciones y estudios de todo género se han publicado con relación a Centro América. En la última y hermosa mañana del mes de abril, el "New-Port" echó anclas en la pequeña rada de San Juan del Sur, e incontinenti fui a vestirme de punta en blanco a estilo tropical de TOURISTA americano, cruzándome, a la bandolera, mi carriel emblemático de comerciante en tierras o especies, cubriendo mi incipiente calvicie con un enorme sombrero panameño, cuya rigurosa razón de ser no se me alcanza, y acomodando la más plácida sonrisa a mis labios, apresuréme a dar el brazo a mi animosa hija Mildred, para admirar con ella, desde la baranda descubierta, el bonito si triste panorama del puerto engastado en la garganta de aquellas abruptas cordilleras.

Una limpia y espaciosa comba en forma de herradura caldeada por los rayos del sol, ceñía las jugueteras olas de la costa, como aderezo de mujer sujetando los rebeldes rizos. Al pie, y al recodo de las desnudas lomas, un apuñado grupo de modestísimas viviendas. Al otro extremo, las arenas brillando en la inmensa soledad de los desiertos africanos, poniendo el desaliento y la congoja en nuestros pechos, y en nuestros labios las primeras exclamaciones que, a un tiempo, nospo, nos arrancara la desilusión. Bajamos a tierra. Recorrimos en parte aquella espléndida y desierta playa que tan mezquina nos pareciera desde a bordo, y desde la oficina cablegráfica situada en la propia costa del mar, y servida por empleados ingleses en su generalidad, contemplamos aquella bahía pintoresca en la plena rudeza de la naturaleza, y la que, años atrás, durante la febril excitación motivada por los yacimientos auríferos de California, sintiera balancearse sobre sus tranquilas aguas, como aves mensajeras de bonanza, los varios cascos de navíos de vela o de vapor; su puerto repoblado y enriquecido con las corrientes de inmigración o de tránsito, su aspecto próspero y comercial; risueñas y brillantes las lontananzas de su porvenir. Y ante el contraste de la contemplación y de la realidad, paseamos contristados por sus estrechas vías públicas con raros COTTAGES de decente apariencia, habitados la mayor parte por familias extranjeras ocupando el resto de sus moradores, pobres y aún miserables viviendas de muy precaria construcción, trascendiendo todo aquello a población flotante, sin arraigo, sin miras de ostensible mejoramiento, con escasas nociones de higiene a cargo principalmente de los vientos que soplan de las alturas circunvecinas, casi sin instinto de belleza y de arte, o si existen, perma-

necen degenerados o apagados por la indiferencia o la desidia que parecen ser características al bajo pueblo hispanoamericano. La clase proletaria va aquí descalza; los hombres visten de camisa, o camisola por lo común de colores chillantes, y generalmente se les ve durante las horas de labor, arrollados los pantalones hasta las rodillas, y desnudo el requemado y sucio busto; mientras que las mujeres de esta misma clase llevan escasas sayas de pobrísimas telas, y cubren la parte superior de sus cuerpos con lo que llaman "camisas", prenda suelta de la misma tela, sin mangas, de escote exagerado rayando a menudo en la indecencia y tan ridículamente corta que apenas les toca a la cintura. Viven prácticamente la vida pública de la calle; vociferan y gesticulan para hablar las cosas más baladíes e innecesarias, o sin preocuparse en lo mínimo del tiempo que pasa, piérdense en casas de aquellas particulares que les son afines, en insulsos comentarios de extraños asuntos que en nada y para nada les conciernen; cocinan muchas veces en ollas de barro sobre pedruscos colocados en el suelo no pavimentado del cuartucho que desempeña a la vez los oficios de sala, aposento y cocina, o del zasuizami en donde se revuelven en la más degradante confusión; los chiquelos de esta infeliz y prolífica ralea van casi siempre puercos, harapientos y hambrientos, los más pequeñuelos comúnmente a rastias sobre el polvo, o durmiendo bienaventuradamente sobre la madre tierra por todo lecho, en presencia de los indiferentes, o bien acostumbrados padres a escenas tan tristemente conmovedoras como éstas, de primitiva e inconcebible sencillez.

Entre los hombres de esta clase hay una propensión fatal al abuso de bebidas espirituosas que expenden desalmados negociantes, no sólo de la peor calidad imaginable, sino confeccionadas con ingredientes deletéreos y entopecedores, cuyas víctimas pasan de la ebriedad más abyecta a las más salvajes reyertas de cuchillo o de machete, embistiéndose con furia sanguiñaria, o aire cínico y desvergonzado de empedernidos malhechores, como los majos de la riente Andalucía, cuyas fogosas pasiones y desordenados instintos parecen heredar y conservar en su índole genuina, a través y a despecho de los siglos.

En cambio, es un pueblo por naturaleza nada torpe, antes bien, dotado de agudeza y buen sentido. Resignado hasta lo inverosímil en el sufrimiento, bastándole los más pueriles pretextos para resarcirse de sus penalidades con peculiares y curiosos esparcimientos, de que ya os hablaré en otra ocasión. Raza sencilla y bien animada moralmente, de hábitos morigerados cuando el vicio no ha llegado a corromperlos, resistentes en los más penosos trabajos que ejecutan bajo el quemante sol del mediodía. ¿qué le falta a esta clase desgraciada para su mejoramiento y rehabilitación? Le falta lo que nunca será bastante aún en nuestros emporios de civilización: el ojo avizor del estadista; la caridad bienhechora y munífica del capital. Escuelas hasta por los ámbitos más apartados del país; maestros de enseñanza práctica y elemental; moralizadores que siembren por doquiera en el pecho de la infancia descuidada, la semilla del bien, escardando los prejuicios y absurdas creencias transmitidas de generación en ge-

neración; apóstoles de la civilización que despierten la conciencia de la individualidad humana en cada espíritu ensombrecido por las nieblas de la ignorancia, o entorpecido por la densa noche del mal; filántropos que distraigan de sus cuantiosos haberes, ora sea por el prurito de la vanidad personal, ora con las miras de modesta retribución pecuniaria, ora por el propio nobilísimo sentimiento de la caridad y de la piedad humanas, aquellas sumas indispensables para la creación de edificios y centros de beneficencia, escuelas, talleres, hospitales, viviendas modelos que alberguen familias de miserables obreros, y les estimulen en el concepto de la aspiración a la vida en armonía con la decencia y la cultura que exige el adelanto de nuestros tiempos. Paz, disciplina, instrucción, filantropía, honestas distracciones, leyes protectoras para la clase desvalida atendiendo a sus necesidades y condiciones de mejoramiento, ved aquí la solución y rehabilitación de esta infeliz clase menesterosa, sobre la que caen los ojos de las clases superiores tan sólo para deprimirla o extorsionarla.

Dignaos, amiga mía, corresponder con la benevolencia y dulzura que os distingue, a estos mezquinos pero seguramente afectuosos testimonios de mi consideración y mi cariño por vos.

Mi hija os ama; y yo beso vuestras manos, sobre las olas del océano que nos aparta.

ROBERT D. HAMILTON.

CARTA II

San Juan del Sur, mayo 2 de 1907

Querida y respetada amiga:

Creed en el pesar con que reduzco las ordinarias dimensiones de mis cartas para tan amable lectora, obligado por el sofocante calor de estas latitudes. Os escribí ayer como si hubiese estado sometido a un baño de vapor. En Panamá, sentábame a la mesa de comer con una toalla sobre mis rodillas a guisa de pañuelo ¡tan molesta y abundante como inconveniente era la exudación provocada por los más breves ejercicios! Y si os apunto estos, al parecer, nimios detalles, es con el fin de derivar de ellos la primera espontánea y cierta observación que, a despecho del sufrimiento, salta del cerebro de todo extranjero nacido bajo cielos menos inclementes, cual es: que contra semejantes condiciones climáticas es la más irracional de las exigencias, esperar encontrar en tales países un mucho mayor grado de desarrollo material en consonancia con el estado de civilización de las naciones más favorablemente situadas del mundo.

Pensad, señora, que esta misma latitud cubre, poco más o menos, lugares infinitamente peores algunos, y otros que lo estarían así si se les dejase a sus propias fuerzas, tales como Bathurst en la Sene-gambia, Gondar en la Abisinia, Madras en el Indostán, Manila en las Filipinas, etc.; y que, si en Centro América, se dejase un poco la baja política lugareña y personal, para tender la vista a los más amplios ho-

rizones del desenvolvimiento de todos los recursos patrios, y de un bienestar general, el extranjero, observador e inteligente, que pisase estas tierras llamadas a un porvenir mejor, no podría menos de rendir el homenaje de su admiración al esfuerzo honrado y perseverante, tanto más enaltecedor cuanto más desventajosas sean las condiciones de clima que os señalo.

Vos misma que visitasteis el Egipto septentrional en el verano antepasado, el Egipto que está, con poco, a la altura ecuatorial de nuestra Florida y de la Baja California, os habéis visto precisada, si bien mayormente por vuestra penosa y sensible enfermedad, a huir hacia las altas montañas de Suiza; habéis cruzado luego por la Francia, abordando a la britana orilla; y a mediados del otoño, saludasteis, de nuevo, con vuestras sonrisas las acariciadoras y sugestivas costas americanas, siguiendo así, sin que quizás os dieseis cuenta de ello, las huellas mismas de la civilización: de la India al Egipto; del Egipto a la Grecia; de la Grecia, a Roma; de Roma, a las más altas cumbres del imperio de Julio César; de la antigua Albión, nuestra madre-patria tan admirada como ilustre, hasta las azules y queridas ondas de la bahía de Nueva York, que bañan la planta del soberbio monumento de Bartholdi, símbolo fiel y augusto de nuestras libertades y de nuestras glorias, que la más culta y brillante de las naciones del viejo mundo presentara a la joven América, naciente emporio de poder y de civilización, por la digna mano de uno de sus más esclarecidos y desgraciados hijos, el Conde de Lesseps.

La mañana de hoy ha sido tan calurosa, y el sueño y el descanso han andado tan alejados de nosotros durante la noche, por varios motivos naturales al aclimatamiento, y sobre todo, a causa de los duros lechos de piel de res extendidos sobre marcos de madera que nos fueron destinados, según la usanza del lugar, que mi hija ha tocado a la puerta de mi dormitorio anticipándose con mucho a las primeras luces del día, ves time apresuradamente, y tomándola del brazo con ademán afectuoso y compasivo, pusimos en marcha hacia la costa, en busca de las refrescantes aguas del mar. Las luces del "New Port" parecían columpiarse en la aparente lejanía de la oscuridad, y se nos antojaban ansiosas señales de despedida, o de afanosa insinuación para nuestro pronto regreso. El día empezó a clarear, y vestidos de bañistas según nuestras costumbres, y tomados de las manos mi hija y yo, corrimos por aquella húmeda playa en persecución de la ola resplandeciente y espumosa que huía, bajo nuestros pies, hacia la hondura misteriosa como escapándose de ser bañada por la nueva ola que ya se hinchaba a nuestra vista, y tras temerosa expectativa nos lanzamos a su encuentro hundiéndonos en su seno delicioso arrastrándonos consigo, y dejándonos luego resurgir con mayores bríos en espera y al encuentro de los magestuosos, inmensos dorsos; de la encrespada avalancha; de la estruendosa e irresistible carga oceánica contra la blanda y movediza barrera que le impone límites infranqueables, las impasibles e inmutables arenas de

Al salir del baño, cobijados en nuestras holgadas batas que dejáramos en la playa, vimos, a poca distancia de nosotros, un grupo de señoras que corriendo ale-

gremente hacia las olas, en el más ligero atavío que imaginar pudierais, retrocedieron alborotadas y espantadas a nuestra vista, como del más escandaloso de los espectáculos. A nuestra vez, sobrecogidos de asombro, de pena, y hasta de cierta irreprimible indignación, que la tolerancia convertía, en seguida, en burlesca compasión, redoblamos nuestros apresuramiento para vestirnos en las chozuelas de paja que, a estilo de esquimales, se levantan por pocos días en los parajes de baños; y luego, alejándonos por corto trecho a otro sitio de la costa, y mientras mi hija tomaba su paleta y sus pinceles para copiar, de su mejor manera, la espléndida belleza del mar y las desnudas colinas iluminadas por los primeros fulgores de la mañana, púseme a observar discretamente aquel grupo de bañistas para quienes fuera motivo de bulliciosa risa y sobresalto, la decencia y elegancia de los trajes de baño femeniles, desde la zapatilla que calza el pie sobre la espesa media, hasta la impermeable gorra que cubre graciosamente la rubia cabellera de nuestras mujeres del norte.

Absorta Mildred en sus dibujos, tendía hacia la altura la mirada inteligente en busca de la espiritualidad y del arte, defendido su espíritu de artista por los albos velos de su inocencia y su candor. Yo aparentaba leer, bajo el gran parasol que nos cubría. Aquel grupo no se atrevía con las olas, quedándose muchas en la revuelta arena, y avanzando las otras a la prudente profundidad que no llegase, con mucho, a sumergirles la cuarta parte de sus tallas, y allí, cogidas de las manos, para mayor abundancia de seguridad, saltaban y se hundían hasta los hombros en medio de una algazara estrepitosa y desconcertante. Las olas pasaban humedeciendo y jugueteando despiadadamente con la ligera indumentaria balnearia de aquel grupo de nereidas, que dicho sea con el debido perdón y en gracia a la fidelidad de la descripción, no consistía en otra cosa que en sueltas y flotantes túnicas de telas de color o de merino oscuro, que el líquido elemento considerablemente desvirtuaba.

Y no vayais a creer que a sabiendas, o en conciencia, se permitan así simplificar o transigir con estos hábitos que, en apariencia, desdican de la estricta demostración de decencia y de moralidad públicas de sociedades medianamente cultas, pues que incurrirías en grave error, siendo como es la mujer centroamericana dignísima representación del bello sexo universal en todo cuanto atañe a las excelencias de la virtud y a los innatos, puros impulsos de su ser en los recogimientos de la modestia, del recato y del pudor. El lugar es pequeño, la costa generalmente desierta, los parajes de baños son conocidísimos todos, y respetadas por los hombres las horas de baño que la costumbre ha hecho reglamentarias. Se creen, por tanto, solas, y de ahí, la ilimitada confianza entre ellas mismas, confianza a la que, es verdad, señala sus lindes, en nuestros países, el refinamiento, por llamarlo así, de las buenas formas entre gentes que no están entre sí, tan íntima y familiarmente ligadas, como parecen estarlo aquí.

¡Oh, cómo la contemplación evoca en mi fantasía los gratos recuerdos de nuestros populares, y por así

distinguirlos, aristocráticos balnearios! ¡Es a mi, Aglae, y de ello me enorgullezco, a quien debéis vuestra pericia y gallardía en la natación! Felices pueblos aquellos cuyas sanas costumbres les permiten los honestos placeres veraniegos de lícitas distracciones, abandonos y alegrías hasta en los baños de mar en sociedad de amigos, sin que los rostros enrojezcan de vergüenza, o palidezcan de justísima indignación, por el instinto de brutal impudicia, o la intención indecorosa y maliciosa de espúreos elementos, o más aún, por la villana, siquiera sea fugaz, exaltación de una imaginación pervertida y salaz! Felices pueblos aquellos cuyo respeto a la moral y a la inocencia raya a tal grandeza que la misma desastrada experiencia de la vida siéntese purificada y ennoblecida en presencia, o en contacto, con tales actos de sociabilidad que hace permisible el espíritu de raza y la educación nacional en hábitos de elevación, de sencillez y de pureza, así como las hondamente grabadas nociones del deber, de honra y de respeto que tanto dignifican las relaciones sociales, y que son la salvaguardia de nuestras libres y cultas costumbres. En ocasiones he visto viles caracteres trasponer las vallas de la buena sociedad, al amparo de la alcurnia, de la posición o del talento, y los he visto también abdicar de su propio envilecimiento bajo la sugestión e imperioso dominio del medio ambiente de decencia, de pundonor, de inocencia, de respeto, de intelectualidad y espiritualidad en que su buena suerte les hace flotar, y aún triunfar sin esfuerzos de sí mismos, por la evolución inconsciente hacia la perfección!

Volvimos a nuestro hotel en momentos en que llegaban nuevos huéspedes. Viajaban en carretas, grotescas armazones de madera sobre dos pesadas ruedas, arrastradas por bueyes y cubiertas con bajos toldos de pieles de res. Las familias fueron saliendo de aquel extraño y ya raro vehículo, más bien apropiado para tales caminos, como si saltasen de una madriguera, estrujados, sucios, empolvados, y muertos de sueño y de fatiga. ¡Habían pasado la noche en aquellas carretas, sufriendo las violentas sacudidas de los golpes, y los frecuentes choques de sus propias humanidades, unas contra otras, a cada desbarranque o imprevista amenaza de vuelto de semejante incómodo armatoste en movimiento!

Ceso de escribiros, muy a mi pesar, pues dentro de pocos momentos partimos a caballo para Rivas, la primera ciudad de importancia de la República que marca nuestro itinerario.

Acoja, con nuestros recuerdos, el testimonio de nuestra afectuosa consideración.

CARTA III

Rivas, mayo 3 de 1907.

Querida y respetada amiga:

Ya véis cuán bien aprovecho, en favor de nuestra grande y estimuladora amistad, los ratos de verdadero ocio que a diario tengo, convirtiéndolos por obra y gracia de mi constante correspondencia con vos, de

insuportables horas de tedio y abatimiento, en los más agradables momentos de más días por estos países centioamericanos, toda vez que los consagro a la dulce y bella amiga de mi vida entera, a quien me parece comunicar de viva voz mis rápidas impresiones de excursión.

Ya miro desde aquí aquel soberano ceñecillo vuestro cuando así queréis con él demostrar, ya vuestra indisimulable contrariedad, ya vuestra deliciosa sorpresa, impaciente tras la revelación del misterio. Pues qué, os imagináis quizá que he abandonado mis patrios lares aguijoneado tan solo del prurito inverosímil de alcanzar la sensacional notoriedad de los Stanley y del desgraciado Bartelot, que cruzaron de los primeros el oscuro continente, el último para jamás volver; de los Speke y de los Grant, que ascendieron, de catarata en catarata, las solemnes márgenes del Nilo, descubriendo al fin, el gran mar continental de Victoria —Nyanza; de Bonvalot, a cuyas exploraciones por el Asia débense los modernos conocimientos político-geográficos que hoy se tienen de aquellas regiones al norte de la Cochinchina, y al noreste de la India Británica; de los Peary, de los Nansen, del infortunado Andrews, de los Charcot, de los Príncipe Luis de Saboya, Duque de los Abruzzos, heroicos avanzados de la ciencia hacia las ignotas regiones polares del planeta? O bien, acaso me creáis un sibarita, semejante a aquellos del decadente imperio romano, que harto de placeres y hastiado de nuestra rutina social de riguroso convencionalismo, vengo tras la mudanza en armonía con la irrestricta libertad de la naturaleza misma, o en demanda de inspiración bajo los cielos tropicales, como Exella en los fértiles valles y embrietas cordilleras de la Araucanía, como soñase Chateaubriand buscarla en las antiguas y vírgenes selvas de los Natchez? Ni una ni otra cosa, como os he dicho ya en mi primera carta: visito, observo, escribo diariamente anotaciones varias, económicas, políticas, físicas, sociales, etc., a fin de formar un conjunto de la utilidad y comprensión posibles, que responda a las altas miras de su elaboración, y en tal concepto, he llamado "ratos de ocio" a los que esta dedicación me permite excluir para escribirlos, y para acompañar a mi hija, aquí y allá, en sus casi infantiles y ansiosas correrías,

Dejamos a San Juan del Sur entre las nueve y diez de la mañana, cabalgando sobre pequeños caballos, acostumbrados al más incómodo de los trotos, que los nativos llaman "andadura" como si diesen la última palabra en lo concerniente a la rapidez y a la comodidad ecuestres, siendo como es la última, en verdad, en punto a mal trato e inconveniencia, siguiendo por seis millas, poco más o menos, la antigua carretera del Tránsito, que aún resiste al deterioro del tiempo, y a la incuria de los interesados en su mantenimiento y conservación; y detándola luego para atravesar las llanuras de "Jocote" hasta el abra del canal ya recubierta de espesa y alta arboleda, continuamos de aquí, por muy mala y polvosa carretera, hasta la ciudad cabecera del departamento, adonde ingresamos poco después de la una de la tarde.

Como véis es una pequeña jornada de veinte mi-

llas a lo sumo, que se recorren, en tan rehacías cabalgaduras, en algo más de tres horas, y no se comprende cómo no exista siquiera una mala vía férrea de transporte entre los puertos de Granada, o San Jorge, sobre el lago, y San Juan del Sur, sobre el Pacífico cuyo costo probablemente no alcanzaría ni con mucho, a diez mil pesos la milla, como aconteciera en el corto trecho de vía "corduroy" sobre los pantanos inmediatos a San Juan del Norte, construida por los señores Ingenieros de la Comisión de Canal que presidió el Almirante Walker. Tan fácil conexión constituiría un valioso y decisivo elemento para el enriquecimiento del tráfico de la República por el istmo del departamento meridional, de cuya falta, tanto y tan profundamente se resiente el bienestar de esta interesante sección del país, por su posición geográfica es sin duda la más importante de la República, por no decir de Centro América, y la que en día no lejano, ya sea por la canalización del bajo San Juan, ya por la construcción de la línea ferroviaria que proyectan a través de los departamentos de Chontales y Zelaya, hacia el Atlántico, sería la llave de una incalculable corriente comercial que destruiría así el poderío incontrastable de Panamá, como el de cualquiera otra vía que se inaugurase en toda otra zona Centroamericana que no cuente con las incomparables ventajas económicas del Gran Lago de Nicaragua, y del caudaloso si descuidado desaguadero del San Juan.

Rivas es una pequeña y hñita población como de dos mil almas, circundada de pueblos y caseríos, y situada en la planicie suavemente inclinada hacia el gran lago, como a tres millas al occidente de dicho lago. Su clima es cálido y húmedo, más refrescado su ambiente por las frondosas arboledas de las haciendas que la circuyen, y a cuya inmediata proximidad es de atribuirse la humedad que malea su atmósfera. Desde luego, no puede establecerse término de comparación con nuestras ciudades y aún con muchas de nuestras aldeas americanas, o europeas, si se exceptúan algunos pueblos españoles por los que he cruzado rápidamente al recorrer el suelo de Andalucía. Sus calles, rectas la mayor parte, son estrechas como las de Sevilla, limpias y secas con alguna buena forma de macadamización; sus casas bajas y de grandes patios interiores, presentando un aspecto de triste antigüedad; hay un silencio sepulcral como de ciudad abandonada o muerta, no profanado por bullicio alguno, o por el afanoso movimiento de sus habitantes, aún en los recintos de las casas constantemente francas durante el día; en los momentos de nuestro ingreso parecía que durmiera la española siesta la pintoresca ciudad meridional.

Instalámonos en casa del caballero rivense para quien traíamos desde nuestro paso por Panamá, carta de presentación y recomendación de alojamiento de parte de un amigo de ocasión; y fuimos recibidos con esa amable y obsequiosa hospitalidad que tanto caracteriza y distingue a los hispano-americanos en general, y muy especialmente, a los ingenuamente corteses y generosos hijos de Nicaragua. Cediéronnos dos piezas contiguas, pavimentadas de ladrillos de barro; de blancas paredes recién encaladas; de techo recubierto de cañas sosteniendo las pesadas tejas, también de barro.

Hacia el interior, un ancho corredor en donde se mecía la indispensable hamaca tropical, y enseguida, un patio común con el resto de la casa, en donde entre algunos árboles, crecían unas cuantas matas y arbustos, de escaso florecimiento, diseminados sin el más leve asomo de orden o estética, pero con el manifiesto y laudable propósito de elevarle, siquiera de nombre, a la llamativa categoría de jardín.

Por la tarde salimos de paseo, oteando por la ciudad con la natural si discreta curiosidad del extranjero, atrayéndonos a nuestra vez la apaiatosa avidéz de las personas que ya empezaban a transitar por las calles, o de las que se sentaban en mecedoras de junco, en las aceras de sus casas. El sombrero de mi hija particularmente parecía llamarles la atención y en mi, ese aire "sui generis" de "tourista yankee", misteriosamente acentuado por la cajita fotográfica de Mildred que llevaba yo asida, al desgaire, de su faja charolada.

Visitamos el bonito y bien cuidado jardín, al que dan aquí el nombre de "parque", exornado con el nombre y busto del ex-Presidente Carazo; y desde la cercana gradería del amplio atrio de la iglesia parroquial, contemplamos y aún tomamos vistas fotográficas de aquella antigua y monumental estructura, a la sazón cerrada, coronada al fondo por una hermosa cúpula, ennegrecida por el tiempo y la intemperie. Recorrimos el resto de la población construida con una obligada uniformidad en apariencia, con la rara salvedad de casas de dos pisos, y el único edificio de madera, de aspecto ligero y gentil, que es el Casino, o Club de la ciudad. Encaminámonos luego hacia la Calle del Cementerio, bordeada por dos aceras en vías de construcción, y por dos magníficas hileras de palmas reales todavía en incipiente desarrollo, pero que en breves años embellecerán soberbiamente la calzada hacia el sagrado recinto de las tumbas, no sólo privándole del aire sugestivo de lobreguez y de dolor, sino dotándole del risueño y halagador aspecto de los públicos paseos, dignificado éste por la imponente del augusto y último asilo, al que la sociedad colma de favores para connaturalizarse así mejor, como los antiguos, con la fúnebre morada de sus antepasados. Traspusimos sobrecojidos de religioso respeto aquella severa y blanca fachada, y nos encontramos en uno de los sitios de más pintoresca y conmovedora belleza que hayamos visitado, ora en nuestro propio país, ora en nuestros viajes por las naciones más civilizadas del mundo.

No es una planicie, sino un campo ondulado de pequeñas colinas, cubiertas de césped y de tumbas, dominando entre todas ellas, la que guarda en su cúspide los mortales despojos de uno de los hijos más esclarecidos del lugar, del que ha poco hice mención, que ocupa con honra y lustre el solio presidencial, hasta el día en que la muerte le sorprendiese en la plenitud de su período de gobierno: —es lástima que sobre ese alto sepulcro no se eleve aún la columna funeraria que perpetúe su imputable honorabilidad y preclaros merecimientos. No son los regios monumentos, ni las marmoreas capillas, si bien se ostentan algunos y alguna de mérito artístico, los que aquí impresionan el ánimo del espectador, sino la imponente sencillez y

cuerda humildad de aquellos túmulos que representan la resignación suprema del aniquilamiento material, al ineludible reclamo de la muerte; sino la serena y espléndida belleza de la naturaleza misma, templo grandioso de recogimiento y de elevación, cuyas solitarias tumbas convidan a la triste y compasiva meditación, tan exquisitamente interpretada por nuestro inspirado poeta John G. Whittier en sus hermosos versos intitulados "Perdón"; y cuyas colinas, surcadas por calles de ciprés, sirven como de tripode sibilística al conturbado espíritu para extasiarse en la contemplación del escenario arrobador: el lago visto en lontananza hacia el oriente, sembrado de soberbios volcanes y de esmaltadas islas; casi en contorno hacia el sur, el semicírculo de alegres campiñas y verdes cordilleras; abajo, al norte, la ciudad de la vida tendida al pie de la mansión sombría, como si al morir se ascendiese; arriba, el cielo arrebolado con los brillantes tropicales, hacia donde tiende la angustiada mirada del hombre en pos de la esperanza y la piedad, en pos de la ilusión o la verdad, en pos de una dulce y consoladora promesa de inmortalidad para el espíritu, remontando por la escala luminosa de una felicidad cada vez más perfecta hasta el seno de Dios mismo, Aglac, lo cual es para la humanidad lo incomprendible e infinito, más a pesar de ello, lo cierto es que en todas las épocas del mundo, la criatura humana se revela horrorizada, con sus más potentes instintos, contra su propia y absoluta destrucción, elevándose en inflamada y santa aspiración hacia el azulo purísimo de la inmortalidad.

Regresamos por aquellas calles de silenciosos ci-preses sintiendo respeto por la sociedad rivense que por tan modestos más delicados medios honra los despojos de sus antepasados, transformando el de por propia índole lóbrego lugar, en bello templo al aire libre, en donde si el corazón lleva lágrimas que derramar, tiene el espíritu la imponente sugestión de lo divino, para acudir en rápido consuelo con las promesas de una más alta y perfecta vida allende el misterio de la tumba, haciendo resurgir, en nuestra fascinada mente, de aquellos restos mortales que lloramos, el angel de blancas alas que nos espera sonriendo en la soñada altura bañada de inefable luz.

Hemos sentido, en este sitio consagrado por la belleza y el dolor, la impresión de la armonía con nuestros propios sentimientos e instintos, como si ya esto constituyese un lazo de simpatía que nos ligase a una sociedad que, cual nosotros, rendía tan culto y noble homenaje al triste y sacro templo del eterno sueño.

Mildred os envía algunas vistas tomadas por ella; y yo, el testimonio invariable de mi afectuosa consideración.

CARTA IV

Rivas, mayo 5 de 1907.

Querida y respetada amiga:

Sabéis que la ciudad desde donde os escribo ha sido teatro de cruentas luchas entre sus hijos que die-

ron entonces hermosas pruebas de valor, y una falange de foragidos americanos que, para vergüenza nuestra, hollaron el hospitalario suelo nicaragüense so pretexto de afiliarse a sus banderas para inclinar el fiel de la política balanza hacia la paz interior, con la fama vulgar y espantable de sus aventureras correrías por Sonora?

Os envío esa pequeña obra a la rústica, escrita por el propio "soi-disant" General de la partida, William Walker, abogado y periodista allá, según parece; bucanero y esclavista aquí como lo acredita la historia de sus ambiciosos y mal embozados proyectos de dominio, y cuyos crueles sueños de esclavitud para esta interesante sección centroamericana, disipáronse en la última nada de las cosas humanas, al recibir sobre su pecho la descarga vengadora y justiciera que le hiciera la libertad por manos de soldados hondureños. Fue Centro América toda la que se levantó en armas contra la extranjera falange, cuyas filas crecían cada vez más, ya por pingües ofertas hechas en algún Estado del Sur, a desesperados sin ley y sin conciencia, ya por el incentivo de afinidad y de aventura de gentes sin patria y sin hogar que, a su paso para la dorada tierra californiana, cedían fácilmente al halago de conquista que creyeron tener al alcance de su audacia y de sus trifies.

Pero al hablaros de Centro América entera volando a los campos del conflicto en defensa de sus amenazados fueros de naciones libres e independientes, incurro en una hipóbole de juicio y de lenguaje inexcusable que acaso prevalega en vuestro alto criterio, y le incline erróneamente hacia una falsa y aún ridícula faz de estos sucesos. Centro América no tiene ejércitos y mucho menos los tenía hace algo más de media centuria, cuando el modernismo de sus armas alcanzaba apenas al fusil de chispa, y en punto a máquinas de guerra estaban poco menos que en barruntos de artillería. Así, refiérome al ejército, alejándome del difícil, por no llamarle imposible, sentido de lo que nosotros entendemos allá por tal palabra de tan grande significación, con el solo propósito de justificar y enaltecer el valor, a veces heroico, de gentes sencillas y poco familiarizadas con el efecto fatal y decisivo del experto manejo, en resueltas manos, de armas de alguna precisión, señalando un sólo y bastante desquiciamiento de tal institución, cual es el desconocimiento absoluto de la base y principio primordial de los ejércitos, a saber la disciplina, no en el absurdo sentido de la obligación o del temor, sino la que mediante la necesaria preparación del soldado, le inculca profundamente las altas nociones del deber, del honor, y aún del orgullo militar. Sus ejércitos reducíanse pues, a relativamente grandes masas diseminadas, obrando sin orden ni concierto alguno, y sin esa obediencia automática de las fuerzas regularizadas, y sus esfuerzos si dignos y valerosos, perdíanse a menudo en la inutilidad del motín contra grupos de rifleros de oficio, experimentados y disciplinados en la guerra mexicana. Con todo, y a despecho de tanta deficiencia, de la impericia o inarmonía de algunos de sus jefes, y de otras tantas causas que sería prolijo enumerar, veréis cómo esa falange, mantenida por un núcleo de esclavistas del Sur, batióse más que en retirada, en franca derrota, en

las calles de esta ciudad que ahora visito, así como en algunas otras partes, registrándose hechos heroicos si aislados, que elevan a tanta altura la valentía del soldado centroamericano, más útil y efectiva si estuviere mejor inspirada y dirigida.

Mi educación militar en West-Point me ha hecho incurrir, de modo inconsciente os lo aseguro, en la falta de lesa cortesía de fatigar la atención de tan bella y adorable dama, con tan estériles comentarios; y no se me alcanza otro modo mejor de excusarme con vos, que acompañando al libro que os envío, ese capullo de rosa que he llevado esta mañana en la solapa de mi levita, y cuya ceriada corola, mustia al llegar a vuestras manos, se abrirá deshojándose como en tantos mensajes de mi admiración y de mi afecto por vos.

Anoche he correspondido a la invitación de mi amable huésped para visitar el Casino, del que os hablaba en mi última carta. No es exactamente un Club en la significación que tiene para nosotros un establecimiento de este nombre, sino que es una bonita y cómoda construcción de madera con amplios corredores y terrazas hacia sus frentes, y al interior, las salas de recibio, de sesiones, y de billar, con una pequeña cantina al fondo. Congréganse ahí en las primeras horas de la noche sus socios que son la mayor parte de los caballeros aquí domiciliados, y se entretienen ya en conversaciones familiares, ya en juegos de carta o de billar, distracciones a las que cada cual se entrega rutinariamente como si obedeciese a una de las leyes inalterables de su vida.

Con pena hice observar a algunos de los caballeros que me dispensaban el honor de su conversación, la notoria y extraña falta de una sala de lectura que ofreciese a sus socios y a sus abonados, un selecto equipo de obras científicas y literarias, así como ejemplares de algunas de las principales revistas y periódicos extranjeros que no están al alcance de particulares pero sí de una sociedad constituida como ésta, lo cual elevaría insensiblemente, cada vez más, el nivel de cultura intelectual de la sociedad, y abriría un nuevo y más digno campo de atracción al simpático establecimiento que por ello cobraría mayor lustre. Uno de los contertulios presentes, que coronó su carrera profesional en Estados Unidos, como muchos otros jóvenes rivenses de bien probada inteligencia, que pasó allá varios años en nuestras ciudades y sociedades principales, y cuyo conocimiento de nuestro país e idioma iguala al de nosotros mismos, me replicó con una sonrisa de desdeñoso desconsuelo:

—“¡Libros! ¿Para qué? Habría que instituir una sección de policía que guardase la biblioteca contra propias y extrañas depredaciones; y luego, habría que crear otra de abnegados apóstoles que predicasen y encendiesen el buen gusto por el clasicismo en la lectura”.

—Pero los reglamentos para lo uno, y el hábito, aunque tarde para adquirirse, para lo otro —observé— no bastarían a asegurar la conservación de lo primero, y el feliz éxito de lo último?

—“Los reglamentos entre nosotros, dijo incorporándose y tomando un cuadernillo de una mesa, se reducen a esta soflama: se escriben para teneise impresos con el irónico título a grandes letras, y se obser-

van cuando no se oponen ni a nuestras costumbres, ni a nuestros deseos y caprichos, que entonces sobran los medios para menospreciarles y echarles a un lado con la socorrida pamera de la interpretación. En cuanto al hábito —prosiguió, atuzándose socarronamente los espesos bigotes— el hábito es lo que véis y oís; cada elemento gravita hacia el centro al que le impele su propia naturaleza y su instintiva elección, y sería empresa de teatinos enraecer el círculo de asiduos y fervorosos adeptos a las mesitas de verde tapete, o descabalar el grupo consagrado a frívolos paliques y guasonas charlas, o a pláticas de más o menos fuste, en beneficio de vuestro salón de lectura que si al principio crearía segura sensación, al cabo, también seguramente, todos relegarían a la indiferencia y al olvido. Aquí, comprenderéis, se viene en busca de nuestras acostumbradas distracciones, y una biblioteca —como no fuera por mero pujo de ostentación o de ornamento— tendría todas las trazas de una escuela sin pupilos, cuyo bibliotecario apenas serviría como una figura alegórica o conmemorativa de aquellas tristes palabras, “*vox clamantis in deserto*”, nacidas de las prédicas inescuchadas del Bautista. Pero si no nos cuidamos en absoluto —continuó mi interlocutor— de la creación de un centro bibliográfico, compensamos la alteza de esas miras, con otras no menos cultas y amenas, tendientes a procurar solidaridad y deleite a una sociedad que harta necesidad tiene de ello, por medio de “*soirées*” familiares, por así llamarlas, en las salas del Casino, reuniones efectuadas mensualmente a invitación de sus socios, y que no son otra cosa, en realidad, que bailes económicos y de corta duración, por su carácter extraño a la etiqueta y al gran tono de otras ocasiones. Ya tendréis, quizá, la oportunidad de concurrir a una de estas fiestas, y me diréis entonces si no valen mucho más que vuestro salón de lectura”.

Había su buena parte de justicia en estos razonamientos aún cuando los creyese exagerados, y por más que no se me alcanzase cómo estos periódicos entretenimientos ofrecidos galantemente por el Casino a la sociedad rivense pudiesen estar reñidos con los más altos placeres intelectuales, de los que, con igual cortesía, si bien mediante las precisas condiciones de abono, pudiera muy bien hacer partícipe a la misma sociedad a que sus miembros pertenecen y que, en cierto grado, representan.

Despedíme llevando la complacencia de la cortesía de los socios del Casino con cuya amistad se me honrase, y cuya avidez por conocer los principales recientes sucesos políticos y civiles de Estados Unidos, satisficé de mi mejor grado, máxime para calmar los irritados temores de muchos de ellos de una absorción imperialista.

El calor de hoy ha sido fatigante, y más aún, las innumerables propuestas de que me he visto acosado por vendedores de terrenos y haciendas, pidiendo por cada heredad los diezmos de Olancho que no van muy a la zaga de las cuentas del Gran Capitán. Escúcholes pacientemente, representando cuán bien puedo mi desairado papel, ofreciendo escribir a la casa que represento, la cual no es otra, así Dios me salve, que la del tío Samuel que no se parará en barras cuando estime

conveniente venir por ellas, desde luego respetando debidamente los usos y buenas formas de estilo.

Al regresar a nuestra habitación, recibía mi hija la atenta visita de una señora de alguna edad a quien conocimos en San Juan del Sur. Una negrilla como de diez años, sucia y andrajosa, dormitaba en el umbral de la puerta. Asombráos, Aglae: era la compañera de calle de la señora, pues habéis de saber, amiga mía, que aún hay señoras y señoritas nicaragüenses que jamás se permiten la mal vista libertad de salir solas de sus casas sin el ridículo e indigno aditamento de una maritornes o de una granujilla de esta estampa que para tal misión lo mismo da la una que la otra, que vaya por allí, siguiendo como la sombra al cuerpo, haciendo acto de presencia, o sea de injuria, a la dignidad de la mujer. Y mirad cuán extraña es esta rarísima costumbre heredada de los tiempos coloniales, y ya muy caída en desuso para honra y prez de la civilización nicaragüense, que ningún caballero puede buenamente ofrecer en la calle su compañía a una señora o señorita de su amistad, sin que sufra en algo la modestia de la dama, o redunde en desdoro de su recato y recogimiento conventual. Pero ya os describiré más detalladamente estas antiguallas en punto a hábitos sociales, en alguna de mis próximas cartas.

Mientras puedo escribiros nuevamente, Mildred y yo acariciamos vuestro recuerdo con nuestros mejores sentimientos de amistad.

CARTA V

Rivas, mayo 15 de 1907.

Querida y respetada amiga:

Recordáis aquella deliciosa noche de invierno cuando habiéndos dignado acordarme la exquisita gracia de vuestra compañía, concurremos a la Gran Opera de Filadelfia a escuchar, en “*Semiramis*”, la arpegiada garganta del más dulce de los humanos ruiseñores, Madame Melba? Después de su famosísimo dúo con la celebrada soprano Madame Schalehi, la imponente tempestad de aplausos resonó por los ámbitos del teatro con tal magnificencia de ovación, que la reina de las “*prima donnas*” presentóse nuevamente conmovida bajo aquella lluvia triunfal de presentes y de flores, y devolviendo con espontaneidad y gentileza favores por favores a la hechizada concurrencia, arrobó nuestros sugestionados espíritus, en vuelo sentimental hacia la celeste altura, con el inmortal y enternecedor canto de Lully “*Hogar, Dulce Hogar*”— con que Luis XIV hiciera saludar a Jacobo II, al refugiarse el fugitivo monarca inglés en la fastuosa y hospitalaria Corte de Francia.

¡Cómo resuenan en mi corazón, ahora y siempre que el destino me aleja de los amados lares, aquellas notas insinuantes tocadas de ternura y de nostalgia, vibrando de la ebúrnea garganta y de los rojos labios de aquella inspirada pitonisa del canto, como el himno favorito y sollozante del proscrito a las queridas playas de la lejana patria que guarda el edén escondido del hogar! ¡Oh, la más dulce y comprensiva de todas las palabras! Allí es la vieja casa solariega, como un sa-

grado más siempre risueño templo de amor, donde han corrido los años de nuestra vida en la íntima comunidad de la familia, y hacia cuyo recinto, inviolable y atrayente, tienden siempre nuestros pasos, o deseos, ora para celebrar nuestras más puras alegrías cabe el llamante fuego del hogar, o en torno de la antigua mesa del comedor que parece evocar a nuestra presencia aún los más pueriles recuerdos de la infancia; ora para dejar correr las lágrimas de nuestros acerbos dolores en senos compasivos y amorosos a la sombra discreta y protectora del hogar que nos devuelve tranquilizados, fortificados y animosos, otra vez a las rudas lizas de la vida. Fuera de allá, es todo eso también, y además, es el pueblo bienamado e inolvidable por tanto, de nuestro nacimiento que guarda nuestros varios sentimientos como si fuesen las memorias de nuestro propio corazón; y por sobre todo ello, tremolando ufanamente, la gallarda bandera de la patria, símbolo augusto del territorio, del pueblo, de la familia, de las leyes, de los usos y costumbres, vista al favor de la exaltada imaginación del ausente, sugestionada por el misterio y la grandeza que prestan la lejanía a la fantasía, y el amor y el orgullo nacional, al corazón del patriota. Con cuánta verdad, belleza y sencillez, describe Delavigne en su "MARINO FALIERO" esta sensación de la nostalgia, "como una fiebre lenta e incurable que nos hace delirar con el cielo de la patria, y de la cual nos sentimos morir todos los días, sin que jamás de ella muramos!

El hogar nicaragüense, si bien en el fondo es igual a todos los hogares del mundo toda vez que la civilizada naturaleza humana es la misma doquiera que ella se encuentre, difiere del hogar sajón en tan esenciales detalles que huelgan los términos de comparación entre uno y otro, así en punto a apariencias como en carácter de organización, muchas de las así llamadas desventajas justificadas, sea dicho en prudencia de verdad, por las condiciones de clima del país, y excusables otras por los atavismos de raza y el arraigo de hábitos coloniales. En nuestros grandes centros de población, así como en nuestras ciudades rurales, el domicilio de la familia es el asilo santificado tanto por el amor de sus miembros y las veneradas memorias de los antepasados, como por el mutuo respeto y estimación que caracteriza a las relaciones familiares; y que da cierto timbre de íntima y fácil cortesanía en las comunicaciones de un trato común de padre a hijo, de hermano a hermano, de amigo a amigo, y aún de amo a sirviente. Desde la mansión señorial, hasta los públicos alojamientos de hoteles o casas de vecindad, es la habitación de uno o más individuos la morada leal e inviolable que recatándoles de la publicidad, impone vallas invencibles a la inquisidora e impertinente avidez del fisgón o del transeunte, sin que jamás trasciendan de su discreto recinto las incidencias materiales o morales que marcan la vida privada y respetada de cada uno separadamente, o del conjunto de seres que alberga, ligados por el nombre y lazos sagrados de familia.

El clima, causa principal indudablemente de la costumbre, como la especial y rutinaria construcción de las casas, obligan en algún modo a sus moradores

a mantener abiertas durante el día todas o algunas de las puertas exteriores, —circunstancia que unida a las de la estrechez de las calles, la pequeñez y promiscuidad de las sociedades, los ámbitos reducidos de las poblaciones, la idiosincracia o tendencia irreflexiva de curiosidad y aún de intervención y participación, de bajos elementos del cuerpo social, en asuntos particulares y extraños, concurre todo ello a dar cierto matiz de intimidad a las relaciones sociales, y a privar de hecho al hogar nicaragüense de ese aire de digno alejamiento y de reserva que impone y cohibe contra las importunas y desautorizadas intrusiones, así como contra los avances de enojosas familiaridades. Hogares hay en Nicaragua, donde ni siquiera son respetados los aposentos o dormitorios de señoras, creyéndose algunos bien intencionados desalumbrados que la amistad da derecho suficiente para tamañas transgresiones de la decencia y de la buena crianza, presentándose sin siquiera antes llamar, o dar visos de su presencia, en los cuartos interiores de las casas, cuya sola condición debiera imponerles como un título de inmunidad; y si bien hay familias que hacen lo humanamente posible por sustraerse de tan frecuentes inconveniencias y desmanes, no solamente no alcanzan nunca a colmar sus justísimos propósitos, sino que, a buen seguro, concítanse la animadversión de no pocos comunistas que miran aquella demostración de superioridad y de cultura, y aquel acto volitivo de libre albedrío, como un reto desdeñoso y provocador de la vanidad y presunción que les excita a la hostilidad y a la venganza por lo común en la forma inícuo y barba de la maledicencia.

Nada extraño es pues, que las conversaciones y sucesos de privada naturaleza en las familias, anden por ahí de boca en boca, comentados, exagerados, y maliciosamente tergiversados con las alteraciones caprichosas de rigor, debido a esa corriente de malsana e inconsulta familiaridad que sin objeto ostensible, ni justificación alguna, circula con asombrosa tolerancia hasta por los más reservados departamentos del hogar nicaragüense, cabiendo aquí observar la nunca bastante censurada costumbre de algunas señoras que a trueque de paliques lugareños con caracteres de dudosa moralidad y de vulgarísimas nociones de civilidad, cuando no con gentes de ínfima categoría social, se permiten la detestable satisfacción de estimular con su aquiescencia las cada vez más abusivas y degradantes irrupciones del hogar que están ellas llamadas, en primer término, a dignificar y a ennoblecer. Ligeras disenciones domésticas ocurren con frecuencia que no tendrían mayores ni tan desagradables trascendencias, resolviéndose quizá por sí mismas en el medio ambiente de la cordialidad y del buen sentido aunado a las correctas maneras a que obliga la cultura en sociedad en el seno inviolado del hogar, si no fuera por el execrable afán de empuñados zizañeros de inmiscuirse officiosamente, bajo diversos como espaciosos pretextos, impelidos por los procaces impulsos de la envidia a obscurecer, al primer resquicio siquiera sea aparente, con las protervas exaltaciones de la fantasía nunca sujeta a la moral, el brillo de las más puras e insospechables reputaciones; o bien llevados otros

del raro instinto, en ocasiones inocentes, de conocer y comentar a su sabor —a fuer de cronistas domésticos— aquellos incidentes del hogar que por razones de notoriedad real o ficticia son dignos de excitar su apasionada sensibilidad y eficaz cooperación, con frecuencia estimulados, por modo inconcebible, por la persona o personas más directamente afectadas por la maldiciente publicidad en la que al principio parecen éstas encontrar torpe deleite y horror después a los inevitables resultados de tan indignas como desleales confidencias hechas por flaqueza, ignorancia, y arrebatado cuanto indecoroso proceder que todo lo decide atropellada y bochornosamente cualquiera que fuee la índole de las circunstancias que se encargan de hacer para siempre lamentables muchas de aquellas mismas personas de inalterable ecuanimidad, de vulgarísimo discernimiento y de peor corazón, parodiando con el ceno, nuestros juegos invernales de la infancia, cuando un copo de nieve que cabe dentro del puño de la mano, va rodando, rodando sin cesar, a pequeños impulsos al principio, y a violentos empujones luego hasta adquirir las proporciones de una mole que se impone por sí misma a los ya inútiles esfuerzos de sus creadores, pero que un sólo rayo del sol de los cielos basta para deshacer, reflejándose la diafanidad de su luz en sus siempre niveos y deslumbradores cristales. El día en que la buena sociedad nicaragüense ponga firme y enérgica coto a tamañas criminales liviandades y miserias del abyecto corazón humano, sancionando la inmunidad y sagrados fueros del hogar, recobrará éste por ello sólo, sus más felices y naturales prerrogativas consagradas por la decencia y la civilización.

Desde que os escribí la última vez, hemos tenido nosotros mismos algunos sinsabores, mucho menos acostumbrados como estamos a cierta innata o conaturalizada irrespetabilidad de gentes de poco fuste social, por los actos privados de la vida doméstica, o de la propia personalidad en sus relaciones y si no fuera un espectáculo detestable y grotesco, rayado en lo cómico, si antes no sobrepasase a la más burda vulgaridad, sería de ver la ansiosa concurrencia popular en oculta o descubierta expectativa de imaginados sucesos de cuenta, aguijoneada por el prurito de ociosa información, siempre que creen ver o presentir la nota fascinadora de lo anormal y sensacional, ya en los dulces y naturales transportes de corazón de padre a hija, que no tienen aquí —dicho sea de paso— la misma frecuente espontaneidad de expresión que allá, como en la mayor parte de los países europeos, por no hacer exclusivo de la raza sajona el privilegio de tan nobles como amables costumbres; ya cuando me ocurre a menudo, a las expansiones del espíritu movido por el gracejo y chispeante plática de Mildred, máxime cuando me atrae a su campo favorito del ridículo, o de literarias disquisiciones a que es tan afecta como bien lo sabéis vos misma.

Desde luego, y como os he dicho ya antes, la parte honorable y culta de estas sociedades está exenta y muy por encima de tan cursis chismorreos y desplan-

tes, y quizá no fueran de tan fácil ocurrencia lo que os parecerá inverosímiles asaltos contra la dignidad y pundonor de respetables y estimabilísimas personas, si los rangos sociales y los títulos de amistad estuviesen claramente definidos evitando así la pernicioso confusión de clases, de la cual se origina, separada y generalmente más siempre con seguro efecto, las más deplorables consecuencias; y si la sociedad, deslindando insensiblemente el círculo de su residencia no se viese, a cada paso, obligada a indignas contemporizaciones y a imprudentes relaciones de intimidad con inferiores y degradantes elementos, por la mal entendida fuerza del hábito, o la tolerancia, o del desorden que reina en punto a localidades para la construcción, indistintamente, de casas o viviendas.

Vicio que no le va muy en zaga al que acabo de anotaros, sobre todo en esta misma inferior clase social, es la mentira, al parecer, pecado venialísimo por estas latitudes, no tan solo de palabra sino que también en la intención. Chocante, por demás, es ver la poca o ninguna significación que tiene para alguna parte de estas poblaciones transigir con tan bajas degeneraciones o intolerables flaquezas de carácter, de las que muchos hacen un arte sutil y complicado, y otros logran, por el engaño, nombradía de ingenio y aún de consumada y graciosa sagacidad. No me refiero en manera alguna al mentir convencional en sociedad que de modo palpitante y magistral nos describe el peritísimo crítico teutón Max Nordau, sino al mentir sistemático como un acto inconsciente de la más rara naturalidad. Con todo, si hábito tan defectuoso descubre visos de grande arraigo, va rápidamente desapareciendo, sobre todo en el centro escogido de la sociedad, en donde muy marcadamente se nota la evolución favorable y benéfica hacia más altas y honorables costumbres.

Salimos casi todas las mañanas a caballo por los alrededores de Rivas cuyos cultivados campos y extensas arboledas impresionan el ánimo del espectador con una sensación dominante y emotiva de exuberante y pintoresca belleza. Rivas es esencialmente agrícola, con una o más industrias de escasa cuantía e importancia, teniendo en cambio admirables haciendas de cacao y de pastos que mantienen sus propietarios apegados a la tradicional e incambiable rutina de sus antepasados, sin que en nuestras ligeras excursiones por ellas, hayamos visto almacenados o en uso nuestros más comunes aparatos y utensilios de labranza. Esta falta de elementos aparejada a la desastrosa carencia de brazos, hace que tan fértiles campos no tengan ni el desarrollo de cultivo ni el rendimiento que pudiera y debiera esperarse así de su propia bondad, como de la activa y personal asistencia de sus poseedores.

Os enviamos algunos curiosos vasos hechos de la corteza del coco abillantada en negro y labrados, por mujeres del pueblo, con los más ruidos instrumentos de labor, como un testimonio de nuestro siempre grande y grato cariño y admiración por vos.

CARTA VI

Rivas, mayo 20 de 1907

Querida y respetada amiga:

Es vuestro poeta favorito Alfred Tennyson quien dá a la memoria, la magia de gloria crepuscular de las fúlgidas luces de la vida. Para Alfredo de Musset, cada dulce y grato recuerdo es una estrella de primera magnitud que enciende el corazón en el dombo oscurecido del pasado. Lord Byron, en cuyos versos admirables de romanticismo y de pasión se empapara el genio poético del inspirado autor de *Rolla* y de *Las Noches*, y quien a su vez bebiera en la castalia fuente del celebrado poeta florentino Pulci que inmortalizara su nombre en las páginas cómico-heroicas de *Morgante Maggiore*, termina sus bellas y sentimentales estrofas a *Miss Chaworth*, llamando a la memoria la conciencia torturadora de la vida que centuplica en dolor en lo presente cada fugaz instante de placer en lo pasado, invocando, por tanto, el olvido como el mayor de los bienes para el hombre. —Celajes, estrellas, conciencia,— el recuerdo es la siempre palpitante existencia espiritual del individuo a través y a despecho de las brumas de los años, imperceptibles momentos en la eterna vida del espíritu. La sensación, como la forma variable y material de la realidad, en los diversos accidentes que afectan nuestra humanidad; el recuerdo, como la abstracción y elevación del espíritu, espaciado en la brillante apoteosis de aquellos mismos sucesos que más hondamente impresionaran nuestra moralidad; la estrella del poeta exquisito del corazón, cuyas melancólicas o centellantes reverberaciones contemplamos enajenados en las yermas soledades de la vida, y cuyo espectro luminoso recoge la fantasía impresionada con la sugestión ilusoria de las bellas realidades ya pasadas, presentándose al espíritu extasiado, ora haciendo renacer en él las alegres alboradas que despuntan en sonrisas en los labios, ora para enlutecerlo aún más con las acerbias condensaciones del dolor que Riehepin llama "diamantes del corazón". Luego el sacudimiento nostálgico de cabeza, a la súbita interposición de lo real, oscureciendo el celaje, ocultando la estrella, adormeciendo el recuerdo, acallando la conciencia, y dispersando el tropel fantasmagórico a las cetúleas lejanías de los sueños, que tiene el recuerdo, de consuno con la imaginación, el raro privilegio de perpetuar a capricho en lo presente revestidos de la aparente tangibilidad de la verdad.

Ha poco os recordaba la Gran Opera de Filadelfia bajo cuya estrellada bóveda tantas veces oímos resonar las más dulces armonías y los más hermosos cantos con que el mundo artístico deleita al buen gusto de los aficionados, por los genios de la composición y de la vocalización; hoy me complazco en recordaros la gótica catedral de San Patricio en Nueva York en cuyas suntuosas naves presenciarnos ha ya más de dos años, las fastuosas festividades religiosas de la Semana Santa.

Era un Domingo de Ramos. El purpurado arcipreste vistiendo los ornamentos pontificales principia la ceremonia con la bendición de las palmas, mientras se escu-

cha la salmodia de la Tercia en el mayor y más profundo de los recogimientos del espíritu. Comienza la misa con el rigor del canto gregoriano, y sois invitada a subir a la elegante capilla del coro. Resuenan luego las melodías del abate. Perosi, sobresaliendo con vigor y valentía, por sobre las notas graves y sonoras del órgano monumental, y por sobre la gama armoniosa y polifona del admirable conjunto de voces, vuestra dulce, vibrante, y temblorosa modulación que escucho conmovido, ora cerniéndose en torna al ara santa como una bendición de los cielos, ora abatiéndose al pié de los altares cual una deprecación angustiosa a la Piedad Suprema, ora alterando como una caricia conmovedora dentro de los embelesdos corazones de vuestro admiradores y amigos, entre quienes dicho sea con mengua de la modestia, distinguíome siempre, por exquisito modo, la seducción de vuestro cariño y la gracia de vuestra predilección. ¡Oh, la embriagante obsesión del eco de vuestros cantos resonando aún triunfalmente en mi memoria con la misma fresca e irresistible fascinación de aquel Domingo de Ramos! Bajastéis aureolada de gloria vuestra célica faz como una divina creación de Erá Angélico, y tomastéis nuevamente asiento junto a mí, poseída aún del genio de la inspiración y la armonía, estremeciendo con nerviosos movimientos vuestra gentilísima persona, y matizando de adorable confusión vuestros más sencillos actos en observancia con la liturgia católica.

La imponente ceremonia parecía tocar a su término entre las densas y perfumadas espirales de incienso, y entre los solemnes acordes del magnífico órgano, cuando un vago rumor de admiración hirió nuestra atención, y levantamos la vista para contemplar la espléndida personalidad de Monseñor Ireland de pié en la sagrada tribuna con el susurro de la oración en los labios, abordando enseguida el comedido e insinuante exordio, y cautivando y elevando nuestros arrobados espíritus con la magia de su brillante y docta elocuencia, delineando la excelsa figura de Jesús, en su marcha triunfal de Bethania a Jerusalén, recorriendo sobre humilde cabalgadura el corto camino alfombrado de túnicas y de verdes palmas, entre los honsannas de la muchedumbre al Hijo de David, al Enviado de Dios sobre la Tierra.

Os hablaba, en una de mis cartas anteriores, de la Iglesia Parroquial de esta ciudad, a cuyo santificado recinto penetramos ayer por vez primera al concurrir al sacrificio de la misa oficiada por el digno y bienquisto sacerdote Monseñor Vides. De aspecto exterior monumental, pero de armónicas proporciones culminando en gallardía por sus torres laterales y su alta, hermosa cúpula del fondo. Tres amplias naves lujosamente arcosonadas y pavimentadas forman su interior, decoradas con algunos altares de no muy recomendable mérito artístico, si se exceptúa el elegante y bello altar imitando sus capiteles y columnas el orden corintio, y el cual se eleva hacia la rotonda de la cúpula al término oriental de la espaciosa nave central. Las imágenes son, en su mayor parte, de muy charra y aún cursi ejecución, revestidas de aún más extraña indumentaria tan sugerente de las primeras épocas del cristianismo, como lo fuera verbi gracia, la representación de una beldad he-

lénica en el atavío de la Stola y Palla de las damas del imperio romano, o la de éstas, en las complicadas gorrueras y miriñaques de los tiempos de la virgen reina Isabel de Inglaterra. Merecidas no obstante son las salvedades de tres o cuatro imágenes, a saber: la de un Crucificado de rostro macilento y conturbado, si lleno de beatífica conformidad en la última hora de lenta y cruel agonía; la de una virgen llamada de Soledad; la designada con el nombre de Corazón de Jesús, en un cuadro al óleo de maestras pinceladas; y sobre todo, la de una bella y fiel imagen del Nazareno, de tamaño natural, con su pesada cruz a cuestas cual si aún fuese por la vía sacra hacia el Calvario, con su túnica de color castaño donde, siento decirlo, huelga absurdamente la pompa de alamares y cordoncillos de oro cual si se tratase del gabán del Shah de Persia, o del dormán del Sultán de Turquía, más en cambio sobremanera ennoblecido con una expresión de indefinible abatimiento y de resignación humildísima y sublime en aquel rostro exangüe de amorosa y lánguida mirada, coronado de espinas, y salpicado de sangre.

Hay escaños de propiedad particular de familias de buena sociedad, lo que no obsta para que mucha gente de las clases inferiores desprovista de estos como de otros elementos de comodidad, tomen con el mayor desparpajo y naturalidad del mundo tranquila posesión del primer sitio vacante, obligando enseguida a sus propietarios a la por lo menos desagradable confusión de recurrir, a su vez, a otros asientos reservados. Algunas mujeres del pueblo que no se afanan por forma o accesorio alguno de corrección y de decencia, optan por sentarse a la turca sobre el frío pavimento, en la más grotesca, risible, y aún irreverente postura que pudieráis concebir, lo que me hizo sospechar de las costumbres coloniales, y recordar aquellas árabes mezquitas de la corte musulmática en España, que inaugurase, para vengar propios agravios, el tristemente célebre Conde don Julián, y se extinguiese al postrer suspiro de su último rey Boabdil, con la fusión augusta y salvadora de las coronas de Aragón y de Castilla, en las personas de sus reyes católicos don Fernando y Doña Isabel.

Por la tarde asistimos a ciertas celebraciones diarias del presente mes en homenaje a la Madre del Redentor, en otro templo de muy modesto aspecto así interior como exteriormente, llamado el "Convento de San Francisco" templo que mereció las especiales preferencias y simpatías de los Padres Jesuitas, y las de las actuales asociaciones religiosas para las festividades de estilo, sin duda debido a la mayor facilidad de ornamentación. Se llega a él por una alta gradería que lleva al relleno de su extenso atrio, y no se comprende cómo habiendo sido éste y siéndolo aún, el templo favorito de sacerdotes y seglares contándose entre los últimos tan adineradas como fervorosas feligrasas, no se haya jamás pensado en dar a su rústica fachada la fácil ampliación siquiera en consonancia con el buen gusto y arte menos exigentes.

La improvisada decoración era sencilla y ciertamente artística, destacándose en la altura la imagen de María obra toda ella que hacía señalado honor al innegable y exquisito don de lo bello e ideal de la ma-

jer meridional. Nuestra sorpresa no tuvo límites cuando oímos, a guisa de preludeo o introducción a los rezos de rigor, la ejecución de una música marcial entonando marchas de Souza, como la allá conocida bajo el nombre de Liberty Bell a cuyos vibrantes compases entraron a la gran Exposición de Chicago de 93 los Cadetes de West-Point en representación del Ejército Americano, subiendo de punto nuestro asombro al escuchar, al final de la ceremonia, las alegres variaciones de nuestros populares valsos de a dos pasos, si bien en el intermedio fue agradablemente moderado nuestro pasmo con algunas interpretaciones de la dulce música de Rossini en El Barbero de Sevilla, desgraciadamente sin el concurso de cantos religiosos a ella ajustados, circunstancias más lamentables cuanto que, años atrás según corren historias, hubo aquí en esta misma iglesia en la amable y no olvidada persona del padre Gamero de la compañía de Jesús, en dilettante peitísimo que hizo mucho por la organización de una buena orquesta, así como por la educación de voces de cantores y cantoras, cabiéndole muchas veces la íntima satisfacción de dirigir personalmente, batuta en mano, las varias ejecuciones de obras maestras, religiosas y profanas, con el correspondiente y oportuno coro de voces educadas por él mismo. Un sacerdote alto, cetrino y delgado subió finalmente a la sagrada tribuna, pero su mímica de pugilista, y el pobrísimo fuste y deplorable recitación de su discurso, nos hicieron recordar muy a despecho y a pesar nuestros, las textuales palabras de Madame de Sevigné a su hija, Madame de Gignan: "Yo quisiera que no se os tratase como a peirros, en provincias, y que se os enviase un predicador de la talla del abate Anselmo. ¿Cómo es posible escuchar lo que allí tenéis? Esto hace daño a la religión".

Y a propósito de religión, y sin tratar de establecer comparaciones enojosas que amengüen los méritos de estas sociedades cuyas diversas manifestaciones de cultura me he propuesto describiros siquiera sea a grandes rasgos compatibles con el carácter y dimensiones de mis cartas, fuerza es decir cuán poco verdadero sentimiento religioso se observa en esta hermosa sección de la América Central, pareciendo ser, a todas luces, de la exclusiva incumbencia de la mujer los varios convencionalismos y deberes que las religiones imponen, en nuestros países, a las sectas constituidas bajo las diversas formas y denominaciones del culto divino. Entráis a una iglesia, y podéis contar los varones ahí presentes con los dedos de las manos con la seguridad de que una de ellas, y aún algunos de la otra, entrarán por muy demás en vuestra cuenta. Sensiblemente notorio es, en algunas devotas, el abuso injustificado del místico privilegio que las lleva a permanecer gran parte del tiempo en los templos en inútiles e inconscientes repeticiones de aprendidas oraciones, por hábito o prurito de fatua o absurda beatería existiendo en muy pocas el fondo sentimental o filosófico de la religión en sus varios atributos de elevada fé, de amor y caridad, desvaneciéndose en cambio, en los accidentes secundarios de la apatencia y aún de la ostentación. Asístese generalmente a estas ceremonias por rutina, por el bien parecer, o en ocasiones, por afán de exhibición o de sensación, y salvo raras y honrosas excepciones po-

déis interrogar, aún a las más adeptas, sobre el orden y significación del ritualismo católico que a diario o frecuentemente presencian con la certeza de que pocas sabrán responderos satisfactoriamente, y mucha parte, siquiera con asomos de instrucción o conocimiento en materias de este linaje, que impresionan al extranjero observador con los mismos efectos del óptico fenómeno de espejismo en el gran desierto de Sahara. La gran mayoría de los varones comulgan en la fé católica en dos solemnes ocasiones, para casarse, y para morir: en la una, obligados por la fuerza de la necesidad; en la otra, por la del miedo pueril a lo desconocido. Nuestro ilustre y mártir ex-Presidente Mackinley habría quizá muerto ridículamente aquí repitiendo palabras del Salmista, "O Dios, cúmplase en mí tu voluntad" y el Presidente Roosevelt o el rey Eduardo estarían a pique de crear un espectáculo sensacional no solo con su distinguida presencia en las ceremonias religiosas de estilo, sino tomando parte importante y fervorosa, al parecer, así en las oraciones como en los cantos de ritual.

En los rezos mortuorios en las casas privadas, cuyo casi público carácter dicho sea de paso, no tiene razón alguna de ser, obsérvase todavía, como según me informan ocurre a veces en Granada, un carácter de mayor irreligión, toda vez que no tienen allí las sugerencias del templo. Mientras que una persona enseña, o dirige el rosario, que es el conjunto favorito de oraciones, las demás repiten mecánicamente las sacramentales palabras hasta el fin, sin otra concurrencia que la de los labios. He visto aquí persona de adusto y beatífico aspecto empezar uno de estos rosarios con el empeño y solemnidad más edificantes, e interrumpirlo de pronto a media miel, para aplacar a tajonazo limpio las intemperancias de gavillas de perros que abundan por aquí como en Turquía y las cuales se entran por las casas con la mayor frecuencia y naturalidad del mundo. De perilla vienen los versos de una fabulilla que termina así:

"Pues la cristiana oración
Jamás se remonta al cielo,
Si no le prestan su vuelo
La mente y el corazón".

Tuve hoy ocasión de asistir a unos funerales cuyo cortejo, como es de costumbre, formábanlo solamente caballeros a pié detrás del féretro. Penoso era ver a uno de los dolientes andar por entre la concurrencia reunida frente a la casa del duelo, en la embarazosa misión de escoger cuatro dignas personas que llevasen los cabos del ataúd. La evolución entra en todo, como bien sabéis, y así como las alas de algunas aves se transforman en alones para desaparecer después, así la costumbre de cabos largos se ha sustituido por la de cortos cordones terminando en colgantes borlas negras simbolizando la añeja usanza de los cabos de honor, y creemos que esta innovación tan insignificante al parecer, vendría de perlas para evitar a los dolientes ciertas obligadas complacencias, o la enojosa e inoportuna tarea de difícil facilidad, de distinguir méritos y dignidades entre el concurso, a veces numeroso, de ami-

bos acompañantes. No parece infundir aquí, dígolo con pena, el pesadoso respeto que inspira allá la procesión fúnebre, pues que he visto a alguna parte de la concurrencia en los propios vestidos blancos o ligeros y aún con prendas de color en el vestuario aunque durante el día se han dedicado a sus diversas ocupaciones, yendo algunos fumando, y otros distraídos en las más animadas conversaciones y aún burlescas guasonadas que, si no se mirase al fondo del verdadero sentimiento, podrían tildar de ligereza de espíritu, o de chocante inobservancia de tan elementales principios de cultura y de respetuoso decoro en presencia del dolor y de la muerte, a tan cumplida como amable sociedad.

Esperamos gozosos esta noche a nuestro inteligente y buen amigo Mr. Charles Carlisle, a quien he llamado en calidad de Secretario.

Recibid el mansaje afectuoso de nuestro aprecio y de nuestra amistad.

CARTA VII

Rivas, mayo 25 de 1907.

Querida y respetada amiga:

¡Cuán lejos estoy ahora de aquel paradisiaco rinconcito de la Virginia Occidental, favorito resort de verano de las refinadas sociedades de Washington y de Richmond, y sin embargo, cómo el ensueño empujece la distancia, y cómo miro al través de mi fantasía, ora entristecida, ora alborozada, la riente visión del limpio y blanco pueblecito de White Sulphur Springs, en donde corrieran veloces tantas temporadas de purísimo placer para ambos, y para ambos, por tanto, inolvidables!

Reinabáis allí sin rival, como en todas partes, por vuestra hermosura peregrina, por vuestra regia elegancia, por vuestro chispeante talento, por las gracias inimitables de vuestra persona, y las incomparables de vuestro espíritu y de vuestro corazón. Bailábamos una noche el alegre cotillón conocido allá con el nombre de German, cuando al sonar la campanilla de la dirección, anunciando un cambio de figura, os alejasteis, grácil y ligera, a una de las tribunas del salón, y prendistéis, a guisa de irresistible invitación, la flor de cintas de encarnados colores sobre la solapa del frac del distinguido y bienquisto diplomático, Ministro de Nicaragua por aquellos años, a quien tanto admirastéis con justicia, y por quien, con mayor justicia aún, fuistéis también aclamada y admirada, aquel cultísimo y simpático personaje que brilló por algún tiempo en nuestra ciudad capitalina bajo el nombre de Dr. Horacio Guzmán. No era el señor Ministro por Nicaragua hombre, en verdad, para aquella deliciosa confusión cotillonesca, más su hermosa y correcta personalidad, su exquisita galantería y fácil posesión de sí mismo, si bien ayudado grandemente por vos, le hicieron salir airoso del conflicto de vuestros salerosos caprichos, como triunfase así mismo en Manila, de su propia corpulencia de coloso, Mr. William Howard Taft,

aceptando un gran sarao dado en su honor a su llegada, y rindiendo pleitesía a la belleza filipina tomando alguna parte en las más reposadas cadencias de un baile de cuadrillas.

Luego, las dos filas de caballeros y señoras, ceriando el German, con el popular, Virginia Reel, en donde era de verse aquellas cabezas emblanquecidas por la nieve de los años, avanzar hacia el centro, débil y despaciosamente, en el gracioso desempeño de las figuras de rigor, al compás de la animadora y bélica música, tan grata para los corazones del Sur, del Yankee Doodle, y otras de idéntico carácter.

Hemos celebrado la llegada de nuestro buen amigo Mr. Carlisle, correspondiendo a una atenta invitación para un baile verificado anoche en los salones del Casino. Os he hablado en una de mis cartas precedentes de este pequeño pero bonito y cómodo edificio, refulgente de luz, y sencilla, más correctamente ornamentado, cual correspondía para recibir cumplidamente a la digna dama festejada, y a la escogida sociedad ahí congregada en su recinto. Entiamos: un caballero tomó nuestros sombreros, y una señora, el abrigo de mi hija, invitándonos a tomar asientos en los corredores de tertulia, aprovechándome de esta coyuntura para presentar a Mr. Carlisle a mis escasas amistades. En vano esperé a que ellos, a su vez, ampliaran el círculo de las presentaciones de estilo haciéndolas extensivas con nosotros mismos, lo que no fue óbice para que, durante la noche, nos relacionáramos con muy buena parte de la amable concurrencia.

A poco se oyó el golpe de la batuta sobre el atril, y acto continuo principió la Obertura "Raymond" ejecutada por el mismo cuerpo de músicos que en la iglesia de San Francisco me sorprendiese con marciales acentos y me agradase con las armonías de Rossini, interpretando ahora, tan bien como era de esperarse por el reducido número de instrumentos la hermosa partitura de Thomas, que contribuyó, por modo decisivo, a predisponernos a los tentadores deleites de Bereceta. Mr. Carlisle quien, por de contado, tenía en Mildred su espléndida compañera de baile, siguió discretamente en pos de las varias parejas que ya invadían el salón, esperando que terminase la larga introducción para deslizarse a los alegres acordes de un valse de Waldtenfel. En cuanto a mí, el gozo se me fue dentro del pozo, al verme forzado a aceptar la triste posición de espectador filosófico, obligado por el aislamiento en que me colocaban, de hecho, mis raras relaciones con el bello sexo rivense. Terminado el valse, los caballeros condujeron a las señoras a sus asientos, retirándose incontinenti a los opuestos corredores con las pocas excepciones de Mr. Carlisle que dedicaba sus atenciones a mi hija, y de algunos enamorados lechuguinos concretados ciega y exclusivamente a la secreta adoración de sus Circes, como si acabados sus papeles de danzantes estuviesen ahí muy por demás, o como si el concurso de caballeros en presencia y compañía de tan lucida y gentil asamblea de elegantes y agraciadas damas, constituyese un acto de agravio inexcusable, u obligase a un embarazoso accionar a las distinguidas agrupaciones de ambos sexos, volviendo aquellos enseguida aceleradamente al preludio de la música, a llenar sus

compromisos, retirándose luego como antes, y quedando nuevamente las señoras en sus asientos, en filas inamovibles como si obedeciesen a una consigna militar.

Bandejas con copillas de suaves licores se hicieron circular por entre los grupos de señoras, mientras yo continuaba mis paseos solitarios de puerta en puerta por los amplios corredores con ánimo resignado y plácido semblante, cruzando después aquí y allá por entre las mesitas dispuestas para la hora de la cena, y ya rodeadas de algunos caballeros, aprovechando unos, los intermedios de la música, y de fijo otros durante el desarrollo de la fiesta, entregados a chailas bulliciosas bajo el estímulo bienhechor del zumo de parra, presentado con la debida parsimonia bajo los diversos y atrayentes matices, mientras las señoras departían entre ellas mismas con la característica afabilidad y complacencia de la exquisita mujer meridional.

Se me ocurre que soy la personificación del Convidado de Piedra en el festín, al pasearme por el improvisado comedor, oyendo, al acaso, estos o semejantes trozos de conversación.

—A cómo vendiste tu novillada, Lolo?

—Hombre, a huevo; y con esto salí mejor librado que otros que dejaron las suyas empotradas para mejores tiempos.

—Pero sacrificar en tierra tica, como quien suelta piltrafas, la espléndida bueyada de mis potreros, no tiene perdón de Dios.

—Pues sí a perdonar vamos, quien menos le alcanza por la venta judaica, eres tú mismo, a fuer de justiciero. Lo que me carga el corazón es aquel berrendo toro padrote que cayera en manos de israelitas caitaños como el camello de Tartarín en poder de Babazul.

La mesita cercana está patrocinada por comerciantes y agricultores, entre ellos, jóvenes presumiendo gravemente de ancianos rentistas.

—A juzgar por tu semblante de dómine jubilado ad honorem, las ventas merman que da grima, Pepe?

—Diez, veinte, hasta cuarenta al día, que es para morir, hijo. Y esto que liquido al dos mil, para entre nos, y que la pulpería de seco, me saca a flote con un menudeo consolador. Pero, y tú te pierdes por siglos!

—Cómo ha de ser! Ni yo mismo me entiendo ya, desde que pelo el ojo por la mañana, atarullado de consultas a granel de todas partes y de tutti cuanti sobre cambios, libranzas, y demás transacciones comerciales.

—Tu opinión sobre almidón y granos? Porque mira, si voy a hablarte con franqueza, tengo mis debilidades por este comercio así vergonzante, diré, sin jactancias ni mayores peligros que correr. En confianza, tengo un terrenito que es la gracia de Dios para la yuca! Lo contrario del vecino de enfrente que se las pira por el embeleco de una ostentación aparatosa que cuidado sí es añagaza de cuenta para la novelería propiciatoria del vulgo de lugar y de ciudad, que en este óptico detalle, allá se va lo uno por lo otro! Pues no has oído hablar en tu vida de un fulano Wanamaker de Filadelfia que tiene hasta teatros, museos, y restaurants dentro de sus inmensos almacenes? No parece sino que fuera éste su grito de combate: ¡al ojo del transeunte! y tanto le ha valido que le llevó a ocu-

par la galería de un sillón ministerial, si mal no recuerdo, en la segunda administración de Mr. Cleveland.

De gente más alegre, daña al chungue y a la guasa, se componía uno de los círculos más lejanos.

—Cuadrillas! Quiál! Quédese eso para los viejos. A mi denme jarana en el cuerpo con una morondanga de órdago, o con un zapateado de olé!

—Miren a los descarados gringos que no paran ni cejan en su interminable jaleo a distancia, que ni para cosa tan sabida les dio Dios gracia. Y el panarra del yankee que anda por ahí de chompipón, observándolo todo sin decir oxe ni moxte, menos aquello que más debiera despabilarle.

—Hombre, y aquella comadre me la han dejado en estaca? La pobre, ya se ve, con andar a la greña con el buen ver y con cierta ligereza de plantas, se está ahí tan impasible y resignada como si ofreciese sus martirios al cielo. Bella ocasión para ver de dar principio a las obras meritorias. Vé tú!

—Por mí que se queden, así pendiera de ello mi salvación. Quien las manda!

Volví la mirada hacia el opuesto corredor, y vi en efecto, no sólo a la persona aludida sino a muchas otras señoras y señoritas que permanecían como aisladas y desamparadas en sus asientos sin tomar al parecer, otra participación en los festejos de la noche. Resueltamente marché a hacer compañía a una señora de aspecto venerable que empezaba a fastidiarse de su misión de chaperón, y a quien había conocido muy ligeramente días atrás.

—No baila Ud. Mr. Hamilton?

—Es un placer, señora, que corresponde con preferencia a la gente joven.

—Su hija de Ud. celebrará sus nupcias entre nosotros? He oído asegurar que se casa con su recién llegado compatriota.

—Son amigos, señora, desde hace muchos años, amigos en la acepción para ustedes quizá desconocida Mr. Carlisle es además casado. Mildred es tan dueña racionalmente de sus actos como yo mismo, ajustados, desde luego a los principios, costumbres e ideales de cada personalidad, siendo aquellos la emanación de la voluntad, o del deber, en estricta consonancia con estos principios, desarrollándose así en cada persona la conciencia de la responsabilidad y de la propia dignidad individual, así como la elevación y fortaleza del carácter, de tan asombrosas energías latentes en la mujer. Puede ella, por tanto, no solo permitirse la frecuencia deseable de comunicación con sus amigos, sin que ello sea objeto de absurdas tiranías y censuras, como pudiera hoy anticipármeme verbi-gracia a Granada, en compañía de tan perfecto caballero con las propias seguridades y atenciones que si viajara conmigo mismo.

Distinguimos allá dos sentimientos semejantes en apariencia, y bien distintos en el fondo: la amistad, y el amor. La amistad, en su verdadero y más alto sentido, como la noble y tranquila aspiración hacia el bien, y más aún, hacia la perfección; como un dulce y consolador estímulo impeliéndonos confiada y continuamente hacia el mejoramiento y bienestar al tra-

vés de las asperezas de la vida; como un aliciente feliz e ideal para el espíritu en su abstracción de mezquinas materialidades; como un grato, a veces compasivo, más siempre leal y abnegado sentimiento elevando el corazón, dignificando el carácter contribuyendo a la felicidad, y ligando con los más puros afectos, afectos fraternales, si queréis, los miembros afines de las cultas sociedades, en su marcha ascendente por las vías de la fraternidad y de la civilización. El amor, como la aspiración inquietante y egoísta a la posesión. Confundís lastimosamente tan alejados estados del espíritu, lo cual da a vuestras relaciones sociales un tinte marcado de tristeza, cuando no un aspecto le tirantez, de embarazo, y aún de hipócrita superficialidad. Una vida así de constante y temerosa esquivez sería imposible en nuestras poblaciones, toda vez que ella conduce al apartamiento, a la indiferencia, y al egoísmo, matando en flor tan líctas y bellas aspiraciones naturales del espíritu, y extrañando socialmente un sexo de otro con tal grado de incivil repulsión que fuerza a los varones a formar corrillos aparte de tan adorable mujer como es, en todo sentido, la mujer meridional, para ocuparse, quizá a despecho propio, en pláticas de club, o de mercado, en vez de dispensarle la galante atención de su cortejo.

—Si tal hicieran, habría muy pocas que de un concurso semejante, salieran ilesas de la charla insulsa y vocinglera de muchas de nosotras mismas. El proloquio de que el hombre es el lobo del hombre, particularizase marcadamente en la mujer. Imaginad que este oculto estilete siciliano ha cortado ya en Rivas la costumbre de las visitas de todo género, las que parecen van quedando, como la religión, al desempeño exclusivo de la mujer, lo que explica tal vez ese aire de frivolidad y de apocamiento que degrada y deslustra nuestras conversaciones generales. Y en este ambiente cada vez más rebajadas, surgen y crecen las nuevas generaciones, familiarizadas desde el principio con hábitos tan desusados e inconvenientes que tanto bastardean nuestras tradiciones de cultura. Degenera la sociedad por tolerancia y por el fácil ascenso que encuentran los chismes más extravagantes y absurdamente urdidos sobre inverosímiles pretextos, sin respeto ni consideración alguna, los cuales no son otros, las más de las veces, que las formas mismas de la vida social en todo centro de civilización, cuales son: la simpatía, la admiración, la amistad, la cortesía y aún la galantería, basadas en la honorabilidad y corriente decoro, precisamente de pulcra civilidad, o de afectuosa y cortés estimación, que garantizan y afirman la solidaridad y respetabilidad de vuestras sociedades. Devenera también por el afectado y prurito de indiferencia de sus mejores y más caracterizados elementos rehuyendo, so pretexto de avanzada edad, la dignidad y timbre de su presencia en ciertos acontecimientos sociales. Los instintos de raza, morigerados y repulidos por otra educación permiten allá ciertas costumbres imposibles aquí; pero la franca afabilidad y bondad en las comunicaciones del trato social, el respeto y estimación mutuo de sus miembros, y la distinguida consideración y preminencia de la mujer, digna por todo título y en toda ocasión, máxime en éstas, de las formas usuales de cortesía y de galante

atención que cumple a todo caballero, son detalles im prescindibles en toda sociedad bien constituida, y que debieran mantenerse siempre muy por encima del pueril temor de vulgares chismorreos y crueles maledicciones. Al recoger Eduardo III de Inglaterra, en un baile de Corte, la liga de la Condesa de Salisbury, pronunció la célebre divisa de la Orden de la Jarretera, que debiera inscribirse en nuestros centros de reunión: HONI SOIT QUI MAL Y PENSE.

La cena fué anunciada, y ofrecí mi brazo a mi respetable e inteligente interlocutora. Hubo caballeros que se dedicaron afanosamente a conducir al comedor a buen número de señoras que quedaron sin compañía, notando, con pena, al extremo de la galería algunas mesitas de antemano ocupadas solamente por varones que no se cuidaban ni poco ni mucho de ciertas tonalidades de buena crianza.

La cena terminó haciendo subir de punto la general animación que reinó en su duración, poniendo en simpático relieve el verdadero espíritu riveuse de sociabilidad, cohibido desgraciadamente por el solo vicio villano y mordaz que le amenaza, del cuchicheo maledicente y procaz, que pasa arrastrándose serpiforme por casas y salones atemorizando aún a los más insospechables caracteres, sembrando por doquiera la zizaña de la discordia, sustituyendo en el corazón de la bondad, la piedad, y el amor, por el rencor, el pavor, ya la venganza, y en las palabras del inmortal Shakespeare "arrancando las rosas de las castas frentes — para esculpir en su lugar, la mancha" Rechaza la sociedad tan terribles avances que propenden a su disolución, y recobre ésta, por tan simples medios, sus fueros y prestigios de antaño, haciendo prevalecer la buena armonía, la consideración y el respeto de sus miembros entre sí, por sobre miserables maquinaciones de ruines elementos, iniciando así el renacimiento de los felices tiempos cuando la fama de su exquisito refinamiento y genial amabilidad la hiciera erguirse por sobre las demás ciudades nicaragüenses con las palmas que aún conserva, si un tanto abatidas, de ciudad culta y simpática por excelencia.

Extrañeme sobremanera al observar que en estas "soirées" danzantes, por así llamarlas, no se proveía para otras distracciones más apropiadas, ya para personas de proyecta edad, ya para aquellas otras no se ducidas por los placeres de la danza, y quienes por largas horas se fastidian en presencia del monótono torbellino de un baile cuyo espectáculo muchas de ellas no pueden siquiera contemplar a su sabor por los grupos de varones que se apostan en las puertas del salón, —como por ejemplo, salas de juegos para señoras y caballeros; las llamadas "tea-parlors", en donde no solamente se concurre a gustar de un té o de un refresco cualquiera, sino que atraé a su recinto a buena parte de la sociedad presente no aficionada al vértigo del baile, o siéndolo, acude tras la alternativa de agradables sorpresas y placenteras impresiones. No tendrían las últimas aquí, en verdad, ora por el clima ora por la pequenez de los edificios y de las sociedades que asisten generalmente a estos actos, el éxi-

to práctico y feliz que entre nosotros, deficiencia ciertamente subsanable con otros entretenimientos de estilo, no menos que por la oportunidad de interesantes conversaciones de que allá, como sabéis mejor que otra alguna, se ha hecho un arte delicado y sutil en el que tan gallardamente descolláis por la floridez y espontaneidad de vuestro culto lenguaje, que puede fascinar a un tiempo a un concurso de amigos en vuestra amenísima compañía.

Mildred y Mr. Carlisle han salido a caballo esta mañana, y cómo se murmura ya de ellos, Aglae, cual si fuese una parejilla de empecinados delincuentes! El, caballero pulquérrimo e idealista, esclavo de los más altos principios de cultura y de amistad, la presencia de mi hija, confiada a su hidalga protección purifica su espíritu y le abstrae manteniéndole en las elevadas nociones del deber y del honor; ella, espiritual y de nobilísimos instintos dirigidos por una esmerada educación, ni siquiera sospecha de los ridículos rumores, y parte con la sonrisa en los labios y la franca alegría al corazón, con un beso de su padre sobre su casta frente, como un blanco pájaro que abre sus alas al sol, y en sus confiados revuelos bajo el azul de los cielos, sólo mira de la tierra las copas de los árboles que ni mienten, ni infaman, ni calumnian. Ellos, los seres inculpables, moral, intelectual y socialmente superiores, no saben que el más hermoso y edificante sentimiento universal, la amistad, está de hecho proscribida de todo lugar en donde se asientan bienhalladas las furias maldicientes de la murmuración difamadora y vil, sofocando las puras e ingenuas expansiones del ánimo, compeliéndole por tanto, según el carácter, a la indiferencia y al retraimiento, o a la hipócrita sutilidad, a la perfidia, y al dolo. Si lo supieran podrían exclamar dolorosamente con Hamlet:

Perdonad mi virtud: en estos tiempos
De gozes y de orgullo, es necesario
Que perdón la virtud al vicio pida"

Os anuncio para el mes entrante nuestro viaje a Granada; sentiré muy de veras alejarme de esta bonita población, y de esta simpática y ya querida sociedad por la que hago los más brillantes augurios, y a cuya felicidad y bienestar consagro mis más fervientes votos.

Os escribí una vez más antes de partir, enviándoos mientras tanto el vivo testimonio de nuestra afectuosa amistad.

CARTA VIII

Rivas, mayo 30 de 1907

Querida y respetada amiga:

En el "kaleidoscopio" de mis recuerdos, en Washington, nuestra hermosa ciudad capitalina, y una de las más bellas del mundo, lo que hoy excita mi fantasía con sus múltiples incidentes de la vida oficial y social. Soberbios edificios públicos; regias mansiones deslumbrantes con los oropeles del fausto y el boato del rango diplomático; magníficas avenidas de asfalto

interrumpidas aquí y allá por pequeños y artísticos jardines; recepciones, paseos, instituciones, monumentos, el Potomac bordeando silenciosamente la ciudad cosmopolita, con la perenne sugestión de nuestros tiempos helicos; amigos en el campo de mis afectos; y vos misma Aglae, por sobre todo ello, dando con vuestra graciosa presencia brillante colorido y animación a tanta escena como acude ahora a mi memoria con los siempre frescos aromas del espíritu, haciéndome exclamar con de Musset: "Oh, poder del tiempo, rápidos años —que borrais nuestros lantos y pesares— la compasión os mueve, y os impide—llevar también nuestras marchitas rosas!"

Y una de estas marchitas flores es el recuerdo de nuestra visita a Soldier's Home, uno de los más amenos y edificantes paseos con que cuenta la ciudad capital de Estados Unidos, a donde llegasteis sencilla, casi severamente ataviada, sin el más leve asomo de ostentación como no fuese la espontánea e inconsciente de la dulzura animando vuestro rostro, y la de la gracia rodeando vuestra dignísima personalidad, del halo misterioso e irresistible de la seducción. Fuisteis allá como Hada generosa a prodigar vuestras dádivas de año nuevo a los mutilados inválidos de nuestro ejército, como ofrendas propiciatorias de vuestra admiración y de vuestra bondad, y terminada la piadosa y noble misión en la que me hicisteis desempeñar, de mi mejor grado, el cargo, de limosnero pro tempore tomasteis con viveza el brazo que os ofrecí, y alegre como un pájaro en los días primaverales, ibais susurrando canciones favoritas, mientras discurríamos al azar por las veredas casi borradas por la nieve, hasta llegar frente al abra del bosque, a cuyo fondo se ve, allá a lo lejos cual si fuese una vista panorámica de espléndida belleza, el blanco Capitolio bañado de las suaves luces matinales.

Es Harold Mc Grath, quien ha dicho estas felices palabras sobre la mujer americana representada por su heroína Betty Annesley: "aquel caminar libre y seguro era marcadamente americano. Ah, el encanto de estas mujeres a quienes llamo, orgulloso, compatriotas! Vienen, van, sin inútil compañía, animosas sin audacia, confiadas en sí propias sin jactancia; inimitables! Cuán amable debió haber sido la disposición de la Naturaleza en aquel día que tales moldes humanos fueran creados!" Viéndoos conduciros como si fueseis la personificación ideal del elocuente pene-górico que acabo de transcribiros en vuestro honor, discurrimos largamente sobre las excelencias y peculiar seducción de la mujer americana, atribuyéndola vos a la educación y a los instintos de raza desarrollados bajo el régimen de vuestras instituciones y costumbres, en armonía con la libertad tan solo cohibida por el equilibrio erigido por general asentimiento en ley común, entre el derecho y el deber de cada una de las individualidades que entran a formar, no la masa embrutecida e ignorante, sino el cuerpo ilustrado por éstas y otras nociones cívicas y sociales que integran la nacionalidad americana.

Detalle característico de estas instituciones es la preeminencia que en todas las capas sociales y en to-

da circunstancia goza la mujer americana, garantizada por la respetuosa y, en verdad, galante consideración del sexo fuerte, que colectiva e individualmente obra en fuerza de hábitos tradicionales de eficaz protección y de cortés deferencia por la mujer, títulos estos de hombría y caballerosidad que tanto dignifican y elevan al varón americano. Así, reina la mujer en sociedad y en el hogar, con las especiales prerrogativas de su sexo, como en ningún otro país del globo, alto puesto en que la coloca la nacional hidalgua, y al que asciende naturalmente con las aspiraciones siempre crecientes por el estímulo hacia su mejoramiento como compañera del hombre y señora de su hogar, y hacia la ampliación de sus oportunidades personales en la esfera de sus capacidades, o como fuerza contribuyente en el movimiento de desarrollo general elevando por este medio cada día el nivel intelectual y moral de la nación con la formación del alto carácter y excepcionales cualidades de la madre, principio indispensable según el conocidísimo precepto que el genio mutilforme de Napoleón encareciera a Madame Campán para la educación de la niñez y dirección de la juventud, pudiéndoos citar a porrillo los tan comunes ejemplos de hombres que han reflejado en su paso por el mundo las bellas o defectuosas condiciones maternales como Enrique IV educado por su madre Juana de Albret; Lamartine, que atribuía a la influencia maernal las más hermosas creaciones de su genio; Luis XIV, que heredera de su madre las liviandades de carácter y los instintos de sensual cortesania y Voltaire, que llevara en su espíritu la impresión imborrable del genio sutil y vivaz de su materno ascendiente.

La mujer americana tiene, como las antiguas espartanas, sus lizas y torneos de gimnasio en donde el cuerpo adquiere, desde los primeros años, vigor, elasticidad y lozanía desarrolla sus facultades mentales en magníficos colegios o entra en franca competencia en las aulas universitarias; en el hogar, se atiende a la educación doméstica, a las sanas inspiraciones del corazón, a un refinamiento de sociabilidad que en la mujer de rango raya en dotes fascinadores de gentileza y de cultura que la hace capaz de rivalizar ventajosamente en el campo de la espiritualidad con las más agraciadas y adorables mujeres del mundo. Y así, prestase la admirable genialidad de la mujer americana, lo mismo para lucir sus aptitudes profesionales o disposiciones artísticas, como para brillar en los nobles ejercicios de abnegación y de humanidad, como para triunfar en los más atildados salones, como para emgellecer y reinar en su más útil si modesta esfera del hogar, enalteciendo sus bondades con los encantos subyugadores de la inteligencia, de la belleza, y de la espiritualidad. c

Hemos visitado hoy algunas de las escuelas de niñas de las muy pocas que hay en la ciudad, y si bien la mayoría de las maestras cumplen su cometido a conciencia y del modo más meritorio, encontramos esta enseñanza un tanto defectuosa y deficiente si atendemos a los elementos y al objetivo principal de la educación, cual es, el de la formación de la mujer que responda en primer término a las exigencias prác-

ticas del hogar en sus varios y grandes atributos; y segundo al embellecimiento de la sociedad por su propia perfectibilidad. Kant decía que la educación era el perfeccionamiento del individuo por el mayor desenvolvimiento de sus facultades: desarrollo de aquella capacidad que tiende a lo útil; desarrollo de aquella que tiende a lo bello, —altas condiciones de educación a que tiene perfecto derecho la inteligente y espiritual mujer nicaragüense, como cualquiera otra mujer del mundo civilizado.

Hay, por desgracia, en estos países un espíritu de imitación y asimilación, por así decirlo, de extrañas leyes que sería por todo punta aplausible si siempre se ajustasen a sus necesidades y a sus circunstancias. Es ciertamente ridículo y desconsolador ver cómo niñas de corta edad que apenas comprenden rudimentalísimas nociones de las cosas, se les haga girar en un círculo de fastidiosa inutilidad tan solo por ceñirse a los sistemas reglamentarios, sin conseguirse otra cosa que atestar la memoria de fútiles detalles que luego olvidarán, descartando del modo más absoluto la base fundamental de toda educación, a saber, el desarrollo gradual pero seguro de la razón. Los conocimientos se adquieren siempre, no importa si la adquisición sea de lenta progresión. La razón si no se empieza a desarrollar desde la niñez, jamás cobrará temprano, y al fin tras grandes labores, la triunfante y enérgica firmeza que viene a ser después como un desideratum para la formación del carácter y para la idoneidad y perfeccionamiento del ciudadano. Yo no pediría otra cosa para el tipo de madre ideal que el despejo e ilustración o cultivo de la razón ennoblecida por la moral y dulcificada por la ternura y la bondad.

Acerqueme a una niña que parecía recitar sus lecciones con desenvoltura y precisión, y con el beneplácito de la maestra le hice algunas simples y prácticas preguntas que la pobrecilla, salida de su carril rutinario, no supo contestar atinadamente. Y sin embargo, era una niña de indudable inteligencia, cuya no era la falta de un positivo aprovechamiento, sino de la aplicación del sistema a que se esclaviza la niñez y justo es decirlo, de cierta indolencia, indiferencia y desapego de algunas maestras quienes, a su vez siguen la rutina de enseñanzas a que están habituadas. Necesitanse dos requisitos esenciales para el propio y digno desempeño de tan arduo magisterio: merecimientos personales y generosa remuneración; y una vez cumplidas ambas condiciones, alejar la mirada fiscalizadora y escatimadora de la modesta persona del maestro, y concentrarla con diligente afán en las generaciones que erocen a la luz, bajo su mano bienhechora. Mildred se acercó también a una chiquilla de cinco a seis años de edad que estaba a pique de llorar perdida en el confuso laberinto de la anatomía humana, y besándola sobre la bien formada frente, le pidió le escribiese, y le leyese enseguida un trozo a grandes letras no acertando desde luego la inocente y linda víctima del fárrago anatómico, ni con el cancanear habitual de las primeras lecturas, ni con el esquineado garrapateo de las primeras letras. Y como la anterior, era una lista y vivaracha alumna

cuyas felices disposiciones no necesitaban de otra cosa que de más apropiada dirección. Mr. Carlis le observó con mucha oportunidad que la implantación inconsulta y rigurosa de ciertos sistemas extranjeros, le causaba el mismo efecto que la haría el establecimiento de los invernáculos de los climas fríos de Estados Unidos y de Europa para el mejor desarrollo de la floricultura tropical. Está bien el desenvolvimiento concéntrico, por así llamarlo; lo que está mal es la absurda aglomeración de inútiles asignaturas en algunos de los círculos o grados con lastimoso detrimento de esencialísimas materias que, al fin y a la postre, vienen siendo la única y positiva enseñanza de la mujer nicaragüense. e

Stapfer, Pestalozzi y Girard, que tanto hicieron por el alto desarrollo de la educación en Suiza, estaban plenamente convencidos de que las escuelas tienen sobre todo el mérito de los maestros que las dirigen. En este sentido, convendría primero la creación de un buen instituto de maestros; segundo simplificar los requisitos ahora establecidos de los varios grados en armonía con la edad y el objetivo práctico a que se tiende. En el primer círculo lo precisamente rudimentario y elemental, en el segundo, la introducción atinada de un nuevo elemento de provechosa educación y así sucesivamente hasta los más altos grados en que cupiesen aquellas otras enseñanzas que completan y embellecen la labor de educación elemental y que cada cual puede enseguida ensanchar con más altos vuelos en otros centros y en otras condiciones.

Michelet se dirige elocuentemente a las madres, encareciendo la educación de las hijas en el hogar, familiarizándolas y habituándolas a los grandes deberes que está llamada a desempeñar al trasponer los umbrales del soñado reino, así en la vida doméstica como en la social. Ciertamente es que en los países tropicales la niña se transforma en mujer en breves años, y cierto es también que la vanidad y el mal entendido amor paternal aprovechan muy poco esos cortos años de transición en beneficio de la niña, anticipándose los a la incipiente mujer oar haciéndola concurrir a los bailes y otras inapropiadas distracciones sociales, ora estimulándola inconscientemente sin duda, por la agre vía empavesada de palmas y de flores con que el mundo corona a la naciente belleza y recompensa el deslumbramiento del elegante aderezo de chispeante pedrería y de crujiente y reluciente ajuar.

Una escritora americana ha dicho estas sencillas palabras que encierran sin embargo una verdad, y una advertencia para la juventud: "Si conducís al altar a una ligera y vistosa mariposa, es en vano que al salir de la iglesia la queráis convertir en la mujer práctica y doméstica". Edúquese pues a la mujer para que pueda llenar cumplidamente estos deberes primordiales de las diversas atenciones del hogar; edúquesela en la prudencia, la tolerancia y la bondad; edúquesela también de modo que sea ella misma capaz de armonizar su espíritu con la ilustrada y culta inteligencia del hombre superior a quien el destino la ligue con los lazos de himeneo, procurando subir siempre hacia el más alto nivel del consagrado compañe-

to de su vida, pues no habrá jamás comunidad de almas entre dos seres que no se compenetran nunca, por la enorme disparidad que luego se hace dolorosamente aparente, en facultades, en instintos en cultura y educación así moral como intelectual; o por el contrario, estimulando discretamente hacia ella, en lo posible, al ser inferior cuyo nombre adopta y a cuya suerte une la suya merced al asentimiento matrimonial.

Decía el abate Constant estas sentidas y hermosas palabras que os transcribo confiado a mi memoria: "Ignoramos aún cuanto vale la mujer, porque desde su nacimiento hasta su muerte, la sociedad le cierra la boca y el corazón; la enseña a fingir y a disimular; deja su inteligencia viciosa y enerva su naturaleza para hacer de ella un instrumento de placer. Ah! ¿cuándo recibirá la mujer una educación franca y liberal? ¿Cuándo se dará desarrollo a su inteligencia bajo la sola garantía de su corazón?" Elevar la condición de la mujer es elevar la condición de la sociedad; deprimiéndola, empobrecemos y rebajamos las generaciones venideras. La mujer rigera el destino de la humanidad, dulcificando las costumbres; embelleciendo con sus gracias adorables la triste y dolorosa marcha del hombre por la esteril estepa de la vida; ejecutando e inspirando los más nobles y grandiosos hechos; y soplando con las alas del amor en la hornalla del genio, o entrando ella misma, ángel de belleza y de luz, en las regiones olímpicas de la inmortalidad.

La sabiduría de la educación estriba no en sofocar las impulsivas fuerzas de la naturaleza, sino en dirigir las buenamente hacia un sano y elevado propósito. Amplíese el estrecho círculo en que gira forzosamente la mujer nicaragüense dentro del cual no le es dable el desarrollo de sus brillantes y admirables como encantadoras aptitudes, hacia la florecencia de su personalidad y de su carácter; cultívese su buen gusto por la lectura y por las bellas artes que en las horas de ocio del hogar la elevarán deleitándola, distrayéndola del tedio y de frívolos sino vulgares entretenimientos, y redimiendo así a la sociedad de sus tristes actuales condiciones de existencia, avance la mujer digna, firme y valerosa bajo la égida de la libertad, de la protección, y del respeto a ocupar el alto puesto de honor que na naturaleza y la civilización le asignan en todos los países cultos del globo.

Mildred os escribe hoy describiéndoos la imponente belleza del lago y sus soberbios volcanes que mañana contemplaremos holgadamente en nuestro viaje a Granada, dejando la pintoresca ciudad meridional y despidiéndonos apresurados de su culta y simpática sociedad, por cuya felicidad y prosperidad, tomaremos esta noche a la mesa una copa de champagne. En el fondo de la mía, quizá brille la ilusión de vuestra gentil imagen, que jugueteando sobre el áureo licor, en los bordes de la copa, podrá burlarse de mis labios, más nunca de la afectuosa intención, que la fantasía exornará con el viso seductor de la realidad.

Recibid, amiga mía, las protestas de nuestra distinguida amistad y consideración.

Va ya transcurrido cerca de medio año desde que en la madrugada del día 19 de diciembre de 1925, rindió su último aliento en la ciudad de Washington, el doctor Pedro González. Lejos de la patria, y sintiéndola sin embargo al alcance de sus manos en su representación particular, rodeado como estuvo en sus últimos momentos, de algunos conciudadanos amigos que mas vivamente le evocaban el recuerdo del amado terruño que no había de ver más. Lejos del hogar, de aquel hogar ya deshecho, que lleno de noblezas y de encantos, formó el amor de su corazón tan por entero consagrado a su esposa y a sus hijos, y sin embargo, la familia estaba allí cerca, en el alma atribulada de su querida y admirada hija Hersilia que pudo tributarle los últimos cuidados de su acendrada devoción filial, como una hora antes, lo habría estado asimismo en su hijo Roberto—orgullo de su afecto paternal—que en vano extremo la rapidez de su viaje a la capital norteamericana—¡oh ironía del destino!—para besar antes que la muerte, la frente de su venerado y noble padre.

Le llamo noble, como voy a espigar enseguida en su loor, dentro de las lindes de esta breve necrología, aquellos atributos que mas se yerguen a la altura de sus méritos descollantes, con la plena conciencia de la simple justicia que le hago, porque su nombre está ya inscrito entre los de los más estimables y sobresalientes ciudadanos nicaragüenses; porque fué él uno de los varones de mayor prominencia positiva que me cupo la gracia de conocer, y la íntima satisfacción de tratar tan cercanamente, a título de una amistad de hondos arraigos ungida por tradiciones de familia, y muy inolvidablemente, por el grande afecto y aprecio de mi padre que le precedió muy pocos años en la triste ausencia que jamás tiene retorno.

Era Presidente de la República el doctor don Adón Cárdenas cuando estalló la guerra promovida por el General Justo Rufino Barrios, Presidente de Guatemala, para realizar bajo su jefatura el eterno y hermoso sueño de Jerez, la Unión Centroamericana. Con tal motivo, y para estar más cerca del campo de los acontecimientos, se trasladó a León al mando militar de la República. Ejercía entonces la Prefectura de aquel departamento, un buen amigo de mi padre, el importante ciudadano don Vicente Navas, que tan prominentemente había colaborado también en la Administración anterior del General don Joaquín Zavala. Llegó una vez a la Mayoría General del Ejército, y en misión intencionada de la Prefectura, un joven ayudante que se retiró al cumplir su cometido.

"No conoce a ese joven ayudante de don Vicente, General?"—le preguntó a mi padre uno de los militares de alta graduación, bajo su dependencia.—"Es Pedro, el hijo del General Ceferino González".

La grata sorpresa de mi padre se hizo visible desde luego, amigo íntimo como era de los distinguidos progenitores del incipiente militar. Le hizo regresar enseguida y le propuso el cambio de oficina que fue inmediatamente aceptado también por don Vicente. Desde ese momento le tomó mi padre bajo su protección, y

desde entonces, son inseparables por muchísimos años, las carreras políticas de ambos.

Estudiaba don Pedro la abogacía en León, cursos que continuó con más holgura y seguridad que antes. Tratábase un día de la defensa de oficio de un militar pobre que había caído en desgracia al parecer irremediable. Mi padre estaba en cavilaciones sobre la habilidad y competencia de la persona a quien pudiera encomendársela, cuando de pronto le dijo don Pedro:— "No se apure General, que aún cuando todavía no soy abogado, yo asumo la responsabilidad de la defensa".

La hizo, y de tan brillante manera que no solo le valió la estimación más notoria de sus jefes, sino que fué aquel ensayo de oratoria forense una de las más halagüeñas ejecutorias que, durante la vida, recordó don Pedro con la más justa y mayor satisfacción.

En la Mayoría General del Ejército continuó colaborando don Pedro como el auxiliar inamovible y principal de mi padre. Se hizo entonces—me refería don Pedro— la mejor, sino la única organización verdadera y eficiente que tuvo el ejército nacional en todo el país, mencionándome a este propósito entre otros, como prefectos ideales, de aquel tiempo, al de Chinandega, don José María Gasteazoro, y al de Masaya, el doctor Gregorio Pasquier, hoy Magistrado de la Corte Suprema de Justicia. En aquel despacho trabajaron también en calidad de colaboradores, escribientes, ayudantes etc. Rubén Darío, el POETA-NIÑO de aquéllos años, el General Manuel Riquero de Aguilar, el BAYARDO de la Mayoría, como con afecto General se le llamaba, don Carlos Salcedo, tan inmediato a mi padre, el amigo inolvidable don Adán Boza, y otros que formaban con don Pedro, la Plana Mayor de la Mayoría.

Don Pedro Ortiz, que era Secretario Privado de la Presidencia de Cárdenas, se afiliaba al grupo literario del círculo oficial de ese despacho, como lo hicieron después el dominicano doctor Angulo Guridi y otros, y tenían sus tertulias predilectas en casas de algunas familias a las que eran enteramente adictas, como la del General don Carmen Díaz, por ejemplo, en donde además de las grandes corrientes de simpatías y de aprecio establecidas entre unos y otros, se consideraban como patrocinados bajo la autoridad militar y literaria del General Díaz, y en donde, para el mayor agrado y estímulo de los contertulios, se contaba con la colaboración felicísima de algunas de sus estimables hijas. Así todas las producciones literarias de Pedro Ortiz, pasaron por la pluma de Amelia, carácter encantador e inteligencia bien cultivada y brillante. La serie de artículos que, a modo de torneo, fueron escritos sobre LA PLUMA AZUL, por tema, por no mencionar otras, tuvo su origen en esas tertulias de la Plana Mayor de la Mayoría General.

Tan hondamente arraigaron estas vinculaciones en las personas mencionadas de aquellos tiempos, que siempre recordaron esta grata época de su vida con el dulce sabor de la juventud dorada, al punto de que Adán Boza consigna en lenguas crónicas de su periódico "El Correo Nacional", de San Salvador, estas amenas añoranzas; y de que, al volver Rubén a Managua ya

posirado y herido de muerte, noticioso de que mi padre se encontraba en la capital, le invitó con encarecimiento que tenía tanto de ingenuidad infantil para que fuese a verlo, y para aquel largo y entretenido deshilar del ovillo de argentada seda de recuerdos de los que, decía el poeta, no había podido ni querido apartarse nunca ni aún al través de su vida incidentada en ambos continentes.

Coronada ya su carrera de abogado vino la administración de Carazo, y luego la de Sacasa, en las cuales don Pedro ejerció los cargos de Subsecretario de Gobernación y de Relaciones Exteriores, llevando muchas veces estos Ministerios bajo su sola dirección, al grado de que una de las Memorias de este último, fue suscrita por él, por insistencia caballeresca y justiciera del propio jefe del Ministerio, a la sazón.

Ajustóse en el período de Carazo el arreglo de la cuestión Mosquita que entonces presentaba caracteres de amenazante gravedad. Mi padre fue enviado allá como Comisionado del Gobierno para hacer todo lo concerniente al respecto, y don Pedro le acompañó como asesor para todos los asuntos judiciales. Se fijó el meridiano divisorio con la Mosquitia, bajo la dirección técnica del señor ingeniero Climie; se fundó la ciudad del Rama; me impidió la circulación del papel moneda—scrip—de los moscos; se dictaron muchas leyes necesarias para la buena administración de aquella región del país, como parte integrante de Nicaragua, y se estableció la mejor armonía entre los criollos y moscos y los nicaragüenses propiamente dichos, a base de un régimen civil, quedando desde entonces verdaderamente implantada en la Costa, la soberanía inobjetada de la República.

Se hizo deseable luego corresponder a la visita hecha antes a Nicaragua por el señor Presidente don Bernardo Soto, de Costa Rica, y al mismo tiempo ver como se llegaba a un arreglo satisfactorio en la cuestión de límites con aquel país. Habiendo merecido mi padre el honor de la designación de Ministro de esa Legación, y don Pedro, el de Secretario, partieron para aquella hermana República, que se alza a la par de los países más cultos y mejor organizados de la América Española. Se les recibió espléndidamente y se les acogió con un cariño familiar tan lisonjera y gentilmente demostrado por el Gobierno y por la exquisita sociedad costarricense, que ambos recordaban siempre a Costa Rica con sentimientos aventajados de la más alta estimación y cariño para aquella simpática sociedad y aquel dignísimo Gobierno.

Fué al regresar de este viaje por nuestra vecina del sur, cuando contrajo matrimonio con doña Chepita Dubón, una de las bellezas más perfectas de que ha podido enorgullecerse León, belleza física y moral formando una unidad admirable ya definida acabadamente por Fóscolo, como "una specie di armonia che si vede e que penetra suavísima necuo ri umami". De este matrimonio provino una familia por todo concepto estimable y distinguida, ornato de la sociedad y orgullo de sus padres, educada toda ella en los centros de mayor cultura de Inglaterra y de los Estados Unidos de América.

Los acontecimientos del 93, hicieron que don Pedro

se separase de la vida pública para dedicarse de lleno a la práctica de su profesión en la que descolló desde temprano, como lo demuestra la elección hecha en el por el Ministro Americano Mr. Shanon, para asociarlo como consejero director de sus estudios sobre las constituciones políticas de los países, del continente, durante los cuales estudios y después de ellos, mereció siempre entera confianza del señor Shanon, uno de los que más propiamente ha llevado aquí, sea dicho de paso, el título de representante de la gran república del Norte.

A fines de la administración del general Zelaya, fue enviado con carácter diplomático a Washington para el arreglo satisfactorio que hizo de la cuestión de Emery.

En la administración de Díaz recibió el cargo de ir a la Argentina, como Ministro ante aquel Gobierno y como Delegado a la Cuarta Conferencia Pan-Americana que tenía su asiento en Buenos Aires, en donde presentó un estudio interesante sobre asuntos económicos de Nicaragua.

Era entonces el señor Murature, Ministro de Relaciones Exteriores de Argentina, habiendo sido antes redactor del célebre diario "La Nación". Contábale Murature a don Pedro que estando una noche en un café, le llamó urgentemente por teléfono, Mitre el propietario y director de "La Nación", para que pidiese a Darío que escribiéase alguna cosa del momento sobre Verlaine cuya muerte acaba de saberse. Y Rubén estaba por ahí, la cabeza reclinada sobre la mesa de las libaciones al dios de las vendimias y tan fuera del alcance de los llamamientos humanos que desesperanzado Murature de volverle a tiempo a la conciencia de la vida, pidió arbitrios al Ingenio y aplicándole ambas manos al oído en guisa de trompeta juiciofinalasca, le gritó estentóreamente: "Verlaine ha muerto

"Levantó el poeta la cabeza asombrada y emboitada por el ajeno, pidió unas cuartillas de papel, y escribió rápidamente con la inspiración súbita del genio, su **RESPONSO LIRICO** . "Padre y Maestro mágico " que Murature llevó enseguida triunfalmente a "La Nación", salvando así magistralmente de un vacío lamentable, las columnas de aquel gran diario argentino, mientras el hijo de Apolo volvía a hundirse en su profundo sueño verleniano visionando canéforas que prodigaban la tumba del olímpico poeta simbolista y decadente, de las FIESTAS GALANTES.

Por aquel tiempo fue electo Senador de la República, y poco después presidente del Senado y del Congreso, cargo que sirvió con dignidad y patriotismo.

Finalmente, en la corta administración de don Carlos Solórzano, fue enviado nuevamente a Washington como Ministro de Nicaragua, en donde como ya he dicho antes, le tocó exhalar el último suspiro de su vida.

Desde su juventud perteneció don Pedro al Partido Conservador que admiraba en sus hombres de los Treinta Años. Los sucesos de la revolución de León en 1896 en la que le tocó militar al lado de Occidente, y su actitud necesariamente pasiva en los de la Costa Atlántica en 1909, debida principalmente a la saliente participación de su hermano el general Roberto González, en defensa del gobierno del doctor Madriz; y luego, y sobre

todo, la política banquerista adoptada por la revolución victoriosa de la Costa Atlántica, contra la cual política fue de los primeros en pronunciarse abierta y enérgicamente con la vehemencia de sus hondas convicciones, por una parte; y por otra, cierta predisposición de obvia inconveniencia que pone en sensible relieve la ausencia del tacto indispensable, según el caso, en las colektividades políticas, como es de ocasión confesarlo aquí, siquiera en interés del propio partido a que perteneczo, hicieron que tan valioso miembro del Conservatismo, capacitado el solo —UNUS INTER MULLOS— para añadirle los prestigios de sus preclaras dotes personales, viniese alejándose, de frialdad en frialdad, de la órbita del partido, hasta llegar a formar francamente en las filas del progresismo que reputándolo debidamente, lo hizo figurar como vicepresidente en la fórmula electoral para autoridades supremas en la campaña de 1921.. Con todo, jamás se le vió escatinar sus luces cuando a ellas acudían individuos autorizados o representantes del partido conservador, y es copiosa la labor de diversa índole que hizo gratuitamente, ya para satisfacer deseos personales u oficios sociales, ya para intervenir por la prensa y en el único sentido de la patria, en la propia orientación y desarrollo que el creía que debía darse a un asunto determinado, entre los cuales trabajos recuerdos con satisfacción el folleto que hizo publicar durante la administración del general Zelaya, en el que expuso y demostró nuestro derecho pleno en la Costa Atlántica nicaragüense y en sus islas adyacentes. Era un patriota en el concepto absoluto y elevado de la palabra, y no solo un patriota meramente pasivo, sino de impulsiva y vigorosa acción.

Deleitábase la buena literatura, sobre todo la del siglo de oro de las insignes letras castellanas. Tenía una vasta ilustración y una memoria maravillosa que le hacía retener y sacar el mayor fruto de sus largas y meditadas lecturas. Latinista de nota, gustaba mucho de las aplicaciones latinas en textos favoritos de la Biblia, afición que le venía de su propio temperamento religioso sin fanatismo, fortalecido desde los comienzos de su juventud por las enseñanzas de Monseñor Manuel Francisco Velez. Era un escritor fuído, galano, a veces terriblemente irónico y burlón, y de fuerza incontrastable en el debate.

Su campo dominante era, sin embargo, el de las leyes en donde sentó su nombre entre los de los más eminentes juristas del foro nicaragüense, como lo atestiguan su profusa colección protocolar, sus luminosas controversias y dictámenes, sus dos obras inéditas de derecho, y muchos otros trabajos de menor importancia que también decantan su gran laboriosidad. Fué maestro de la juventud dedicada al estudio de las leyes, y murió siendo decano de la Facultad del Centro.

Amó con amor entrañable a su esposa y a sus hijos. Padre abnegado y amantísimo como hay pocos, y abuelo incomparable que aprendió rápidamente el arte de serlo, en la cartilla hechizada de su vivachuela nietecilla Gladys, y en el catón, agualmente encantado de su segunda nietecita precocísima, Gloria.

Era, además, un carácter levantado sobre los sanos

Y firmes principios de moral que robustecieron y caracterizaron su conciencia. Amenisimo y saleroso y discreto conversador. Gallarda y elegante presencia y amables maneras como correspondían al hombre de mundo y buen caballero que tan ciertamente era. Semblante de reminiscencias moriscas, con la expresión inequívoca de todas las condiciones que entran a formar al hombre realmente culto y superior en las mejores sociedades del mundo. Eso era la *meritísima* personalidad de don Pedro, que acaban de perder para siempre, la familia, la sociedad y la patria.

En la tarde del día quince de enero del corriente año, se verificaron en León los funerales del doctor Pedro González. Tropas del Gobierno ocupaban la plaza, y muchas personas del lugar, o se encontraban fuera de la ciudad, o permanecían prudentemente recluidas en sus casas. Había por tanto, poca concurrencia al ponerse en marcha el cortejo hacia la final morada, mas con todo, vino haciéndose aquella cada vez más numerosa a medida que avanzábamos, hasta que al subir a la planicie del cementerio, tenía el aspecto de un homenaje de las varias clases sociales, hasta donde, en aquellos días, era posible esperar. Sentí una pena muy grande al notar que el Gobierno de la República, acaso por medida precautoria, no le tributó honras militares a los restos de aquel conspicuo ciudadano que hasta el último instante consagró sus mejores energías al servicio de la Patria. Varios oradores, entre ellos muy inspirada y sentidamente el doctor Luis H. Debayle, hicieron el panegírico de las virtudes del hijo, del hermano, del esposo, del padre, del amigo, del ciudadano sin tacha en cada una de esas fases de la vida, del varón prestantísimo que tan lucida y valerosamente recorrió el camino terrenal desde la juventud cercada de cuidado hasta el albor de su ancianidad ilustre por tan grande abundancia de motivos, como lo fue don Pedro.

Se hundía el sol en el horizonte bañando con sus reflejos crepusculares la meseta del cementerio, al mismo tiempo que descendía a la fosa del reposo eterno aquella caja cubierta de flores y honrada con el doliente tributo de la sociedad, en donde yacían los sagrados despojos de aquel ser eminente, harto cercano y querido para mí, que venía a dormir su último sueño bajo las alas angélicas de la dulce y santa mujer que fue la fiel y digna compañera de su vida. Su espíritu elevado, en la plenitud del deber cumplido, y en una como transfiguración soberana de luz y de paz, "por el laurel y por la espina entremezclados—sobre su frente triste", según el verso de nuestro eximio poeta mundial, había remontado ya el supremo vuelo de donde no se vuelve, desde la cúspide de la que parece ser hoy la capital del mundo, hasta más allá de los espacios estelares, hasta el seno munífico de Dios.

Caía el telón horripilante que separa a los vivos de los muertos. Tomé un puñado de tierra que arrojé blanda y conmovidamente allí abajo, sobre la caja mortuoria, como el adiós hondamente afectuoso de mi parte y de los míos que subió, sin duda, hasta su alma superior y noble, como la vehemencia del hijo de Isai hasta la mansión de luz de la bondad suprema.

Una bandera y una cruz y un símbolo del amor pa-

ternal y una ofrenda de flores, para la tumba de aquella relevante personalidad nicaragüense de gran corazón y de luminosa inteligencia, cuyo nombre queda siendo como lo fue en todo tiempo, signo de amor para los suyos y timbre de legítimo honor para la patria.

PROLOGO A LOS ESCRITORES VARIOS DE LOS DOCTORES TOMAS Y ALFONSO AYON

DEBESE en parte muy principal, la impresión de esa obra, al Excelentísimo señor Presidente don Adolfo Díaz quien, con el generoso espíritu que le caracteriza y rindiendo homenaje al cultivado talento de dos ingenios nacionales, acogió con benévola prontitud la idea de esta publicación a la que, con la mejor voluntad, le ha dispensado el favor de su valiosa protección.

En una noche de concierto en nuestro parque central, conversaba yo con uno de nuestros más inteligentes e ilustrados hombres de letras, el doctor don Pedro González, sobre la producción literaria de mérito en nuestro país, y ello dió pie para que mi erudito interlocutor trascendiese de los límites de una conversación familiar a las más altas y entusiastas consideraciones acerca de los luminosos escritos del doctor don Tomás Ayón, esparcidos aquí y allá en las hojas periódicas de su tiempo, y hoy casi olvidados de sus contemporáneos y seguramente ignorados de las generaciones presentes. Y siguiendo el hilo de la más perfecta afinidad y del más lógico encadenamiento psicológicos, y cual si la sombra veneranda hubiese sugerido al ser viviente, el vuelo de nuestra admiración pasó del padre al hijo, e incontinenti, rendimos a la obra literaria del doctor Alfonso Ayón, el mismo tributo admirativo de nuestra más elevada y calurosa estimación.

Y pensé, que si bien por muchas razones difícil, sería una tarea recomendable la de salvar esos brillantes escritos de la dispersión y del olvido, recogerlos y seleccionarlos, en un volumen, y presentarlos a las generaciones actuales y a las venideras, no sólo de Nicaragua sino también de nuestras hermanas repúblicas de Centro América, como una *meritísima* labor de dos de nuestros más culminantes literatos, sugestiva de poderosos estímulos y pródiga de grandes enseñanza para todos aquellos que, a despecho de nuestro desfavorable medio ambiente, llevan el *QUID DIVINUM* en la mente, que irradia por sí solo en todas partes, aun cuando en tre nosotros reluzca por su propia luz limitada a nuestros mezquinos horizontes y amortiguada por nuestra endémica indiferencia y escasos medios de cultura, sin el mágico efecto producido por esos argentados reflectores de la civilización que prestan a sus ondas una amplitud de incomparable extensión y un brillo de deslumbradora refulgencia.

Hombre como el doctor don Tomás Ayón y su hijo don Alfonso, y como ellos, otros de nuestros más descoliantes escritores, no tuvieron la feliz oportunidad de la educación en las más doctas universidades del mundo. Concurrieron a las antiguas aulas en donde, a vueltas de memorizar, según el uso, alcanzaron a graduarse

de bachilleres en filosofía escolástica, como estudios previos a los más exigentes del Derecho; y luego, aguijoneados por esa sacra aspiración que levanta al hombre al nivel de la soñada esfera, consagraron su vida a la ávida adquisición de conocimientos variados, al esmerado cultivo de sus facultades, que se obtiene por la atenta dedicación a las grandes y bellas obras.

Y es que, como ha dicho Bonald, "el hombre verdaderamente superior, se eleva siempre por sí mismo y no obstante todos los obstáculos al lugar que sus condiciones le asignan, pues no sería superior a los otros hombres si, como ellos, necesitase del favor de las circunstancias o de las especiales ventajas de la educación".

Comprueban este aserto los innumerables ejemplos que la historia del mundo nos ofrece en las varias fases de la suprema actividad del ingenio humano, en las letras, en las artes, en las ciencias, en la política, en la religión; y concretándonos a los pequeños y apartados ámbitos de nuestra patria, y a la modesta escala de relatividad que le corresponde, encontramos en nuestros anales, con sentimientos de legítimo orgullo, toda una pléyade de hombres superiores que, como los doctores Ayón, surgieron de un modesto origen,—muchos de ellos, de las más oscuras y abatidas simas de la indigencia y la orfandad,—y quienes, al traspasar la edad de una abrumada e ignorada niñez, en medio de aquellas turbulencias revolucionarias que si tanto asolaron al país, sirvieron también para templar el acero, o para elevar bien alto el plumaje de sus almas beneméritas; y quienes, sin otras fuerzas que las soberanas de una noble aspiración y de una fe inquebrantable en sus destinos, se abrieron paso con la pluma, la espada o la palabra, desde el seno de las multitudes a la envidiable altura de esclarecidos y predilectos hijos de la patria.

Llor a aquellos hombres que, sin malicia alguna, y sólo alentados por los más sanos impulsos del corazón humano, lograron en aquellos calamitosos tiempos abocados a la guerra nacional, y aun aquellos también que por mucho tiempo después les sucedieron, sobrepasar del mérito común, y venciendo tropiezos de todo género, hasta la riuedad del harapo y las angustias del hambre, pudieron reclinar en la almohada de la muerte, sus sienas coronadas con los lauros del patricio, del guerrero, del tribuno, del escritor, del poeta, del hombre en su más excelente manifestación. Y es que ellos llevaron como primer móvil dentro de sí, altos y puros ideales relacionados más o menos directamente con la honra y gloria nacionales, sin que, como aconteció después, salvando honrosas excepciones, girasen las acciones de los hombres en el mediocre círculo de un interés absolutamente personal. Apreciador verdadero de aquellos sinceros repúblicos, hechuras de sí mismos, pláceme sobremanera rendir a su memoria, en estas páginas, el acorazonado tributo de mi admiración.

De tan frágil y desdichada cuna, como acabo de indicar, mecida por el rudo cierzo del infortunio, arranca la ilustre vida del doctor don Tomás Ayón. Su infancia, la edad de oro en que se va con los pies desnudos y el sol jugueteando dentro del alma, la edad de las francas risas y alegres y descuidadas correrías, la edad en que alborea una imaginación miliunanochesca, fué para él la noche triste de su miserable orfandad, que puso uno como sello de solemne austeridad a su espíritu

Mas la desventura, lejos de abatirle, levantó su ánimo al a percepción de su destino, e impulsándole adelante, le llevó a la ciudad de León en donde, a la postre de continuas luchas contra los azares de su vida, logró coronar sus estudios profesionales, marchando enseguida a la República de El Salvador en donde obtuvo luego su investidura de abogado, que las circunstancias políticas no le permitieron recibir en su país, y en donde, después de inteligente y asidua colaboración en importantes labores de legislación, fue llamado a ocupar los Ministerios de Relaciones Exteriores y de Justicia, Instrucción Pública y Beneficencia, que desempeñó respectivamente en las Administraciones de los Presidentes Vasconcelos y Barrios, a la altura de sus grandes capacidades.

Fué, además, Rector y Catedrático de la Universidad de San Salvador; Ministro Residente de Nicaragua en aquel país, durante la Jefatura del Estado de don Norberto Ramírez; y en 1856, Ministro Plenipotenciario de El Salvador ante los gobiernos de Guatemala y de Honduras.

De regreso a Nicaragua, sirvió airoosamente el Ministerio de Relaciones Exteriores en las administraciones de aquellos conspicuos ciudadanos don Fernando Guzmán y don Pedro Joaquín Chamorro; ejerció en dos períodos administrativos la Magistratura en la Corte de Justicia de Occidente; llevó a cabo notables trabajos de codificación; redacó a iniciativa del ilustrado Presidente, General don Joaquín Zavala, la Historia de Nicaragua, desde sus principios hasta los sucesos de 1750; acreditó sus felices dotes diplomáticas en delicadas misiones ya a Guatemala, El Salvador y Honduras bajo la integérrima presidencia de don Vicente Cuadra, ya a

Roma, bajo la muy honorable de don Fernando Guzmán, ya a Guatemala otra vez, y a Amapala, bajo la del eminente doctor don Adán Cárdenas; fué meritísimo escritor sobre asuntos literarios, jurídicos y políticos, habiendo merecido algunos de sus importantes escritos los honores de la reproducción en la prensa de la juventud, rindió la jornada de su preclara existencia en 1887 a los 66 años de edad.

Es de su biógrafo, el doctor don Francisco Paniagua P., el párrafo siguiente:

"Tomás Ayón, por sus profundos conocimientos, por

su juicio recto y desapasionado, por su espíritu tranquilo y sereno, y más que todo por su cosmopolitismo literario, es en la brillante constelación de nuestros hombres ilustres, el primero quizá que por completo ha rendido su jornada en este continuo torneo de la luz contra las tinieblas, de la verdad contra todo género de preocupaciones”.

Don Buenaventura Selva delineó, así, la vida del doctor Ayón:

“Fue una larga y honrosa carrera por el camino de las letras, de la política, de la administración pública y de la enseñanza, y continuado ejemplo de las virtudes cívicas que levantan a los pueblos y honran a la humanidad”.

El doctor don Modesto Barrios dijo en su oración fúnebre:

“La diplomacia centroamericana ha perdido un ilustrado, prudente y leal servidor de los intereses de la paz y la armonía de estos pueblos”; la política, un consejero honrado, hábil y discreto; el foro, una de sus lumbreras; de ciencia de la historia, uno de sus más dignos sacerdotes; la literatura, uno de sus más ardientes y afortunados cultivadores; la juventud, un maestro inolvidable; la sociedad, un modelo de virtudes públicas y domésticas; Nicaragua, un hijo que la amó siempre con profundo amor; Centro América, en fin, uno de sus más esclarecidos ciudadanos”.

Don Ricardo Contreras se expresó así, en El Constitucional:

“En los tiempos corrientes en que nadie piensa más que en sí mismo, él pensaba en los demás y amaba a los demás; amaba su hogar que siempre embelleció con su dulzura y que iluminaba con su gloria; amaba a su patria por cuyos destinos veló en los consejos del Gobierno y en las discusiones de la diplomacia; amaba la justicia cuyos fueros defendió siempre como jurisconsulto sabio y prudente; amaba a la juventud a quien ilustró con sus luces, en esa noble tarea de la enseñanza en que a medida que más se da, más se tiene; amaba, en fin, a la humanidad en cuyo mejoramiento pensaba, cuando como historiador profundo y erudito, narraba a la generación presente en estilo grave y magistral, las pasiones y los errores, los triunfos y las caídas de las generaciones pasadas en el camino del progreso”.

Don Anselmo H. Rivas lo describió del modo siguiente:

“El doctor Ayón fue uno de los escritores más pulcros y concienzudos de Nicaragua; uno de los más sabios jurisconsultos, y de los consejeros de Estado más prudentes. Por eso, su opinión expresada por la prensa en las grandes cuestiones de interés social y nacional era mirada con el mayor respeto; sus servicios como Magistrado en el Supremo Tribunal de Justicia de que fue miembro durante muchos años, fueron debidamente apreciados, y sus consejos en el Gobierno, ya como miembro del Gabinete o como ciudadano particular cuando era llamado en consulta, fueron de mucha valía”.

Y finalmente, y para hacer gracia de una abundante y quizá cansada prolijidad, aún tratándose de tan autorizadas opiniones, el doctor don Tomás Ayón, prominente miembro de aquel brillante y simpático partido que se llamó La Montaña, mereció que nuestro pulcro y donairoso crítico don Enrique Guzmán tan parco de inmotivada alabanza como pródigo de chispeante corrección, le calificara calurosamente desde las columnas de El Diario Nivacaguense, de “ilustre repúblico, gloria de las letras centroamericanas, modelo de probidad y discreción, y como pocos, estadista inteligente, instruido y sagaz”.

Su hijo el doctor don Alfonso Ayón, digno heredero de su nombre y de su fama, siguió victoriosamente las huellas de su esclarecido antecesor. Corren los primeros años de su vida en el ambiente de sobriedad y de modestia de la casa solariega que imprimen carácter imborrable a su naturaleza. Empezó en la Universidad de León, poco más o menos los mismos cursos académicos que su padre, y como él, termina felizmente los estudios de abogado. Desde entonces no parece sino que un hondo sentimiento de amor filial, fortalecido por una firme voluntad, le impele, camino de la emulación, a marcar el surco de su vida en perfecto paralelismo con el de su progenitor, sin discrepar un instante en la nobilísima porfía, antes bien sorprendiendo, de trecho en trecho, dicho sea con perdón de su habitual modestia y a la profunda veneración que le inspira la sagrada memoria de su padre, con luminosidades de mayor intensidad y de más vivos coloridos. En la producción de ambos, que ahora me cabe la honra de publicar, aparece más literato el hijo, más jurisconsulto el padre, y tan historiador el hijo que escribe el tercer volumen de la Historia de Nicaragua hasta los grandes acontecimientos de 1821, como el padre que redacta los dos primeros, habiendo merecido aquel volumen diploma de honor en el certamen histórico verificado en la Exposición de Guatemala bajo el régimen del General J. María Reina Barrios.

Ha ocupado el doctor don Alfonso Ayón con verdadero lucimiento los puestos de Secretario de la Legación de Nicaragua a Guatemala y a Honduras, de Profesor y Decano de la Universidad de León, de Magistrado de la Corte de Occidente, y hoy, el muy distinguido de Ministro de Gobernación, Policía y Justicia, honrando con su presencia y con su nombre el Gabinete del Excelentísimo Señor Presidente Díaz. Ha contribuido a la legislación del país, estando en la actualidad encargado de importantes trabajos de codificación; y es de lamentar que en la modestia de su vida, requerido de continuo por las diarias exigencias materiales, se haya visto obligado a consagrarse de lleno a la práctica de la abogacía, plegando así las vigorosas alas de su talento y buen gusto literarios, que solo desplegara de tarde en tarde, cuando en los ratos de íntimos recogimientos, su espíritu libertado de las trabas ordinarias del deber, se espaciaba por las azules y sagradas cimas de la concepción y del arte.

No corto trecho le separa todavía del término natural a lo perecedero y mortal en lo humano, y quiera la

Providencia prolongar ese espacio de tiempo para bien de las letras patrias que tanto esperan aún de la pluma diamantina de tan gallardo escritor.

Hablaba ha poco del notorio paralelismo en las vidas de los doctores Tomás y Alfonso Ayón. En efecto: el padre es el maestro; el hijo, el aventajado discípulo. Poseen ambos la misma facultad artística, perceptiva de lo bello, a tal grado que parecen sus espíritus como dos cordajes afinados al mismo signo por la mano invisible que rige la armonía universal. La onda vibratoria de los acontecimientos pasa como si fuera el arco inflexible de los hados arrancándoles notas acordes, expresivas de impresiones semejantes. Biógrafos, filólogos, críticos, historiadores, ambos se elevan a las nevadas cumbres en donde corren las fuentes ora apacibles, ora caprichosas de la filosofía y del arte, y descienden luego en soberanos vuelos, tendidas las potentes alas doradas por el sol del Helicón.

Hay un sabor clásico en la dicción elegante, castiza, fluida y sobria del autor de Estudios Literarios que recuerda los siglos de oros de las letras castellanas, y un gusto ático del más exquisito lirismo, en el lenguaje impecable, fácil y armonioso del admirador de Núñez de Arce, que trae a la memoria, a veces la inflexible, burilada y docta prosa de Marcelino Menéndez Pelayo, y otras, sobre todo, aquellos tersos, sonoros y olímpicos periodos del Marqués de Valdegamas.

El padre sienta sus premisas como firmes bases de una bien estudiada estructura y siguiendo las inspiraciones de una lógica y estética intachables, abordea el magistral desarrollo de sus conclusiones, del mismo modo que un arquitecto helénico erigiera sus dóricas columnas coronadas de soberbios capiteles, consagradas a Júpiter o Diana. El hijo emula las eximias obras del padre, pero llevado de una brillante imaginación romancesca como la que encendió el numen del rítmico Zorrilla, construye arcos ojivales sobre labradas columnas y cierra la filigrana de sus caladas galerías y recadas con la pompa de las esbeltas y brevidas bóvedas del Alcázar de Sevilla o de la Alhambra.

Es esto el simbolismo del carácter, que vale lo mismo que el estilo en ambos escritores. Si ellos hubiesen vivido en los bellos tiempos de la Grecia y tenido por instrumento de expresión el cincel en vez de la pluma, el uno habría cincelado las celebradas estatuas de un Júpiter Olímpico o de una Minerva del Panteón, como lo hiciera Fidias; el otro habría modelado las perfectas formas del Apolo del mismo artífice, la Venus de Praxiteles, la Juno de Argos de Policletes.

Ocasionada es, a veces, a la severidad la crítica en los comentarios históricos del padre; nunca, en los del hijo. Y si cupiese extender comparaciones a la naturaleza, verbigracia, a los flancos de empinadas cumbres, mostraríase en ambos la misma lujuriente exuberancia de vegetación, alternándose en los enhiestos y bravios perfiles de los unos la florescencia y el vigoroso ramaje; cubiertos eterna y enteramente de verdura y de aromados matices la suave ondulación de los otros, gentilmente simétricos, a semejanza de las iguales curvas de los dos más altos picos de nuestros lagos.

Y en su propio campo de la literatura, se admira en ambos la fecundidad, galanura y espontaneidad del verbo; en ambos, las lúcidas manifestaciones del espíritu en las serenas y encumbradas regiones de la idea y del arte de su expresión en el rico y variado idioma en que dieron forma clásica y robusta al pensamiento los Fajardo y Solís, los Mariana y Fuenmayor, los León y Granada, los Mendoza, Quevedo, Tirso, Isla y Cervantes.

No cabe en esta publicación, llevada a término mediante el eficaz estímulo de mi distinguido y docto amigo el doctor don Pedro González y que, dicho sea de paso, me parece ser la primera en su género en Nicaragua, el más leve asomo a pretensión literaria de mi parte. No he hecho otra cosa que recoger los materiales del libro, seleccionarlos y ordenarlos por orden de asunto y cronología, descartando algunas producciones desviadas de oportunidad o de un interés general, como también otros documentos diplomáticos comúnmente conocidos e impresos en las respectivas Memorias, ahorrando así, de propósito, al lector, un análisis especial de cada una de las piezas literarias aquí insertas, con la san y diré, cristiana intención, de dejar desembarazado de prejuicios al buen criterio de cada cual, el camino de la libre apreciación; y finalmente publicarlos, en la creencia de que hago un bien positivo a todos los que en Centro América, sigan con interés los esfuerzos de nuestros mejores hombres y admiren sus producciones científicas o literarias, animado, como estoy, por la esperanza de que mi actual labor sea imitada por otros más felices que yo, en la recopilación y publicación de los escritos dispersos de los más salientes escritores centroamericanos; o sea, en la formación de una escogida bibliografía nacional.

Grande sería mi satisfacción si tan justos deseos culminasen, en breve, a la forma de una halagüeña realidad, de modo que nuestra gratitud y nuestra justicia marquen, por así decirlo, el más alto y selecto desarrollo de la cultura literaria en Centro América, perpetuando así, al par que sus venerados nombres y memorias, las ameritadas obras de los Millá, Jáuregui, Irrisari, Diéguez y Molina en Guatemala; de los Cecilio del Valle, Rosas y Vallejo, en Honduras; de los Berti y Gavidia, en El Salvador; de los Volio y Fernández, en Costa Rica; de los Larreinaga, Rivas, Matus, Barreto, Madriz, Selva, Quiñonez, Argüello y otros de no menor valía, por no citar a nuestro pájaro azul, Rubén Darío, remontado ha tiempo a las cerúleas cimas del Parnaso, flamante cohorte de escritores meritísimos que en Nicaragua han llevado con honra y brillo incontestables, sueltos al libre viento de la inspiración y del saber, los sagrados y áureos pendones de la pluma.

Tenga este libro la larga vida y digno aprecio que tanto merecen los selectos Escritores varios de los doctores Tomás y Alfonso Ayón, cuya publicación, en cordial homenaje a mi ilustre y honorable amigo doctor don Alfonso Ayón, me cabe ahora la grata honra de ofrecer al pueblo centroamericano.

Managua. — 1914. —

PAGINAS LITERARIAS

DEL DR. ISIDRO URTECHO

JOSE DE LA CRUZ MENA

Sentado en un rincón de nuestro parque escuchaba hace pocas noches las conmovedoras melodías de la obra más celebrada del genial artista nicaragüense, José de la Cruz Mena.

Había una inmensa concurrencia. No quedaba asiento desocupado. Multitud de personas elegantemente ataviadas se paseaban por las lindas callejuelas. Ahí el grave señor de la toga. Ahí el astuto comerciante. Ahí el lindo y travieso pollo. Ahí la belleza y el donaire de nuestras aristocráticas damas. Ahí el garbo y la sal de nuestra incomparable mengala. Los chiquillos afluían hacia el kiosco y miraban con expresión de asombro los instrumentos de la Banda que, heridos por la luz, lanzaban deslumbrantes reflejos, y animados por el aliento humano, poblaban el espacio de delicadas armonías.

Mi alma arrebatada por las ondas resonantes, lanzóse al espacio en giros deleitosos, ora atrevidos como el vuelo del águila remontándose al empuje, ora sosedados, o tímidos, como vuelo de tierna avecilla que ensaya sus alas sin alejarse mucho del nido.

¡Oh música divina! Tu poder es incontrastable. La más temible de las fieras —el hombre— se rinde a tu mágico embeleso. Oyéndote se sienten impulsos generosos y anhelos veheméntísimos de regeneración. El hombre, mientras te escucha, piensa y siente como un ángel. ¡Oh, la más encantadora de las Musas! Tu debías presidir todos los actos de nuestra vida. Bajo tu dulce imperio se abolirían las cadenas y el cadalso. El amor, la caridad y la filantropía gobernarán el mundo.

Durante la ejecución del famoso vals "Los amores de Abraham", el alma en su vuelo prodigioso llega hasta rozar con sus alas las puertas mismas del cielo. ¡Tan noble, tan potente, tan majestuosa es la rica inspiración que la domina! Ayes del alma lacerada, gritos de águila herida, acentos de pasión, relámpagos y truenos, picoteo de pájaros, travesuras del amor, redobles temerosos, tropel de las almas predestinadas al sacrificio y a la muerte todo esto nos lo representa la fantasía, todo esto se ve, se oye y se siente mientras dura el hechizo de esta obra magistral. El poema entero parece como envuelto en cierta atmósfera de grandeza que subyuga a las almas de percepción delicada. Se goza, se sufre; se sienten vivos indecibles anhelos; se siente una honda inquietud como de un presentimiento de algo terrible que por momentos se acerca... más luego se desvanece con gradaciones lentas, suaves que sociegan la mente con su dulce belemo.

Ha cesado el vals: Ha cesado la influencia magnética. Libre el alma de aquella poderosa sugestión, vuelve en sí y se entrega a la meditación y el análisis.

Quién era José de la Cruz Mena?

Un hombre del pueblo. Sus padres, muy pobres, no pudieron darle una educación esmerada. Aprendió en sus primeros años lo que se enseña en nuestras escuelas públicas. Andando el tiempo aprendió lo que enseñan la vida y el sufrimiento. ¡Y qué vida y qué sufrimientos los de Mena! Solo en el libro de Job podemos encontrar cosas parecidas.

Una terrible enfermedad cuyo nombre se repite en la historia como un eco de los infiernos, infundiendo horror y pánico a los siglos que se suceden; una enfermedad que separa por completo y para siempre al hombre de sus semejantes; más terrible que todos los males, puesto que devora lentamente y vive la víctima entre sus garras, largos, larguísimos años; una enfermedad que parece el engendro de una imaginación dantesca. Tal fue el lote de Mena. Tan triste fue su destino. Tan mísera su estrella.

Imaginad todos los sufrimientos; amontonad males sobre males, añadid a todo el horror y la maldición de los hombres, y habréis formado la corona de espinas que ciñó las sienes del inmortal artista en su trágica peregrinación por este mundo.

Tuvo por morada el estercolero. Por compañero el dolor. Por único amigo la soledad. Por único consuelo, su grande, su rica inspiración.

Yo he visto alguna vez en medio del campo donde la ciudad arroja sus desechos, balancearse sobre su tallo delicado, una flor de encendidos colores y exquisito perfume. En afrentoso aislamiento se alzaba allí, como la virtud, o el genio, en medio de la miseria social!, exhalando el himno tierno, profundo y doloroso de su existencia.

Así la rica y gentil inspiración de Mena, salvando las barreras formidables que le separaban de la sociedad, pobló los aires de su patria de sentidas y consoladoras armonías. Los pueblos se pasaron un instante para escuchar aquellos acentos celestiales que partían del muladar. Asombro y compasión primero; después entusiasmo delirante, adoración locura. En los parques, en los salones, en los campos, por todas partes, en alas de su genio vagaba el alma dolorida del artista abrazando de amor los corazones.

Qué de juramentos al compás de su música anima-

da y ardiente! Cuántos suspiros exhalados con los últimos acordes de una serenata! Cuántos hombres no se sintieron regenerados al escuchar uno de sus poemas musicales!

La música de Mena, en fin, se ha apoderado del corazón y de la imaginación del pueblo, y puede decirse que hoy, forma parte del tesoro espiritual de la Nación. Es, pues, una gloria de su patria.

Mas pensad un momento en que el artista que así enalteció el nombre de su patria y que tan dulces consuelos derramó en el corazón de sus compatriotas, era un hombre sin ventura para quien no había consuelo ni goce humano posible, y que, si algún bien deseaba o esperaba, tan solo podía dárselos la muerte. Pensad en esto, repito, y sentiréis crecer, a la par de vuestra admiración, un sentimiento de gratitud y de ternura hacia ese mártir de la vida que sintiendo en su seno dolores capaces de arrancar maldiciones a los labios más santos, expresó su dolor y su resignación en exquisitas y sublimes melodías que vivirán eternamente en el corazón de sus compatriotas, acallando los gritos de la rebelde materia y vivificando los más nobles afectos del alma

DOBLAN

¿Qué clamor es ese, tan hondo y tan triste que se oye en todos los ámbitos del país, e infunde mortal desaliento a todos los corazones y pone luto a todos los hogares?

Doblan. .

¿Qué dicen esas notas, tan profundas tan dolorosas, que nos penetran como agudos puñales rasgándonos el alma?

Doblan. . .

El suelo patrio se ha tornado ingrato, y sus brisas perfumadas son vientos de peste y de muerte. El hijo de este suelo no verá más nunca la recompensa de sus afanes; el sudor de su frente no fertilizará la tierra profanada y maldita. El desaliento y la duda han reemplazado al viril empuje. Todos se preguntan si lo que han heredado de sus padres o adquirido con su esfuerzo les pertenece realmente.

Doblan

Doquier se miren, encuéntrense escenas de estrago y desolación.

Sobre nuestras cabezas se oyen graznidos y aleteos siniestros.

Olor de putrefacción se disfunde por todas partes
Doblan .

Ni el cólera, ni la bubónica nos han invadido; el terremoto no ha destruido nuestras ciudades; ni los volcanes han derramado sobre nuestros campos sus torrentes de lava y lodo. Mas el país está como si la peste y los volcanes lo hubieran devastado.

Doblan

Los buitres blancos y los buitres negros: los buitres del Norte y los buitres nativos, se pasan en nuestro suelo: rondan, rondan a zancadas y sus ojos brillan como ascuas.

Son los dominadores. El buitre es el Rey del funeral fesiín.

Doblan

Todo muere exhalando olor a úlcera. Muere la probidad. Muere el respeto a la palabra empeñada. Muere el honor y la delicadeza. Muere la fe pública. Muere hasta el amor a la patria.

La impudicia y el cinismo están de modo. ¡No pago! dice el gobierno. ¡No pago! dicen todos. Nadie paga. ¡La Moratorio es corriente .

¡Qué oprobio!

Doblan.

Estamos en grave apuro. ¡Vendamos esto! dice el gobierno. ¡Vendámoslo! claman todos.

Y no es suficiente. Aún falta. Hay que salvar al país. Impóngase al pueblo una fasa.

Famosa idea. Si pobre pueblo, burro de carga al fin, rebuzca un ¡sea por Dios! que dá grima.

Mas no basta.

Colegios, escuelas, etc. todo desaparece.

La Historia enseña que cuando los pueblos llegan a semejante grado de desmoralización son presa fácil de naciones aventureras.

Así fue Roma hollada y vencida por los bárbaros Y la nación más culta y espiritual, la Grecia, perdidas sus virtudes públicas, fue pasto de la voracidad macedónica.

Doblan

¿Qué patria es esta donde se vive entre las más crueles congojas?

¿Qué patria es esta donde hasta la paz misma se presenta con todos los horrores de una calamidad pública?

¡Todo está en calma, y el país se hunde!

¡Todos ríen, y el lodazal les llega hasta el pecho!
Nación suicida, tu mísero destino se cumplirá.

Doblan .

TARTUFO

Cuando Moliere, con rasgos de genial inspiración, trazó la inmortal figura de Tartufo, quedó para siempre descrita y como expuesta dentro de un marco, cierta clase de hombres que, bajo la capa de la honradez, de la rectitud y de la bondad, esconden los más perversos sentimientos y los más aviesos propósitos.

En el desastre de las fortunas, en la ruina de los hogares, en la enemistad de las familias, en las revueltas aguas que arrojan a la orilla los restos de un naufragio, sobrenada Tartufo llorando a lágrima viva el infortunio de sus victims. ¡Dulce Tartufo!

En la prosperidad, en la dicha, en la alegría, cuando en los hogares engalanados se oyen risas y cantos; en medio de la gente sencilla y confiada, también se destaca la figura de Tartufo, mintiendo amistoso interés, simulando simpatía, majestuoso, benévolo y cordial. ¡Incomparable Tartufo!

Se necesita un consejo ¿Quién puede darlo con más desinterés que Tartufo? Pero abrid bien los ojos. ¿Un favor? Para esto se pinta Tartufo, pues nadie como él sabe convertir este favor en una argolla y el agradecimiento en esclavitud. Recibid su dinero y no tendrán término sus exigencias. Hoy os pide auxilio en un enredo feo; mañana os cita para un falso testimonio. Duro favor. Detestable protección. ¿Cómo hay gente que pueda vivir contenta y sometida a semejante yugo?

Tartufo es bueno como el pan. Tratadlo un poquito siquiera, y ya me contaréis las delicias de su amistad.

Pero hay Tartufos y Tartuflillos, según el pelaje de cada cual. Los hay de lujosa indumentaria, de alta posición social y política, con fama de probos y piadosos, ricos a fuerza de latrocinios "legales", y aspirantes siempre a posiciones encumbradas, que necesitan para tapar sus lacras y para escudarse contra posibles emergencias.

Hay otros de más baja extracción, los "Tartuflillos", de oficinesca catadura, sin corbata, con rodilleras y con los fondillos remendados, de hociquillo siempre al viento como husmeando posibilidades de negocios indecentes e intriguillas miserables. Suaves, melosos, atentos, terribles...

Mi Tartufo, el de mi cuento, este que estoy delineando con tanto amor y esmero, es un conjunto de las diferentes cualidades que adornan a los dos Tartufos, el grande y el chico; amalgama tan feliz, tan sabiamente realizada, que ha podido recorrer, impune e ileso, el largo camino de sesenta años, no oyendo a su paso más que salutationes serviles, ni viendo otra cosa que sonrisas y genuflexiones. ¡El bueno, el honrado, el santo Tartufo!

Hasta ahora no ha encontrado la mano atrevida que le arranque la careta o el puño vengador que liquida de una vez las cuentas atrasadas pero siempre ha vivido con el miedo atroz de que se le irrespete y se le exhiba. Y más que al puño justiciero, le teme a la pluma, por sus propiedades divulgadoras y por la intensa luz que refleja sobre las cosas que toca. Mientale la prensa a este tipo es como enseñarle la cruz al diablo. El silencio y la oscuridad son condiciones propicias al numen de Tartufo. ¡Qué picardías oculta quien tanto teme!

Si le dicen: "Sr. Tartufo, he visto su nombre en tal o cual periódico", al instante se inmuta y palidece, porque siempre está temiendo que algún burlón despreocupado le juegue una broma pesada y lo ponga en berlina. Ni su posición, ni su dinero, ni su fama de honorable logran tranquilizarle; y, si alguna vez resuena su carejada en alguna tertulia de "creyentes", es una carejada mentirosa, bien distinta de aquella tan espontánea que suelta en ocasiones el sano y boyante buen humor.

Tartufo se desvive por que le nombren para Juntas de Beneficencia, de Instrucción Pública, de Ornato, Alcaldías, etc., etc. pero se equivoca lector si se imagina que a Tartufo le importan un pepino el progreso y bienandanza de la sociedad. No, que con esto no quiere más que tomar "posiciones estratégicas" y hacerle creer al pueblo que se desvela por sus intereses. Necesita su voto en los comicios para hacerse elegir, o reelegir para la Senaduría, a la que ama con pasión, no para labrar el bien y la prosperidad de sus comitentes, sino para servirse de ella como de una palanca poderosa para encaminar sus propios negocios. Ya se ha visto cómo con intrigas, y siempre por manos ajenas, hizo pasar en el Congreso leyes que suprimían los impuestos locales sobre el azúcar y tránsito de ganado, poniendo en peligro la existencia del Hospital e Instituto de Rivas, que contaban con esos fondos para su sostenimiento. De entonces data la penuria de esos importantísimos centros, en parte remediada últimamente por herencias y donativos de personas generosas. Pero, ¿qué le importa a Tartufo todo esto? Prosperen sus negocios, y cargue el diablo con lo demás. Para eso precisamente es Senador.

Le importa mucho su influencia en los círculos oficiales para colocar en las fronteras empleados del Fisco, hechuras suyas, que le dejen pasar su ganado sin pagar un centavo; quiere que sean fantoches suyos, y no hombres conclenzudos los que cuenten los quintales de azúcar que salen de su ingenio; necesita nombrar jueces, alcaldes y agentes de policía, que estén a sus órdenes y acuerpen sus zanganadas, quiere, en fin, tener en sus manos el gobierno, la policía y la administración del departamento, para que todo concurra, a la voz suya, al incremento y seguridad de su capital, amasado con lodo y sangre, con injusticia y lágrimas. Y confesemos que Tartufo ha sido suficientemente há-

bil para conseguir todo esto, o bien, que los gobiernos son ciegos, o se hacen los ciegos.

Ha hecho creer a los actuales dirigentes de la cosa pública que él ha sido en este departamento el factor más poderoso de la revolución y todos sabemos quiénes fueron los que realmente trabajaron por el triunfo liberal. Todos conocen la verdadera actitud de Tartufo en la revolución, la misma que ha asumido en todas las situaciones de su vida; simular, dar a creer actividades, desprendimientos y abnegaciones que nunca han existido; pero siempre a la expectativa de un cambio brusco de los acontecimientos para adoptar su gesto a posibles eventualidades y complicaciones; en fin, la actitud que debe esperarse de Tartufo.

La gran ambición de este tipo, su sueño dorado, es la Presidencia de la República; así como suena. Parece mentira que esta figura desastrada, esta masa infecta que suda hipocresía y latrocinio por todos sus poros, pretenda a dama tan hermosa y linajuda; pero así es, en efecto, aunque su pasión es vergonzante.

Allá de tiempo en tiempo, los serviles de su pequeña corte hacen resonar su nombre como el de un posible candidato. Entonces se sopla, crece un palmo, y se le encandilan los ojos, pero el desengaño viene en seguida. No encuentra eco. Nadie hace caso. Su popularidad es un mito. Vuelve el topó a su madriguera. ¡Pobre Tartufo! Pero ¿qué destino sería el de este país en manos del hombre más atrasado de estas latitudes? Porque es propiamente el hombre del siglo XVII. Ignorante, marrullero, esclavo de mil prejuicios, de cortísima visión, sin una gota de ilustración ni de aquella quisicosa que llaman "mundo", tiene sólo como bagaje mental la astucia zorruna y el amor a lo ajeno, que la servil camarilla que le rodea toma por señales de talento y de espíritu emprendedor. Sea por Dios. Yo por mí puedo decir que al contemplar una vez a este ídolo isleño ocupando su asiento en el Senado no pude contener la risa; y más cuando le ví levantarse con el brazo extendido y el índice re-
quintado en actitud de "enchutar" a alguien. El Presidente de la Cámara, todos los senadores y hasta los porteros temblaron ante amenaza tan bárbara. Aquel dedo tan tieso impresionó también al público de la barra, que instintivamente buscaba la puerta de escape.

Luego vuelve Tartufo a su departamento y en corrillo de admiradores exclama con cierto dejo de cansancio y melancolía: "Se ha trabajado mucho; una oposición tremenda; pero hemos vencido". Traducido esto quiere decir: "He conseguido lo que me interesaba;

mis negocios van viento en popa; es una ganga ser Senador". La camarilla se queda extática ante el caudillo. Grande hombre es este Tartufo. La fortuna lo acompaña. Hay que estar con él; sobre todo si se le deben fuertes cantidades de córdobas y hay dificultad de pagarlos, como les sucede a ciertos pobres diables. Con este dogal al cuello son pocos los hombres que no caen de rodillas, y besan el polvo, y cometen mil actos degradantes que afectan a la especie humana.

Tartufo es leguleyo y vive rodeado de leguleyos. Desde sus juveniles años vive en pleitos, y tiene tal práctica en esto de enredar las cosas más claras y en lo de quedarse con las cosas ajenas que, personas sensatas varicaron, desde que le apuntaba el bozo, que alcanzaría gran fama, y daría quince y raya a los más insignes enredistas de esta tierra. Profecía cumplida de un modo exacto y sorprendente.

De valor hace también alardes el bueno de Tartufo; pero yo lo he visto en plena calle palidecer, apabullarse y pegar por fin la carrera cuando un joven Malliño, de sangre caliente, nobilísimo espíritu, le cogió por el cuello y le zarandó de lo lindo llamándole con estentóreas voces: ¡ladrón, ladrón! Después de un castigo tan público y merecido creyó que su honor quedaba a salvo con hacerle rendir fianza a su agresor.

A pocas jornadas del término de la vida; cerca ya de la cima donde fatalmente caen y se desintegran los miseros despojos humanos, y en donde se alza la temible interrogación sobre el premio, o castigo de los hombres en la otra vida; cuando los buenos se preparan a bien morir y echan una mirada serena sobre el libro de su vida que es su ejecutoria ante Dios, Tartufo impenitente, prepara nuevas asechanzas al haber ajeno, y tiende nuevos lazos a las nuevas víctimas que le deparan la sencillez y la credulidad. c

He intentado hacer el retrato del gran Tartufo; pero desconfío de mis pobres pinceles.

Otros con mayor aliento e inspiración más feliz, logren tal vez trasladar al lienzo esta maravilla de perversidad e hipocresía, el prototipo de la avaricia, la representación viva de la parte material e innoble de la naturaleza humana.

Quisiera preguntarle a "Juvenal", qué opina de mi modesto esfuerzo.

Rivas, Abril 1929.

ESTUDIE CON EXITO ESTUDIE EN LIBROS DE UTEHA



"LIBRERIA CULTURAL NICARAGUENSE", DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS DE "UTEHA", PONE A SU DISPOSICION EL MAS EXTENSO Y CRECIENTE FONDO EDITORIAL EN EL QUE USTED ENCONTRARA LOS TEXTOS U OBRAS DE CONSULTA MAS UTILES Y CONVENIENTES PARA CUALQUIER CARREERA O PLAN DE ESTUDIOS.

EDUCACION Y PEDAGOGIA CIENCIAS NATURALES

Córdoba

Adams. EVOLUCION DE LA TEORIA EDUCATIVA 1 tomo en tela, 23 X 16 cm., 398 + VIII páginas.	42.30	Jones, Grizzel y Grinetead. EL SISTEMA DE UNIDADES DE TRABAJO ESCOLAR. 1 tomo en tela, 23 X 16 cm. 284 + XVI páginas.	34.20
Beck. HISTORIA SOCIAL DE LA EDUCACION Manual Nº 319/319a.	16.65	Larrea y Martínez DIDACTICA DE LENGUA Y LITERATURA ESPAÑOLAS. 1 tomo en keratol, 440 + XVI páginas.	50.40
Bent y Kionenberg. FUNDAMENTOS DE LA EDUCACION SECUNDARIA. 1 tomo en keratol, 23 X 16 cm., 478 + X páginas, 10 tablas y 26 ilustraciones.	50.40	Medniek. APRENDIZAJE. Manual Nº 262/262a.	16.65
Bode. TEORIAS EDUCATIVAS MODERNAS. 1 tomo en tela, 23 X 16 cm, 274 + XVI páginas.	37.80	Melby. EL MAESTRO Y LA EDUCACION, Manual Nº 30.	12.40
Bruner. EL PROCESO DE LA EDUCACION. Manual Nº 181.	12.40	Millot. LAS GRANDES TENDENCIAS DE LA PEDAGOGIA CONTEMPORANEA. 1 tomo en tela 23 X 16 cm, 136 + XVI páginas.	18.00
Carneiro Leao. ADOLESCENCIA, SUS PROBLEMAS Y SU EDUCACION. 1 tomo en tela, 23 X 16 cm, 256 + XXXII páginas.	34.20	Mussen. DESARROLLO PSICOLOGICO DEL NIÑO. Manual Nº 255/255a	16.65
Hernández Ruiz. METODOLOGIA GENERAL DE LA ENSEÑANZA. 2 tomos en tela, 23 X 16 cm, 730 + XsX páginas.	87.30	Olsen. LA ESCUELA Y LA COMUNIDAD. 1 tomo en tela, 23 X 16 cm, 516 + XVI páginas.	50.40
Hernández Ruiz. ORGANIZACION ESCOLAR. 2 tomos en tela, 23 X 16 cm. 782 + XXVI páginas.	74.70	Deed. PSICOLOGIA DE LAS MATERIAS DE ENSEÑANZA PRIMARIA. 1 tomo en tela, 23 X 16 cm, 578 + XVI páginas, 25 ilustraciones y 84 tablas.	50.40
Hernández Ruiz. PEDAGOGIA NATURAL. 2 tomos, 26 X 16 cm, 1016 páginas.	99.00	Risk. TEORIA Y PRACTICA DE LA ENSEÑANZA EN LAS ESCUELAS SECUNDARIAS. 1 tomo en keratol, 23,5 X 16 cm, + XII páginas.	67.50
Hernández Ruiz. PSICOPEDAGOGIA DEL INTERES. 1 tomo en tela, 23 X 16 cm, 356 + XVI páginas.	34.20	Skinner. PSICOLOGIA DE LA EDUCACION. 2 tomos en tela, 23 X 16 cm, 884 + XXXVI páginas, 14 tablas y 29 ilustraciones.	87.30
		Weatherford. FINES DE LA EDUCACION SNPERIOR Manual Nº 182.	12.40
		Weimer. HISTORIA DE LA PEDAGOGIA. Manual Nº 89/89a.	16.65
		Wheeler y Perkins. FUNDAMENTOS DEL DESARROLLO MENTAL. 1 tomo en tela, 23 X 16 cm, 532 + XXIV páginas, 50 ilustraciones en negro incluídas en el texto.	50.40
		— o —	
		Desire y Villeneuve. ANATOMIA. FISIOLOGIA E HIGIENE. 1 Tomo en tela, 288 páginas, tamaño 23 X 17.	42.30
		Holman. BOTANICA GENERAL, 1 tomo en tela, 633 páginas 23 X 17. Uteha.	67.50
		Theron. BOTANICA. 1 tomo en tela. 288 páginas; tamaño 23 X 17.	42.30
		Villeneuve y Deshe. ZOOLOGIA. 1 tomo en tela, 335 páginas 23 X 17.	42.30

Estas obras están a la venta en

LIBRERIA CULTURAL NICARAGUENSE

Calle 15 de Septiembre y Avenida Bolívar

Tel 35-13. Apartado 807 — Managua, D.N.



